

Por el autor de *La tumba perdida*

# EL SUEÑO DE LOS FARAONES

NACHO ARES

Lectulandia

Nadie debe profanar el sueño de los faraones...

El egiptólogo Émile Brugsch intenta averiguar la procedencia de algunos objetos valiosos que han aparecido en las tiendas de antigüedades de Luxor. Su instinto le dice que, detrás de esos objetos que se venden como recuerdos a los turistas, subyace una tupida red de traficantes que actúa sin el menor escrúpulo amparada por unas autoridades locales corruptas. Lo que tanto él como los ladrones de tumbas ignoran es que ese lugar que está siendo saqueado sin piedad también esconde la prueba de algo que sucedió muchos siglos atrás, cuando los faraones gobernaban Egipto: una terrible historia marcada por la codicia, la traición y la más cruel de las venganzas.

Una aventura que recrea uno de los mayores descubrimientos arqueológicos del siglo XIX al tiempo que nos sumerge en las apasionantes intrigas cortesanas del antiguo Egipto.

**Lectulandia**

Nacho Ares

# **El sueño de los faraones**

ePub r1.0

liete 16.05.14

Título original: *El sueño de los faraones*

Nacho Ares, 2014

Editor digital: liete

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



## Prólogo

*Viernes, 6 de febrero de 1874*

*Orilla oeste de Luxor*

Ahmed intentaba mantener la llama de la antorcha lo más alejada posible del rostro para no quemarse, pero en aquel agujero apenas había espacio para extender el brazo. En el descenso, colgado de una soga, se golpeaba con afiladas rocas que sobresalían de las paredes. Arriba, la oscuridad iba ganando terreno a los últimos rayos de sol. Abajo, un extraño juego de sombras indicaba que al final del pozo un túnel se adentraba en el corazón de la montaña. Seguramente la cabra se había metido por ahí. El pastor estaba convencido de haberla visto caer en aquel pozo.

Prosiguió el descenso. No era la primera vez que se jugaba la vida por uno de los animales del rebaño de su familia. Costaba sangre y sudor ganarse la vida en el Alto Egipto. Y a pesar de ser viernes, día festivo en el calendario musulmán, era obligado continuar con el trabajo para poder subsistir. En algunas zonas del país la hambruna se había extendido como una pandemia; ni los más ancianos del lugar recordaban una tragedia tal. Daba igual que el Nilo creciera en el mes de junio con su habitual puntualidad, tal y como lo hacía desde la época de los faraones. El problema residía en la tierra y en quién la poseía. Ésa era la razón por la que hasta el animal más famélico era fundamental para la alimentación del grupo. De él dependía la vida de una familia durante varias semanas.

Apoyándose en la pared y haciendo presión con los pies, Ahmed consiguió liberar una mano y dar un par de tirones a la soga. Era la señal convenida para que su hermano Mohamed y su amigo Kamal, que le sujetaban desde arriba, soltaran un poco más la maroma que llevaba atada a la cintura.

Al bajar, el extremo de su galabiya negra se enganchó en una roca. El comienzo del túnel quedaba casi al alcance de la mano, pero tuvo que hacer juegos malabares para desengancharse y evitar que la tea prendiera su ropa en aquel estrecho pozo.

—Debe de haberse escondido en el túnel. No hay otra salida —pensó en voz alta.

Cuando puso el pie en el suelo, se desató y soltó el extremo de la cuerda. Miró hacia arriba, pero en los casi quince metros que le separaban de la superficie sólo vio oscuridad.

Sondeó el comienzo del túnel con la antorcha y, tras asegurarse de que no había ningún animal peligroso, se agachó y avanzó a gatas.

Al final del pasadizo oyó un ruido seco. Unas pisadas sobre la grava y un quejido lastimero le convencieron de que el animal se hallaba unos metros más adelante.

Ahmed, animado por estar a punto de alcanzar su objetivo, continuó arrastrándose por aquel mundo de tinieblas.

De pronto se detuvo y vio que alguien le observaba desde la lejanía: unos metros más allá, la luz de la antorcha iluminaba un rostro humano. Una ráfaga de viento hizo bailar la llama. Las sombras reaparecieron, y la imagen desapareció como un fantasma.

Ahmed tragó saliva y, sacando fuerzas de flaqueza, continuó avanzando con precaución.

La respiración se hacía cada vez más difícil. No había mucho oxígeno en aquel estrecho hueco, y entre el calor de la antorcha y su miedo creciente empezó a sudar. Las gotas de sudor se le metían en los ojos pero tenía las manos ocupadas. Se detuvo unos segundos, dejó la antorcha en el suelo y se secó el rostro con la manga de la galabiya. Luego, retomó el camino. El final de la galería no parecía llegar nunca.

La sangre se le volvió a helar. Se detuvo en seco y, en un intento de protegerse, lanzó la antorcha hacia delante.

No tenía dudas de lo que estaba viendo. Unos ojos inmóviles le observaban desde el fondo del túnel. Se pasó las manos por la cara, pero aquello no era una alucinación fruto del miedo... Alguien lo estaba observando desde la oscuridad.

De niño había oído hablar a su familia o a los vecinos sobre los *afrit*, los espíritus de la montaña que vivían en el interior de las cuevas apartados del resto de la humanidad, o en los alrededores de las ruinas de los antiguos monumentos de los faraones.

Sin embargo, esos ojos negros que lo observaban desde el infinito no transmitían terror ni ferocidad. Si aquello no era un *afrit*, ¿qué demonios era?

Insuflándose ánimos como pudo, Ahmed avanzó un poco más hasta recoger la antorcha para seguir adelante. Empezaba a vislumbrarse el final. El angosto corredor desembocaba en una cámara donde pudo finalmente levantarse. Al verle llegar, la pequeña cabra se le acercó nerviosa. Cojeaba de una pata y tenía magulladuras en la cabeza y en otras partes del cuerpo. El reencuentro con su dueño la tranquilizó, pero Ahmed sólo tenía ojos para aquel rostro que seguía observándolo desde el mundo de los muertos.

Apoyado en el suelo y con la tapa ladeada hacia el túnel de acceso, un ataúd antropomorfo miraba al recién llegado con una sonrisa inquietante. El pastor no tardó en percatarse de que no estaba solo en la habitación. Desde que era niño había visitado cientos de tumbas en los cementerios faraónicos de su aldea. Sin embargo, nunca antes había visto nada igual. Aquello era extraordinario. No se hallaba en una simple cámara sino en el comienzo de una enorme galería. Acercó la luz de la antorcha para comprobar la profundidad de la sala, pero no consiguió ver el final. Había montones de objetos. Tuvo que andar con mucho cuidado para no pisar

ataúdes, momias, muebles, cajas con papiros, estatuillas, armas... Se trataba de un tesoro de un valor incalculable...

Por primera vez esbozó una sonrisa. No sabía por dónde empezar. Lo tenía todo tan a mano que, nervioso, se sintió incapaz de elegir. Se agachó y cogió un par de figuritas de un color azul muy intenso. Sabía que los turistas extranjeros se las compraban a sus vecinos por un buen dinero. Las envolvió en un pañuelo y las dejó caer en el profundo bolsillo de su galabiya. Luego acercó la antorcha a varios ataúdes. Todos estaban grabados con la extraña escritura de los antiguos reyes. Algunas cajas abiertas contenían amuletos, vasos de metal y toda clase de tesoros. La cabra permanecía junto a él, ajena al espectáculo.

De pronto, el sonido de unas piedras que se precipitaban por el pozo por el que había entrado devolvió a Ahmed a la realidad. Sus compañeros debían de estar impacientes por que saliera. No sabía cuánto tiempo llevaba en aquel lugar, rodeado de todas aquellas riquezas, pero pensó que había llegado el momento de salir de allí. Se acercó al animal y con pequeños empujones lo fue guiando hasta la salida. Una vez allí, se palpó el bolsillo derecho de la galabiya para comprobar que las figuritas azules seguían ahí.

Reflexionó un instante qué debía hacer, pero no lo dudó: aquel hallazgo era demasiado goloso. Debía mantenerlo en secreto. Lo visitaría de vez en cuando, iría sacando objetos pequeños y los colocaría en el mercado de antigüedades. Creía conocer a las personas de confianza que podrían ayudarle. De no hacerlo así, los *efendis*, los extranjeros, no tardarían en descubrirlo y él acabaría en prisión.

No se lo pensó dos veces. Tomó la antorcha y prendió fuego a los puños, los bajos y el cuello corto de la camisa que llevaba debajo de su polvorienta galabiya. A continuación, con sus dientes sucios y mellados rasgó otras partes de la tela. Por último, respiró hondo y se acercó la antorcha al rostro hasta que, ahogando un grito, se quemó algunas zonas de su corta barba.

Tras recuperar el aliento, se ató de nuevo la soga a la cintura, silbó y dio un par de tirones. Al instante, la cuerda se tensó y Ahmed comenzó a ascender lentamente mientras sujetaba con un brazo a la malherida cabra. Al animal no le quedaba otra que ser sacrificado, pero esa cuestión ya no le preocupaba.

Arriba, el cielo estaba negro como la boca de un perro del desierto; el mismo cánido que custodiaba las necrópolis de los antiguos reyes. La silueta de Mohamed y Kamal se recortó contra el cielo. Cuando alcanzó el borde del pozo, le ayudaron a sentarse en la boca y le desataron la cuerda.

—Hemos tenido suerte, *alhamdu li Ala*, gracias a Dios. Al menos he conseguido recuperar la cabra —dijo Ahmed con exagerado nerviosismo al tiempo que entregaba el animal a Mohamed—. Tiene una pata rota; la sacrificaremos y aprovecharemos su carne. Pero vámonos de aquí cuanto antes; este lugar está maldito.



—¿Cómo dices? —preguntó su hermano pequeño.

—¿Qué ha sucedido? —inquirió Kamal.

—Este lugar está maldito —repitió Ahmed con falsa desazón mientras se sacudía el polvo de la galabiya—. He visto a los *afrit*.

Los dos jóvenes observaron con expresión demudada las quemaduras de la ropa y el rostro de Ahmed.

—¡Están cubiertos de llamas y despiden un olor hediondo! —explicaba con grandes aspavientos—. Sólo mi fe y el poder de Alá me han permitido salir con vida de este pozo nauseabundo. Uno de ellos se me acercó tanto que casi ardo como una bola de fuego.

El olor de la tela quemada aumentó la sensación de realismo de aquella fábula y sus dos compañeros se atemorizaron.

—No perdamos tiempo —añadió el cabrero—. Echemos piedras al hoyo para evitar que salgan los diablos y vayámonos de aquí. No contemos nada a nadie de todo esto, ni siquiera a nuestras familias.

Y, tras lanzar unas cuantas piedras dentro del pozo, los tres echaron a correr colina abajo, en dirección a la aldea.



Al día siguiente, con los primeros rayos de sol, Ahmed, cargado con un voluminoso hatillo, regresó a lo que él ya llamaba «la Montaña de las Momias». Le costó encontrar el punto exacto, pues, con la oscuridad de la noche y la emoción, el camino de vuelta se le había borrado de la memoria. Finalmente, la encontró. Miró a ambos lados para comprobar que nadie le había visto llegar. El agujero se hallaba en un rincón de uno de los riscos más abruptos de la montaña. Se arrimó cuanto pudo a la pared para que nadie pudiera verlo desde el centro del valle. La calima de la mañana le ayudó a ocultarse; una densa niebla parecía haber borrado del paisaje la sagrada Montaña Tebana.

Se sentó al pie del pozo, desató el enorme hatillo y sacó de su interior la cabra malherida del día anterior. Ya se ocuparía luego de justificar su pérdida. Cogió un cuchillo, apretó la boca del animal para que no pudiera emitir sonido alguno y de un gesto rápido le rebanó el cuello. Dejó caer el animal muerto dentro del pozo. Cuando, como sucedía todos los días, el termómetro alcanzara altas temperaturas, éstas acelerarían la putrefacción del animal.

Sabía que en la aldea era prácticamente imposible guardar un secreto. Alguien oiría el relato de su encuentro con los *afrit* y, curioso, querría ver el lugar donde había tenido lugar aquella aparición. Si bien era difícil dar con la entrada al pozo, pues estaba lejos de los caminos que solían usar los habitantes de la aldea, de acercarse

hasta allí algún curioso, o incluso alguno de sus compañeros de la noche anterior, al oler el tufo del cadáver lo identificarían con los *afrit* y se alejarían del lugar como alma que lleva el diablo. Según las leyendas locales, estos espíritus eran conocidos por su cuerpo llameante y, sobre todo, por el terrible hedor a muerte que desprendían. Con estas armas defendían las cavernas del inframundo y los antiguos lugares sagrados de los faraones, sus ancestros.

Sin embargo, los *afrit* no estaban allí. La leyenda había servido a Ahmed para construir una historia increíble. Pero eso sólo lo sabría él. De alguna forma, estaba agradecido a los *afrit* por haberle llevado hasta la Montaña de las Momias. Los espíritus del inframundo le ayudarían a proteger su preciado tesoro.

*Miércoles, 8 de diciembre de 1880*

*Luxor*

**A**ntoun Wardi miró a través del cristal de la puerta de su tienda. Afuera todo estaba tranquilo. Como cualquier tarde soleada en Luxor, carros, animales y peatones deambulaban de aquí para allá sobre el camino de arena que discurría junto al Nilo.

Dio la vuelta al cartel de la entrada y corrió el pestillo: la tienda estaba cerrada. Echó otro vistazo entre los visillos de los dos ventanales y regresó al mostrador con estudiado secretismo. El tráfico de antigüedades no estaba prohibido, pero sabía que si envolvía la venta de cierto halo de misterio —un escenario que siempre atraía a los turistas que se acercaban a su negocio— los beneficios serían mayores.

De origen libanés, Antoun Wardi era considerado árabe y extranjero rico. Había nacido en Beirut, pero llevaba toda la vida traficando con antigüedades en Oriente Próximo. Tenía contactos en todo el mundo. Era una persona conocida y un verdadero referente en cuanto a piezas de calidad. No le gustaba vestir galabiya, como los egipcios; prefería vestir de modo más occidental y usar trajes europeos, no excesivamente caros, pero que le permitieran marcar una línea de separación entre su clase y el resto de los habitantes de Luxor. El azul claro era su color preferido; aunque demasiado llamativo quizá para la moda de la época, él consideraba que le daba un toque de distinción.

Los negocios le habían convertido en un hombre con apertura de miras. No tenía problemas con ninguno de sus vecinos y mantenía una relación amigable con miembros de otras religiones. Por eso tenía en su establecimiento a Mariam Gergess, una joven copta de poco más de veinte años, aunque con experiencia en el trato con los compradores y conocedora de los objetos que pasaban por la tienda. Ayudaba a Wardi a llevar al día las cuentas y a organizar la entrada y salida del género. La muchacha había sido fundamental en el éxito del negocio, pero eso era algo que Wardi nunca le reconocería.

En el fondo, Wardi detestaba a los cristianos coptos. Casi todas las familias de Luxor eran de clase media, circunstancia que el vendedor valoraba. Su experiencia con algunos egipcios musulmanes no había sido buena. Tuvo que echar a los tres últimos por robarle en la tienda. Pequeñas minucias en realidad. Apenas unos cuadernos y algunos lapiceros, seguramente para que los usaran sus hijos en la *madrassa*, la escuela musulmana. Pero sabía que esos detalles no debían tolerarse. Si lo hacía, pronto el hurto se convertiría en avaricia y acabaría lamentando la

desaparición de alguno de los tesoros que custodiaba en la tienda; los mismos que iban a buscar los clientes más adinerados.

Frente al mostrador permanecía expectante un hombre de origen alemán de apenas cuarenta años. Se hacía llamar Kurt Marek. Vestía chaqueta negra, chaleco a juego, camisa de un blanco impoluto abotonada hasta el cuello, elegantes botines y pantalones por encima de los tobillos, a la moda de la época. Nunca se separaba de su *tarbush* de fieltro rojo, un complemento que implantaron los turcos y que se había extendido ampliamente entre los hombres de clase alta.

Aunque era la primera vez que visitaba la tienda de Wardi, no era nuevo en ese tipo de oscuras transacciones y conocía bien el ritual con el que los vendedores mostraban a los extranjeros las preciadas *antikas*, objetos de época faraónica hallados en los cementerios de los antiguos reyes y nobles de la orilla oeste de Luxor. La egiptología le apasionaba y se sentía muy afortunado de poder vivir en Egipto y dedicarse a lo que más le gustaba.

Marek encontró en Mariam una razón más para interesarse por su verdadero objetivo, la adquisición y el seguimiento de antigüedades.

El alemán tenía fama de adulador. No estaba casado, cosa que no comprendían los egipcios cuando le preguntaban por su familia. Pero a él le daba igual. No era asunto de ellos. Además, había otras cosas por las que preocuparse, como el trabajo. Miró a Mariam y le dirigió una sonrisa de cortesía. Sabía que era cristiana porque no llevaba el pelo cubierto con un pañuelo, como las mujeres musulmanas. Tampoco vestía a la moda europea. Aunque solía ir de oscuro, pues pensaba que se podía sacar mucho partido a esos colores, a veces se permitía ciertas licencias. Ese día lucía un vestido de color lila, muy llamativo para una mujer copta pero consentido en una joven.

—Mariam —dijo Wardi en un tono bastante rudo—, ve a buscar a la trastienda la caja que he traído esta mañana.

La joven agachó la cabeza y obedeció. No era muy alta. Tenía el cabello oscuro y lo llevaba recogido en una trenza.

Unos segundos después, la muchacha estaba de vuelta y atravesó la cortina que había tras el mostrador. Llevaba una caja de cartón de color amarillo. Su amplia sonrisa hacía resplandecer un rostro casi angelical.

—Trae aquí, no vaya a ser que se te caiga como la semana pasada —dijo Wardi—. Ahora retírate y atiende el asunto que te comenté antes. Tiene que estar listo para la tarde, así que no pierdas el tiempo.

La joven copta sabía que lo que Wardi le estaba diciendo era que los dejara solos. Volvió a mirar al extranjero y sonrió a modo de despedida, a lo que Marek respondió con un ligero movimiento de cabeza.

Wardi esperó a que la muchacha hubiera desaparecido tras la cortina y entonces abrió la caja. Dentro había un paquete envuelto en un sucio paño de algodón. El

alemán observaba pacientemente mientras se acariciaba los finos extremos del bigote.

Cuando Wardi retiró la tela, bajo la luz amarillenta de la lámpara de gas del techo apareció un grupo formado por ocho figuritas. Las había verdes, blancas, amarillas y de un azul intenso. Eran *ushebtis*, unas piezas muy comunes en el mercado de antigüedades, y servían de sustitutos del difunto para la realización de los trabajos agrícolas en el Más Allá. En las tumbas de los nobles se hallaban decenas de ellas casi a diario. Eran uno de los recuerdos más apreciados por los turistas; por poco dinero podían adquirirse preciosas figuras momiformes con las que sorprender a los amigos al regreso a Europa o América.

—Estoy buscando un regalo —mintió Marek con fuerte acento alemán.

—Seguro que aquí encontrará el más idóneo —respondió Wardi en tono afable—. ¿Puedo saber para quién es?

—La verdad es que se trata de un capricho... Es para mí, hoy es mi cumpleaños —confesó el alemán con cierto rubor.

—*Kullu sana we inta tayib!* Felicidades, entonces —añadió el vendedor con una amplia sonrisa—. Ojalá encuentre algo que le agrade entre la oferta de mi modesta tienda.

Marek observó con detenimiento las figuras. Todas tenían su encanto, pero una destacaba de forma especial sobre el resto. Su instinto de egiptólogo lo percibió de inmediato. Era azul, como otras que había visto antes, pero había algo en ella que la convertía en exclusiva. No sabía si era el color, casi turquesa, el brillo de la pasta vítrea con la que estaba finamente modelada o las imperceptibles grietas que mostraba en la parte delantera. Aunque peor conservado que algunos de sus compañeros de mesa, era un *ushebti* magnífico.

Siguiendo su experiencia en el mercado de antigüedades, Marek sabía que mostrar un interés excesivo haría saltar las alarmas del vendedor y el precio se dispararía de forma irremediable, así que dejó aquella preciosidad para más adelante y examinó con falsa atención los otros *ushebtis*. Pero cuando tomó aquella joya, carraspeó con nerviosismo. No pudo evitarlo.

La figurita, de apenas doce centímetros, estaba hecha de una fayenza azul exquisita, la pasta vidriada común en ese tipo de piezas. El brillo y el color le conferían un aspecto muy delicado, y los detalles añadidos con pintura negra —la peluca, los aperos agrícolas y el texto en jeroglífico— estaban perfectamente combinados. Marek deslizó el dedo índice de su mano derecha por la inscripción frontal. «La reina He... nut... tauí. Henut-tauí», balbuceó para sí.

—Es una pieza extraordinaria —dijo el vendedor rompiendo el silencio que se había creado en la tienda, mientras estiraba sobre el mostrador el paño de algodón que había envuelto aquellos tesoros de casi tres mil años de historia.

El alemán levantó la cabeza con una mirada ambigua, dejó la figurita sobre el

trapo y siguió examinando los otros *ushebtis* con esforzado interés.

—Son magníficos —dijo por fin—. No muy habituales, en efecto. ¿De dónde proceden? —preguntó haciéndose el distraído.

Wardi sonrió. Todos los extranjeros hacían siempre la misma pregunta, y él tenía una respuesta preparada.

—Estos objetos proceden de los valles que hay al otro lado del río. Se encuentran diseminados por la arena del desierto. No proceden de ninguna tumba en concreto, si eso es lo que quiere saber.

Aunque Marek sabía que mentía, asintió mostrando falsa conformidad.

—Si son tan comunes, imagino que no serán muy caros... ¿Cuánto valen? —preguntó al tiempo que volvía a tomar uno de los *ushebtis* de menor calidad, uno de color blanco, sin inscripciones y con varios desperfectos.

—Al ser usted un nuevo cliente en mi modesta tienda, señor, se los dejaré a muy buen precio. ¿Cuál es de su agrado?

—Me gustaría que me hiciera un buen precio por todos ellos.

El libanés arqueó las cejas sorprendido. No esperaba que estuviera interesado en los ocho *ushebtis*.

Wardi simuló calcular el precio de las piezas y dijo:

—Siendo así, no puedo bajar mi oferta de las quince libras, señor. Son piezas que harían las delicias de cualquier museo extranjero.

Marek bajó la cabeza y observó de nuevo los *ushebtis*. Sabía que en realidad aquel precio enmascaraba el valor del ejemplar de la reina Henut-taui; el resto no valía ni unas pocas piastras. El egiptólogo se dejó llevar y deslizó la yema del índice por el rostro regordete de la figura. Se detuvo en la protuberancia que destacaba sobre la frente: una cobra, símbolo del estatus regio de la dueña.

—Veo que tiene buen gusto, señor —observó el libanés al detectar cuál era la predilección del extranjero—. No hay muchos como éste en el mercado.

Marek, atrapado por esa mezcla de aspecto torpe y delicado del *ushebti*, sabía que nada era casual.

Wardi apartó a un lado las otras figuritas y jugueteó con el paño sobre el vidrio del mostrador. El alemán podría ser un cliente rico. No lo había visto antes, pero sabía que, al igual que a los americanos, a los alemanes no les importaba el dinero si se trataba de una buena pieza. Y el vendedor, que había crecido en aquella tienda abierta por su padre al poco de llegar de Beirut, sabía que aquel *ushebti* era, en efecto, una buena pieza. Muy buena.

—¿Y si me llevo sólo este ejemplar? —cedió finalmente el arqueólogo—. Sería un buen regalo, ¿no cree?

—Teniendo en cuenta su extraordinaria originalidad, no puedo pedir menos de diez libras por él.

—Debe de ser una pieza importante si por los otros siete sólo pide cinco libras.

—Es una reina, señor. Hay muy pocos *ushebtis* como éste. Diez libras es un precio justo.

El alemán sacó su cartera. Sabía que los árabes perdían el sentido cuando veían dinero contante y sonante. Fue sacando billetes hasta completar la suma de dos libras.

—Me temo que no podrá ser, señor —dijo Wardi—. Por ser la primera vez que visita mi tienda, le puedo hacer un precio especial, pero nunca bajaré de las trece libras por todas las piezas.

El alemán le aguantó la mirada con frialdad. Esbozó una sonrisa y volvió a echar mano a la cartera.

—Seguro que nos volveremos a ver. El *ushebti* me gusta, no voy a negarlo. Le doy cinco libras como gesto de generosidad.

Wardi comenzó a retorcerse con nerviosismo al ver el dinero sobre la mesa. No se lo pensó dos veces: cogió los billetes y los guardó en la misma caja de donde había sacado los *ushebtis*.

—Hace usted una compra excelente, señor...

—Marek, Kurt Marek, de Berlín —señaló de nuevo el alemán.

—Muy bien, señor Marek. Aquí tiene mi tarjeta. Estoy convencido de que volveremos a vernos. Tiene un gusto exquisito para las antigüedades y sabe elegir sus regalos. Permítame que le haga un obsequio.

Wardi se acercó de nuevo a las figuras funerarias, cogió un *ushebti* de madera de color amarillo y se lo tendió.

—No es una reina, pero también es un buen ejemplar, coetáneo de Ramsés II. Tómelo, señor Marek.

—Muchas gracias..., señor Wardi —dijo Marek releendo la tarjeta que acababa de entregarle—. Nos veremos pronto, estoy seguro.

—¡Mariam! —gritó entonces el anticuario.

La joven apartó al instante la cortina que separaba las dos zonas de la tienda.

—Envuelve estas piezas para el señor Marek. Y hazlo con sumo cuidado.

Mariam llevó los *ushebtis* a una mesa auxiliar que había al final del mostrador. Marek la siguió y, mientras ella envolvía el de madera, él tomó el de la reina y volvió a leer su nombre.

—Henut-tai —dijo con un hilo de voz.

Luego se lo entregó a la muchacha, quien colocó el *ushebti* en un papel especial. Los ató con un cordón fino de algodón, los metió en una bolsita de tela azul y se la dio con una sonrisa.

—Muchas gracias, Mariam, es usted muy amable.

La joven agradeció el cumplido. La mayoría de los clientes entraban y salían del negocio para hablar con Wardi y ni siquiera se percataban de su presencia.

El libanés se interpuso entre ambos —gesto inapropiado que no pasó inadvertido a Marek— y acompañó a su cliente hasta la salida, descorrió el cerrojo y abrió la puerta.

—Adiós, *Ma'as-salama* —dijo el vendedor con una exagerada reverencia.

—*Ma'as-salama* —se despidió Marek.

Tras ponerse su *tarbush* de fieltro rojo, del que nunca se separaba, palpó el bolsillo de la chaqueta para comprobar que llevaba las piezas consigo y echó a andar hacia el hotel Luxor, en el centro de la ciudad.

Al llegar a la arquería que precedía al hall de entrada, un joven del servicio le abrió la puerta. El vestíbulo era amplio y diáfano. Algunos espacios estaban delimitados por pequeños biombos de madera hechos artesanalmente en talleres locales. Era un establecimiento exclusivo y tranquilo, alejado del bullicio de la calle y con una zona ajardinada por la que se podía pasear. Para Marek, que conocía las incomodidades de otros lugares de Egipto, aquello era el paraíso. Sin embargo, apenas había tenido tiempo de disfrutarlo; el trabajo para el que lo habían enviado a Luxor le había impedido permanecer en el hotel y sacar partido de sus instalaciones. El alemán era un entusiasta del piano, y a veces se sentaba ante el que había en el vestíbulo. Los empleados de recepción agradecían su música, pero en cuanto entraba un grupo de turistas, dando voces y gritos, la ejecución de cualquier pieza se convertía en un acto heroico. Marek prefería tocar el piano que había en la planta baja del Museo de Bulaq, en El Cairo, o el que tenía en su casa. En definitiva, por muchas comodidades o lujos que ofreciera el hotel Luxor, como en su hogar de El Cairo no se estaba en ningún sitio. Llevaba poco tiempo en el Alto Egipto, pero ya tenía ganas de regresar a casa.

—Buenas tardes. ¿Está preparado mi equipaje? —preguntó en recepción.

—Sí, señor Marek, se lo traerán enseguida. El coche que lo llevará a la estación de ferrocarril lo está esperando. Aquí tiene un telegrama del Museo de Bulaq que ha llegado hace unos minutos.

—Perfecto, muchas gracias —respondió con una sonrisa.

Salió al soportal del hotel y abrió el mensaje lejos de miradas indiscretas. Estaba remitido por Ahmed Kamal, su fiel ayudante, secretario e intérprete en el museo. Sólo había escritas cinco palabras que confirmaban algo que ya sabía: «Próximo domingo reunión en Cairo». Observó el membrete del telegrama. Junto a Kurt Marek aparecía su verdadero nombre: Émile Charles Adalbert Brugsch, hermano menor de otro reputado egiptólogo, Heinrich Brugsch. No era un comprador de antigüedades cualquiera; desde hacía años trabajaba para el Servicio de Antigüedades como fotógrafo, arqueólogo y, ahora, infiltrado en las redes más oscuras del negocio en Egipto, como falso comerciante de antigüedades.

La reunión coincidía con la llegada a Egipto de su colega y amigo francés Gaston



Maspero. Llevaban muchos años trabajando juntos en Egipto, y entre los dos había habido desde siempre gran afinidad. Maspero sabía que Brugsch era uno de los mejores fotógrafos del momento, virtud respaldada también por un conocimiento profundo de la arqueología egipcia.

Mientras esperaba a los mozos que debían traer el equipaje, guardó el telegrama, se encendió un cigarrillo y sacó la bolsa de tela con los dos *ushebtis*. Los desenvolvió con cuidado. Observó con especial atención el de la reina Henut-taui. Levantó la mirada y contempló el perfil de la Montaña Tebana al otro lado del río. Brugsch sabía que, en algún lugar de esa inmensa montaña sagrada, se encontraba la tumba de la reina. El problema era saber dónde.

No quiso darle vueltas al asunto; no tenía sentido. Debía poner el hallazgo en conocimiento de sus superiores del Servicio de Antigüedades del Museo de Bulaq. Para eso se reunirían el próximo domingo.

***Año 969 antes de nuestra era***  
***Barrio de los artesanos, Tebas***

**R**ekhamun se secó el sudor de la frente con el paño que había junto a la entrada del taller. Luego lo sumergió en el agua de una tinaja e intentó refrescarse.

Los hornos se encontraban en una esquina del patio, pero la temperatura que desprendían era tan alta que todas las habitaciones del taller acababan contagiándose de aquel calor insoportable.

En la antigua tierra de Kemet, Egipto, el calor era extremo y apenas corría el aire. Además, el patio estaba amurallado de tal manera que evitaba aún más las corrientes. Sin embargo, no podían controlar el poder de la naturaleza y no eran pocas las ocasiones en las que el viento del desierto se colaba por algún rincón. Cuando esto sucedía aumentaba el calor en todo el taller o, en el peor de los casos, una chispa o una brizna encendida era capaz de originar un incendio y arrasar todo un barrio de la ciudad.

El trabajo menos agradable era el de los aprendices. Debían permanecer junto al horno durante horas, alimentando las llamas para mantener la temperatura. Un simple descuido, por minúsculo que fuera, podía hacer que se perdiera el punto de cocción.

En el patio del taller de Rekhamun había dos hornos. Su tamaño no era muy grande. Un par de hombres casi lo podían abarcar con sus brazos. Eran de ladrillos de barro y estaban colocados de tal manera que las corrientes favorecieran el trabajo. El hecho de que hubiera dos permitía fabricar el doble de piezas en el mismo tiempo, algo fundamental cuando los pedidos eran grandes, tal y como sucedía últimamente en Uaset<sup>[1]</sup>.

Rekhamun había heredado su buen hacer en la elaboración de la preciosa fayenza —*tjehenet*, «la brillante»— de las manos de su padre, quien a su vez lo había hecho de su abuelo. Muchas generaciones de su familia habían estado ligadas a los trabajos en el templo para la confección de objetos de este material. Otros talleres en la ciudad realizaban piezas similares y a un precio más bajo, pero las del viejo Rekhamun tenían algo especial que las convertía en únicas. Si bien la fayenza era un material usado con profusión desde los comienzos de la historia del país, el artesano de Uaset pertenecía a la generación de los que mejor habían sabido aprovechar todas sus ventajas.

Rekhamun era muy conocido y apreciado por conseguir un tono perfecto. «Del mismo azul que el cielo de Kemet», decían sus colegas. Sólo él era capaz de obtener el punto exacto en la mezcla y la cocción. Él afirmaba que no tenía ningún secreto; no

se trataba de usar unas proporciones determinadas. Algunos de sus compañeros se basaban en viejos rollos de papiro donde se especificaban las cantidades exactas de cada ingrediente. Pero Rekhamun nunca había usado ninguno de estos tratados. De ahí quizá el éxito de su trabajo. Como habían hecho su padre y su abuelo, se guiaba por su instinto de artista. Mezclaba la pasta, el agua y el sulfato de cobre en su justa medida y, después del secado y el horneado, el azul brillaba con todo su esplendor, como si tuviera luz propia. La experiencia era su único secreto. A lo largo de su carrera había desechado miles de piezas por no alcanzar los tonos deseados. También se equivocaba, y de esos errores aprendía. El artesano sabía que no era necesario nada más que la experiencia y el amor hacia aquel trabajo, casi sagrado, que estaba realizando.

A pesar de que los pedidos eran cuantiosos, la ciudad no estaba viviendo sus mejores momentos. El ambiente social no era el más propicio para la tranquilidad. Al contrario, los problemas se iban sumando unos a otros. La inseguridad en las calles era la tónica general en el día a día. No había jornada de trabajo en la que un ayudante o aprendiz no relatara un percance vivido en primera persona o por alguno de sus familiares o vecinos: desde pequeños hurtos para conseguir algo que llevarse a la boca hasta asesinatos en los que se mezclaban intereses más turbios.

Los problemas más graves se daban en la orilla oeste. En la aldea de los artesanos, Deir el-Medina, al pie de la montaña sagrada, los saqueos de tumbas eran un hecho cotidiano. Los artesanos se preguntaban qué sentido tenía trabajar en ellas si en apenas unos meses las moradas de eternidad iban a ser humilladas y destrozadas...

La corrupción y el expolio reavivaban viejos miedos ya olvidados, y las autoridades no sabían cómo frenarlos. En la memoria colectiva de los egipcios estaban los relatos grabados sobre los muros del templo de Ipet-isut<sup>[2]</sup> en relación a la invasión que durante años sufrió la tierra de Kemet por parte de pueblos pastores venidos de Oriente, los hicsos. El rey Tutmosis III, Menkheperra, descendiente del todopoderoso Amosis I, Nebpehtyra, que reconquistó definitivamente el Valle del Nilo, se adentró en los dominios extranjeros alcanzando incluso el territorio de Hatti<sup>[3]</sup>. Pero esos momentos de gloria se habían apagado hacía pocos años. El miedo a que una nueva invasión extranjera se hiciera con el poder de los faraones, cuya tierra se había convertido en un espacio inseguro, era cada vez mayor. El mal y la corrupción campaban a sus anchas desequilibrando la sagrada normalidad establecida por Maat, diosa del orden y la equidad, desde el origen de los tiempos.

Rekhamun tenía la sensación de que sus esfuerzos por hacer las cosas bien eran en vano. Prueba de ello eran los encargos que recibía a diario de los sacerdotes del gran templo de Ipet-isut. Su taller producía amuletos, vasos, platos, placas para decorar los edificios, sistros para endulzar el oído de los dioses en las ceremonias religiosas..., todo ello de una belleza insuperable, pero las piezas más demandadas en

aquellos días eran los *ushebtis*. Hacía los mismos modelos una y otra vez. Los pedidos se repetían porque los *ushebtis* encargados tiempo atrás para el enterramiento de un ser querido desaparecían con el saqueo de las tumbas o, peor aún, aparecían hechos pedazos en el desierto.

A él no le importaba tener que volver a hacer el trabajo; era beneficioso para sus arcas. Pero sabía que esas circunstancias eran producto del miedo y del terror que los grupos de ladrones habían sembrado en las necrópolis de la orilla oeste. Allí donde siempre se había dicho que empezaba el recorrido nocturno del sol hacia las horas de la oscuridad, la demoníaca Apofis deambulaba ahora con absoluta libertad. Esta terrible serpiente luchaba contra Ra durante las horas de la noche, complicando el trayecto que el dios realiza hasta el amanecer. Su aparición al alba era símbolo de la victoria de Ra sobre las fuerzas del mal. De la misma manera, al caer la noche, cuadrillas de bandidos recorrían los inescrutables senderos de la montaña sagrada de occidente en busca de las tumbas de sacerdotes, nobles y antiguos reyes. Sabían que en su interior había riquezas al alcance de la mano.

Frente al horno, sobre una mesa, un ejército de *ushebtis* perfectamente moldeados y de color casi blanco aguardaba el momento de entrar en aquel infierno de casi mil grados. Tras el tiempo requerido dentro del horno, las partículas de cobre que había en su interior emergerían a la superficie y les otorgarían el color azul que los caracterizaba. Una vez enfriados, esperarían a ser acabados por alguno de los aprendices del taller, quien, tras mojar un cálamo en un cuenco lleno de pintura negra, añadía a la figura la peluca y las herramientas agrícolas que aquel servidor emplearía en el reino de Osiris. En la parte frontal de la estatuilla, el aprendiz debía transcribir, de derecha a izquierda, las palabras mágicas por las que el *ushebti* cobraría vida y podría proseguir su viaje en el Más Allá ayudando a su dueño. Se trataba de uno de los pasajes del *Libro de la salida al día* o *Libro de los Muertos*:

*¡Oh, ushebti a mí designado! Si soy llamado o soy destinado a hacer cualquier trabajo que haya de realizarse en el reino de los muertos, si ciertamente además se te ponen obstáculos como a un hombre en sus obligaciones, debes presentarte por mí en cada ocasión de arar los campos, de irrigar las orillas o de transportar arena del este al oeste: «Aquí estoy», habrás de decir.*

Los *ushebtis* que ya habían recibido el texto para poder trabajar en sustitución de su amo en los campos de Osiris eran depositados a un lado. Así, un ingente ejército de figuras funerarias iba tomando cuerpo y forma en el taller de Rekhamun. Casi todas eran del mismo tamaño, no alcanzaban un palmo de altura y tenían los brazos cruzados sobre el pecho, el derecho siempre sobre el izquierdo, asiendo con la mano los aperos de labranza. A la espalda llevaban un cestillo con las semillas necesarias para cultivar los campos y, con la cosecha, alimentar al difunto durante toda la eternidad.

Al acabar el día, cuando la pintura estaba seca, se colocaban en cajas de madera

construidas a tal efecto, cubiertas también con fórmulas mágicas destinadas a facilitar la integración de esos seres, ahora animados, en el inframundo y en los campos de Ialu, las extensas tierras de Osiris donde deberían cultivar y recoger el grano en nombre de su señor.

Rekhamun alzó la cabeza al oír el sonido de la puerta de la sala principal. Era Hepu, uno de sus aprendices más jóvenes y también más virtuosos; Rekhamun delegaba muchas de sus tareas en él. Hepu, a pesar de su juventud, era una persona querida por sus compañeros, algunos de los cuales le doblaban la edad. Aun así, respetaban sus comentarios y decisiones. Entendían que era un artista aventajado que con el tiempo tendría su propio taller. Todos se enorgullecían de trabajar junto a él.

Aquella mañana Hepu entró cabizbajo. No podía decirse que fuera un muchacho excesivamente alegre, pero su maestro, al verlo, supo que algo no iba bien.

—Buenos días, Hepu.

—Buenos días, maestro —saludó el aprendiz en tono quedo.

—¿Sucede algo? —preguntó Rekhamun, preocupado.

Hepu se limitó a enseñarle lo que llevaba en la mano: varios fragmentos de *ushebtis*. El maestro se dio cuenta enseguida de que no eran unas figuras cualquiera. El color azul era el de su familia, el marchamo de calidad que les había acompañado durante generaciones.

Se limpió las manos con un trapo —al fin y al cabo eran objetos sagrados— y se acercó a su pupilo. No había duda de que esas piezas habían salido de su taller tiempo atrás. La cobra sobre la peluca pintada de negro era una señal inequívoca de que se trataba de un encargo realizado por la familia real del sur, los reyes sacerdotes del templo de Amón. El texto estaba fragmentado. Los cuatro trozos que Hepu tenía en la mano pertenecían a *ushebtis* diferentes. Sólo uno de ellos dejaba adivinar el comienzo del nombre del dueño dentro de un cartucho delineado con pintura negra.

—Henut...

—Henut-tai —completó Hepu señalando con el dedo el comienzo del texto—. Son restos de los *ushebtis* usados en el funeral de la hija de Ramsés XI y esposa del sumo sacerdote de Amón, Khakheperre Setepenamun, Pinedjem I.

—Fueron fabricados en este taller por el padre de mi padre.

—Lo sé, maestro, por eso los he traído.

—¿Dónde han aparecido? —preguntó Rekhamun mientras observaba las piezas con desasosiego.

—Al parecer han vuelto a robar en las moradas de millones de años de la orilla oeste. Dicen que hay restos de estos *ushebtis* por toda la montaña. Me los entregó Takelot, uno de los escribas de la necrópolis. Seguramente nos pedirán que hagamos más para sustituirlos. Los enterramientos se están trasladando.

Rekhamun, preocupado, chasqueó la lengua. Aquel suceso no hacía más que

sumar nuevos problemas a la ya convulsa situación que vivían en la tierra de Kemet.

—¿Qué sucedió con el enterramiento?

—Los ladrones se llevaron todos los objetos de valor. La guardia del templo custodia ahora la morada de millones de años. La reina descansa en un lugar vigilado a la espera de decidir qué se hace con ella. Temen que si la dejan en la misma morada, aun sin tesoros, los ladrones vuelvan a entrar con la idea de descubrir más piezas de valor.

En otras circunstancias se habrían alegrado de tener más trabajo, pero aquel conflicto los superaba.

—El futuro es incierto para la tierra de Kemet —señaló Rekhamun haciéndose a un lado—. Todos los días llega una nueva desgracia a nuestros oídos. Ya no hay sosiego en nuestros corazones ni en nuestras casas. La gente tiene hambre y es capaz de cualquier cosa para sacar adelante a su familia.

Hepu lo escuchaba desolado. Su maestro era para él un ejemplo en el trabajo y en la vida. Seguía al pie de la letra sus consejos; sus advertencias siempre le habían ayudado a afrontar los problemas que se le habían presentado a lo largo de la vida.

—¿Se sabe algo de los ladrones? —preguntó Rekhamun.

—No me comentaron nada, pero imagino que serán los mismos grupos que han actuado en otras ocasiones en la orilla occidental de Uaset. Es un trabajo rápido y limpio. En pocos días han fundido los metales más valiosos; se ha perdido todo rastro del origen del oro. Es imposible dar con ellos.

—Es imposible porque no se quiere acabar con el sistema —refunfuñó el viejo artesano—. Así de fácil. Nadie tiene hornos con los que hacer desaparecer cientos de *deben*<sup>[4]</sup> de oro así como así, de la noche a la mañana, y no dejar ni rastro.

—El saqueo de la morada de eternidad se produjo cuando...

—Hepu, no seas ingenuo —le cortó el maestro—. Los ladrones saben perfectamente dónde hallarán riquezas porque cierta gente del templo de Amón les indica en qué lugares deben buscar. Y los crímenes quedan impunes porque esos mismos sacerdotes se encargan de que los saqueos no se investiguen.

El joven aprendiz observaba a su maestro con asombro. Su rostro era fiel reflejo de la decepción que sentían muchos de los habitantes de Uaset ante los execrables acontecimientos que se vivían en la región desde hacía meses.

Hepu dejó los fragmentos de los *ushebtis* encima de una mesa que había junto a la pared.

—El padre de mi padre siempre decía que Henut-taui fue una gran mujer —continuó Rekhamun—. Si bien su esposo fue uno de los culpables de que se diera el primer paso hacia lo que hemos llegado hoy, ella no hizo nada malo para que ahora sus hijos saqueen su morada de eternidad. Hemos perdido cualquier tipo de ética; nuestras acciones se sopesan únicamente por el oro que se pueda conseguir, como si

fuéramos comerciantes del desierto.

—Me siento un tanto desilusionado al conocer la verdadera naturaleza de los sacerdotes que habitan Ipet-isut...

—La tierra de Kemet está dividida. La doble corona del país, la roja del norte y la blanca del sur, reposa sobre cabezas diferentes. Nunca se había visto algo así. El rey del norte controla a sus secuaces desde la ciudad de Dyanet, Per-Uadyet<sup>[5]</sup>. El rey del sur lo hace desde Uaset, dentro del templo de Amón. Los dos se respetan porque saben que no les queda otra solución.

—Pero las dos familias que rigen el destino del país están unidas por los mismos lazos —señaló Hepu, que no entendía la preocupación de su maestro en cuanto a la situación política.

—No lo niego, hijo, pero lo único que hacen esas familias es asentarse en extremos opuestos. Es algo irreal. Intentan controlar el norte y el sur por medio de matrimonios, pero al final no son más que uniones de conveniencia cuyas partes sólo miran por sus intereses. Cada uno gobierna su parcela. Los extranjeros están ocupando los puestos más importantes del país. Ya hemos perdido Nubia, y con ello el oro que nutría nuestras arcas desde el sur ha desaparecido. Somos pobres, Hepu. Y los sacerdotes de Amón lo saben, estoy seguro. Nadie recuerda una situación así. Ni siquiera en la época de la herejía, cuando el clero de Amón se vio sumido en la más absoluta miseria por culpa de aquel soberano deleznable cuyo nombre nadie puede pronunciar<sup>[6]</sup>, nuestra tierra sufrió abusos tan graves como los que padecemos ahora. Kemet se disuelve como el lodo cuando la crecida del Nilo alcanza los campos. Quién sabe lo que quedará de nosotros dentro de unos años.

Las palabras de Rekhamun no eran nada optimistas. Por el contrario, era su aprendiz el que intentaba reconfortar ahora a su maestro.

—El poder de Amón es infinito y magnánimo —replicó Hepu en un arranque de confianza—. Seguro que encuentra una solución para que sus hijos sepan cómo actuar siguiendo los preceptos de la diosa Maat.

—Detrás de los saqueos de las tumbas se hallan los mismísimos sacerdotes —sentenció Rekhamun—. Estoy seguro de ello. Es un secreto a voces. Carecen de oro con el que lucir su majestuosidad. Piankh, nuestro antiguo sumo sacerdote, hablaba del comienzo de un nuevo *Wehem-Mesut*, una «época de renacimiento». Con esa etiqueta lo único que reconocía era la caótica situación de la que veníamos y de la que todavía no nos hemos recuperado.

—No existe ninguna época dorada —afirmó el joven aprendiz—. No tengo demasiada experiencia y desconozco muchas cosas de la vida, pero mis padres y los padres de mis padres no cuentan cosas buenas de los tiempos que vivimos.

—El rey del norte no ha hecho nada desde Dyanet, Per-Uadyet por detener la sangría que sufrimos en el sur con la constante inestabilidad social a la que nos

vemos abogados.

—Sin embargo, maestro, los sumos sacerdotes de Amón pertenecen a las familias de los generales del ejército; algo tendrán que hacer para acabar con el caos y la pesadumbre que recorren las calles de Uaset y el resto de las ciudades del sur.

—Es cierto, Pinedjem fue general del ejército antes de convertirse en sumo sacerdote de Amón en Tebas. Pero ahora todo parece indicar que la desidia es la norma. El rico quiere más, y para ello no duda en aplastar al pobre. Los campesinos son cada vez más miserables. Las cosas valen tres veces más que antes; lo que cosechan apenas les permite pagar los impuestos. Pero lo peor es la pérdida de la identidad. Los sacerdotes de Amón no dudan en saquear un antiguo sepulcro para hacerse con el oro. Llevan a cabo sus sacrilegios justificándose en las bandas de ladrones que merodean por la necrópolis. Menudo argumento: antes de que robe otro, roban ellos. Han perdido el respeto por nuestros reyes y nuestros ancestros.

Rekhamun soltó un largo suspiro, meneó la cabeza con aire abatido y dijo:

—¿Sabías que las momias de los antiguos reyes están siendo sacadas de sus moradas de eternidad para ser llevadas a Djamet, el templo funerario de Ramsés III, donde las despojan de sus joyas y luego las vendan de nuevo?

—¡Eso es terrible! —exclamó Hepu, escandalizado—. Cruzar el umbral que nos transporta al mundo de las sombras... Ni en la más terrible pesadilla podría nadie imaginarse algo así.

—Y ante eso no podemos hacer nada...

—Confiemos en un pronto cambio de rumbo, maestro. Al menos aquí tenemos trabajo y nuestras relaciones con Ipet-isut son excelentes. No mordamos la mano que nos da de comer.

Rekhamun miró a su pupilo con una sonrisa en el rostro.

—Tienes razón, Hepu. Eres joven pero sabio. Ningún aprendiz me había dado nunca tan buen consejo. A veces la preocupación me consume y me obceco en pensamientos que no me convienen ni a mí ni a los míos. Vosotros, los aprendices de este taller, sois también parte de mi familia.

Hepu levantó el rostro con orgullo ante las palabras de su maestro. El hecho de que presentara esas consideraciones a su favor le enorgullecía en grado sumo, al venir de una persona elogiada.

—Espero que todo cambie pronto —continuó el maestro—. No obstante, aún sois muy jóvenes... Cuando yo tenía tu edad el camino no era fácil. En absoluto. Debíamos descubrir los obstáculos a cada paso y hallar los mejores remedios para cada problema.

—Así lo haremos ahora, maestro. Es el mismo camino para todos, lo único que cambia son los protagonistas. El ánimo y la entrega son idénticos.

—Espero que haya tiempo para reaccionar. Hoy ha sido Henut-taui, mañana será



otro miembro de la familia real, de los altos sacerdotes o de los nobles de la administración cuyas moradas de eternidad tachonan la montaña sagrada. Es desolador entrar en una tumba arrasada por los saqueadores. Sin ningún respeto irrumpen en ella y destrozan todo lo que encuentran a su paso.

—Hace unos meses vi la morada de descanso de un funcionario de palacio —dijo Hepu con expresión de horror—. Habían volcado las cajas y los ataúdes en busca de objetos de valor, cuando en muchos casos lo único precioso que hay en esos lugares sagrados es el cuerpo del dueño y los textos que lo acompañan. Ése es el verdadero tesoro que cualquier habitante de la tierra de Kemet quiere llevarse al reino de Osiris. Las herramientas que ayudan a resucitar y a disfrutar de la vida eterna en el paraíso de Rostau.

Rekhamun sonrió y le tomó por el hombro.

—Sigamos trabajando. No tiene sentido discutir sobre asuntos que realmente no nos competen.

—Yo estoy tranquilo, maestro. Nuestra magia es poderosa. El nombre de los muertos está grabado sobre los ataúdes, las cajas y los *ushebtis*. Se pueden llevar sus joyas, pero su memoria es eterna.

—Una vez más tienes razón, hijo. En eso reside la fuerza y la esencia de nuestro trabajo. Sigamos haciendo lo que mejor sabemos hacer, sólo así podremos ayudar.

*Jueves, 9 de diciembre de 1880*

*Orilla oeste de Luxor*

La tranquilidad imperaba en la aldea de Seikh Abd el-Gurna, lugar que todos llamaban Gurna, «el cuerno», como la cima de la montaña que dominaba el Valle de los Reyes. El sosiego siempre llegaba cuando el sol comenzaba a ocultarse tras la sagrada colina de la que había surgido la vida, según las creencias de los faraones, y donde se iniciaba el camino mágico hasta el inframundo.

Los hombres —agricultores, ganaderos, obreros de las incipientes excavaciones y más de un ladrón de tumbas— se reunían frente a las casas para charlar con familiares o vecinos antes de acostarse bien entrada la madrugada. Las mujeres hacían eso mismo mientras continuaban con sus faenas en la cocina o en las habitaciones interiores, protegidas de miradas indiscretas. Un buen fuego servía de bálsamo para apaciguar los problemas del día. Era el momento en que se contaban historias o leyendas ancestrales en las que las fantasías crecían a medida que se relataban una y otra vez.

Sin embargo, Ahmed Abderrassul estaba inquieto aquella noche. Después del fallecimiento de su padre, había pasado a ser el cabeza de familia, y los problemas le acuciaban. Todos vivían cómoda y holgadamente desde hacía tiempo, pero le atormentaba ser la única persona que conocía lo que muchos llamaban ya «el secreto de los Abderrassul», relacionado con el tráfico de antigüedades faraónicas. Había decidido que esa misma noche compartiría el secreto con Mohamed, su hermano más joven. Tenía que llevarle a la Montaña de las Momias.

La nueva casa familiar, la única que tenía un gran patio porticado, era la admiración y envidia de los habitantes de Gurna. Los Abderrassul no tenían problemas de dinero, y el negocio familiar daba incluso para ayudar a algunos vecinos (la mejor manera de cerrarles la boca y evitar pesquisas no deseadas). De una forma o de otra, en Gurna todos participaban del tráfico de antigüedades. La elección de sus casas no era casual. Muchos de ellos vivían en el interior de antiguas tumbas o habían construido su vivienda directamente sobre un terreno en el que, desde el suelo de una de las habitaciones, pudieran controlar el acceso a una parte de la antigua necrópolis. Esta tarea tampoco era segura. Más de uno había fallecido al excavar en una antigua tumba y desplomarse la montaña encima o caer en un pozo de diez metros de profundidad. Los riesgos eran grandes, pero los habitantes de Gurna los asumían porque, según ellos, no era un precio muy alto si el resto de la comunidad podía conseguir dinero extra por medio de las excavaciones ilegales. La llegada de

turistas en número creciente desde 1850 había llevado a muchos a dedicarse casi exclusivamente a la búsqueda de este tipo de piezas antiguas para venderlas luego a los extranjeros. Era lo normal y a nadie le extrañaba. Las autoridades habían querido en más de una ocasión trasladar el pueblo a otra zona, pero todos los intentos habían sido en vano. Siglos de tradición no podían borrarse del mapa tan fácilmente.

Sin embargo, la tumba descubierta por Ahmed en la Montaña de las Momias era algo extraordinario, aunque también significaba un peligro en sí mismo.

Todos conocían el origen de ese dinero, pero preferían mirar a otro lado y dar gracias a Dios por la bondad y el regalo con el que se les había premiado. Seguir trabajando sus tierras y cuidando del ganado como habían hecho siempre, sin preocuparse por los problemas que pudieran tener en un futuro, era la mejor opción.

Mohamed, el más joven de los Abderrassul, llegó pronto a casa. Dejó un fardo de tela sobre el banco de piedra que había junto a la puerta y fue directo a la cocina. Al atravesar el patio buscó con la mirada a Ahmed entre el resto de su familia (era norma de decoro y buena educación saludar al cabeza de familia cuando se entraba en la casa), pero no lo vio y pensó que no habría llegado o estaría en otro lugar de la vivienda.

Un candil iluminaba el pasillo con una luz muy tenue. La casa era prácticamente nueva, pero los desconchones de las paredes y el mal acondicionamiento general daban la impresión de que se había construido hacía una eternidad.

En la cocina, Fendia, su madre, vestida de negro, preparaba la cena junto a varias de sus hijas y nietas. Mohamed saludó a su esposa Eman con una sonrisa y un gesto cariñoso, luego tomó un cuenco de barro y se sirvió agua de una tinaja. Bebió, dejó el cuenco sobre la repisa y se secó la boca con la manga de la galabiya.

—Madre, ¿dónde está mi hermano Ahmed?

Fendia, en vez de contestar, interrumpió su tarea y se dirigió hacia la salida al patio que había en uno de los extremos de la cocina. Mohamed la siguió. Los hijos sabían que cuando la madre actuaba de aquella manera es que quería hablar con ellos a solas.

—¿Qué ocurre, madre?

—Ahmed quiere que vayas con él a un lugar. Es necesario, por el bien de la familia, que sigas todos sus consejos y le hagas caso en cada una de las cosas que te pida. ¿Lo harás?

—Por supuesto, madre, lo haré con gusto. ¿De qué se trata?

Mohamed observó a su madre. Era una mujer mucho más joven de lo que aparentaba. En los últimos tiempos, el trabajo en la casa, los hijos y especialmente la pérdida de su marido habían acelerado su envejecimiento. Las mujeres solían desempeñar un papel autoritario en la casa. Es cierto que el peso del poder recaía en el padre, sin embargo todas las decisiones eran consultadas con la madre, quien a

veces incluso las imponía. De esa forma se conseguía un equilibrio en la familia.

—Ha llegado el momento de que te haga partícipe de un secreto que incluso yo misma desconozco.

Y dicho esto, cuando el hermano menor de los Abderrassul iba a añadir una nueva pregunta, su madre se dio la vuelta y arrastrando los pies regresó a sus tareas en la cocina.

Mohamed se disponía a marchar a las habitaciones de sus hermanos cuando se topó de bruces con Ahmed. No lo había visto. La oscuridad de la noche se había mezclado con la galabiya de color negro que siempre llevaba el ahora cabeza de familia.

—Ven conmigo —dijo el hermano mayor antes de darse la vuelta y echar a andar.

Mohamed obedeció al instante. Si su hermano se lo pedía, siguiendo además la premisa que le había lanzado su madre, estaba obligado a ello.

El pequeño de los Abderrassul siguió los pasos de Ahmed hasta alcanzar la esquina del patio. Allí había una puerta que daba al exterior; una entrada que usaban en ocasiones para no ser observados y no depender de la principal.

—Sígueme —ordenó Ahmed con voz firme.

—¿No necesitamos fuego para alumbrarnos?

—Sí, pero sólo cuando lleguemos a donde te quiero llevar. Hasta entonces la luz de la luna nos bastará.

Aquella noche, en efecto, había una luna inmensa y plateada. Recorrieron en silencio las callejuelas de Gurna, pasaron por delante de las tumbas habitadas por algunos vecinos, quienes levantaban la mano en señal de saludo, y cuando llegaron al límite de la aldea comenzaron a subir por la ladera de la montaña. Ahmed iba delante y caminaba con decisión; conocía el lugar como la palma de su mano. Ambos sabían que en el extremo norte, a su derecha, se hallaba el templo de la reina Hatshepsut, justo detrás de la montaña tachonada de sepulturas de época faraónica.

Tras cruzar una hondonada, Ahmed enfiló un sendero cuesta arriba que su joven hermano desconocía.

—¿Adónde vamos? —preguntó, inquieto.

—Pronto lo verás, no te preocupes. Fíjate dónde pones los pies, esta zona es bastante abrupta, e intenta recordar el camino, es importante que lo conozcas bien.

Mohamed se estremeció. De pronto sintió sobre sus hombros el peso de una responsabilidad que le incomodaba.

Siguieron caminando hasta alcanzar una pared rocosa que les impedía el paso. Llegados allí, el mayor de los Abderrassul se pegó a la pared y avanzó con sumo cuidado. A sus pies se abría un pequeño desfiladero.

—La próxima vez que vengas recuerda que no debes llevar ropa tan clara —dijo Ahmed—. Esa galabiya amarilla que sueles llevar podría delatarte en mitad de la

noche.

Mohamed, cada vez más confuso, le seguía muy despacio.

—Ya estamos cerca —anunció Ahmed—. Ve con cuidado.

Recorridos no más de cien metros, alcanzaron una planicie por la que se podía caminar con comodidad. Dos salientes rocosos hacían de parapeto e impedían que fueran vistos desde otro lugar de la montaña.

Al final del saliente, junto a la pared de la montaña, había un agujero en el suelo de apenas dos metros cuadrados. Era un lugar de difícil acceso, y sólo lo veías si estabas delante.

—Supongo que ya sabes dónde estamos...

La voz de Ahmed resonó en la montaña con un eco tenebroso.

—En la entrada maldita de los *afrit*... —respondió el joven Mohamed con voz temblorosa—. ¿Por qué me has traído aquí? Éste es un lugar maligno...

Ahmed soltó una carcajada y dejó a la vista su dentadura mellada, repleta de piezas amarillentas y descolocadas. Mohamed se estremeció. Sabía que cuando su hermano reía de aquella manera, estaba a punto de estallar.

—¡No me digas que tú también te crees esas patrañas! —le espetó al tiempo que le daba un golpe en el pecho.

—Tú mismo dijiste que los habías visto y que tuviste un encuentro desagradable con uno de ellos —respondió Mohamed, indignado.

—Era mentira. Lo hice para evitar que el ingenuo de Kamal sintiera el más mínimo deseo de volver por aquí.

Ahmed comenzó a desenrollar una cuerda con la que había cargado desde la casa.

—No nos interesa que nadie más conozca este sitio —añadió mientras ataba con fuerza el extremo de la soga a un saliente rocoso—. Pero no quiero seguir siendo el único de la familia que sabe lo que hay aquí. Por eso te he traído conmigo.

Mohamed se sintió orgulloso del protagonismo que comenzaba a tener en aquella intriga. Era el hermano pequeño de la familia, pero hacía años que había dejado de ser un muchacho. Después de casarse, algunos aún lo consideraban un chiquillo, pero tanto en el trabajo como en su disposición para los asuntos de la familia siempre había respondido como un adulto. A esto había que sumar la confianza ciega que la madre le tenía, lo que hizo que Ahmed finalmente se inclinara por él.

—Te agradezco tu confianza, hermano —dijo con una sonrisa franca.

—Antes de bajar, júrame que tus labios jamás revelarán lo que estás a punto de ver.

—Entonces... ¿es cierto lo que dicen nuestros vecinos? —preguntó Mohamed con un hilo de voz.

—Nadie se plantea esas cosas, querido hermano. Nuestra familia vive bien y a nuestros vecinos no les falta de nada. ¿Estás dispuesto a comprometerte por tu sangre

Abderrassul?

Mohamed vaciló unos instantes. Las leyes no escritas pero conocidas por todos desde hacía generaciones le obligaban a acatar la orden del cabeza de familia. Estaba entre la espada y la pared. Pero era consciente de que esa situación lo elevaba en el estatus interno de la familia, un momento con el que siempre había soñado y que parecía haber llegado.

—Me comprometo... soy presa de mi destino.

Ahmed asintió satisfecho. A continuación hizo una amalgama con una tela mojada en grasa de animal y con un fósforo encendió las dos teas que había cogido en la casa. Dejó una de ellas en el borde del pozo y se deslizó con la otra en el oscuro agujero. Ayudándose de las piernas y de su propio peso comenzó a descender. Su agilidad era sorprendente. En sus anteriores visitas a la cueva se había familiarizado con algunas grietas y salientes de la roca, que usaba como peldaños.

Cuando llegó abajo, su hermano pequeño tomó la otra tea e inició el descenso. Tenía la sensación de estar bajando al mismísimo infierno.

En el fondo del pozo apenas había espacio para dos personas. Mohamed vio que su hermano se ponía de rodillas y se metía por una oscura oquedad que se adentraba en la montaña. Estaba llena de escombros, pero Ahmed se arrastraba sobre ellos como una víbora cornuda del desierto. Su galabiya negra empezó a cubrirse de polvo.

Mohamed le siguió. Ni siquiera podía imaginar lo que iba a encontrar al final del túnel. Las piedras iban formando una especie de rampa cada vez más ancha. Cuando pudo levantarse, estaba tan preocupado por no golpearse la cabeza que tardó en ver lo que había junto a él: una momia apoyada en la pared, fuera de su ataúd, con la mirada perdida en la oscuridad. Su terrorífico rostro lo hizo estremecer. Despedía un olor hediondo. Tenía el pecho abierto y un enorme boquete dejaba ver su carne momificada y putrefacta.

—Sígueme por aquí —ordenó Ahmed, y antes de que su hermano pudiera protestar, añadió—: Toma aire. Allí dentro el ambiente está muy cargado.

Con los ojos como platos, Mohamed lo siguió por una larga galería de casi dos metros de altura repleta a ambos lados de ataúdes y momias. En algunos tramos había tantos objetos que era prácticamente imposible caminar, y se abría paso a puntapiés.

De pronto llegaron a una zona donde el techo descendía de forma abrupta. En el suelo, unos escalones esbozados torpemente en la piedra daban paso a una nueva gruta de veinte metros de longitud. El panorama era el mismo: lúgubre, tenebroso. Las paredes estaban apenas sin desbastar y todo el espacio se hallaba ocupado por cajas, muebles, momias y objetos de lo más variopinto. Sólo se oía el tenue crepitar de las teas que llevaban ambos hermanos. Mohamed, anonadado ante aquella cantidad de tesoros, miraba a ambos lados desconcertado.

—Esto es la Montaña de las Momias... —dijo al final rompiendo el silencio—.

¿Quién más lo sabe?

—Sólo tú y yo. Nadie más. Es el secreto de la familia, para beneficio de nuestros hijos y de los hijos de nuestros hijos.

—¿Por qué no lo has compartido con nuestros hermanos, o incluso con madre?

—Las mujeres no saben guardar un secreto —respondió Ahmed en tono despectivo—. Y en cuanto a nuestros hermanos y cuñados... no confío en ellos.

—De este lugar es de donde dicen que sacas los tesoros de los faraones que luego vendes a los extranjeros, ¿no es así?

—Ahórrate ese tono displicente. ¿Crees que media docena de cabras dan para alimentar a toda la familia y para construir la casa en la que vives?

—Entonces, ¿es cierto que somos ladrones de tumbas?

—Robar a los muertos no es robar —se justificó Ahmed—. Esta montaña nos pertenece. Si los *efendis* quieren algo, que lo paguen. Así nosotros nos llevaremos nuestra parte. Es lo más justo, ¿no te parece? Esto es más nuestro que suyo.

—Pero es peligroso..., tarde o temprano se sabrá. Son muchos los vecinos de nuestra aldea que nos tienen envidia. Si nos ven entrar aquí a por tesoros...

—Tranquilízate —le interrumpió Ahmed—. Desde que lo descubrí, solamente he venido a la Montaña de las Momias tres veces. Lo peligroso es recorrerla por la noche y llegar hasta la tumba. Hacía meses que no venía por aquí. En un solo viaje puedes conseguir *antikas* para que la familia viva holgadamente durante todo un año. Confía en mí. No es necesario nada más, créeme.

Se hizo el silencio, sólo roto por el chisporroteo de las antorchas. Mohamed miraba alrededor aturdido. Ante la indecisión del joven, por un momento Ahmed comenzó a dudar si era buena idea contar con su hermano, pero confiaba en él. Sabía que por encima de sus ideas estaba el honor. Si lograba convencerle de que aquello era el pilar sobre el que se sustentaba la familia, podría estar tranquilo.

Ahmed sacó un pequeño saco de tela de uno de los bolsillos de su galabiya.

—Te mostraré cuáles son los objetos más preciados. Los hay a cientos —dijo tomando del suelo un fantástico *ushebti* azul vidriado—. No hace falta buscar mucho.

—¿Cuánto pagan por una figura de éstas?

—Depende de a quién se la ofrezcas, pero puedes conseguir perfectamente tres o cuatro libras.

—¡Eso es mucho dinero! —exclamó Mohamed, que lo miraba con los ojos muy abiertos.

—En efecto, lo es. Y si llevas un buen papiro, se puede conseguir cuatro veces más. Dentro de las cajas los hay a docenas. Para desenrollarlos hay que humedecerlos antes un poco, de lo contrario se convierten en polvo en la mano.

—Pero... ¿cómo los vendes? Seguro que es peligroso.

—Descuida. Tengo amigos que conocen a las personas de las *antikas*. Pero en eso

es mejor que no te metas. Cada uno de nosotros tiene su función, pero sólo yo conozco lo que hacen los demás. Es mejor que sea así. Hay que dividir el trabajo en partes para que todos nos veamos recompensados de igual forma y no intentar escudriñar o saber qué hace nuestro hermano. Tú ahora sabes dónde está la tumba, pero eso no te da prioridad sobre el resto. ¿Sabrías qué hacer con una figura como ésta? —Ahmed señaló el pequeño *ushebti* que acababa de coger de una caja de madera en la que había un montón de ellos.

Mohamed negó con la cabeza. Todo aquello le abrumaba y, en el fondo, le aterrorizaba. Hacía tiempo que se había dado cuenta de que sus hermanos se comportaban con él de una forma extraña, casi condescendiente, como si conocieran algo que él ignoraba; un secreto a voces que él era incapaz de descubrir. Y así era. Sus preocupaciones nunca habían ido más allá del cuidado de las pocas cabras con que contaba la familia: llevarlas a la orilla del Nilo para que bebieran y pastaran y regresar a casa cuando los últimos rayos del sol se ponían tras la montaña de la antigua ciudad de Tebas. Pero ahora su hermano acababa de confiarle una enorme responsabilidad. Ahmed había pensado en él para que fuera el transmisor de un conocimiento que aseguraría la prosperidad de la familia durante las próximas generaciones.

—Estoy seguro de que padre estaría orgulloso de ti —dijo el hermano mayor poniéndole una mano en el hombro.

—Es una gran responsabilidad. Una carga.

—Lo es, pero sólo tendrás que venir aquí cuando yo no pueda hacerlo. Yo te enseñaré cuáles son los objetos más preciados, algo te he adelantado ya. Cuando vengas, te llevarás todas las *antikas* que puedas y no volverás en muchos meses.

—¿Y qué haré con ellas? —preguntó Mohamed, preocupado.

—De eso se ocuparán en casa. Pierde cuidado. Olvídate de eso. No estás solo —dijo Ahmed en tono conciliador—. Todos estamos involucrados por igual, pero cada uno tiene su papel, ya te lo he dicho. No te preocupes. Y si alguna vez tuvieras problemas con un vendedor o con alguien del mercado, contamos con una persona que podría hacer por ti el trabajo más desagradable...

Mohamed se estremeció cuando su hermano se pasó el pulgar por el cuello y soltó una risotada. Luego Ahmed se agachó y fue cogiendo del suelo *ushebtis* y metiéndolos en la saca de tela.

—Los que más gustan a los *efendis* son los brillantes —explicó al tiempo que le tendía uno.

Mohamed tomó la estatuilla con cierto temor. Eran figuras de muertos. Para él no dejaban de ser objetos de una cultura pagana, milenaria y hasta diabólica. Los temidos *afrit* se encargaban de la custodia de esos lugares. El joven miraba a ambos lados, a la espera de que saliera algún demonio protector de entre las sombras de la



tumba.

—No seas ridículo, aquí no hay nadie —le reconvino Ahmed—. Esas historias de los *afrit* no son más que leyendas sin sentido. ¿Tú ves que nos haya sucedido algo a mí o a alguien de nuestra familia?

Mohamed negó con la cabeza en un intento por convencerse de que todo era normal.

—Seguro que esa caja contiene papiros. Ábrela.

El nuevo ladrón destapó una caja de madera de cedro. El interior no dejaba adivinar nada. Estaba corrupto, sucio, maloliente.

—Déjame ver... Sí, son papiros. ¿Los ves? Están enrollados, pero dentro tienen dibujos pintados con vivos colores que vuelven locos a los *efendis*.

Ahmed desdobló un poco una de las esquinas del rollo. Bajo la luz amarillenta de la tea aparecieron extraños grabados y los brazos de una figura: una mujer con un precioso vestido blanco ajustado al cuerpo.

A Mohamed le pareció una visión horrenda y pecaminosa y apartó la mirada. Ahmed rió ante la reacción de su hermano y metió el papiro en la bolsa, junto a los *ushebtis*.

Tras varios minutos recogiendo las figurillas más brillantes que tenían a mano, Ahmed dejó la bolsa junto a un enorme ataúd blanco que había apoyado en la pared y, con las dos manos, separó la tapa. Había reservado lo mejor para el final.

—Acerca la luz —pidió a su hermano, que contemplaba la escena con cierta consternación.

Al aproximar la antorcha, el interior de la caja funeraria les ofreció una escena grotesca: una momia con ojos de pasta vítrea, desorbitados, los miraba como si quisiera castigar el gesto impío de los saqueadores.

Mohamed dio un salto hacia atrás.

—¡No te asustes! —dijo Ahmed entre risotadas—. ¡No te va a hacer nada! ¡Está muerto! Hace unos meses le retiré las vendas que le cubrían el rostro. ¿Ves esto? —Señaló la frente del rostro pintado con delicadeza sobre el ataúd de madera.

Su hermano vio una serpiente sobre lo que parecía ser la peluca de la figura. Se encogió de hombros.

—Ilumíname aquí —pidió Ahmed—. Mira, es una serpiente, una cobra como las que hay en el desierto. ¿Sabes qué significa eso? Se trata del cuerpo de un rey. Los reyes eran enterrados con grandes riquezas. Dentro de sus ataúdes y en sus momias podemos encontrar oro.

—Pero eso es robar a los muertos... Eso no está bien; en la mezquita el jedive dice que si...

—¡Eres un estúpido! —gritó Ahmed golpeándole el pecho con fuerza—. ¿Vas a seguir creyendo todas esas tonterías? Los que dicen eso lo que quieren es apropiarse

de estos tesoros antes de que lo hagas tú. Créeme.

—En cualquier caso, si se trata de reyes, sus espíritus serán poderosos y andarán rondando estas galerías...

—No seas ridículo. ¿Crees también las historias de las maldiciones? Mírame a mí. Llevo mucho viniendo aquí, haciendo esto mismo, y lejos de morir o toparme con un funesto futuro, todos nosotros hemos prosperado. ¿Qué más pruebas necesitas para convencerte?

Mohamed tuvo que reconocer que su hermano tenía razón. Si bien el lugar era lúgubre y tétrico, emanaba cierta tranquilidad. Sin embargo, desde pequeño le habían enseñado que el mundo de los muertos era algo sagrado, en lo que no había que entrar.

Observó el rostro de la momia con detenimiento. Tenía la cara hinchada, la boca desencajada y el hálito de corrupción que sólo la muerte puede dejar en un ser abandonado a su suerte. Su aspecto demostraba que ya había sido saqueada con anterioridad.

—¿Has hecho tú eso? —preguntó Mohamed, conmocionado.

—Sí, ya te lo he dicho. Las momias suelen enterrarse con collares de oro. Busca siempre en el cuello y, sobre todo, en el pecho. Puedes encontrar joyas de metal, piedras grabadas, un escarabajo tallado, amuletos de todo tipo... Y cualquier cosa vale para los *efendis*. —Al tiempo que decía esto, Ahmed rajó con un cuchillo el pecho de la momia, introdujo la mano en su interior y extrajo un espectacular escarabeo.

Su hermano lanzó un grito apagado ante la frialdad con la que trataba aquel cuerpo, pero al ver ese tesoro su rostro cambió de expresión. El escarabeo era de piedra oscura y tenía inscripciones en la parte posterior, lo que aumentaba su valor. Además, un engarce de oro, unido a una lámina del mismo metal que recorría sus patas, lo sujetaba por la parte superior. Daba la sensación de que el escarabajo estaba dibujado con líneas doradas.

Era un objeto precioso. Ahmed se lo entregó para que lo contemplara. La finura del tallado de la piedra para hacer en el mismo bloque la cabeza y las patas, o el rayado de los élitros, eran fascinantes. Su tamaño también era significativo: ocupaba casi toda la palma de la mano.

—Esto serán más de cinco libras —dijo el mayor de los Abderrassul recuperando la joya e introduciéndola en su bolsa—. Prueba tú ahora con esa momia. Yo te sujetaré la luz.

La petición de su hermano le pilló desprevenido. Cabizbajo, se acercó a un ataúd enorme que había junto al otro. Cogió con ambas manos los laterales de la tapa y, haciendo fuertes aspavientos, consiguió separar las pestañas que lo unían a la cubeta. El crujir de la madera retumbó hasta en el último extremo de la galería. Apartó de una

patada un trozo de la tapa que se había desprendido. Dentro había un segundo ataúd. Mohamed miró a su hermano y esperó instrucciones. Éste se limitó a asentir con la cabeza. En esta ocasión un simple movimiento bastó para desplazar la cubierta, de color amarillento. Dentro había una momia. Los ungüentos empleados en la Antigüedad habían ennegrecido el lino funerario. El olor a podrido empezó a llenar el ambiente.

Ahmed le tendió el cuchillo.

—Recuerda lo que te he dicho —dijo.

Mohamed asintió, tomó el cuchillo por el mango y lo acercó con mano temblorosa al pecho de la momia. Cortó las vendas de la superficie y luego fue perforando poco a poco. Al llegar a la carne momificada comenzaron a saltar trozos de piel quemada y fragmentos de huesos. El joven de los Abderrassul aguantó con toda la frialdad que pudo. Fue agrandando el agujero hasta que entre los restos de carne reseca vio brillar algo. Apuntó el cuchillo hacia ese lugar y no tardó en dar con un nuevo escarabeo. Era de un azul intenso y tenía puntos dorados por toda la superficie. Se trataba de un fantástico ejemplar hecho en lapislázuli.

Mohamed lo sopesó en la mano. Al igual que el que había sacado su hermano poco antes, tenía jeroglíficos. El nuevo ladrón de tumbas sonrió y le tendió el tesoro a su hermano. Ahmed lo observó con interés.

—Buena presa, sí... —Escupió sobre la piedra y luego la limpió con la manga de su galabiya. Quedó brillante, resplandeciente.

—¿Cuánto se puede sacar por esto? —preguntó Mohamed.

—No tiene oro, pero esta piedra es lapislázuli, muy apreciada también por los *efendis*. Yo creo que como mínimo nos darán cinco libras.

Mohamed volvió a sonreír. Satisfecho y convencido de que su nuevo trabajo iba a resultarle fácil, alzó el cuchillo con la intención de dar una nueva tajada a la momia en busca de alguna joya más, cuando su hermano le agarró del brazo y lo frenó en seco.

—No seas loco —le recriminó—. Llevamos ya muchas cosas. Con todo esto tenemos más que suficiente para varios meses. No debemos ser avariciosos.

La sonrisa de Mohamed se esfumó.

Alumbrándose con la antorcha llegaron a la salida de la tumba. Ahmed tapó la estrecha bocana con varios bloques de piedra que se habían desprendido del techo. Aquel lugar era peligroso; más de un vecino había quedado sepultado bajo la montaña cuando estaba llevando a cabo actividades de dudosa honestidad.

—Sube tú primero. Busca los salientes de la roca, no es complicado. Cuando salgas, lanza de nuevo la cuerda para que pueda atar las dos sacas. Ahí tienes una piedra que te permitirá comenzar el ascenso con facilidad.

Mohamed siguió los consejos al pie de la letra. Ayudándose con la espalda y los

pies, subió con agilidad. Parecía que hubiera hecho eso mismo en multitud de ocasiones. Su hermano mayor sonrió orgulloso.

Una vez arriba, lanzó la cuerda para que Ahmed atara las bolsas.

—¡Ten cuidado al subirlas, no las golpees contra las paredes! —gritó éste desde el fondo del pozo.

La valiosa mercancía fue elevándose con una cadencia controlada hasta alcanzar el borde del pozo. Luego Mohamed volvió a lanzar la cuerda para que pudiera subir su hermano.

Cuando los dos estuvieron arriba, recogieron los enseres y emprendieron el regreso a la aldea.

—¿Sabrás volver aquí? —preguntó Ahmed—. ¿Recordarás el camino y el lugar exacto?

—Sí, descuida, no se me va a olvidar...

Y sin mediar palabra, agilizaron el paso hasta alcanzar las primeras viviendas de Gurna.

Al llegar a la casa, Ahmed dejó su saca bajo un viejo banco de madera que había en el patio, e indicó a su hermano que hiciera lo mismo. Acto seguido entraron en la cocina y, como hacían todos siempre al llegar a casa, bebieron un poco de agua de la gran tinaja de barro que había junto a la entrada.

—Que descanses, hermano. Hasta mañana.

—Hasta mañana... —respondió Mohamed, sorprendido de que se marchara sin ninguna otra explicación.

Cuando su hermano desapareció tras la esquina que daba paso a las zonas privadas de la casa, no pudo contener su curiosidad: desanduvo sus pasos hasta el patio, bañado por la claridad de la luna llena. Las sacas ya no estaban allí. Alguien de la familia se las había llevado.

*Año 969 antes de nuestra era*  
*Necrópolis de los reyes, Tebas*

El aullido de un perro del desierto estremeció a los tres hombres que caminaban por el risco de la montaña. Marchaban encorvados para no ser vistos por los guardas de la Grande y Majestuosa Necrópolis de Millones de Años de los Faraones, Vida, Salud y Prosperidad, en el occidente de Uaset. El camino que debían seguir estaba marcado con anterioridad y no podían salirse de él ni un palmo, de lo contrario entrarían en el campo de visión de otra unidad de vigilancia y serían descubiertos. Habían aprovechado el escaso cuidado de la cuadrilla de la entrada meridional, junto al gran pico de la montaña, para avanzar con relativa tranquilidad.

Dos de los hombres se detuvieron al volver a escuchar el grito del animal. Lo único que vieron fueron las sombras que lo cubrían todo. La luna estaba casi llena. Acostumbrados a la oscuridad se movían como pez en el agua en aquel escenario aparentemente agreste. Pero con los gritos de los animales incluso el más avezado de los ladrones se sobresaltaba al sentir pasar junto a él la negrura de la noche en forma de perro. Su aliento era terrible contra quienes pretendieran acercarse de forma impía a la morada de descanso de los que allí habían sido enterrados. Sabían que los perros eran los guardianes del mundo de los muertos y que tarde o temprano, en su paso al Amenti, el reino de Osiris, deberían rendirles cuentas. Los cánidos y las sombras del desierto eran los habitantes invisibles de los valles de la montaña al oeste de Uaset, el lugar donde se ponía el sol y donde comenzaba el mundo de las tinieblas.

Paykamén, el más templado de los tres hombres, sabía que todo aquello no eran más que pamplinas. Llevaba trabajando en el templo de Ipet-isut desde que era un chiquillo, junto a su padre, quien también desempeñó el mismo puesto bajo la tutela del supervisor de los ganados del santuario, y jamás creyó en las supercherías que a diario veía frente a sus ojos. Todos hablaban de la autoridad del dios, de su inmenso poder, y a la hora de la verdad todos sucumbían a la muerte sin remisión. Las ofrendas que los ciudadanos de Uaset dejaban en los altares no eran devoradas por los dioses sino por los sacerdotes.

—El dios ha disfrutado de la esencia del pan y del vino. Sólo nos ha dejado estos panes y jarras, totalmente secos y estériles —decía su padre cuando llegaba a casa con una bolsa llena de comida y bebida.

Sin embargo, al pequeño Paykamén aquel pan y aquel vino le parecían de lo más sabroso. Igual que si lo hubiera comprado en el mercado esa misma mañana, como así era. Por lo tanto, no es de extrañar que muy pronto comenzara a dudar de la

realidad teológica que rodeaba a todo el ceremonial que se había levantado en torno al gran templo de Ipet-isut. Pensaba que cuando fuera adulto lo comprendería, pero no fue así. Al contrario, a medida que crecía fue tomando conciencia de la hipocresía de la clase sacerdotal. El título del sacerdote para el que trabajaba, supervisor de los ganados, era casi honorífico; realmente había más sacerdotes que cabezas de animal.

Ante esa situación, si bien siguió los pasos de su padre en el templo, al mismo tiempo prefirió emprender su propia exploración de la vida. Y lo hizo de tal forma que acabó convirtiéndose en ladrón de tumbas; la situación económica que atravesaba el país había hecho menguar de tal manera las ofrendas y donaciones al santuario, que apenas daban para alimentar a todos sus habitantes.

Él tenía muy claras las ideas, pero no estaba muy seguro de que sus dos compañeros fueran igual de incrédulos. Nesumontu y Beki trabajaban junto a Paykamén en el gran templo de Ipet-isut; eran aprendices en los talleres de los orfebres, trabajo por el que pagaban una insignificancia. Por eso de vez en cuando se colaban en la biblioteca del templo, averiguaban dónde se hallaban las tumbas con mayores riquezas y, por la noche, se adentraban en la montaña a la caza de tesoros. En otras ocasiones, como aquélla, formaban parte de otro equipo de asaltantes en donde la tajada solía ser mayor.

Sonó otro aullido, esta vez más cerca.

—No mires a tu espalda, mira al frente —dijo Paykamén—. Yo estoy detrás de ti. ¿Tienes miedo?

Nesumontu no contestó. Miraba aterrorizado en ambas direcciones, convencido de que en cualquier momento el dios chacal Anubis se abalanzaría sobre su cuello y se lo cercenaría de un certero mordisco.

—Yo no veo a nadie —susurró Beki unos pasos por detrás.

—Pues claro que no —rezongó el líder del grupo—. Los animales te temen a ti; tú eres el extraño en su territorio. Aúllan porque tienen miedo. Pronto se irán y estaremos aún más solos, tenemos que redoblar la vigilancia; el temor disipa nuestra atención.

La seguridad de Paykamén consiguió tranquilizar a Nesumontu. Aferrando el saco de tela y las pocas herramientas que llevaba consigo, siguió avanzando al frente del grupo. Cuando llegaron a una zona en la que varias rocas les permitían resguardarse, hicieron un alto en el camino.

La tumba que abordarían aquella noche estaba en el extremo septentrional del valle en el que descansaban los faraones. Paykamén tenía todos los datos en la cabeza. Como en otras ocasiones, su contacto en los archivos del templo de Amón le había proporcionado la información.

En cada nueva incursión maldecía el día en que perdió el ostracón en el que se indicaba la ubicación de varias tumbas. En aquella lasca de piedra se describía dónde

se hallaba un magnífico tesoro. Su pérdida y el paso de los años, junto a las continuas obras llevadas a cabo en el valle, habían ocultado varias moradas de eternidad. Sospechaba que muchas de ellas estarían repletas de tesoros que podrían haber sido solamente suyos. Pero hacía tiempo que un descuido le hizo perder en una huida aquel preciado mapa. Ahora el precio que debía pagar a aquella misteriosa sombra a la que nunca veía el rostro era muy alto, pero la recompensa obtenida no lo era menos: un plato de oro, un anillo, un collar valiosísimo... Una fortuna para un simple sacerdote.

Miró al cielo para comprobar la posición de la luna. Quedaban muchas horas de oscuridad hasta el amanecer, cuando cambiaban los turnos de vigilancia en la montaña. Entonces ellos ya tendrían que estar en la ciudad, al otro lado del río. La luna bañaba con luz plateada el fondo del valle. Los senderos se dibujaban sobre la arena roja. Paykamén conocía el lugar a la perfección. Tras hacer una seña a sus compañeros, ordenó que le siguieran. Avanzó como un perro del desierto, con la seguridad que da la experiencia.

Los tres hombres descendieron a gran velocidad por una loma que llevaba al centro del valle; cada pocos pasos se escondían en los entrantes y salientes de la roca madre. Al rato, cerca ya de su objetivo, las bocas de acceso a varias tumbas empezaron a delinearse en la oscuridad. Nesumontu y Beki, sobrecogidos, se detuvieron ante una de las enormes puertas. La luz de la luna incidía sobre el dintel de piedra de color blanco cubierto de jeroglíficos azules; los tonos usados siglos atrás por los antiguos artesanos casi brillaban en mitad de la noche.

—¿Qué hacéis ahí parados, estúpidos? —dijo Paykamén—. No tenemos tiempo que perder. Agachaos y seguidme.

Los orfebres se miraron y obedecieron. Los tres hombres parecían serpientes avanzando entre las sombras de la noche. No tardaron en alcanzar el límite septentrional de la Necrópolis de Millones de Años de los Faraones. Al llegar al extremo, Nesumontu y Beki interrogaron al jefe con la mirada. Paykamén miró a lo alto de las montañas que rodeaban el valle y pidió silencio con un gesto de la mano. Diluidas en el sonido del viento les llegaron voces procedentes del puesto de vigilancia. A pesar de la luz de la luna, no se veía ninguna sombra de los guardas. Debían andarse con cuidado. A veces se separaban para hacer la ronda por los senderos que recorrían el interior del valle. Los tres lo tenían muy presente, por eso iban armados para poder solucionar de forma expeditiva los posibles obstáculos que pudieran encontrarse.

Frente a ellos se abría una bifurcación.

—Por aquí —dijo Paykamén señalando el camino de la derecha. Estaban muy cerca de su objetivo.

Una vez en el sendero, a la izquierda se recortaba una puerta excavada en la roca

de la montaña.

—Más adelante ha de haber una segunda puerta —susurró Paykamén—, y más allá la tercera. Allí está nuestra meta.

Encontraron la segunda a los pocos metros, y enseguida llegaron a la tercera. Iban pegados a la pared. Se detuvieron, jadeando por el cansancio, y se dejaron caer hasta el suelo.

La entrada de la tumba tenía casi la altura de tres hombres y no menos de cuatro pasos de ancho.

—¿A quién perteneció esta tumba? —preguntó Beki, asombrado por la grandiosidad de la entrada.

—¿Seguro que aquí hay algo de valor? —añadió Nesumontu con recelo.

—¿Piensas que soy idiota? —replicó Paykamén, indignado—. Si no te gusta, ya puedes empezar a desandar el camino que hemos hecho. Pero te aviso que el viaje de vuelta no es sencillo.

El sacerdote se sacó de las ropas un cuchillo. Con un movimiento rápido lo colocó en el cuello de Nesumontu obligándole a estirar la cabeza hacia arriba si no quería ver cómo la sangre empezaba a brotar de su cuello.

—Hemos venido juntos hasta aquí y regresaremos juntos, los tres. Si habéis decidido romper el pacto, os rogaría que me lo dijerais ahora. Acabaré con vosotros, arrojaré vuestro cuerpo al pozo de la tumba y disfrutaré yo solo de las riquezas que haya en su interior.

Durante unos instantes Beki aguantó la respiración viendo cómo su compañero se debatía entre la vida y la muerte en las manos de Paykamén.

—Déjale, estamos contigo —dijo Beki—. Te ayudaremos y respetaremos el pacto que hicimos antes de cruzar el río.

El jefe de los ladrones tardó en bajar el cuchillo, su mirada seguía clavada con odio en el rostro de Nesumontu.

—Así lo haremos —respondió Paykamén al tiempo que Nesumontu se frotaba el cuello con la mano para comprobar que no tenía sangre ni herida alguna.

—Dentro habrá que tener cuidado con el pozo... —intervino Beki—. ¿Has estado aquí antes?

—El pozo está más adelante. Entremos; avanzaremos unos pasos y encenderemos las lámparas. La tumba está inacabada pero...

—¿Inacabada, dices? ¿No hay nada que nos podamos llevar? —preguntó Nesumontu con la misma desconfianza que antes.

Paykamén se giró como un perro enfurecido, lo agarró del cuello y lo estampó contra la pared. Dejó caer la bolsa en la que llevaba algunas herramientas y le asestó un bofetón que retumbó en el interior de la galería.

Después, el silencio. Paykamén había dejado bien claro sus intenciones y parecía



que sus dos acompañantes por fin habían entrado en razón.

—No perdamos más tiempo. Encendamos las lámparas y seguidme hasta el fondo de la galería —ordenó el jefe del grupo—. Esta morada de eternidad fue construida para Ramsés XI Menmaatra, pero nunca llegó a ocuparla. Si os fijáis, en las imágenes de las paredes de la entrada veréis al rey junto a algunos dioses. Son amuletos que ya no tienen poder. Están inertes, abandonados a su desgracia. El rey nunca fue enterrado aquí. Se demostró más listo que nadie: huyó al norte con todo el oro que pudo llevarse y allí descansa. Aunque seguramente su morada ya ha sido saqueada... En el delta, cerca del Gran Verde<sup>[7]</sup>, la situación no es mejor que la que vivimos aquí.

Sin tiempo que perder, los tres abrieron las bolsas que llevaban y sacaron las lámparas. Paykamén, que había robado aceite del templo para mojar las pequeñas teas, ayudó a sus compañeros a encender la mecha frotando con fricción dos piedras sobre unos rastrojos. Cuando el calor hizo que el rastrojo se pusiera rojo, avivó con un soplido muy leve el inicio del fuego, luego acercó la tea mojada en aceite y ésta prendió al instante.

Después de compartir el fuego, Paykamén señaló uno de los muros. La pintura amarilla cubría toda la piedra resaltando las siluetas de las figuras allí representadas. A un lado se veía al faraón frente a Harmakis. El dios solar, con cuerpo humano y cabeza de halcón coronada por un disco rojo, caminaba hacia la entrada de la tumba, como si saliera de ella. Aquella tumba era también su morada eterna, y los ladrones lo sabían. Nesumontu y Beki se miraron asustados. El poder de aquellas divinidades los sobrecogía.

—¿Por qué tenéis miedo de una simple figura? —preguntó Paykamén—. Temed a los vivos, no a los muertos.

Y al tiempo que decía esto sacó el cuchillo que llevaba en la bolsa y asestó un tajo al rostro del dios halcón. Los orfebres dieron un paso atrás y miraron horrorizados al verdugo del dios.

—Escuchad, guardad silencio —dijo Paykamén.

Los ladrones así lo hicieron. No se oía nada.

—¿Lo veis? Todo es mentira —continuó el sacerdote—. ¿Acaso el dios ha venido desde el cielo para arrancarme la mano por mi acto impío? Ya os he dicho que este lugar nunca llegó a utilizarse. No temáis. Este sitio no es sagrado, en realidad ninguno lo es... Se ha usado como almacén de los objetos procedentes de los saqueos que se han realizado en el valle. Por eso estamos aquí.

—Ahí está el nombre del sumo sacerdote de Amón en Ipet-isut, Pinedjem —dijo Beki señalando con el dedo el grafito de una pared.

—Los papiros del templo son claros en este sentido —añadió Paykamén tomando del suelo el fragmento de un plato de fayenza con un texto apenas legible—. Aquí podemos encontrar los tesoros de las tumbas de varios reyes de la época gloriosa de

Egipto. Seguidme.

Los tres ladrones se internaron en la oscuridad de la tumba. Pasado el primer corredor, la decoración de las paredes desaparecía. La piedra apenas estaba desbastada, señal de que aquella morada de eternidad nunca había llegado a usarse para el fin por el que había sido creada. A los pocos pasos, junto a la pared derecha vieron un ataúd de madera. Paykamén se acercó para comprobar si merecía la pena. Aproximó la llama y vio que apenas tenía decoración, sólo inscripciones y figuras de dioses; como ése los había a cientos en los talleres del templo.

—¿Tiene algo de metal? —preguntó Beki acercándose a escudriñar aquel misterioso ataúd.

Pero Paykamén no contestó. Usó el cuchillo como palanca para abrirlo. Dentro había una momia, pero el sacerdote no quería complicarse la vida y se alejó. Al alzar el fuego y echar un vistazo en la oscuridad del corredor, el brillo de un objeto llamó su atención.

—¡Mirad, aquí hay algo! —dijo al tiempo que se abalanzaba sobre unos objetos arrinconados en una esquina del pasillo.

—Estamos de suerte —señaló Nesumontu, que sonreía por primera vez en toda la noche—. Esto es una pequeña fortuna.

Eran unas cuantas piezas de una vajilla de cobre: apenas tres platos, dos copas y dos cuencos. Metieron el botín en una de las bolsas. Ya habría tiempo después de pelearse por la repartición.

—Mirad cuánto trabajan por su señor. —Paykamén había cogido un *ushebti* del suelo. Lo observó intentando verle algún valor y finalmente lo arrojó al suelo—. Si al menos fuera de oro... Pero por esto no nos darían nada, sólo tendríamos problemas. —Tiró la figurilla al suelo y le dio un puntapié—. Deja la bolsa con los platos aquí y vamos un poco más adentro; tiene que haber más cosas. A la salida la recogeremos.

Siguieron caminando por la galería; la rampa era cada vez más pronunciada. A ambos lados se abría una suerte de cámara sustentada por pilares. Junto a la pared, apoyados en los pilares, había más ataúdes. A su alrededor, dispersas por todas partes, más cajas y pequeñas capillas.

Sin perder un instante, los tres hombres se lanzaron a la caza de cualquier riqueza que pudiera haber en aquellas cajas de madera. La mayoría contenían tejidos de lino, y ellos habían decidido que se centrarían en los metales; las telas eran muy valoradas en el mercado de Uaset, pero contenían textos escritos que podrían comprometer al vendedor y finalmente nadie se hacía cargo de ellas. En cambio el metal se fundía de nuevo y la huella de su procedencia se perdía para siempre. Era más seguro y mucho más lucrativo.

Dentro de un arcón, Beki tuvo la suerte de toparse con una caja con varias joyas de oro y plata con el nombre de Pinedjem. La pieza más espectacular era un pectoral

de oro formado por varias cadenas engarzadas de las que pendían flores; era una joya de una delicadeza exquisita. En el centro, una placa con el nombre del antiguo sacerdote-rey confirmaba su procedencia y calidad. No lo pensó dos veces y utilizó su faldellín como improvisado hatillo.

Mientras, Nesumontu estaba arrancando el recubrimiento de oro de unas estatuillas de madera que representaban a diferentes divinidades. Parecía haber perdido el miedo que poco antes le había paralizado. Sabía que estaba cometiendo un sacrilegio que le costaría la vida y seguramente un castigo durante toda la eternidad, pero era incapaz de refrenarse. Un impulso dentro de él lo empujaba otorgándole más vigor a cada tirón que daba al preciado metal. La piel de los dioses era de oro, por eso aquellas figuras estaban recubiertas del metal dorado. Eso fue una de las primeras cosas que aprendió de niño al entrar en el templo con su padre, también sacerdote. Pero ahora todo eso le daba igual. «Paykamén tiene razón», se dijo. Pensó que los sumos sacerdotes de Ipet-isut sólo se preocupaban de llenar sus prominentes estómagos y dar la espalda al pueblo aferrándose a tradiciones milenarias que ellos mismos eran incapaces de aceptar y de comprender.

—¿Habéis terminado? —preguntó Paykamén cuando hubo vaciado las cajas que tenía alrededor—. No os dejéis arrastrar por la avaricia, habrá tiempo de volver. Debemos regresar antes de que amanezca.

—Yo he acabado —dijo Beki, nervioso; de repente estaba deseando salir de allí cuanto antes.

—Yo también. Vámonos —añadió Nesumontu.

La tumba aún se adentraba más en el corazón de la montaña, pero el botín conseguido era mucho mayor de lo esperado: piezas de vajilla, láminas de oro, joyas, metales preciosos... cuando en realidad se habrían conformado con unas cuantas piezas de cobre con las que conseguir un dinero en el mercado negro de Uaset.

—Apagad las teas —ordenó Paykamén cuando llegaron al punto donde habían dejado la primera bolsa con los platos y las copas—. Nos alumbraremos solamente con una.

Beki y Nesumontu se miraron con recelo. Por un momento temieron que, cegado por lo extraordinario del tesoro, decidiera abandonarlos en la oscuridad de la noche.

—No seáis estúpidos —refunfuñó Paykamén leyéndoles el pensamiento—. Yo no puedo cargar con todo esto. Además, seguro que hablaríais antes de que los guardas del visir comenzaran a golpearos las manos y los pies con el bastón del verdugo.

Los tres sabían que ése era el primer castigo que recibían los ladrones de tumbas cuando eran sentenciados a muerte. El interrogatorio era lo más cruel que cabía imaginar, y muchos ladrones apenas resistían unas pocas horas.

Esparcieron el botín en el suelo. Aunque antes de cruzar el río en dirección a la necrópolis ya habían acordado que Beki y Nesumontu recibirían una cantidad fija por

su colaboración, los ojos de los orfebres brillaban de codicia al ver todo lo que Paykamén se guardaba en su bolsa. A escondidas, Beki consiguió coger un collar de oro. Luego Paykamén apagó su tea y la arrojó a un lado de la galería. El último rescoldo todavía no se había apagado cuando un crujido junto a la entrada les heló la sangre.

Paykamén dejó a un lado el botín y, oculto por las sombras de la noche, se acercó a la puerta de la tumba. Nesumontu y Beki permanecieron quietos como estatuas. Su corazón casi estalla de miedo al ver la silueta de un cuarto hombre en la entrada.

—¿Quién anda ahí? —preguntó una voz desconocida.

Ninguno de los tres ladrones abrió la boca.

Una pareja de guardas había descendido al centro del valle para hacer su ronda habitual. El ruido en el interior de la tumba llamó su atención y decidieron acercarse para comprobar que todo estaba en orden.

—Déjalo, habrá sido un perro que se ha colado dentro —añadió una segunda voz.

La silueta de los dos guardas se dibujaba perfectamente en el hueco de la entrada.

—Venga, vámonos. Si es un animal puede ser peligroso —insistió el segundo.

Pero el otro permaneció impávido bajo el dintel, protegido por el disco solar alado que cubría la piedra y escoltado por los nombres del rey Ramsés Menmaatra.

—Ahí hay algo, estoy seguro —dijo al tiempo que daba un paso adelante.

—No puedes entrar —repuso el otro—, lo tenemos prohibido.

—Lo tenemos prohibido si no hay una causa para ello, pero estoy seguro de que ahí hay algo.

Cuando su compañero quiso avisarle de nuevo, el incauto soldado ya había echado a andar hacia lo que parecían ser los rescoldos de un fuego. La luz titilante de la última tea apagada por los ladrones aún brillaba en una esquina de la primera galería de la tumba.

Paykamén prefirió no moverse para evitar ser visto; estaba a apenas unos pasos de los restos de lumbre. Con la calma y la seguridad de una víbora cornuda del desierto, estiró el brazo y agarró un bloque de piedra caliza que había junto a unos cuantos cascotes que habían quedado allí tras las obras inacabadas del sepulcro.

El guarda llegó hasta los rescoldos. Con la sandalia que cubría su pie derecho removió las brasas.

—¡Uni, esto es fuego! —gritó a su compañero—. Alguien ha entrado aquí. Hay que dar la señal de alarma cuanto antes.

Beki y Nesumontu seguían pegados a la pared contraria, aterrorizados, a unos cinco pasos del guarda. Paykamén, a poco más de un paso del guarda, había hecho acopio de toda su sangre fría. Debía esperar. Su oportunidad no tardaría en llegar.

Cuando el segundo guarda llegó corriendo, el sacerdote alzó el brazo.

—Mira, son los restos de una tea encendida —dijo el primer guarda mientras se

agachaban para ver los humeantes rescoldos—. Alguien ha estado aquí dentro, y no hace mucho; de lo contrario...

No pudo acabar la frase.

Cual una cobra lanzándose sobre su presa, Paykamén estiró el brazo en la oscuridad de la tumba y estrelló el bloque de piedra en la cabeza de uno de los soldados. Cuando su compañero quiso reaccionar, sintió el filo de un cuchillo cruzándole el cuello de lado a lado y emitió un grito vacío, sin aire.

—Salgamos de aquí antes de que echen en falta a estos dos imbéciles —dijo Paykamén mientras limpiaba la sangre de su mano y del cuchillo con el faldellín de uno de los soldados.

Beki y Nesumontu no necesitaron que se lo dijera dos veces; aferraron los hatillos de tela con las joyas como si la vida les fuera en ello y se dirigieron hacia la entrada.

Los tres sacerdotes desanduvieron sin decir palabra el camino que les había llevado hasta la tumba del rey Ramsés Menmaatra.

Alcanzaron el farallón que recorría el valle por su lado más oriental en poco tiempo, antes de que la luna comenzara a disiparse anunciando el nacimiento de un nuevo día. No descansaron hasta que se sentaron en la barca que habían escondido en los marjales y cruzaron el río de regreso a Uaset. Debían llegar antes de que el sol despuntara por el horizonte. A lo lejos, algunos campesinos llegaban ya a los campos de cultivo. En la ribera del río se veía el movimiento de los animales transportando mercancías sobre sus lomos. La sagrada ciudad de Amón volvía a la vida.

Paykamén observó a sus dos compañeros.

—Hoy todo ha salido bien —dijo para insuflarles ánimos—. Podemos estar satisfechos y tranquilos.

—La paciencia debe ser ahora nuestra principal virtud —añadió Beki—. Esperaremos un tiempo para vender estas piezas; hacerlo ahora sería peligroso, llamaría la atención sobre nosotros rápidamente.

—Investigarán a fondo las dos muertes... —agregó Nesumontu.

Después de un largo silencio, llegaron a la otra orilla y dejaron la barca donde habían pactado el día anterior.

—Devolveré la barca por la tarde —señaló Paykamén—, así nadie sospechará que sólo la hemos usado por la noche. Ahora cada uno se irá a su casa. Tenemos días de descanso en el templo, no hace falta que vayamos por allí hasta después de la festividad de Amón. Si alguien nos pregunta dónde hemos estado esta noche, diremos que en casa, con nuestra familia, como de costumbre.

Beki y Nesumontu asintieron con la cabeza. Lejos del valle y cerca de casa se sentían mucho más tranquilos.

Se dieron la espalda y enfilaron en direcciones opuestas desde la estrecha calle que se abría frente al marjal de papiros, tachonada de casas de color blanco. Cuando

Paykamén los perdió de vista, soltó de nuevo la cuerda y remó hacia el barrio norte de la ciudad de Uaset, donde vivía, cerca del templo de Ipet-isut.

Enseguida pudo dejarse llevar por la corriente, entonces soltó los remos y abrió la bolsa con el botín. Observó el brillo de los metales y de los objetos preciosos y se preguntó si realmente valía la pena correr semejante riesgo por todo aquello. Sonrió y miró al horizonte. El sol comenzaba a salir justo entre los dos pilonos de entrada del gran templo de Amón. Comenzaba una de las festividades más importantes del dios de Uaset.

Cerró la bolsa con un fuerte nudo y echó mano a los remos. Quería llegar cuanto antes a casa. Dos días después de la luna se encontraría con la misteriosa sombra en el templo de Amón. Tampoco esta vez su mentor le había fallado. Había sido exacto en sus coordenadas para llegar hasta las entrañas de la montaña de occidente. La morada de eternidad les estaba esperando justo donde él le había indicado. Aunque hubiera llevado los ojos vendados, Paykamén habría conseguido arrebatar de las manos del reino de Osiris algunas de las joyas más preciadas de los muertos.

**Domingo, 12 de diciembre de 1880**

**El Cairo**

Lo que sospechábamos, Émile —dijo Gaston Maspero levantándose airadamente de la silla de su despacho en el Museo de Bulaq.

Émile Brugsch, quien se hiciera pasar por Kurt Marek en Luxor pocos días antes, continuaba asombrado por la adquisición que había hecho en la tienda de Antoun Wardi. La mera presencia del *ushebti* de la reina Henut-taui sobre la mesa de las autoridades del Servicio de Antigüedades no ofrecía dudas acerca de lo que estaba pasando en la antigua capital del Egipto faraónico.

El egiptólogo alemán observó a su amigo y colega. Pocas veces antes lo había visto tan alterado. Conocía a Maspero desde hacía años. Casi se podría decir que en su formación arqueológica ambos habían crecido a la sombra del otro. A sus treinta y cinco años, cinco menos que Brugsch, Maspero era todo un referente en la egiptología mundial.

El francés se acercó al ventanal de su oficina y contempló el cielo. Aquella mañana de domingo se había levantado fresca en El Cairo. El cielo estaba cubierto y no anunciaba que fuera a abrirse en las próximas horas. La ciudad no tardaría en verse sorprendida por una de las repentinas lluvias, breves pero intensas, que bañaban las callejuelas casi todos los inviernos. Cuando salieran de la reunión, la calle estaría llena de barro, agua y basura; un camino impracticable incluso para un coche tirado por mulos.

El despacho no era muy grande, suficiente para las necesidades del cargo en funciones que acababa de asumir el egiptólogo francés. Maspero había regresado de forma precipitada desde París. Las autoridades británicas y, especialmente, las francesas le habían señalado como mejor candidato a la sucesión en el cargo.

La oficina era la misma que había usado su antecesor, Auguste Mariette. El fundador del Servicio de Antigüedades y verdadero maestro para la nueva generación de arqueólogos había fallecido la semana anterior. El mundo de la egiptología, cuya existencia había empezado pocas décadas antes, se recomponía poco a poco de su primer varapalo.

El nuevo edificio del Museo de Bulaq se levantaba junto al antiguo Beau Lac, el «lago hermoso»; galicismo que en época medieval daba nombre al mayor puerto de la ciudad, donde todavía se respiraba cierto abandono y suciedad. El terreno era una donación del gobierno egipcio. Durante años allí había estado el almacén de la compañía de remolques portuarios. Acondicionado y remodelado, sirvió desde 1858

como nuevo Museo Egipcio. En él se guardaban y protegían las piezas que se iban encontrando en las distintas excavaciones llevadas a cabo por las cada vez más numerosas misiones arqueológicas.

Junto al director se hallaban cuatro de sus hombres de confianza, en los que trataba de distribuir el peso de su nueva responsabilidad. Maspero tenía fama de ser una persona carismática y de ejercer perfectamente las labores de líder en el trabajo en equipo. Y en este sentido, el francés contaba con el mejor equipo.

Junto a Émile Brugsch, sentado en un sillón frente a la mesa del despacho, permanecía en silencio Ahmed Kamal, asistente de Brugsch y brillante arqueólogo, considerado por todos el primer egiptólogo egipcio. Mariette nunca había querido tener en su círculo más cercano a expertos egipcios, pero Ahmed había sido la excepción. No solamente hacía una labor extraordinaria como traductor, sino que su preparación como arqueólogo le había permitido escalar numerosos puestos en el escalafón administrativo. Maspero no tenía los recelos de su antecesor y no dudó un instante, asesorado por Brugsch, en incluir a Ahmed Kamal como nueva cabeza visible del Servicio de Antigüedades. Su trabajo, aunque visto con cierta prevención por sus compatriotas, era muy apreciado por sus colegas extranjeros. Los más nacionalistas le acusaban incluso de haberse vendido al poder de los *efendis*.

Junto a él se encontraba el tercer hombre del equipo: Maxence Chalvet, marqués De Rochemonteix, un joven egiptólogo francés de rancio abolengo. Con apenas treinta y dos años ya era todo un referente en las publicaciones y los trabajos de campo en el Valle del Nilo.

En el otro lado del despacho, el adinerado estadounidense Charles Edwin Wilbour observaba con su habitual buen talante los gestos de Maspero. Wilbour era el veterano del grupo. Su larga barba blanca le hacía parecer mayor, pero realmente era un cuarentón. Había dejado la política y los negocios en Nueva York para dedicarse de lleno al estudio del Egipto antiguo, y se había convertido en alumno y amigo inseparable de Maspero en París.

Todos vestían de manera elegante: trajes europeos de color oscuro y el imprescindible *tarbush*.

Wilbour se levantó para ver con detenimiento el *ushebti* adquirido en Luxor.

—¿Sabemos ya quién fue esta reina? —preguntó el americano acariciándose su frondosa barba.

Maspero, junto a la ventana, tardó en responder; miraba la fuente que había en el centro del patio del museo y los carruajes, cargados de esculturas y otras antigüedades procedentes de las excavaciones en la meseta de Sakkara, que se habían detenido a su alrededor.

El francés se dio la vuelta y volvió a la reunión con sus compañeros.

—Sí, sí lo sabemos —afirmó—. Duat-Hathor Henut-taui era hija de Ramsés XI.



Vivió durante la XXI Dinastía y debió de fallecer en el año 1025 antes de nuestra era. Fue la esposa de Pinedjem I, sumo sacerdote de Tebas, y madre de quien sería Psusenes I, todo durante el Tercer Período Intermedio.

—Período histórico en el que Egipto estaba pacíficamente gobernado por dos familias, una al norte y otra al sur, pero atravesaba una crisis económica parecida a la que el país vive en nuestros días —apostilló el egiptólogo alemán—. Pinedjem estaba en Tebas y desempeñó las funciones de soberano de las Dos Tierras, mientras que en el norte Egipto era gobernado por los reyes de Tanis, con Smendes a la cabeza.

—Una época endiabladamente complicada y de la que apenas tenemos datos —dijo el americano con resignación.

—En efecto, Charles —convino Maspero—. Pero mi preocupación va más allá del simple enigma histórico. Tenemos cientos de estatuas de personajes que no sabemos siquiera cómo se llamaban o cómo accedieron a altos cargos de la administración. Eso es una minucia.

Maspero volvió a coger el *ushebti* de la reina, se colocó las gafas que siempre llevaba en el bolsillo del chaleco y lo observó con detenimiento.

—A mí lo que más me preocupa —intervino Maxence Chalvet— no es a quién pertenece o cómo llegó al trono el esposo de esta reina. El problema es de dónde viene este *ushebti*. En Tebas no hay rastro de ninguna tumba real de este período.

—La persona que me lo vendió afirmó, en un tono poco convincente, que aparecieron en la zona desértica de la orilla oeste de Luxor —dijo Brugsch—. Dio a entender que no se había encontrado en ninguna tumba en especial.

—Claro, como los *ushebtis* andan de fiesta con los amigos fuera de las sepulturas... —bromeó Wilbour en un tono distendido que no cayó muy bien entre sus colegas—. Ejem —carraspeó—. ¿Qué opinas tú de todo esto, Ahmed? Estás muy callado.

El egipcio había permanecido en silencio, muy atento a los comentarios de sus compañeros.

—Muchos egipcios son ignorantes —dijo por fin el árabe—. Lo he comentado en muchas ocasiones con Émile. Los egipcios pensamos que Egipto nos pertenece, pero no desde un sentido político o social, sino desde un punto de vista físico y material. Todo lo que hay en sus desiertos es obra de nuestros ancestros y por eso somos los únicos que ostentamos el derecho de poseerlo.

—Pero eso es absurdo, no tiene ningún sentido —rezongó Maxence mirando con displicencia las estanterías que rodeaban el despacho—. ¡Los árabes que hoy viven en las riberas del Nilo no tienen nada que ver con los egipcios que levantaron una civilización espléndida hace miles de años!

—Lo sé, Maxence —convino el egipcio en tono condescendiente mientras se levantaba para servirse un vaso de té de una mesa próxima—, tienes toda la razón,

pero eso no cambia la forma de pensar de mis compatriotas. El problema no es de una persona o de una familia o incluso de una aldea. Sea quien sea el que está sacando estas piezas al mercado lo hace porque cuenta con el apoyo de toda la comunidad. Si por algo nos caracterizamos los egipcios de hoy es por los sólidos lazos que nos unen a nuestra familia. Eso es algo que no he visto entre mis colegas europeos. Un vivo ejemplo de lo que digo lo encontramos en nuestro querido y tristemente fallecido compañero Auguste Mariette...

—Dejó absolutamente todo en su tierra para venir a morir aquí entre arena y polvo —se adelantó a decir Brugsch.

—En efecto —reconoció Ahmed Kamal—. Aquí nadie entendería que un hombre dejara a su esposa e hijos para buscar una quimera, para empezar una aventura loca que no sabe adónde le va a llevar.

—Pero ¿qué tiene que ver eso con el tráfico de antigüedades en Egipto? —preguntó Maspero con cierta impaciencia—. No te entiendo, Ahmed.

—Está muy claro, queridos amigos —dijo Kamal abriendo los brazos—. La persona que saca las piezas al mercado no trabaja sola. Pero no pensemos que lo hace con algún socio de confianza, nada de eso. Los únicos lazos de confianza que nos unen a los egipcios son los de nuestra familia. Existe un vínculo casi sagrado entre nosotros. Unos lazos muy sólidos... Tendremos que trabajar muy duro para conseguir romperlos e introducirnos en esa red.

—Quizá a ti, como egipcio, te sería más fácil —señaló Wilbour, que creía que acababa de tener una idea brillante.

—Al contrario, Charles. Los egipcios desconfiamos de los egipcios. Sólo confiamos en la familia, la unidad que lo aglutina todo. En cambio para los negocios preferimos tratar con extranjeros. Muchos egipcios desaprueban lo que hacen aquí ingleses y franceses, pero saben que los *efendis* son una fuente de ingresos.

—La vieja premisa de «te odio pero te quiero» —apostilló Maspero.

—Exacto —dijo Kamal—. Mi presencia en Luxor indagando este asunto no haría más que levantar las sospechas de los lugareños. Es mejor que sea otra persona quien lo haga.

—Por eso os he reunido hoy en mi despacho —explicó Maspero—. Esta historia viene de lejos, y necesito vuestra colaboración. El mercado ilegal de antigüedades es tan antiguo como nuestra propia presencia en estas tierras. Como decía ahora Ahmed, que conoce mejor que nadie la realidad de su país, los extranjeros, ya sean turistas o científicos como es nuestro caso, siempre han sido el objetivo de los habitantes de las aldeas, quienes por fin vieron en los objetos faraónicos una razón de ser: robarlos para venderlos a buen precio a particulares y grandes museos.

—Una manera de conseguir dinero fácil en un mundo en el que los problemas económicos e incluso el hambre pueden ser acuciantes —señaló Wilbour.

—Así es, Charles. Estoy absolutamente seguro de que este *ushebti* está relacionado con otras antigüedades que han salido al mercado en los últimos años. Al principio fue una simple sospecha, pero ahora estoy convencido de ello.

—¿Cuáles son esas otras antigüedades que podrían estar relacionadas? —preguntó Wilbour con curiosidad—. ¡El mercado es muy amplio, puedes encontrar de todo!

—Pero no de este período —matizó Maspero—. Hace más de cinco años, en 1874, me llegaron noticias del tráfico con *ushebtis* reales. Algunos de ellos se podían encontrar incluso en París. Faltaba el nomen real, que nos hubiera señalado directamente a un único rey. Había sólo un prenamen: Khakheperre, utilizado por dos reyes en toda la historia de Egipto. Uno fue Sesotris II.

—Pero en su reinado de la XII Dinastía no hay constancia de que se usaran *ushebtis* en el ritual funerario —apostilló el marqués De Rochemonteix.

—En efecto, Maxence. —Maspero asintió, satisfecho de que sus compañeros siguieran perfectamente el hilo de su argumentación—. La otra posibilidad era Pinedjem... —El francés hizo una pausa y los miró en silencio—. Pero hay más evidencias. Hace unos años detectamos un grupo de papiros en el mercado clandestino de antigüedades.

—¿Los que compró el oficial escocés Archibald Campbell por cuatrocientas libras? —preguntó Ahmed Kamal.

—Los mismos.

—Son magníficos, pero el precio era una verdadera locura —afirmó Wilbour al tiempo que lanzaba un chiflido—. Los adquirió en la primavera de 1876. Eran varios pasajes del *Libro de los Muertos*. Tuve la fortuna de verlos y la delicadeza de los dibujos y los jeroglíficos en escritura hierática me enamoraron al instante. ¿Cuál era el nombre del faraón para el que estaban destinados los textos mágicos?

—Pinedjem, de nuevo. Pero ahí no acaba la cosa —añadió Maspero con voz queda mientras miraba a su colaborador alemán—. ¿Recuerdas, Émile, el papiro que Auguste Mariette compró en una tienda del mercado de antigüedades de Suez?

—¿Uno muy hermoso, con unos dibujos extraordinarios? —preguntó Brugsch.

—Ése.

—Lo vi en las oficinas del museo, lo fotografié y poco más. Recuerdo que pertenecía a una rein...

Brugsch se interrumpió de pronto.

—En efecto, una reina —continuó Maspero—. Veo que has llegado a la misma conclusión que yo. La reina de aquel papiro es la misma Henut-taui de este magnífico *ushebti* que tú conseguiste en Luxor.

Los hombres del Servicio de Antigüedades asimilaron en silencio las implicaciones que se derivaban de aquella afirmación.

—Y sigo —dijo Maspero al cabo de unos segundos—. ¿Recuerdas, Maxence, que hace unos meses te conté que en el puerto de Alejandría di con un enorme papiro de casi cuatro metros?

El marqués De Rochemonteix asintió con la mano en la barbilla. Greenfield, un británico adinerado, le había mostrado aquella joya que había comprado al poco de descender del barco que le traía de Marsella.

—Pertenece a una princesa o a una sacerdotisa llamada Nestanebtasheru —explicó Maspero—. Greenfield no me dijo cuánto le había costado, pero debió de ser una fortuna. Era una versión casi completa del *Libro de los Muertos*. Estaba repleto de viñetas sin color pero con imágenes muy hermosas que ilustraban cada uno de los pasajes. El texto era claro como pocas veces he visto en un documento de esas características.

—Nestanebtasheru fue hija de Pinedjem II —intervino Ahmed Kamal—, sumo sacerdote de Amón en Tebas en ese mismo período, hacia el año 1000 antes de nuestra era. Volvemos al mismo punto...

Los cinco hombres centraron la mirada en el *ushebti* de la reina Henut-taui, de un azul resplandeciente a pesar de la poca luz que entraba por la ventana.

—La tablilla inscrita en hierático que compró Rogers Bey y que luego llevó a París podría haber salido del mismo lugar... —añadió Maspero; cada una de sus afirmaciones era una pieza que encontraba su lugar en aquel puzle.

—El texto era un contrato de la reina Nesikhonsu en relación al trabajo que debían desarrollar sus *ushebtis* en la otra vida —intervino Wilbour—. Una inscripción completamente singular, siendo los *ushebtis* figuritas inanimadas.

Las últimas palabras del americano, acordes con su particular forma de ser, sonaron con cierto aire de sorna.

—Todos esos hallazgos están enmarcados en el mismo momento de la historia de Egipto —sentenció finalmente el marqués De Rochemonteix.

—¿Significa eso que alguien ha encontrado la tumba de este rey o esta reina y se está dedicando a saquear su contenido? —preguntó Ahmed Kamal.

—¿Cabe otra posibilidad? —respondió Maspero—. No es casual que aparezcan en el mercado objetos de un mismo entorno histórico en tan poco espacio de tiempo.

—¡Pero antes has dicho que los papiros de Campbell se vendieron hace años! —protestó Wilbour.

—Cierto, pero eso es precisamente lo que me aterra... el paso del tiempo entre la venta de unos objetos y otros.

—No entiendo por dónde vas, Gaston... —replicó el estadounidense.

Maspero se acercó a su mesa. Abrió uno de los cajones y sacó un hatillo de cartas. Desató la cinta que las sujetaba y comenzó a pasarlas, una tras otra, leyendo rápidamente el remitente, hasta que dio con la que estaba buscando.

—Hace unas fechas recibí esta carta de nuestra buena amiga miss Amelia Edwards. —El francés sacó el papel del sobre y lo desdobló—. Manifestaba su enhorabuena por el trabajo realizado en favor de la conservación y el estudio de los monumentos, pero también me señalaba su creciente preocupación por el incontrolado comercio ilegal de objetos antiguos.

Maspero acercó la carta a Brugsch y le señaló el párrafo que debía leer. Wilbour y Maxence se acercaron y ambos leyeron el contenido de la misiva.

El egiptólogo alemán, perfecto conocedor de los engranajes del mercado de antigüedades en Egipto, había olvidado por completo aquella anécdota relatada por la escritora inglesa. En un viaje con tres amigos, unos árabes de Luxor les proporcionaron varias antigüedades, entre ellas una momia que, según afirmaron, se trataba de un antiguo faraón. Lamentablemente, los amigos de la escritora acabaron tirando al río el cuerpo momificado del viejo faraón debido al mal olor que desprendía.

Maspero y Brugsch cruzaron una mirada de preocupación.

—Todas las momias que se venden en Luxor se presentan como si fueran de antiguos reyes —señaló Maxence—. Sin embargo, en las momias adquiridas por nuestros colegas nunca hemos encontrado una sola prueba que demuestre que en efecto lo son. Es una de las tácticas que utilizan los vendedores del Alto Egipto. Yo no me preocuparía por eso.

—Disculpadme, amigos, pero creo que soy el único en esta sala que no entiende qué está pasando —se quejó Wilbour.

—Querido Charles —respondió Maspero—, al parecer alguien ha encontrado en algún lugar del Alto Egipto, seguramente en Luxor, una o varias tumbas reales de la XXI Dinastía. El saqueo de las piezas se está realizando con mucho disimulo y cautela. Todo parece indicar que el hallazgo se ha convertido en la fuente de ingresos de alguien; un ladrón que sólo saca al mercado objetos cuando le es estrictamente necesario: en 1874 apareció esta momia; en 1876 Campbell compró los papiros; este mismo año han aparecido otros, y ahora tenemos un *ushebti* del mismo período...

—Pero esas ventas no tienen por qué estar relacionadas necesariamente con la misma tumba —señaló Wilbour.

—Es cierto —convino el marqués De Rochemonteix—. También podrían ser varias tumbas localizadas en una necrópolis hasta ahora desconocida para nosotros.

—El mercado de Luxor es muy amplio; lo conozco muy bien —intervino Brugsch con rotundidad—. No sabemos cuántas piezas se venden allí a diario procedentes de ese mismo lugar. Sería imposible dar con la persona que las pone en el mercado. Son muchos los intermediarios desde que alguien encuentra «por casualidad» algo en el desierto hasta que llega a las manos de un turista. Desde que se inauguraron en 1840 los tours con barcos de vapor por el Nilo, este mercado no ha

hecho más que crecer. Amén de numerosas falsificaciones burdas, que lógicamente no es el caso, los egipcios saben lo que buscan los extranjeros y no les cuesta nada proporcionárselo.

—En eso tienes toda la razón, mi querido Émile, pero aún hay algo más; algo que parece cerrar el círculo en torno a una única posibilidad —señaló Maspero en tono misterioso.

El encargado en funciones del Servicio de Antigüedades se encaminó hacia la librería que cubría la pared más meridional del despacho. Abrió la puerta acristalada y de un montón de papeles sacó un sobre amarillento, grande y bastante grueso. Sin quitarse sus gafas de lentes redondas, se acercó a su mesa, abrió el sobre y extrajo con cuidado varias fotografías de tamaño mediano.

—Estas fotografías me las envió *monsieur* de Saulcy hace poco más de tres años, en 1877. Un amigo suyo, comerciante en Siria, se las entregó para que tuviéramos conocimiento de ello.

Maspero repartió entre sus colegas varias fotografías de lo que parecía ser un magnífico papiro funerario.

—¿De qué se trata? —preguntó Wilbour sintiendo que era el único que desconocía de qué se estaba hablando.

—Es el *Libro de los Muertos* de la reina Nedjmet —se adelantó a responder Ahmed Kamal.

—En efecto —corroboró Maspero—, la madre de Herihor, sumo sacerdote de Amón en Tebas y autoproclamado faraón tras la muerte de Ramsés XI.

—Es decir, otro papiro del mismo período histórico del que parecen proceder todos estos objetos —añadió el egiptólogo estadounidense—. Eso sólo puede significar una cosa.

—Ya no me cabe la menor duda —espetó Maspero dando una palmada en la mesa—. Alguien, seguramente un campesino de la orilla oeste de Luxor, ha descubierto una necrópolis real de la XXI Dinastía, el Tercer Período Intermedio. —Se separó del escritorio y comenzó a caminar por el despacho mientras sus compañeros le seguían expectantes con la mirada—. Todo parece encajar a la perfección —dijo por fin—. No sabemos dónde están enterrados esos faraones. El Valle de los Reyes alberga a soberanos desde la XVIII hasta la XX Dinastía, justo hasta el comienzo de esa época de problemas internos que dio lugar a la separación de Egipto en dos territorios perfectamente diferenciados.

El rostro del encargado en funciones del Servicio de Antigüedades reflejaba una preocupación evidente. Hace dos o tres décadas, ese mismo problema habría pasado desapercibido a los ojos de todos. El saqueo y la venta ilegal de antigüedades era el medio de subsistencia de miles de campesinos en Egipto. El hallazgo de objetos cuando los arados roturaban los campos de cultivo no era en absoluto extraordinario,

y en la mentalidad de los campesinos estaba implantada de manera muy férrea la idea de que el patrimonio faraónico pertenecía a los egipcios y sólo ellos podían hacer uso de él a su antojo. Ni ingleses, ni franceses, ni alemanes, ni cualquier otro extranjero tenía derecho a llevarse los tesoros de la tierra sagrada del Nilo a no ser que pagara por ello. No había nada malo en ese comercio. Pero desde la llegada de Auguste Mariette y la creación del Servicio de Antigüedades en 1858 se intentaba controlar el mercado en la medida de lo posible. Más allá de acabar con un comercio ilícito, lo que se buscaba era conservar el patrimonio de los antiguos egipcios y, sobre todo, hacer entender a los habitantes de las riberas del Nilo la importancia que ello tenía para las generaciones futuras. Pero el campesino no entendía de dinastías, tumbas o reyes cuando las cosechas no eran buenas y había que alimentar a la familia, a lo que había que sumar que tenían que pagar cada vez más impuestos. En los últimos años, las malas crecidas habían generado zonas de hambrunas en el Alto Egipto y el mercado de antigüedades se había convertido en un medio de subsistencia alternativo con el que cientos de familias podían salir adelante y no caer en la pobreza, de la que casi siempre era imposible salir.

—Tampoco sabemos qué pueden haber vendido ya —prosiguió el alto cargo—. La momia y los objetos que miss Edwards comenta en su carta podrían ser una anécdota en comparación con lo que han sacado al mercado y descansa ya en colecciones privadas de Europa y Estados Unidos.

—Y están poniendo los objetos en el mercado de forma controlada —añadió Brugsch—. Muy espaciadamente, sin que nadie sospeche nada.

—Pero, para desgracia de los ladrones, no saben lo que están vendiendo —agregó Maspero—. Para ellos no son más que viejos papiros repletos de figuras demoníacas por las que unos locos occidentales pagan cientos de libras.

—A mis compatriotas les da lo mismo vender papiros que vacas —apuntó Kamal con desilusión—. Para ellos son la misma cosa: mercancía. Ignoran su significado y su valor.

—Sin embargo, por lo que Brugsch nos ha comentado de su visita al anticuario de Luxor, yo diría que ese tal Antoun Wardi sabe perfectamente lo que vende —opinó Maxence Chalvet.

—Los papiros son los objetos más apreciados por los turistas —argumentó Wilbour atusándose la barba—. Por ellos se consiguen grandes sumas de dinero. El caso Campbell no es único. Saben que los museos de todo el mundo están invirtiendo miles de libras en ellos, y para estos árabes se trata de una materia prima sumamente fácil de conseguir. No tienen más que ir a las tumbas que conocen, sacarlos, deshacerse de los menos vistosos, los que no tienen ilustraciones y viñetas, y vender a los extranjeros los más hermosos.

Maspero tomó aire. Los pensamientos y las posibles decisiones que debía tomar

se cruzaban por su cabeza a toda velocidad.

—Nuestra intervención dentro de los cauces normales no ha dado ningún resultado —dijo, resignado—. Me consta que hace meses Mariette dio parte a la policía de Luxor: prometieron que abrirían una investigación y que nos comunicarían los resultados lo antes posible, pero en todo este tiempo no hemos recibido absolutamente nada.

—Eso encaja con lo que he intentado explicar —indicó Kamal—. No me cabe la menor duda de que la comunidad entera oculta a quienquiera que esté saqueando las tumbas.

—Tienes razón, Ahmed —señaló Maspero—. Es más, tuvimos que exigirles que nos hicieran saber qué sucedía o qué habían averiguado, pero la petición debe de seguir arrinconada en un cajón de la jefatura de Quena. No tienen ningún interés en solucionar el problema.

—Luchamos contra los ladrones y contra la corrupción de las instituciones públicas —se quejó el egiptólogo alemán.

—No voy a contaros nada que no sepáis de cómo funcionan las cosas en este país —dijo Maspero—. Todo requiere su tiempo y, sobre todo, una buena *bakshis*, una buena propina.

—Ya entiendo —afirmó Wilbour—. Y por ahora la *bakshis* es mayor del lado de los comerciantes que del gobierno.

—Así es —reconoció Maspero—. No podemos hacer nada a no ser que actuemos por nuestra cuenta, y creo saber cómo hacerlo.

Maspero dio un respingo, como si de repente se le hubiera ocurrido una idea brillante, y fue a sentarse a su mesa. Abrió uno de los cajones y sacó un papel. Volvió a mirar con detenimiento el *ushebti* de la reina Henut-taui. Su expresión había cambiado. Parecía más seguro de sí mismo. Por primera vez desde que había comenzado la reunión, sonrió.

Émile Brugsch conocía muy bien esa expresión. Sabía que cuando el encargado en funciones del Servicio de Antigüedades sonreía de esa manera era porque se traía algo entre manos, algo que estaba relacionado con él.

—Debemos actuar con rapidez —dijo Maspero intentando contagiar la emoción a sus colaboradores—. Émile, vas a ir a Luxor. Irás solo. Ahmed tiene razón, es mejor que de momento no entre ningún egipcio en escena. Además, tú conoces perfectamente el mercado de antigüedades. Quiénes venden, qué venden, dónde y cuándo lo hacen.

El egiptólogo alemán asintió; sus sospechas se veían confirmadas.

—Deberás marcar distancias —prosiguió Maspero—. Vuelve a alojarte en el mejor establecimiento de la ciudad. El hotel Luxor es un buen lugar. Es el hotel más famoso y el más sofisticado. Todos los turistas adinerados se hospedan allí. Y eso es



lo que vas a ser, un comerciante adinerado de paso por Egipto. Usarás el mismo nombre que hasta ahora, Kurt Marek; más vale no correr riesgos en ese sentido. El apellido Brugsch es muy conocido en el Servicio de Antigüedades gracias al excelente trabajo que realizáis en él tu hermano Heinrich y tú mismo.

Charles Wilbour sonreía ante la ocurrencia de usar un nombre falso y asentía en apoyo de todas las propuestas de su amigo.

—Sigue tu instinto —continuó Maspero a medida que esbozaba ese plan improvisado—. Te proporcionaremos una bolsa de dinero del Servicio de Antigüedades para adquirir piezas. Te convertirás en un nuevo coleccionista, el hombre de moda que compra piezas escogidas a buenos precios. No regatees mucho. Que no te importe pagar un poco más del precio real de mercado. Cuentas con una formación egiptológica sólida que te ayudará a ello. Busca papiros, *ushebtis*, cualquier clase de objeto de estatus real que nos ayude a cerrar el círculo sobre las personas que están saqueando la necrópolis de estos reyes.

—De todos modos, no debemos olvidar que la orilla oeste es enorme —apostilló Brugsch intentando frenar el optimismo de Maspero—. Desconocemos incluso si esos objetos provienen de alguna necrópolis desconocida cercana al Valle de los Reyes. Quizá cuando el vendedor de Luxor me habló del otro lado del río sólo quería despistarme; podrían proceder de otro lugar de los alrededores y que se vendan en Luxor porque es el punto de reunión de turistas y visitantes adinerados.

—Émile tiene razón —opinó Wilbour—. Tratándose de grandes sacerdotes de Tebas parece lógico que estén enterrados allí, pero el hecho de que vivieran en una época de convulsiones sociales y económicas pudo haberles llevado a apartar su enterramiento de la capital, a mandar excavar las tumbas en el desierto o en algún emplazamiento hoy olvidado, bajo los campos de cultivo que recorren esa margen del Nilo.

—Además, las piezas han aparecido en diferentes lugares de Egipto —añadió el marqués De Rochemonteix—. Habría que hacer un seguimiento de las últimas antigüedades importantes adquiridas por los museos de Europa y América.

Maspero reflexionó sobre las observaciones de sus compañeros. Razón no les faltaba, pero no quedaba otra solución que comenzar por el camino más lógico: Luxor, la antigua Tebas de los faraones.

—El vendedor nunca sabe de dónde proviene la pieza —afirmó—. Eso es una pautita que tú conoces de sobra, Émile. Te dijo la orilla oeste como el que habla de un parque en el centro de la ciudad. Es más, dudo incluso que ese hombre sepa qué hay en la orilla oeste más allá del embarcadero frente al Rameseum.

—En eso tienes razón, Gaston —asintió el alemán—. Los vendedores suelen ser el tercer o el cuarto eslabón de una cadena en la que nadie conoce a nadie. No será sencillo desmontar ese engranaje sin que nos descubran... A la mínima sospecha,

cerrarán la puerta de la tumba y esperarán tiempos mejores para seguir vendiendo piezas.

—O las subirán al mercado de El Cairo —anunció Wilbour con cara de preocupación—, y allí será prácticamente imposible seguirles la pista. Luxor es una ciudad muy pequeña donde todo el mundo se conoce, pero El Cairo está lleno de tiendas. Todos los bazares y hoteles cuentan con establecimientos donde pueden adquirirse antigüedades. No resultaría difícil identificar cuáles proceden de la necrópolis que estamos buscando, pero sí dar con las personas que manejan la red.

Gaston Maspero era consciente del peligro y de la necesidad de actuar con sigilo y discreción. Separó los codos de la mesa y se apoyó en el respaldo de la silla. Su cabeza bullía de ideas que poco a poco iban dibujando un plan de trabajo.

—Si no damos correctamente el primer paso —dijo Brugsch—, la alimaña se encerrará en su guarida y habremos perdido la única oportunidad con que contamos. Seremos prudentes. No me gustaría acabar flotando en las aguas del Nilo, como le sucedió a aquel *gafir*<sup>[8]</sup> de las tumbas de los nobles.

Se refería al luctuoso final de un guarda que pagó con su vida el haber intentado entrometerse en una complicada trama de compraventa de antigüedades. Los miembros de su familia fueron excesivamente celosos en controlar quiénes tenían acceso tanto al dinero como a las piezas. Aquel hombre, de pronto, traspasó la delgada línea que separa la familia y los negocios que la sustentan y, seguramente por avaricia, acabó sus días flotando en las aguas frente al embarcadero. Las autoridades no investigaron ni llevaron a cabo ninguna acción formal que intentara resolver el crimen. Todos sabían qué había sucedido y quién había sido el asesino. Para ellos ya se había hecho justicia.

—No olvidéis que hay un aspecto en el que les llevamos ventaja.

—¿A qué te refieres, Gaston? —preguntó Wilbour, sorprendido de oír aquello después de escuchar la retahíla de problemas y obstáculos a los que debían enfrentarse.

—Como decíamos antes, ellos no saben absolutamente nada acerca de lo que están vendiendo —aclaró el encargado en funciones del Servicio de Antigüedades—. Dan un valor a las piezas por su demanda entre los turistas, su color o por la calidad del material, como los papiros que han aparecido. Pero no saben a quiénes pertenecieron, sólo que son reyes; nada más. Ignoran los nombres o los elementos que los ligan a un período histórico u otro. Por eso los entremezclan y los venden en lotes completamente absurdos.

—¿Entonces? —Brugsch se preguntaba adónde quería llegar su amigo.

—¡Está claro! —respondió Maspero alzando las manos—. Seguirán ofreciendo material de primera clase. Nos irán acercando al entorno de donde salen las piezas; piezas que para ellos sólo son interesantes porque son valiosas en el mercado negro.

Ésa podría ser nuestra primera baza. Conseguir que la avaricia les vaya haciendo mella paulatinamente. Pagaremos buenos precios por los papiros y los *ushebtis* y ellos querrán más y más.

—Si no han sido avariciosos en estos años en los que han ido aportando lentamente piezas al mercado, no sé por qué lo van a ser ahora.

La observación de Wilbour era lógica.

—No hay circunstancias que obliguen a conseguir más dinero del necesario —añadió el alemán enarcando las cejas—. Luxor es pobre, pero no lo es menos que hace cinco o diez años.

—Entonces tendremos que ser nosotros quienes generemos un nuevo escenario en el que la venta de antigüedades sea imprescindible.

Maspero pronunció sus últimas palabras con decisión. Debía dar con esas tumbas. No sabía cómo hacerlo, pero nada se lo iba a impedir. Amaba demasiado a su Egipto faraónico para permitir que continuara desangrándose en manos de sus propios hijos.

***Año 969 antes de nuestra era***  
***Templo de Amón, Tebas***

Sucedió por la noche. —La voz de Ahmose, primer escriba de la necrópolis, reverberó en el salón de recepciones del templo de Ipet-isut—. Los guardas debieron de toparse con los ladrones durante una de las rondas. En una de ellas suelen bajar al centro del valle en varias ocasiones, dependiendo del puesto de vigilancia en el que estén. Los saqueadores iban armados en previsión de que pudieran ser descubiertos, como así fue. Los guardas no tuvieron tiempo de reaccionar. Encontramos sus cuerpos en el interior de la primera galería de la morada de millones de años del Osiris Ramsés Menmaatra, lo que induce a pensar que entraron allí porque oyeron un ruido sospechoso. Los soldados tienen prohibido acceder a los lugares sagrados a no ser que sea estrictamente necesario; de lo contrario, el castigo podría acarrearles la muerte. Uno de ellos murió de un fuerte golpe en la cabeza producido con una piedra y el otro de una cuchillada en el cuello.

A sus más de cincuenta años, toda la vida de Ahmose había estado ligada al servicio de los escribas de la orilla oeste. Estudió en la Casa de la Vida del templo y fue ascendiendo dentro de la administración hasta alcanzar el cargo de escriba de la necrópolis, uno de los puestos más ambicionados y que llevaba desempeñando más de diez años. Así lo demostraba su impresionante porte. Vestido con el más fino lino de los telares de Uaset, no perdía la oportunidad de hacer ostentación de su estatus, como cualquier egipcio, por medio de joyas, ricas pelucas para cubrir su ya escaso pelo y todo tipo de condecoraciones recibidas de los sumos sacerdotes.

Las altas columnas del salón, cubiertas de figuras de dioses, entre las que destacaba el poderoso Amón, se erguían hasta el techo. Fustes y capiteles estaban repletos de textos e imágenes pintados con los más vivos colores que podían conseguir las paletas de los artistas. De igual forma, las paredes estaban cubiertas de escenas religiosas. Los muros representaban a los ancestros de la tierra de Kemet: escenas de guerra en las que el faraón, subido a su carro, expulsaba a los enemigos del país hacia el exterior del santuario; momentos de encuentro entre el soberano y la divinidad; presentación de ofrendas para recordar la omnipresencia y la fuerza del dios de Uaset; imágenes de la barca solar de Amón cruzando el río Nilo hacia la orilla occidental de la ciudad para celebrar la Fiesta del Valle... En definitiva, una suerte de teatro donde la vida del dios se hacía patente con la fuerza que sólo la magia de los sacerdotes era capaz de plasmar en sus ritos.

Entre aquellas colosales paredes, desde el estrado, el sumo sacerdote de Amón,

Khakheperre Setepenamun, Pinedjem II, escuchaba atentamente y con creciente preocupación el relato de dos de sus funcionarios más destacados. Sabía que el pueblo tenía problemas para conseguir alimento. Ni la tierra de Kemet ni sus conquistas en el extranjero proporcionaban ya tanto oro como lo hicieran antes. Había epidemias y los robos eran continuos. Pero lo que más preocupaba al sacerdote faraón era su propio futuro y el de su familia. Llevaba en el gobierno más de veinte años. Era un hombre mayor y estaba enfermo. Sabía que pronto llegaría el momento en el que iniciaría su gran viaje a través de las doce horas de la noche. Su corazón deseaba que, en su camino al Más Allá, no sufriera el mismo ultraje que los grandes reyes y sacerdotes que le habían precedido. Si los faraones de la familia de los Ramsés no eran respetados en su viaje hacia el reino de Osiris, ¿quién lo respetaría a él? Los infundados rumores sobre los tesoros que escondía el templo de Amón crecían cada día que pasaba. Nada de lo que se decía era verdad, pero los habitantes de Uaset sospechaban y recelaban del poderoso clero de Amón. Por lo tanto, una vez muerto Pinedjem, los ladrones acudirían a su morada de eternidad como perros del desierto a una presa indefensa en mitad de la noche. Su ataúd, su momia, sus *ushebtis* y el resto del ajuar que debía acompañarle en su viaje por el Amenti se destruirían para siempre y, lo más grave de todo, su recuerdo se diluiría en el tiempo. La vida eterna en Rostau, el reino de Osiris, desaparecería, disipándose en las tinieblas del caos.

Pinedjem era también jefe del ejército, pero el cargo más importante que ostentaba era el de sumo sacerdote del clero de Amón en Uaset. Ya era anciano para encargarse de las milicias. Le fallaban las fuerzas en las piernas y su voz no era tan vigorosa como antaño. Como jefe del ejército, perteneciendo a una importante estirpe —su abuelo fue el faraón Akheperre Setepenre Psusenes I—, continuadora durante generaciones del poder en el norte y en el sur de la tierra de Kemet, no quería pasar por una tesitura tan peligrosa como la que anunciaban los acontecimientos. Para evitar que alguien les negara —a él y los suyos— la vida eterna, debía actuar con todas sus fuerzas y de forma expeditiva.

Pinedjem ostentaba la misma nomenclatura que su abuelo, pero al contrario que él y otros de sus predecesores en el máximo rango sacerdotal del clero de Amón, no tenía grandes aspiraciones en el poder. Por ello siempre evitó escribir su nombre en los monumentos rodeándolo de un cartucho, el óvalo sagrado que respaldaba el poder real. Esa potestad la tenía de todas maneras. El sumo sacerdote y general era lo suficientemente inteligente como para eludir aspirar a absurdos problemas administrativos que, según él, podrían ocasionarle dificultades con el verdadero faraón, Siamún, instalado con su corte al norte del país, en Dyanet, Per-Uadyet, la capital septentrional de Kemet.

En ese escenario y en ese contexto político y social, Pinedjem despachaba todas las mañanas con sus funcionarios más cercanos. Ahmose sabía que, en ocasiones, el

lugar empleado para las recepciones matinales condicionaba la decisión del anciano gobernador en uno u otro sentido. No era casual que las reuniones más importantes para el sur, en manos del clero de Amón, se decidieran en aquella sala que podría considerarse una copia del salón del trono que el faraón tenía al norte, en su palacio de Dyanet, Per-Uadyet. Con ello, Ahmose quería reforzar la gravedad de los hechos acaecidos el día anterior en la Grande y Majestuosa Necrópolis de Millones de Años de los Faraones, Vida, Salud y Prosperidad, en el occidente de Uaset.

El escriba había acudido a primera hora de la mañana junto al joven Takelot, segundo escriba de los cementerios de la montaña del oeste, para despachar junto a la máxima autoridad del gobierno. Pinedjem escuchaba atentamente el relato de sus escrituras. Los tiempos con los que el destino le había dado en suerte gobernar eran atroces para la población. La riqueza de la tierra de Kemet había menguado de forma ostensible. El *Wehem-Mesut* que instaló su abuelo no era más que una ficción, una falsa etiqueta con la que ofrecer una imagen de estabilidad que nunca se llegó a dar. Buena prueba de ello era lo que había pasado la noche anterior. En los últimos tiempos eran continuos los informes de saqueos, robos, asesinatos, quema de cultivos por venganzas entre vecinos y demás calamidades.

El sacerdote observaba el paso de la luz por una de las celosías que se abrían en el techo de la sala. A pesar de la vejez y la enfermedad, su porte era majestuoso. Sobre el vestido, del más puro lino recolectado en las tierras de Kemet, lucía una piel de leopardo tachonada de estrellas, la vía celeste que debían recorrer todos los difuntos. La cabeza del animal pendía sobre su abdomen. Tanto en la peluca como en las muñecas y los tobillos, el sacerdote lucía ricas joyas fabricadas con el mejor oro y las piedras y pastas de colores de mayor calidad de los talleres del templo. En la mano derecha llevaba un bastón que le confería el poder religioso y militar que ejercía sobre el sur de la tierra de Kemet.

Sin embargo, debajo de todas esas riquezas se encontraba un hombre abatido. Cansado de la imposibilidad de sacar adelante el país, la desidia y el abandono habían empezado a hacer mella en su forma de gobernar. Ya sólo buscaba el descanso y el sosiego que le proporcionaba el saber que todo estaba preparado para su largo viaje al mundo de Osiris.

Uno de sus ayudantes hizo una señal para que el sirviente que había junto a la puerta se le acercara con un parasol, pero Pinedjem lo detuvo al instante con su mano. Era un anciano, pero el ajado rostro del sacerdote-rey, recortado por la peluca trenzada con esmero con pelo natural, disfrutaba del calor de los rayos del dios Ra. La sensación era agradable. Cada una de sus arrugas era un frente de batalla abierto en los difíciles años de gobierno. El contacto con el sol le recordaba las campañas militares que había desarrollado en la región para controlar la entrada de tribus extranjeras. Nada importante ni realmente peligroso, pero le ayudaba a recordar su

papel como máximo responsable en el prestigioso estrato militar dentro del estamento egipcio.

Todo eso había quedado atrás, formaba parte del pasado; un pasado que nadie recordaría si no conseguía cortar de cuajo y de forma enérgica los numerosos robos que se estaban llevando a cabo en la orilla oeste.

—Debía de ser una banda de ladrones numerosa para sorprender como lo hizo a los dos guardas —añadió Ahmose ante el silencio de Pinedjem.

—Esa tumba está vacía, ¿no es así? —El sumo sacerdote de Uaset por fin mostraba cierto interés en lo que se le estaba relatando.

—En efecto. Como bien sabes, nunca se llegó a utilizar —respondió Ahmose—. El Osiris Ramsés Menmaatra prefirió realizar su viaje al Amenti desde el norte del país. En aquel tiempo la situación era igual de infernal que ahora, por lo que no se podía garantizar la seguridad del conjunto. Antes de que él entrara en el camino hacia Osiris, las moradas de eternidad de toda su familia habían sido mancilladas por las sucias manos de los saqueadores.

—Entonces... —El sacerdote hizo una pausa y tomó aire—. ¿Qué había en aquel lugar para que los ladrones fueran hasta allí y acabaran con la vida de los dos guardas?

—En principio es un simple almacén —respondió Takelot con su característica voz ronca—. No hay muchos objetos de valor.

De origen libio, Takelot apenas alcanzaba los veinticinco años, casi la mitad de la edad de su compañero Ahmose. No obstante, su experiencia en la administración lo convertía en un funcionario destacado de la necrópolis. Su caso era el vivo ejemplo de cómo los extranjeros asimilados a la cultura del país de los faraones podían ascender en los puestos de la administración. Su padre fue un general del ejército egipcio y su madre una Señora de la Casa de uno de los barrios más reputados de Uaset. Generaciones después de la llegada de sus ancestros, había perdido el acento extranjero y dominaba perfectamente el egipcio.

Años antes, cientos de pastores libios se habían asentado en el delta del Nilo en busca de lugares propicios para sus ganados. Los habitantes de la tierra de Kemet los acogieron sin problemas. Algunos faraones incluso los usaron como mercenarios en el ejército, con lo que muchos de ellos subieron posiciones en el escalafón social. Una vez asentados, como era el caso de la familia de Takelot, desempeñaban tareas en la administración. Sus tradiciones se habían diluido dentro del mundo faraónico. Incluso habían adoptado las ropas egipcias, con las que pasaban completamente desapercibidos. A pesar de todo, Takelot aún conservaba algunos rasgos que señalaban su origen; así, su pelo trenzado delataba a primera vista el origen extranjero de sus ancestros.

—Pero el informe señala que se llevaron una valiosa vajilla —prosiguió Pinedjem

—. Y, según vuestro informe, los ladrones arrancaron el oro de las sagradas figuras de los dioses que descansaban en el interior de varias capillas.

El joven escriba se retorció las manos con nerviosismo. Sabía que no debía caer en contradicciones. Su compañero lo observaba expectante.

—Aún hay algunos datos que debemos confirmar —respondió finalmente el libio.

—¿Y cómo entraron esos hombres en la Grande y Majestuosa Necrópolis de Millones de Años de los Faraones, Vida, Salud y Prosperidad, en el occidente de Uaset? Creí que era un lugar seguro. Es más, ¿queda algo por robar allí?

Había desconfianza en la voz de Pinedjem. Tenía los ojos cerrados y el rostro al sol. Sabía que sus secretarios tardarían en responder; ninguno de ellos tenía respuesta para aquella enredada pregunta. Ahmose miró de reojo a su compañero TakeLOT. Ambos intentaron improvisar una razón plausible con la que satisfacer la curiosidad del sumo sacerdote de Amón, pero no la encontraron.

—Seguramente sobornaron a los guardas —afirmó por fin TakeLOT—. Podemos cambiar los turnos y deshacernos de los que ya tenemos. No es la primera vez que ocurre algo así. Los soldados no cobran mucho dinero, por eso creemos que también deciden participar en esta clase de saqueos.

Pinedjem se retiró de la luz del sol. Se frotó el rostro con las manos y se dirigió al pequeño estrado de dos escalones que había entre dos grandes columnas en medio del salón. Apoyándose en su bastón de mando subió con esfuerzo hasta el último peldaño y se dejó caer en el asiento con todo su peso.

—Creí que los que guardaban ahora la necrópolis eran hombres de vuestra confianza —señaló el sacerdote observando a sus funcionarios con rostro cansado.

—Así es... —afirmó TakeLOT.

—¿Entonces? —insistió el sumo sacerdote de Amón—. ¿Qué es lo que ha fallado ahora? ¿No sois capaces de dar con un puñado de hombres fieles y de confianza? ¡Pagadles tres veces más si es necesario!

—Los habitantes de Uaset tienen hambre, Pinedjem —señaló Ahmose intentando eludir su responsabilidad en el caso—. La situación es extrema. Sus graneros están vacíos y no saben cómo alimentar a sus familias.

—¿Me estás echando la culpa de un saqueo en el que ni siquiera habéis sido capaces de controlar quién entra o sale de la montaña occidental delante de vuestras narices?

Los dos funcionarios retrocedieron un paso y bajaron la cabeza en señal de sumisión.

—No seas incauto, Ahmose —prosiguió el sacerdote-rey—. Siempre me has sido fiel y estoy muy satisfecho con tu trabajo, pero en ocasiones pecas de ingenuidad. El saqueo de la necrópolis no se debe al hambre sino a la avaricia. No voy a negar que tenemos menos riqueza que la que hubo antaño. Pero a Kemet no le falta trigo, le



falta oro. Y ésa es la verdadera causa de los robos en las moradas de nuestros ancestros.

Pinedjem hizo una pausa para tomar aire. No lejos de donde se encontraba, el médico de la corte lo observaba con atención. Sabía que no debía fatigarse ni enzarzarse en discusiones vanas.

—¿Cuántos puestos de vigía hay en el valle? —preguntó el sumo sacerdote retomando la conversación.

—Cinco —contestó con rapidez el escriba Ahmose—. Algunos de ellos comparten funciones con los valles de las proximidades.

—Los saqueadores suelen ir a tumbas de antiguos reyes —añadió Takebot—. En su ignorancia creen que son las que más tesoros albergan. De lo contrario, no entiendo que entraran en una tumba vacía, seguramente los atrajo hasta allí el nombre.

—Todas las momias de los antiguos faraones descansan en lugar seguro —continuó Ahmose, en el intento de apaciguar los ánimos del sumo sacerdote—. Hasta que hallemos una solución al problema, se encuentran almacenadas en el templo de Amón de la orilla oeste o en otras tumbas.

—Una solución al problema... —repitió Pinedjem al tiempo que volvía a levantarse para retomar su paseo por el salón de recepciones.

El eco de sus sandalias en la enorme estancia retumbó sobre las pinturas y los relieves que cubrían las paredes del recinto.

Takebot y Ahmose sabían en qué estaba pensando el sumo sacerdote de Uaset. Las tumbas de los grandes reyes habían sido saqueadas por su propia familia hacía no más de cien años, para hacer acopio de oro y materiales de valor, cuando se perdieron para siempre las posesiones en el extranjero, principal fuente de recursos. La ruina de Nubia fue una tragedia para la economía egipcia. Las minas de oro de aquel país del sur que siempre había estado controlado por los faraones de pronto dejaron sin recursos auríferos a la tierra de Kemet.

—¿Dónde están los cuerpos de mi familia? Mi abuelo Pinedjem, su esposa Henut-taii...

—Se hallan en lugar seguro, no tengas preocupación por eso —se apresuró a contestar Ahmose—. Descansan junto a algunos de los grandes ancestros en el sagrado templo de Djamet, en la orilla occidental.

El rostro de Pinedjem no dejó de mostrar preocupación. El sumo sacerdote prosiguió caminando con su bastón de mando y las joyas de oro y piedras semipreciosas que cubrían su cuerpo lanzaban destellos bajo la luz del sol.

—Además, hemos encargado nuevos ajuares para los miembros de tu familia —añadió el escriba de origen libio jugueteando con uno de sus pendientes de oro—. El maestro de *tjehenet*, Rekhamun, está rehaciendo los *ushebtis* de Henut-taii que días

atrás aparecieron en la montaña envenenados por las manos de los ladrones.

Aquel interés por aplacar el problema no apaciguó la intranquilidad del sumo sacerdote de Amón.

—Hemos perdido el sentido de las cosas —dijo con pesimismo—. Han sido muchas las ocasiones en las que la tierra de Kemet ha sufrido hambrunas o invasiones extranjeras que han hecho estragos en la población. Pero la situación ahora es diferente. Se puede palpar en las calles de la ciudad.

Los escribas de la necrópolis real se miraron sorprendidos.

—¿Qué es lo que quieres decir, Pinedjem? —preguntó Ahmose.

—Como acabo de señalar, los robos de las tumbas no se hacen para conseguir alimento. Mi abuelo, y antes que él Piankh, primero como general del ejército y luego como sumo sacerdote de Amón en Uaset, comenzaron los saqueos de las tumbas de nuestros ancestros, y justificaron su acción por la falta de recursos. Habíamos perdido el acceso a las minas de oro en Nubia. El visir de aquella tierra, Panehesi, nos había traicionado. ¿Qué podíamos hacer? Lo más sencillo: robar a nuestros antepasados, quitarles la gloria que consiguieron para la tierra de Kemet y con la que merecidamente se hicieron enterrar para comenzar su viaje por el Amenti.

Takelot y Ahmose mostraron su sorpresa ante la repentina piedad del sumo sacerdote de Amón.

—Pero, Pinedjem, las cosas siempre han sido así —protestó el escriba libio—. Por desgracia, los saqueos de la necrópolis son habituales. No es algo nuevo. Antes de la llegada de los pueblos pastores, los hicsos, la tierra de Kemet vivió momentos de desesperación similares a los de ahora. La gente tenía hambre y saqueaba las sepulturas de los nobles y de los reyes para poder comer.

—Esa historia ya me la sé —lo interrumpió Pinedjem—. La he escuchado cientos de veces. Pero ahora hay algo que nos diferencia y nos distancia gravemente de aquella época. Nadie roba tesoros para comer.

—Seguimos sin entenderte, Pinedjem —señaló de nuevo el primer escriba.

—¡Es evidente, Ahmose! —replicó el sumo sacerdote abriendo los brazos y dejando a la vista la cabeza de leopardo que llevaba colgada—. Alguien que no tiene que comer robará alimentos en el mercado o un animal en un establo, pero no será tan loco de arriesgarse a cruzar a la otra orilla del río, entrar en el mundo de los muertos y llevarse decenas de *deben* de oro, plata y cobre.

—¿Quieres decir que los robos de la orilla occidental son algo premeditado? —preguntó Ahmose enarcando las cejas—. ¿Algo controlado y preparado con antelación por...?

—Son robos premeditados, Ahmose, sí. Robos perpetrados por alguien que sabe qué va a encontrar.

—Pero ésa es una acusación muy grave...

—He escuchado vuestro informe con atención. No hace falta ser muy inteligente para deducir que los ladrones, fueran quienes fuesen, sabían perfectamente adónde ir, por dónde entrar y qué buscar.

—Pero esa información sólo está en los archivos de la Casa de la Vida<sup>[9]</sup> de Ipet-isut y en nuestras dependencias de la orilla oeste —añadió el ingenuo escriba en un intento de borrar aquella idea de la cabeza del sumo sacerdote de Amón—. Nadie más conoce la ubicación de las tumbas, a quién pertenecieron y qué hay en su interior.

—Basta conocer los datos que tenemos guardados en el templo para ir sobre seguro al asalto de una tumba. La prueba de que lo que digo es exacto está en que los saqueadores fueron a una tumba almacén, donde hay material para robar. De sobra saben que las antiguas tumbas de los faraones ya están esquiladas. El problema lo tenemos en nuestra propia casa.

El salón de recepciones quedó en silencio tras las últimas palabras de Pinedjem. El sumo sacerdote de Amón continuó caminando. Las enormes losas de calcita que cubrían el suelo reflejaban de forma dispar los rayos del sol que se colaban por las celosías del techo. Pinedjem seguía el trazado de las vetas de la piedra que de forma caprichosa formaban dibujos sobre el suelo.

Los dos escribas de la necrópolis observaban en silencio los movimientos del sacerdote a la espera de recibir una nueva orden. Pero ésta no llegó.

—Alguien desde dentro está proporcionando información sobre las tumbas. Es evidente, ¿no lo creéis así?

Los dos escribas siguieron en silencio.

—Imagina, Ahmose, que tras tu muerte alguien entra en tu morada de eternidad y saquea tu momia y tu ajuar. ¿Qué pensarías de eso?

El escriba dio un respingo ante la pregunta de su señor.

—No puedo ni imaginarlo —señaló Ahmose llevándose la mano a la boca—. No hay mayor sacrilegio; una transgresión que no puede resarcirse ni con la muerte del ladrón.

—En efecto —asintió Pinedjem—. El verdadero problema del saqueo de tumbas no está en que los ladrones destrozan los cuerpos de nuestros reyes y sacerdotes sino en que borran su memoria. Eso es mucho más grave. Nuestra magia es poderosa, somos capaces de reconstruir un cuerpo sagrado como Isis reconstruyó el de su esposo Osiris después de que el malvado Set lo descuartizara en catorce pedazos y lanzara cada uno de ellos a los confines del Valle del Nilo, pero no podemos hacer nada si sus textos sagrados se queman y sus *ushebtis* se ven desprovistos del nombre que les regenera para poder ayudar a su dueño y señor en la tierra de Rostau. Eso es la muerte eterna...

Los tres hombres reflexionaron sobre la gravedad de los hechos. Quizá hasta

entonces no habían sido realmente conscientes del problema, más allá del simple valor económico de los objetos robados.

—Imagino que estarás trabajando ya en la construcción de tu morada de eternidad, ¿no es así Ahmose?

La construcción de la tumba era de suma importancia. El destino era imprevisible; Anubis, el dios de la momificación y de los muertos, podía llevarte al tribunal de Osiris en cualquier momento.

—Por supuesto —afirmó el escriba con orgullo—. Cuento con mi propia tumba. Está excavada en un lugar destacado de la montaña occidental, al otro lado del río. El lugar no ha sido dejado al azar, y he negociado con esmero el ajuar que me acompañará para toda la eternidad. Los mejores artesanos de los talleres del templo están ocupados en el asunto.

—¿Y cuál es tu situación, Takelot?

—Mi caso es idéntico al de Ahmose —respondió el libio; su voz profunda resonó en todo el salón—. La tumba de mi familia sigue desde hace varias generaciones los estrictos designios de Osiris.

—Sin embargo, tu padre no era de la tierra de Kemet. Él pertenecía a la tribu de los *libu*.

—Bien dices, Pinedjem. —Takelot, orgulloso de sus orígenes extranjeros, sonrió—. Conoces a mis ancestros y sabes que siempre hemos sido fieles al poder de las Dos Tierras. Kemet nos acogió y nosotros hemos sabido recompensar ese esfuerzo con trabajo y dedicación, desarrollando siempre nuestras tareas con la mayor honestidad.

—Pues bien, imaginad por un instante que todo ese trabajo de pronto se cubre de un denso velo de oscuridad y olvido. Imagina, Ahmose, que tu ataúd, realizado en el mejor taller del templo, se ve obligado a permanecer en el olvido porque tu nombre se ha borrado de los textos que lo cubren. ¿Sabes qué implicaría eso? —Pinedjem miraba fijamente a su escriba.

Ahmose se estremeció por dentro al pensar que algún día esas palabras pudieran llegar a ser verdad.

—Eso significaría que nadie estará contigo —prosiguió el sacerdote-rey—. Nadie depositará ofrendas para alimentar tu alma cuando no estés con nosotros y nadie venerará tu imagen. Da igual que tengas familia. Tus hijos no sabrán dónde se encontraba tu tumba porque fue saqueada, incendiada y destruida para toda la eternidad... Ahora podemos recuperar el recuerdo de mi familia, de estirpe real y con sagrados vínculos a los ritos de Amón. Pero ¿creéis que, cuando saqueen vuestra tumba alguien se preocupará de restaurar vuestra memoria? No, nadie lo hará; al igual que nadie restaura la memoria de los pobres cuyas moradas de eternidad han sido asaltadas. Alguien ocupará su lugar y se olvidarán de él para siempre.

Ahmose sintió un escalofrío. Pinedjem tenía razón. No había muerte más horrible para un habitante de Kemet que la que podía sufrir después de su descanso en la tumba: que nadie recordara su paso por este mundo y que fuera despojado de los objetos imprescindibles que debían acompañarle para garantizar el éxito en las diferentes pruebas y obstáculos que encontraría en su camino hacia el reino de Osiris.

Pinedjem dirigió sus pasos hacia una de las columnas que se erguían, altas y esbeltas, hasta el techo del salón. El sonido del bastón arrastrándose por las losas de piedra cesó cuando el sacerdote posó su mirada en las líneas que imitaban la planta del papiro en el fuste de la columna. Con el extremo del báculo, repasó el perfil de la base pintada con hojas de un verde intenso.

—El verde es el color de Osiris, el color de la vegetación, el color de la vida eterna —dijo Pinedjem como si estuviera dando una lección de teología—. Sin embargo, los robos que se suceden día tras día en la necrópolis borran el significado de este sagrado emblema del dios de la muerte. Lo cubren todo de rojo, el color de la destrucción y el olvido. Debemos hacer algo para frenar esta sangría. De lo contrario pronto nos arrastrará a nosotros mismos. ¿Qué se os ocurre? En cierto modo, vosotros sois mis asesores, ¿no es así?

A Ahmose y Takelot les sorprendió en gran medida la afirmación de Pinedjem. Esperaban que les diera una orden, no que les pidiera consejo.

—Hallaremos a los culpables y pagarán con su vida —dijo Ahmose con vehemencia—. Colgaremos sus cuerpos de los muros del templo como advertencia para aquellos que hubieran pensado en seguir sus pasos...

—Eso lo hemos hecho ya muchas veces —replicó el sumo sacerdote—. La gente no aprende. Empiezo a pensar que los ladrones a los que colgamos no tienen nada que ver con los robos que se perpetran en la orilla oeste...

—No podemos hacer otra cosa que seguir las vías tradicionales —intervino el escriba libio—. A estas horas los guardas de la necrópolis habrán investigado lo que sucedió y quizá conozcan algún dato más.

—Me gustaría ir más allá —prosiguió el sumo sacerdote de Amón—. Ahmose, busca en el archivo del templo quién tiene acceso a las informaciones relativas a las tumbas. Esos papiros son de uso restringido, intenta saber quién los ha consultado por última vez. Y hazme saber todos los datos que puedan estar relacionados con este asunto. Cualquier detalle puede tener una importancia vital para poder resolverlo. Si conseguimos atajar el problema de raíz, el futuro será más claro.

Con estas palabras, Pinedjem se encaminó hacia una puerta que había en un extremo del salón. Debido a su edad, ya no era un hombre ligero de movimientos, aunque la vida militar le había mantenido ágil. Desarrollar con éxito su papel de sumo sacerdote de Amón y gobernante del sur del país requería cierta sabiduría.

Dos sacerdotes que le acompañaban siempre a modo de sirvientes se unieron al

anciano portador de la piel de leopardo. Cuando la puerta se abrió, Pinedjem se detuvo un instante. Giró levemente la cabeza hacia donde aún estaban sus dos escribas y dijo:

—Os lo repito: el problema lo tenemos nosotros. Id al barrio de los artesanos y preguntad qué saben. Si dais con algún sospechoso, ablandad su corazón. Los soldados sabrán cómo hacerles hablar. Encárgate tú de eso, Ahmose; conoces bien cómo piensan y cuáles son sus preocupaciones.

Era la primera vez que Takelot quedaba apartado de una importante tarea como aquélla.

—¿Acaso no confías en mí para este asunto, Pinedjem? —Había arrogancia en la voz del libio.

—Tengo otro cometido para ti, Takelot. No te preocupes. Continúa la investigación en el valle. Entérate de quiénes eran los guardas que murieron y por dónde entraron los ladrones en la Grande y Majestuosa Necrópolis de Millones de Años de los Faraones, Vida, Salud y Prosperidad, en el occidente de Uaset...

Takelot, agradecido, se llevó las manos a los muslos en señal de sumisión. Ahmose hizo lo propio.

—Ya soy anciano —dijo entonces Pinedjem—. No me gustaría tener que cambiar mis ropas de sumo sacerdote por las de general en jefe del ejército para resolver el problema por mi cuenta. Pero si he de hacerlo, no dudéis un instante en que lo haré.

—No será necesario —repuso Ahmose.

—Lo único que pido es que se respeten las tradiciones que han mantenido unida a esta tierra desde la creación del mundo. Todos luchamos por la vida eterna en el reino de Osiris, en Rostau. Pero parece que las aguas del caos van devorando paulatinamente la fe y la moral del pueblo.

*Miércoles, 15 de diciembre de 1880*

*Luxor*

Aquí tiene su té, señor —dijo el joven camarero mientras dejaba una taza humeante en la mesita que había junto al piano.

Émile Brugsch le agradeció el gesto con una sonrisa. Estaba sentado frente al Kimball traído hacía pocas semanas desde París. Un piano exclusivo para un espacio exclusivo. De pronto el ambiente del hall del hotel Luxor se llenó con las notas del *Preludio número 4 en mi menor* de Chopin, una melodía serena que apasionaba al egiptólogo y que interpretaba siempre que tenía oportunidad.

Había llegado de El Cairo en el primer vapor de la mañana. Estaba cansado, pero prefería aguantar hasta la noche sin dormir y seguir el ritmo de un día normal. Había bajado a la recepción para echar un vistazo a los periódicos del día, pero al ver el piano vacío no había podido resistir la tentación.

Todo estaba tranquilo. El hotel Luxor era un establecimiento exclusivo. Inaugurado recientemente por la agencia de viajes de Thomas Cook, ya se le consideraba el más sofisticado de la ciudad, haciendo sombra al renombrado hotel Karnak. No obstante, el Luxor no era muy grande, apenas tenía una treintena de habitaciones, pero ese detalle lo convertía en un lugar plácido, idóneo para descansar. Ni estando completo los clientes tenían la sensación de encontrarse en un hotel bullicioso.

La pieza apenas duró un par de minutos. La entrada de varios grupos de turistas le decidió a zanjar su recital. Tomó su taza de té, cogió un periódico y se sentó en un sofá. En la mesa contigua, dos hombres y sus esposas charlaban sobre los regalos que habían adquirido en una tienda de Luxor.

—Un dragomán del templo de Medinet Habu, en la orilla oeste, nos recomendó que fuéramos a ese anticuario —dijo uno de los hombres. Cogió una pasta de té de un plato y añadió—: Y desde luego sabía lo que decía.

—Seguro que estaba compinchado con el vendedor de la tienda —señaló la mujer; lucía un vestido azul y parecía ser su esposa—. Aquí todo el mundo se lleva su comisión. Nadie regala nada, desengáñate. No me extrañaría que fueran familia. Es increíble cómo todos conocen a todos.

—No lo niego, querida —reconoció el marido—, pero las piezas que nos mostró en la tienda eran de una calidad extraordinaria. Eso sí, los precios también eran extraordinarios.

—Los vendedores siempre te tantean —intervino el segundo hombre; parecía

saber perfectamente de qué estaba hablando—. Te preguntan de dónde eres, a qué te dedicas, etc.

—Ningún turista que viene a Egipto es un pordiosero, querido —comentó la segunda mujer.

—Desde luego que no, pero unos turistas tienen más dinero que otros, y eso los árabes son capaces de leértelo en los ojos.

—Con los precios que ponen a las antigüedades, a veces pienso que algunos egipcios tienen más dinero que todos nosotros juntos.

Los cuatro amigos rieron la ocurrencia de la mujer del vestido azul. Para entonces el egiptólogo alemán había dejado de lado la lectura del último número de *La Gazette Egyptienne* y escuchaba disimulada pero atentamente la conversación de sus vecinos de mesa.

—Lo que más me impresionó fue un magnífico papiro —comentó el primer hombre—. Era hermosísimo. Tan bello como los que se exhiben en el Museo de Bulaq de El Cairo.

—¿Era grande? —preguntó el segundo caballero.

—Ya lo creo. Debía de medir más de medio metro. Pero lo más asombroso era la delicadeza de los dibujos y el trazado de los jeroglíficos. Eran, sencillamente, deliciosos.

—Imagino que el precio también era delicioso —apuntó una de las mujeres antes de apurar su taza de té.

—No lo dudes. Una joya así no puede ser barata. Valía nada más y nada menos que veinte libras.

La otra pareja permaneció en silencio con la boca abierta.

—Con ese precio, imagino que no lo compraste —dijo el otro hombre.

—Por supuesto que no. Es una suma demasiado elevada para un capricho, pero desde luego la pieza lo valía. El vendedor me dijo que pertenecía a un antiguo rey. A un faraón.

—Siempre dicen lo mismo —protestó la mujer del vestido azul—. Hazme caso: desconfía de estos árabes. Créeme. Seguramente era una falsificación y lo hicieron el día anterior.

—No lo creo, querida —se defendió el hombre—. Me mostró varios papiros. Los expuso sobre el cristal del mostrador. No todos ofrecían la misma belleza en su ejecución ni mostraban viñetas o dibujos de tan vivos colores. El papiro de aquel rey era especial.

—Si tenemos tiempo esta tarde, quizá mi esposa y yo nos acerquemos a verlo. ¿Dónde dices que está ese anticuario?

—Es el comercio de la Corniche que hace esquina con una de las calles que lleva al zoco —señaló el hombre—. A no mucha distancia del templo de Luxor, el que está



aquí, frente al hotel, cubierto de escombros.

—¿El del obelisco? —preguntó la segunda mujer.

—El mismo.

—¿Y qué faraón era?

Pero Brugsch no escuchó la respuesta a aquella pregunta. No necesitaba nada más. Tenía todos los datos necesarios. Hablaban de la tienda donde él había comprado pocas semanas antes el *ushebti* de la reina Henut-taui. La mención de un papiro, la antigüedad más preciada del mercado, acabó por confirmar sus sospechas. Se preguntaba cuántas piezas habrían salido de manera incontrolada del país. ¿A cuántos extranjeros les habrían ofrecido la posibilidad de hacerse con un papiro o un *ushebti*? Y, lo más peligroso de todo, ¿cuántos habrían aceptado?

Bebió el último sorbo de té que quedaba en la taza, dobló el periódico por la mitad y lo dejó sobre la mesa baja de cristal que había frente a los sofás. Se levantó con tranquilidad, evitando llamar la atención y que no se le notase la emoción y la tensión que recorrían su cuerpo. Caminó hacia la escalera y subió a su habitación, en la primera planta.

Émile Brugsch había dejado la maleta de cuero sobre un mueble bajo y había organizado perfectamente sus cosas dentro del armario. Fue lo primero que hizo nada más llegar a Luxor. El alemán era incapaz de abandonar la habitación sin recoger sus objetos personales. Sabía que en el hotel Luxor el servicio era muy eficiente y que con sólo una orden un hombre habría venido a hacer ese trabajo por una propina casi ridícula, pero prefería hacerlo él mismo. Además de sentirse útil, de ese modo sabría exactamente dónde había dejado cada cosa. Por eso no tardó en dar con la cartera en la que, junto a su documentación, había una suculenta cantidad de dinero. Egipto no era un lugar peligroso. En absoluto. Pero prefería dejar esas cosas a buen recaudo en la lujosa suite del hotel que llevarlas consigo y correr el riesgo de perderlo. En sus muchos años de trabajo en Egipto jamás había tenido noticia de algún percance en ese sentido, dentro ni fuera de un hotel. Era, sin duda, un buen lugar para vivir.

Desabrochó el botón de la cartera y sacó un sobre repleto de dinero. Sobre la mesa fue poniendo billetes hasta alcanzar las quinientas libras que se había fijado como tope de su primera transacción. Los contó varias veces. Era una verdadera fortuna, pero tenía en mente jugar sus cartas de manera ventajosa. Cuando el dinero no era suyo, esa forma de actuar resultaba mucho más sencilla. Desde luego que sí.

Colocó los billetes en uno de los apartados de su cartera, se la guardó en el bolsillo interior de su chaqueta y pasó un instante al baño para peinarse y atusarse las puntas del bigote. Hecho esto, tomó su *tarbush* y salió al pasillo. Sólo tenía que bajar un piso, así que no tomó el ascensor.

La recepción estaba más bulliciosa que unos minutos atrás. Un grupo de turistas acababa de regresar de ver el amanecer en el templo de Amón en Karnak.

Saludó al recepcionista y agradeció el gesto al muchacho que le abrió la puerta de la calle. La mañana era fresca pero agradable para pasear en bicicleta por la Corniche. El alemán fue a por la suya en el jardín de la entrada. Saludó al jardinero, se montó en la bicicleta y comenzó a pedalear en dirección al río. El transbordador acababa de partir llevando personas y ganado a la orilla oeste. Brugsch se preguntó si en él viajaría alguien relacionado con la trama que le había llevado hasta allí. Dejó de especular. Sabía que el único eslabón que conocía era la tienda a la que ahora se dirigía.

Agradeció el frescor de la mañana; pronto el calor devoraría la ciudad. Los contrastes de temperatura eran lo que peor llevaban los viajeros —casos extremos de deshidratación habían provocado la muerte de algún imprudente—, pero Brugsch no estaba en Luxor para hacer turismo.

Al llegar a la esquina anterior a la de la tienda de Antoun Wardi, se detuvo. Se bajó y dejó la bicicleta apoyada en un poste cercano; no hacían falta mayores medidas de seguridad, sabía que nadie se la iba a llevar. Caminó hacia la tienda y al pasar por delante echó un vistazo dentro de forma distraída. Había tres turistas comprando recuerdos. Pasó de largo y siguió hacia el río paseando tranquilamente y fumándose un cigarrillo. En ningún instante perdió de vista la puerta del anticuario. Tres árabes se detuvieron delante de la tienda. Hablaban en voz alta y hacían aspavientos; dos de ellos daban empujones al otro, que parecía protestar por el incumplimiento de un acuerdo. Por lo que Brugsch pudo entender, se trataba de un comerciante. Las disputas entre los vendedores de *souvenirs* no eran extrañas; estaba acostumbrado a ver escenas aparentemente violentas en los bazares y los mercados de la ciudad. Los egipcios elevaban la voz al mínimo desacuerdo, algo que alarmaba a los extranjeros, pero lo que aparentaba ser una violenta discusión no era más que un intercambio de improperios que sin duda no llegaría a mayores. Lo que llamó la atención de Brugsch fue el hecho de que no se trataba de extranjeros. En esas tiendas sólo compraban europeos y americanos. Si aquellos egipcios se habían acercado hasta allí era porque tenían alguna relación con el dueño; tal vez eran familiares o proveedores de reproducciones. Desde luego no tenían aspecto de trabajar en algún sucio taller de réplicas de antigüedades de la orilla oeste. Los dos árabes que parecían estar sancionando el comportamiento del tercero vestían elegantes galabiyas negras confeccionadas con paños de calidad. Por el contrario, el tercero en discordia lucía un distinguido traje de lino blanco y *tarbush*, característico de los egipcios que seguían la moda europea.

Al poco salieron los tres turistas —sonreían de felicidad ante los objetos que habían comprado y que llevaban en dos bolsas de papel— y entraron los tres egipcios.

Brugsch siguió esperando. Pasaron los minutos y no salía nadie. Comenzó a

impacientarse cuando, según su reloj, llevaba esperando en la Corniche más de cuarenta minutos; tiempo en el que había tenido que rechazar la oferta de varios barqueros que ofrecían precios especiales para recorrer en falúa las aguas de Luxor y conocer algunos islotes intermedios.

Se separó de la balaustrada que recorría el paseo, se sacudió el polvo del pantalón y caminó de nuevo hacia la tienda. Al detenerse delante del escaparate vio que dentro sólo se encontraba Mariam, la joven ayudante de Wardi; estaba subida a un pequeño banco de madera, colocando unas piezas en una estantería.

Sin pensárselo dos veces, Brugsch entró. Las campanillas que colgaban del dintel de la entrada anunciaron su llegada.

La joven lo reconoció al instante.

—Buenos días —saludó—. ¿Viene a ver al señor Wardi?

—Buenos días, Mariam. Sí, ¿sería tan amable de avisarle de que estoy aquí? Soy Marek, Kurt Marek.

La joven sonrió con alegría: aquel apuesto europeo se acordaba de su nombre y se dirigía a ella con la mayor cordialidad.

—Lo haré enseguida, señor Marek. Tome asiento, por favor. ¿Le apetecería tomar un té?

Brugsch no pudo evitar fijarse una vez más en la belleza de la joven. Lucía un holgado vestido de color marrón, pero era evidente que bajo el suave algodón corrían unas sinuosas curvas que no podía esconder ni el más recatado modisto egipcio.

—No, gracias, es usted muy amable. Me sentaré aquí a esperarle.

Mariam desapareció detrás de la cortina que daba a la trastienda.

El alemán miró a derecha e izquierda y descubrió, para su sorpresa, que en la tienda no había nadie. Quizá los árabes a los que había visto entrar estuvieran en la parte trasera del negocio. Durante unos segundos aguzó el oído, pero allí no se oía nada que indicara su presencia.

Pasaron unos minutos.

—Buenos días —dijo Antoun Wardi cuando apareció y se colocó tras el mostrador, seguido de su ayudante copta.

—Buenos días —contestó Brugsch estrechándole la mano con cortesía.

Wardi, que llevaba su traje azul de siempre, parecía nervioso y agitado. Al acercarse al mostrador, el alemán vio un *tarbush* en el suelo. Wardi se percató de su expresión de extrañeza y siguió su mirada.

—Oh, es mi *tarbush* —dijo—. Es un verdadero placer volver a verlo, señor... Marek.

Bajo el vidrio que cubría el mostrador estaban dispuestas las tarjetas de visita de sus clientes.

—Veo que ya me ha incluido entre sus compradores más preciados —indicó el

alemán con una sonrisa al tiempo que señalaba su tarjeta.

—La prueba es evidente, señor: aquí está de nuevo en mi modesta tienda. Intuyo que quedó satisfecho con la compra que hizo la vez anterior.

—Desde luego que sí. Ahora estoy buscando algo más sofisticado. —El egiptólogo apoyó las manos en el mostrador mientras miraba de forma distraída qué podría ofrecerle el vendedor—. Creo que le comenté mi deseo de comenzar una colección de antigüedades. Quizá usted pueda ayudarme a hacer realidad ese pequeño sueño.

Wardi, incapaz de ocultar su alegría, sonrió. Veía en el extranjero un filón, una mina de oro que solventaría sus problemas económicos en mucho tiempo.

—No sé si sería una osadía por mi parte preguntarle a qué se dedica usted, señor Marek.

—Soy comerciante —contestó el alemán de forma seca mientras continuaba husmeando entre las reproducciones que había por doquier en busca de algo que llamara su atención. Pero Wardi no iba a tener su mejor género a la vista de todos, y menos aún el tipo de piezas que interesaban a Brugsch.

—Comerciante... —repitió el libanés asintiendo con falso interés.

—Sí, exporto algodón y caña de azúcar.

—Dos de los mejores productos de Egipto, desde luego que sí... Y ahora entiendo que quiere exportar también antigüedades.

Brugsch le miró con cara de no entender.

—Perdone mi atrevimiento, señor Marek, era una broma. En cualquier caso, con el material de mi tienda podrá confeccionar una magnífica colección de antigüedades faraónicas. Discúlpeme unos segundos.

Al igual que días atrás, Wardi se dirigió hacia la puerta de la tienda, comprobó que no había nada sospechoso en la calle y cerró las persianas. Luego regresó al mostrador.

Mariam observaba muy seria los movimientos del dueño. Brugsch no dejaba de mirar a la joven.

—Mariam, tráenos una caja de cartón de color burdeos que hay en la mesa de atrás —dijo Wardi en el mismo tono displicente que en otras ocasiones.

La muchacha desapareció tras la cortina y regresó a los pocos segundos con el recado.

—Perfecto, aquí está —dijo el vendedor sin dignarse mirar a la joven y agradecerle sus servicios—. Ahora ve a colocar los papeles de las nuevas reproducciones que hay atrás.

Cuando ella desapareció de nuevo, Wardi abrió la caja, de un tamaño no muy grande.

El egiptólogo sintió que lo embargaba la emoción: pronto vería a los grandes

papiros de los que había oído hablar.

Sin embargo, el contenido de la caja lo decepcionó. Dentro no había más que unos pocos *ushebtis* de pasta modernos y fragmentos de cabezas y troncos con porciones de textos que no tenían sentido.

El vendedor no perdió la sonrisa en ningún momento. Brugsch ni se molestó en tomar alguna de las piezas para sondear su valor; estaba seguro de que allí no había más que una vulgar amalgama de falsificaciones que sólo engañarían a un extranjero incauto.

—Me temo que me he equivocado de tienda —dijo muy serio—. El otro día adquirí un magnífico *ushebti* y hoy me ofrece una mezcla de *souvenirs* como los que compran los turistas cuando los asaltan los dragomanes que hay en el lado oeste, junto a las tumbas. Esos por los que pagan hasta tres libras creyendo que están llevándose una joya propia de un museo.

—Entiendo que no le guste el contenido de esta caja. Quizá en esta otra haya algo de su agrado, señor Marek.

Todo aquello —ofrecer una bagatela antes de dar a conocer parte del mejor género— no era más que una formalidad rutinaria para probar al cliente.

La segunda caja era algo más voluminosa. Su contenido era mejor, pero estaba lejos de alcanzar las expectativas de Brugsch. De nuevo había *ushebtis*; algunos eran reales y correspondían a soberanos importantes de la XVIII Dinastía. En esta ocasión sí tomó algunos objetos. Una cabeza de cuarcita de apenas unos centímetros llamó su atención. Se trataba de un fragmento de un *ushebti* de Akhenatón, el Faraón Hereje Amenofis IV. Era espectacular, cualquier museo habría pagado una buena suma por él, al igual que por el fragmento de un *ushebti* anónimo que por su tipología parecía pertenecer a Seti I, el padre del gran Ramsés II. Era de fayenza azul y brillaba como el de la reina Henut-taui que había comprado semanas atrás. Pero nada de todo aquello era el objetivo que le había llevado a Luxor.

Brugsch se tomó su tiempo observando y analizando las piezas.

—Esto es interesante, pero creo que busco algo más sofisticado. No entiendo de reyes —mintió—. Sólo quiero objetos hermosos para comenzar mi colección.

—Le comprendo perfectamente, señor. Veamos si en esta caja descubre algo de su gusto.

Wardi colocó una tercera caja sobre el mostrador. El egiptólogo empezaba a tener la sensación de hallarse en una feria rural jugando a las cajas misteriosas. Y, en efecto, el misterio comenzó a aparecer en la tercera caja.

En el fondo reposaban casi una docena de *ushebtis*. Brugsch se percató de inmediato de que tres de ellos, con vivos colores y estéticamente muy atractivos, eran falsos. Los sacó de la caja y los apartó a un lado.

—Esto no nos interesa en absoluto, ¿no es así? —dijo Brugsch marcando su

posición en el extraño juego de la compraventa de piezas en Egipto. Quería empezar a dominar la situación, y la mejor manera de hacerlo era demostrar que sabía con qué estaban tratando.

El resto de la caja era, como mínimo, curioso. Había dos *ushebtis* de la reina Henut-taui muy similares al que había adquirido y depositado en el Museo de Bulaq; los dos eran azules, de una fayenza brillante y con algunos detalles de color negro, como la peluca, los aperos de labranza y el texto con el nombre de la reina. Junto a ellos había un *ushebti* de tipología idéntica pero de diferente dueño; el rey Pinedjem se representaba con rostro confiado ante la oscura llegada de la muerte. Sin embargo, el alemán tuvo que templar sus nervios ante lo que vio en uno de los lados de la caja: era un pedazo de papiro. No era grande pero sí de tamaño suficiente para que pudiera leer un fragmento de texto en escritura hierática y una pequeña viñeta en la que se veía la cabeza de un rey. La imagen era clara: llevaba la cobra sobre la corona, pero el nombre del soberano no aparecía en el texto.

Brugsch se esforzó por no mostrar su desasosiego. Sabía que en ocasiones los saqueadores de tumbas fragmentaban los hallazgos para obtener más dinero por ellos. Un papiro de gran tamaño —algunos medían varios metros de longitud— podía dividirse en numerosos fragmentos, multiplicando así su precio por tantas piezas como resultaran de aquella atrocidad.

Tomó con delicadeza el fragmento de papiro, lo colocó sobre la palma de su mano derecha e intentó acercarlo a una fuente de luz para poder observar mejor los detalles.

—Es un trabajo excepcional —dijo el vendedor—. No es fácil encontrar papiros como éste... Podría ser un buen comienzo para su colección, señor Marek.

—¿Qué es? —preguntó el arqueólogo haciéndose el ignorante.

—Es un fragmento de un libro funerario de un antiguo rey. Seguramente tenga más de tres mil quinientos años de antigüedad.

Brugsch sabía que aquel fragmento era contemporáneo de los *ushebtis* de la reina Henut-taui y del resto de las piezas que habían localizado en el mercado de antigüedades en los últimos años. Apenas tenía tres mil años, pero eso era lo de menos; lo importante era que se trataba de una nueva pista hacia el objetivo que se habían marcado.

—¿Sólo tiene este fragmento? ¿No dispone de más papiros?

La pregunta sonó como una dulce melodía en los oídos de Wardi. Asintiendo con una caída de ojos, esperó a que Brugsch volviera a dejar el fragmento en el interior de la caja. Colocó dentro los otros *ushebtis* y la guardó en la cajonera de la que la había sacado poco antes. Le indicó con un gesto de la mano que esperara y desapareció por la cortina que había detrás del mostrador.

El alemán se acordó de los tres árabes a los que había visto entrar y volvió a aguzar el oído, pero sólo oyó al vendedor arrastrando una pesada mesa por el suelo.

Wardi regresó al poco con un portafolio enorme. Cuando lo abrió, Brugsch, anonadado, apenas fue capaz de controlar su emoción. Se aferró a los bordes del mostrador e intentó descargar así la adrenalina y el nerviosismo que habían aparecido al ver aquel papiro.

—Espero que esto sea de su gusto, señor. Es lo mejor que tengo.

Brugsch observó con detenimiento aquella preciosidad. Se trataba de un papiro funerario escrito delicadamente en hierático y decorado con varias viñetas. Quien lo hiciera, hace tres mil años o más, tenía un gusto exquisito y una sensibilidad especial. A la derecha de la escena principal se podía ver a una reina sentada en su trono. Sobre la cabeza portaba una hermosa peluca y la corona rematada por la diosa buitre Nekhbet. En una mano sostenía una flor de loto. El conjunto era maravilloso. Reconstruía el momento en que la mujer alcanzaba el Más Allá y disfrutaba de una mesa de ofrendas repleta de panes, jarras de vino, frutas y toda clase de delicias. El acto estaba presidido por dos sacerdotes que, vestidos con pieles de animal, realizaban ofrendas y sacrificios en honor de la mujer.

La soberana lucía un vestido de lino blanco ceñido al cuerpo y portaba al cuello un collar mágico. En ambos brazos llevaba brazaletes y pulseras de un metal que seguramente en origen era oro. La silla descansaba sobre una pequeña plataforma. Pero la escena no finalizaba ahí. Erguida detrás de la reina había una figura momiforme. Tenía todo el cuerpo envuelto en lino blanco y, grabado sobre él, un texto religioso. Era la representación de un *ushebti* de la propia reina. La figura lucía la misma corona y los mismos pendientes que su remedo original. En el registro inferior del papiro, Brugsch vio la representación del catafalco que arrastraba la momia de la reina hasta su lugar de descanso. Dos bueyes y cuatro hombres tiraban de un trineo en el que la momia de la esposa del faraón era amortajada por Anubis, dios de la momificación. El catafalco era escoltado por dos divinidades femeninas. La comitiva se cerraba con un grupo de personas entre las que había familiares y sacerdotes.

Brugsch se detuvo en el texto. No debía dejar ver hasta dónde llegaban sus conocimientos, por lo que leyó para sí el nombre de la propietaria: «Esposa divina, la fiel a Amón de Tebas, hija del rey, esposa real, la hija mayor, la reina Maat-ka-Ra».

No había duda. Habría apostado cualquier cosa a que ese papiro provenía del mismo lugar de donde habían salido los otros *ushebtis*. Maat-ka-Ra era la hija de Pinedjem I, sumo sacerdote de Tebas y luego faraón del Alto Egipto. Por lo tanto su madre no era otra que Henut-taui, la reina del primer *ushebti*.

—Es un ejemplar magnífico, aunque no sé si me lo puedo permitir —se lamentó el falso comerciante alemán.

—No se preocupe, señor Marek. El precio es justo. Una buena colección como la que usted está empezando se verá reforzada con un papiro como éste, no le quepa la

menor duda.

—¿De dónde procede?

—Lo encontraron unos aldeanos en la otra orilla. Apareció dentro de una caja en el interior de una tumba del Valle de los Reyes.

—No podía ser de otra forma. —Brugsch sabía que el vendedor mentía descaradamente para dar valor al hallazgo; suponía que Wardi no tenía ni la más remota idea de dónde lo habían encontrado—. El mejor lugar para descubrir un papiro de estas características, sin duda. ¿Cuánto vale?

—Los papiros son los objetos más raros del mercado, señor. A mí me costó una pequeña fortuna. No puedo venderlo por menos de trescientas libras. De no hacerlo así, perderé dinero.

—Ustedes los vendedores son todos unos embusteros —espetó Brugsch mirando a Wardi con una sonrisa en el rostro—. No hacen más que llorar y llorar por el valor de las cosas. Apostaría a que este papiro no le ha costado ni veinte libras.

—No, mi querido amigo —dijo el libanés haciendo aspavientos con los brazos—, de ninguna manera. Yo pagué prácticamente doscientas noventa libras por él, mi margen de beneficio es muy pequeño.

—¿Me está diciendo que sólo gana diez libras por la venta de un papiro? Si es así, discúlpeme pero es usted estúpido. Sacaría más dinero vendiendo réplicas de antigüedades a los turistas y se evitaría los problemas que pueden acarrearle este tipo de transacciones.

Wardi permaneció en silencio. Las personas que lanzaban ese tipo de argumentaciones conocían perfectamente el método de trabajo de los egipcios y las técnicas de regateo.

El egiptólogo sabía que contaba con dinero de sobra para comprar ese papiro y muchos más, pero su orgullo de buen regateador le jugaba a veces malas pasadas. Una cosa era dar la imagen de un hombre pudiente y otra muy distinta pasar por un idiota que ignoraba las mínimas normas de regateo en el mercado de antigüedades. Él no era ninguna de esas dos cosas.

—Pierdo dinero... pero como sé que usted va a volver se lo puedo rebajar a doscientas libras. Así me aseguro su compromiso de regresar a mi negocio.

Brugsch sonrió de nuevo con desdén. No se creía ni una palabra del vendedor. El papiro era de muy buena calidad, desde luego. Y estaba interesado en él. Muy interesado. Pero su olfato le indicaba que no valía lo que le estaba pidiendo por él.

—Si me lo deja a buen precio, no se arrepentirá. Tendrá asegurada la venta de otras piezas mejores y más caras; si es capaz de encontrarlas, claro está. No conozco mucho este oscuro mercado de antigüedades. Imagino que veinticinco libras por un papiro es más que suficiente. ¿Qué le parece?

Al igual que había hecho la vez anterior, echó mano a la cartera y comenzó a



poner la cantidad propuesta sobre uno de los lados del portafolio.

Wardi abrió mucho los ojos. La posibilidad de obtener un beneficio tan alto de forma fácil y en poco tiempo le hizo soñar con un futuro prometedor. Antes de abrir la boca reflexionó dos veces lo que iba a decir.

—Estas piezas no son fáciles de conseguir —se disculpó—. Aparecen de forma esporádica en el mercado de antigüedades. Me temo que esa cantidad no alcanza a cubrir los beneficios mínimos por el papiro.

Sin embargo, el alemán sabía tratar con los vendedores.

—Desde luego que sí, querido amigo. Aquí tiene veinticinco libras por el papiro y otras cinco para que me busque más. Tómelo como un adelanto por la próxima compra; una especie de acuerdo entre los dos.

Wardi no daba crédito. Nunca había ganado tanto dinero con una sola venta.

—No puedo asegurarle que vuelva a tener algo así, señor.

—Seguro que sí. Usted parece una persona con buenos contactos, ¿me equivoco?

El libanés no respondió, miraba incómodo el papiro y el dinero que había sobre el mostrador.

—Ayúdeme a conseguir más papiros de éstos y no se arrepentirá —añadió Brugsch—. ¿Lo hará?

—Lo intentaré, señor Marek. ¡Mariam! —gritó Wardi con nerviosismo mientras se guardaba el dinero en el bolsillo.

La joven cristiana apareció al instante.

—Dígame, señor Wardi.

—Prepara este papiro para que el señor Marek pueda llevárselo.

Mariam recogió el portafolio con el papiro. Tomó de una estantería un gran marco con cristales a ambos lados, quitó las pestañas que los mantenía unidos y colocó el papiro entre ellos con sumo cuidado. Allí estaría bien protegido. Luego volvió a colocar el marco dentro del portafolio y lo cerró. Lo llevó a su mesa, al final del mostrador, para envolverlo en papel y acordonarlo.

Cuando Brugsch se acercó hasta allí para recoger su nueva compra, la joven comprobó que su jefe no la estuviera mirando y esbozó una sonrisa. El alemán se percató de aquel detalle y con una mueca le expresó su desaprobación por la descortesía con que solía tratarla.

Mariam no tardó en acabar de envolver el valioso papiro.

—Muchas gracias, Mariam, es usted muy amable y eficiente —dijo Brugsch—. Espero que volvamos a vernos pronto.

—También yo... —respondió la joven con su preciosa sonrisa y en voz muy baja para que Wardi no pudiera oírla.

Brugsch se dio la vuelta y caminó hacia la puerta, donde le esperaba el vendedor libanés.

—Muchas gracias —dijo el egiptólogo estrechándole la mano—. Volveremos a vernos.

—No hay de qué, señor Marek. Es un verdadero placer para mí poder ayudarle.

Cuando Brugsch puso el pie en la calle con intención de volver a coger su bicicleta y regresar al hotel, la voz del vendedor le hizo detenerse.

—Señor Marek —dijo Wardi en tono quedo.

Brugsch, extrañado, giró la cabeza levemente.

—¿Sí?

—Espere esta noche a las diez en el embarcadero que hay bajo el templo de Luxor.

El egiptólogo tardó varios segundos en reaccionar. Se limitó a asentir sutilmente; se llevó el índice de la mano derecha al *tarbush*, con la mano izquierda aferró con fuerza su preciado papiro, y echó a caminar hacia su bicicleta.

Wardi lo observó alejarse. Brugsch, silbando el *Preludio número 4* de Chopin, desapareció entre la gente que ya empezaba a inundar la calle a esa hora de la mañana.

Cuando lo perdió de vista, cerró la puerta y corrió el pestillo.

*Miércoles, 15 de diciembre de 1880*

*Luxor*

La casa de Mustafa Aga Ayat, una de las más lujosas de Luxor, se hallaba perfectamente asentada sobre el monte de tierra y escombros que cubría parte del templo de Luxor dedicado a Ramsés II, muy cerca de la mezquita de Abu el-Haggag, santón de la ciudad. Dinero no le faltaba a ese extrovertido comerciante de origen turco. De los casi sesenta y cinco años que tenía, había pasado más de cuatro décadas trabajando en aquel país. Egipto era una verdadera fusión de culturas, y Mustafa Aga Ayat era el ejemplo más representativo de ello. Hacía las funciones de vicedónsul para países tan dispares como Bélgica, Gran Bretaña y Rusia. Durante sus viajes por Europa había aprendido idiomas, y gracias a su dominio del inglés, el francés y el italiano, además del árabe, era capaz de conversar con casi cualquier ciudadano del mundo. Era, en suma, un personaje con mucho poder y no menos influencias. Entre sus potestades destacaba especialmente la inmunidad diplomática de que disfrutaba por ejercer las funciones de vicedónsul, lo que en muchas ocasiones le llevaba a actuar con absoluta y desmedida libertad, sobrepasando los límites de la ley.

Todo eso le había dado una fama en la ciudad únicamente superada por los milenarios monumentos que le rodeaban. Sólo Ramsés II era más conocido en Luxor que Mustafa Aga Ayat.

Su sofisticación era un tanto extravagante y pomposa. Si bien no ostentaba ningún título como bey o pachá, se comportaba como tal. Su forma de vestir era como poco peculiar. Le gustaba la moda de varias décadas atrás, durante el reinado de Mohamed Ali, y cubría sus galabiyas con dorados, pañuelos de vistosos colores y, en definitiva, cualquier elemento excesivo que, en su opinión, le diera una apariencia distinguida.

Pero lo que más valoraba Aga Ayat, por encima incluso de su condición de ciudadano privilegiado, era su casa. Vivir junto a la mezquita del patrón de Luxor no era una cuestión baladí. A Abu el-Haggag, hombre santo del siglo XIII, se le atribuían toda clase de proezas y maravillas. Todos los años, un par de semanas antes del mes sagrado del Ramadán, sus restos mortales eran paseados en procesión por la ciudad, para alborozo de los habitantes y sorpresa de los extranjeros, que no parecían entender absolutamente nada. Era un gesto de reconocimiento hacia aquel hombre al que consideraban un hacedor de milagros, muchos de ellos focalizados en la mezquita; lugar sagrado y mágico a un tiempo. El edificio era una suerte de talismán del que todos querían beneficiarse y que el vicedónsul casi podía acariciar con la

punta de los dedos desde la ventana de su despacho.

Desde allí, Aga Ayat veía el primer patio del templo de Ramsés II, todavía medio derruido por el último terremoto. Los colosos sedentes del faraón más importante de la historia de Egipto salían de la tierra como si nacieran a un nuevo mundo, diferente del que les había tocado vivir hacía más de tres mil años. Las columnas papiriformes del patio se retorcían entre otras estatuas, haciendo equilibrios para no venirse abajo. Todo estaba cubierto de tierra y escombros hasta una altura considerable. Sólo unos pocos turistas —atrevidos, aventureros, e ignorantes del peligro existente debido a los frecuentes desprendimientos— deambulaban entre aquel eco fugaz del glorioso pasado de Egipto.

En más de una ocasión se había hablado de recuperar el aspecto original del templo, pero el principal inconveniente estaba en la mezquita; un lugar tan sagrado no podía removerse en favor de la ciencia egiptológica.

Para los turistas, el templo de Luxor era como un parque de recreo donde correr a sus anchas; algunos evitaban bordearlo y lo usaban como atajo para ir desde el cercano bazar hasta el río. El problema era que las autoridades dejaban el lugar abierto y sin control alguno.

En ese momento Mustafa Aga Ayat observaba a una pareja que caminaba entre las piedras ajena al peligro. Se preguntó de qué nacionalidad serían. De ser belgas, británicos o rusos, se vería obligado a intervenir si sucedía algún percance. Un papeleo engorroso pero muy gratificante desde el punto de vista económico.

—Valientes estúpidos... —dijo el vicescónsul con la frialdad con la que solía abordar cualquier problema diplomático.

Mientras se daba la vuelta y regresaba a su mesa de trabajo, alguien aporreó la puerta de su despacho.

—Adelante.

Un hombre del servicio asomó la cabeza.

—Ahmed solicita verle, señor. Dice que le trae las verduras que...

—Sí, sí, las verduras. Dile que pase.

La puerta se abrió por completo y el sirviente dejó pasar a Ahmed Abderrassul. Como siempre, el egipcio vestía de negro. En la mano derecha portaba un enorme cesto de verduras cubierto por una tela blanca bastante raída y sucia.

—Veo que no has olvidado traerme lo que te pedí, mi querido Ahmed —dijo el turco en tono cínico.

—No, señor. Fiel como siempre a sus encargos. Las mejores berenjenas, zanahorias y cebollas de nuestros campos, regadas con las aguas del río.

La voz del mayor de los Abderrassul sonaba presuntuosa. Depositó la cesta sobre una mesa baja y retiró el paño para dejar a la vista las verduras.

—Qué buen aspecto —dijo el diplomático al verlas.

—Repito que se trata de las mejores —afirmó Ahmed con una sonrisa cínica que mostraba su mellada dentadura y le daba un aire siniestro.

El egipcio había trabajado en aquella casa del templo de Luxor, como asistente del diplomático, durante más de diez años, hasta que empezó con sus nuevos negocios, en los que también hacía partícipe al vicecónsul. Ahmed, por tanto, conocía bien a Aga Ayat; seguían manteniendo la distancia habitual entre señor y sirviente, pero en muchas ocasiones la complicidad les acercaba en extremo. Prueba de ello eran las visitas que Ahmed hacía al vicecónsul para regalarle lo mejor que daban sus tierras al otro lado del Nilo. Un gesto de agradecimiento que el resto de los miembros del servicio veían con total naturalidad.

El turco se sentó frente a la mesa baja y tomó una cebolla del cesto; la contempló con curiosidad y volvió a dejarla con el resto. Tras hacer lo mismo con un manojo de zanahorias y con varias berenjenas, introdujo la mano en el fondo del canasto. Su rostro permaneció sereno hasta que sus rechonchos dedos tocaron algo duro. Entonces sonrió.

Cuando sacó la mano aferraba en ella el fantástico escarabajo de lapislázuli que los dos hermanos habían arrebatado a uno de los cuerpos de la Montaña de las Momias. Se giró para que la luz de la ventana que tenía a su derecha cayera con toda su fuerza sobre aquella joya y la observó con detenimiento. Los rayos del sol incidían en las pequeñas vetas de oro, dando un aspecto casi sobrenatural al escarabajo.

—Es de oro azul... —susurró el diplomático haciendo referencia al apelativo con el que era conocido el lapislázuli debido a su elevado precio—. Y de una calidad magnífica.

Durante unos segundos acarició con las yemas de los dedos los dibujos que la figura tenía en el dorso; una inscripción protectora sagrada. Aga Ayat sólo era capaz de percibir la belleza de la pieza; nada más. El azul intenso repleto de puntos de oro lo convertía en una obra de arte magnífica; saltaba a la vista. Pero él era incapaz de leer los jeroglíficos y, mucho menos, de intuir a quién podría haber pertenecido. Aunque en el fondo le daba igual. En su ignorancia pensaba que esas piezas se vendían por lo que aparentaban, no por lo que realmente eran.

Ahmed, sentado en un lujoso butacón, disfrutaba del momento y se sentía protagonista de las adulaciones.

—Hay más piezas —dijo con su fea sonrisa.

Aga Ayat depositó el escarabajo sobre la mesa. Luego sacó algunas verduras y las dejó en su escritorio, junto a papeles consulares con los sellos de varios países. En lo más profundo del cesto había un grupo de *ushebtis* y dos papiros.

El vicecónsul observó la mercancía con detenimiento.

—Son piezas magníficas. No me extraña que los extranjeros paguen un buen dinero por estas cosas...

Para él, las obras faraónicas eran objetos más o menos bonitos que tenían un precio en el mercado. No entendía de historia ni de arqueología. Le daba igual a quién habían pertenecido aquellas impresionantes piezas de fayenza, piedra o papiro, y menos aún le importaba la información que pudiera extraerse de la lectura de los documentos. Eso se lo dejaba a los egiptólogos que trabajaban para los coleccionistas que compraban a sus intermediarios. Los científicos que quisieran participar de todo eso debían hacerlo al final de la cadena, no antes, cuando la pieza ya estuviera en un museo.

—Así es. Los tesoros de los faraones, nuestros ancestros, valen cientos de libras...

—¿Tus ancestros, Ahmed? —El vicedónsul soltó una risotada—. No me hagas reír. Vosotros no tenéis nada que ver con los faraones. No lleváis aquí más que unos pocos siglos. Los faraones estuvieron en la montaña más de tres mil años. Vivís en la misma tierra, nada más. Ése es el único elemento que tenéis en común. Sois tan extranjeros como yo en este país. Si tuvierais un mínimo de dignidad y respeto hacia vuestros ancestros no saquearíais sus tumbas para vender los tesoros al mejor postor.

Ahmed soportó con sangre fría el desprecio y la crítica del diplomático. Los Abderrassul sabían que la Montaña de las Momias les pertenecía. Habían vivido allí durante generaciones, y eso era un argumento de peso para demostrar su arraigo. Eran árabes, sí. Pero su corazón estaba en Egipto, junto al Nilo, y eso les unía a los ancestros de aquellas tierras.

Mustafa Aga Ayat lo miró con una sonrisa conciliadora.

—Pero no te preocupes. A mí eso no me importa en absoluto.

Dejó las piezas con las zanahorias y se levantó. De un armario que había junto a la pared extrajo una bolsa de tela negra. La abrió para cerciorarse de que contenía lo que buscaba y se la lanzó a Ahmed. Éste la cazó al vuelo. No pesaba mucho. No contenía monedas, sólo billetes de banco, varios cientos de libras; el resultado de la venta de las últimas piezas que había entregado al vicedónsul para su puesta en circulación.

—Veo que el negocio sigue en alza, *alhamdu li Ala*.

—Así es, querido amigo. —El turco tomó del armario una caja de cigarros y le ofreció uno—. Cada vez son más los turistas que vienen a Luxor para visitar sus monumentos y desean llevarse un bonito recuerdo de las arenas del desierto. Al mismo tiempo, los museos de Europa y América están creciendo como nunca se había visto. ¿Y qué decir de las colecciones privadas del Reino Unido? Algunos hombres adinerados mandan a expertos a Egipto para que compren antigüedades con las que aumentar así los fondos de sus mansiones.

—Las piezas que he traído le resultarán fáciles de colocar en el mercado —dijo Ahmed guardándose la bolsa con el dinero en el bolsillo interior de su galabiya negra.

—De eso quería hablarte, Ahmed. Quizá sería necesario aumentar la... ¿producción?

—¿No tiene suficiente con esto? —preguntó el ladrón de tumbas señalando el cesto.

—Cada vez son más los extranjeros ricos que vienen por aquí —dijo el diplomático mientras se sentaba en la esquina de su escritorio—. Todos sin excepción buscan antigüedades, y nosotros se las podemos conseguir, ¿no es cierto?

Mustafa Aga Ayat miró al egipcio con complicidad. Buscaba la confirmación a su propuesta, pero ésta no llegó.

—Resultaría muy peligroso. Si levantáramos sospechas...

—Piensa en el dinero que podríais ganar tú y tu familia —le cortó el vicecónsul—. Miles de libras. ¿Habéis acabado de construir la casa en Gurna?

Ahmed se removió en el sillón y asintió con la cabeza. Aga Ayat sabía que el dinero podría hacerle cambiar de opinión y decidió seguir por ese camino.

—Yo adelantaré la cantidad que fuera necesaria. Tú me traes lo que te pida y yo te pago. No como hasta ahora, que te pagaba dependiendo del dinero conseguido en la venta. Fijaremos el precio previamente.

—No sé..., es muy tentador, pero implica muchos peligros.

—Podríamos llegar a un acuerdo.

Las palabras del vicecónsul sonaron a cajas llenas de billetes en la cabeza del egipcio. Ahmed se levantó y comenzó a caminar con nerviosismo. Tenía que meditarlo. No debía precipitarse en una decisión que podría suponer un riesgo innecesario para la familia.

Aga Ayat lo miraba con una sonrisa en los labios. Creía conocer bien a su asistente. Se haría de rogar, pronunciaría frases lastimeras, lloraría si fuera necesario, se lamentaría de los problemas a los que se veía abocada su familia, y cedería al poder del dinero, ese extraño compañero con el que todos los egipcios soñaban a diario; incluso los que más tenían, como la familia Abderrassul.

—No puedo.

La voz de Ahmed Abderrassul sonó con firmeza desde el otro extremo del despacho.

—¿Cómo dices? —preguntó el vicecónsul, sorprendido.

—¿Por qué no podemos seguir como hasta ahora?

—El mercado tiene sus propias leyes, Ahmed. No te asustes —intentó calmarle Aga Ayat—, es algo normal. La gente quiere cosas diferentes y Egipto se abre a nuevas posibilidades en el comercio. El mercado de antigüedades está boyante ahora mismo. ¡No debemos dejar pasar esta oportunidad!

El turco sonrió con entusiasmo e intentó transmitirle su emoción, pero fue en vano.

—Sé que tiene razón —reconoció el egipcio—, pero antes de todo eso está mi familia. Cuando descubrí aquel enterramiento en la Montaña de las Momias lo tuve muy claro. Desde el principio. Solamente iría a la ladera de...

—No sigas por ahí, Ahmed —lo interrumpió Aga Ayat de forma tajante levantando la mano—. Ya sabes que no quiero saber de dónde sacas todas estas maravillosas piezas. No es de mi incumbencia. Como te he dicho muchas veces, mi consejo es que no hables nunca de ese lugar; sólo te traería problemas. Incluso conmigo.

El mayor de los Abderrassul lo miró con el ceño fruncido.

—Claro que no quiere saber nada. Para usted es muy sencillo dirigir cualquier operación desde el otro lado de la mesa —protestó—. Con su inmunidad lo puede arreglar todo. Pero yo no tengo esa suerte. Si algo sale mal, ¿a quién pedirán explicaciones?

—No seas tan tremendista, Ahmed. Nuestra red está perfectamente estructurada para complicar ese tipo de rastreos. De no ser así, ya habrían dado con nosotros. ¿Crees acaso que la policía de Luxor no ha recibido peticiones desde El Cairo para averiguar qué está pasando en los últimos meses con la proliferación de piezas en el mercado?

—Razón de más para frenar durante un tiempo la salida de objetos. Ahora llegan las semanas más calurosas, el número de turistas descenderá, será un buen momento para replantearse las cosas e intentar dar un nuevo giro al negocio.

Mustafa Aga Ayat soltó una carcajada al escuchar las últimas palabras de Ahmed.

—¿Dar un nuevo giro al negocio, dices? ¿Tú? —exclamó el vicedónsul—. No sabes de qué hablas. Tú te limitas a traer cestillos de verduras de vez en cuando y a cobrar pingües beneficios por no hacer nada. Absolutamente nada. Todo por un simple golpe de suerte. Quien ha creado la red de vendedores y distribuidores a lo largo y ancho de todo Egipto he sido yo. Y eso es lo que te salva de cualquier peligro. Nunca es la misma persona la que lleva las piezas a los anticuarios. Nadie repite. Y lo hacen por una suma miserable. No saben lo que transportan. Son simples correos. ¿Tú o alguien de tu familia seríais capaces de hacer algo así?

Ahmed Abderrassul se abalanzó sobre la mesa y cogió el escarabajo de lapislázuli que acababa de traer.

—¿Sería usted capaz de encontrar algo así? Si le parece tan sencillo, hágalo hoy mismo, la Montaña de las Momias le espera.

Ninguno de los dos respondió a la pregunta del otro. Aquellos reproches no tenían sentido. Sabían que ambos eran piezas clave en la estructura de la oscura trama que habían pergeñado en los últimos años. Eran conscientes de que todos salían beneficiados.

Tras tranquilizarse, cada uno volvió a su asiento.



—¿Qué es lo que quiere? —dijo finalmente Ahmed.

Mustafa Aga Ayat sonrió. Esa pregunta significaba su victoria. El egipcio sería quien perdería en caso de romperse aquella extraña relación de intereses. El vicecónsul abrió de nuevo la caja de cigarros y ofreció otro a su invitado. Las aguas volvían a su cauce.

—Sólo te voy a pedir una cosa —dijo con voz queda—. No te supondrá ningún esfuerzo extraordinario. A cambio, conseguirás una suma excelente. Si quieres te la puedo adelantar ya.

—Entiendo por sus palabras que ya tiene prácticamente cerrado el acuerdo con un comprador.

—En efecto, Ahmed. Es un americano que colecciona antigüedades. Sabe que es un buen momento para adquirir cotizadas rarezas y cenando el otro día con él me propuso un negocio que te será de gran interés.

—¿Qué quiere nuestro amigo americano?

Los ojos de Ahmed dejaron de moverse nerviosos por el lujoso despacho y se posaron en los del diplomático.

—Algo que ya sacaste en su momento y que ahora te reportará más dinero del que jamás hayas soñado... —Aga Ayat hizo una pausa y luego añadió—: Consígueme una momia.

El egipcio abrió los ojos con espanto.

—¡Eso es muy peligroso! —protestó—. Cuando lo hice en la otra ocasión... ¡estuve a punto de caerme al vacío y matarme! Y acarrear hasta aquí un objeto tan voluminoso es muy arriesgado.

—Me consta que así es —señaló el vicecónsul con frialdad, como si le dieran igual los problemas que tuviera que afrontar—. Pero seguro que cuentas con los medios para hacerlo, ¿no es así? —dijo al tiempo que abría lentamente un cajón de su escritorio.

Ahmed tragó saliva; sabía que siempre que abría ese cajón sacaba de él grandes cantidades de dinero.

Aga Ayat alzó una nueva bolsa; era mucho más grande que la anterior. El egipcio la cogió al vuelo y la palpó. Frunció las cejas y abrió la bolsa. Allí dentro había mucho dinero. ¡Debía de haber casi cien libras! Con manos temblorosas, cerró la bolsa y se la guardó en el mismo bolsillo de su galabiya negra donde había metido el resto de los billetes.

—¿Para cuándo es la entrega?

El vicecónsul volvió a sonreír, y esta vez no pretendió ocultar el gesto.

—Me gusta tu predisposición. Veo que eres un hombre de negocios hábil —dijo el turco en un tono adulador que sólo un cretino como Ahmed podría recibir con agrado—. Ese comerciante americano llegará dentro de dos semanas. Ahora está

gestionando unos negocios en Port Said. Cuenta con una buena colección de antigüedades egipcias y quiere conseguir una momia de calidad.

—¿Una momia sin su sarcófago, como la que se les entregó a los amigos de aquella mujer extranjera? —preguntó el egipcio para aclarar los flecos de la operación.

—Exacto, sólo la momia, como la otra vez. ¿Podrá ser?

Ahmed se removió nervioso en el sillón. Se había guardado el dinero, lo que significaba que aceptaba el trato, pero el vicecónsul quería oírsele decir en voz alta. Así es como se firmaban los contratos en Egipto.

—Dentro de una semana tendrá esa momia en la trastienda de Wardi.

—Sabía que podía contar contigo, Ahmed —dijo Mustafa Aga Ayat de forma efusiva levantándose para estrecharle la mano—. Sabía que reaccionarías positivamente. No te arrepentirás, ya verás. Significará el comienzo de una nueva línea de negocio. Estoy seguro del éxito.

Diciendo esto, tomó de la mesa las antigüedades que había traído Ahmed y las guardó con cuidado en un armario que había justo detrás de su escritorio. Sólo dejó sobre la mesa un papiro y dos *ushebtis*; los envolvió de nuevo con un trozo de tela de lino y los depositó en el fondo de la cesta. Ahmed observaba cómo el turco llevaba a cabo el proceso. Era absolutamente mecánico. Lo había visto en numerosas ocasiones, siempre que le traía nuevas piezas realizaba los mismos gestos. El diplomático acabó de llenar el cesto con las zanahorias, las cebollas y las berenjenas. Luego fue a la ventana más oriental del despacho, la abrió y desde allí hizo una seña a uno de los hombres de su servicio para que hiciera subir a un chiquillo que había sentado a la sombra de uno de los muros del templo de Ramsés II. El rostro del muchacho se iluminó con una amplia sonrisa. Dedujo con acierto que iba a ganar alguna moneda haciendo recados en el bazar o en la ciudad. Tres minutos después golpearon la puerta del despacho. El propio diplomático se acercó a abrirla cesto en mano. Detrás se hallaba uno de sus hombres de confianza; le entregó la cesta y un par de monedas para el chico, que permanecía al final del pasillo, sonriendo y deseoso de cumplir el encargo. Estaba convencido de que, si lo hacía bien, le llamarían para otros trabajos.

—Alecciónale bien antes de darle nada, no vaya a cometer una estupidez. No podemos arriesgarnos a errar ni una sola vez. Hay mucho en juego.

Con estas palabras Mustafa Aga Ayat cerró la puerta sin molestarse siquiera en mirar al chiquillo.

Con paso tranquilo caminó hacia la ventana, justo encima del portalón de la casa. Ahmed se puso en pie y lo siguió. Sentía curiosidad por ver cómo acababa la escena. Desde allí los dos vieron al hombre de confianza del vicecónsul hablando seriamente con el chiquillo en la calle. El muchacho, que no debería de tener más de diez años,

asentía con la cabeza a cada una de las indicaciones que le daban, sin percatarse de que las personas que tenía a su alrededor se iban distanciando, dejándolos a los dos solos en la plazuela que se abría frente a la entrada principal de la casa de Mustafa Aga Ayat. Con un gesto arisco, el hombre le dio una palmada en el hombro y el chico salió corriendo automáticamente hacia donde le habían dicho que debía llevar la cesta con verduras. El asistente levantó la mirada hacia el despacho del vicecónsul. Éste asintió dando su conformidad.

—No parece muy complicada la cadena de correos que ha creado para distribuir las piezas —se mofó Ahmed—. Usar a chiquillos de las calles no implica grandes gastos ni importantes secretos.

—Quizá sea como dices, pero te aseguro que es más peligroso y arriesgado de lo que crees —respondió el vicecónsul mientras recolocaba unos papeles de su mesa y daba por concluida la visita de su proveedor—. Requiere de algunos... digamos «planes extra» que sólo desde mi posición pueden llevarse a cabo con absoluta libertad y eficacia.

—Chiquillos como éstos los hay a cientos en las calles de Luxor. Todos a la espera de ganar una mísera moneda con la que comprar algo de comida. En los últimos meses han proliferado en exceso. En nuestra aldea se encuentran a docenas vagando por las ruinas de los antiguos templos. Egipto se muere y mucha gente pasa hambre.

—Parece que no entiendes nada, mi querido Ahmed —dijo Aga Ayat con absoluta frialdad dejando a un lado los papeles—. Sus padres murieron hace unos meses en la explosión de una fábrica de cal, cerca de Quena. Desde entonces vive en la calle.

—Le vendrán bien las monedas para...

—No seas ingenuo. —El diplomático le lanzó una mirada heladora—. Ese mocoso seguro que lleva varios días sin comer. Antes de servir la mercancía intentará comerse una de tus cebollas. Son todos iguales; están acostumbrados a morder la mano que les da de comer. Pero eso ahora no importa. Realmente no lo hacemos por caridad. Irá a su destino, entregará el cesto, pero no regresará aquí nunca...

Durante unos segundos Ahmed no separó sus ojos de los del vicecónsul. El diplomático alzó la mirada al techo y añadió con una sonora carcajada:

—¡Nadie le echará de menos!

*Año 969 antes de nuestra era*  
*Barrio de los artesanos, Tebas*

Los guardas del templo están haciendo preguntas en el barrio de los artesanos — señaló el joven Hepu entrando en el taller con un cesto cargado de fina arena para la fayenza.

Rekhamun bajó la cabeza y perdió la mirada en el suelo.

—Qué raro —dijo frotándose la barbilla—. Es la primera vez que los soldados del templo se acercan por esta zona. ¿Les acompaña alguien?

—No los he visto, pero oí el rumor de que el escriba de la necrópolis Ahmose iba con ellos.

—Eso significa que ha habido un nuevo robo. No es normal que el templo se implique de esta forma en la investigación. Siempre ha preferido elegir a un culpable, casi al azar, y quitarse el problema de encima. Si volvía a suceder lo mismo, se arrestaba a otro y asunto arreglado. Ha debido de ocurrir algo inusual.

—Por lo visto buscan a los orfebres que recuperan los objetos saqueados de las moradas de eternidad de la orilla oeste.

Rekhamun miró a su pupilo con incredulidad.

—Aquí vive gente honrada. No queremos problemas ni los necesitamos para poder subsistir. El trabajo no nos falta. Deberían mirar en los talleres del templo, allí es donde se funden los metales que proceden de los robos. Siempre ha sido así.

Hepu dejó el cesto de arena sobre una mesa que había junto a la pared.

La actividad en el taller no cesaba un instante. Ni los problemas en la otra orilla, ni el comienzo de las investigaciones debido a los nuevos saqueos trastocaban las tareas de los artesanos que trabajaban con Rekhamun. Cada uno tenía una función asignada y debía realizarla sí o sí en el tiempo previsto. De ello dependía que la cadena de trabajo y la producción de piezas siguieran su curso.

—Si buscan en este barrio es que necesitan culpables para tapar un caso bastante grave —añadió Rekhamun mientras ayudaba a su aprendiz a mover otros cestos de arena—. De lo contrario no tiene sentido que vengan hasta aquí.

—Quizá hayan dado con una pista que vincule a alguno de nuestros vecinos con el robo.

—No lo creo...

—Pues no sé qué hacen aquí. Siempre han buscado a los culpables en el entorno de la otra orilla.

Rekhamun permaneció en silencio unos instantes. Quizá su aprendiz tuviera razón

y la honradez de sus vecinos, hasta entonces intachable, se hubiera podrido como una manzana. Los acontecimientos que vivía el país en los últimos tiempos podían explicarlo.

—Ya no sé qué decir. No puedo asegurar nada —dijo el artesano, resignado—. Uno cree conocer a sus vecinos hasta que, de pronto, se lleva una decepción enorme.

—Al final de la calle vive gente nueva. No podemos hablar por ellos, apenas los conocemos.

—En eso tienes razón. Suelen mostrarse bastante distantes.

—Recuerda, maestro, que no quisieron participar en las festividades de la última estación. Fue bastante extraño. En otros tiempos los nuevos vecinos se incorporaban a la vida vecinal con toda naturalidad. No podemos decir nada malo de ellos, es verdad, pero esa actitud resulta extraña.

—Buenos días, Rekhamun.

La voz del escriba de la necrópolis los sorprendió en plena conversación. La sombra de Ahmose cubrió gran parte del taller. El funcionario no quiso cruzar el umbral de la puerta. El calor allí dentro era asfixiante. Rekhamun se limpió las manos con un trozo de tela que había sobre un taburete y fue hacia la puerta para saludar al recién llegado.

—Buenos días, Ahmose. Me he enterado de que estás buscando carne fresca para colgar de los muros de la ciudad. ¿Qué ha sucedido?

—La pasada noche dos guardas del valle donde están enterrados los antiguos reyes fueron asesinados en el interior de una de las moradas de eternidad.

—¡Pero si allí ya no hay nada que robar! —exclamó Rekhamun con sorna—. Todo fue saqueado al comienzo del *Wehem-Mesut* establecido por el sumo sacerdote de Amón. ¿Qué se llevaron?

—El oro que cubría algunas estatuas y varios cacharros de metal pertenecientes a un ajuar. Quizá tú puedas ayudarnos.

—Pasa a esta habitación y bebe algo, aquí hace mucho calor.

Rekhamun acompañó a Ahmose a una estancia que había junto a la entrada. Cubierta por una cúpula de adobe, el aire corría por su interior y creaba un ambiente más agradable.

Se conocían desde hacía muchos años, habían compartido vivencias de todo tipo y podía afirmarse que su relación se basaba en una buena amistad. Rekhamun sabía que el escriba pecaba en ocasiones de ingenuo pero era muy eficiente en su trabajo en la necrópolis. No obstante, esa ingenuidad hacía que cualquier tipo de investigación en un tema tan delicado le quedara un poco grande.

—Cuéntame qué ha pasado —dijo Rekhamun mostrándole un lugar donde sentarse. Luego ordenó a una joven de su servicio que trajera una jarra con agua fresca y tomó asiento él también.

Ahмосe relató con detalle lo sucedido en el valle real la noche anterior. También habló de la reunión con Pinedjem y la decisión de comenzar una investigación exhaustiva para descubrir a los culpables y acabar con los robos.

Rekhamun chasqueó la lengua en señal de preocupación.

La joven entró entonces con una jarra enorme, les sirvió un cuenco de agua fresca y dejó la jarra dentro de un agujero hecho para tal efecto en el suelo.

El artesano dio un largo trago y se secó la boca con la mano.

—El sumo sacerdote de Amón está preocupado por su salud —continuó Ahмосe— y se pregunta cómo afectarán estas circunstancias a su tránsito hacia la vida eterna en Rostau.

—Pinedjem ha sido un buen militar y un buen sacerdote de Amón —afirmó Rekhamun mientras el escriba bebía pequeños sorbos de agua—. No podemos decir que haya heredado de su abuelo la avaricia ni el anhelo de alcanzar metas irreales. Es normal que quiera descansar como lo han hecho siempre sus ancestros.

—Sabe perfectamente cómo está la tierra de Kemet y qué puede conseguir de ella. Su abuelo quiso instaurar un gobierno similar al de los grandes faraones que le precedieron y eso resultó imposible. Un fracaso del que todavía no hemos conseguido recuperarnos. Entonces ni nuestra tierra daba oro ni el ejército era tan poderoso como cuando fuimos dueños y señores de varios países extranjeros. Hoy sucede lo mismo, la situación apenas ha cambiado y Pinedjem es consciente de que lo mejor es afrontar el presente desde la realidad actual.

—No podemos vivir de recuerdos.

—Exacto. Así es, querido amigo, pero también quiere hacerse fuerte en el gobierno; es fácil de ver. Aun siendo casi un anciano mantiene su vigor y lo sabe. Está preocupado por los robos de las moradas de eternidad. No quiere que a él le suceda lo mismo.

—Nadie desea algo así —replicó Rekhamun—. Cuando uno ve que el comienzo de su camino está cerca, quiere estar preparado. Es lógico que sienta temor por lo que pueda pasar después de la muerte. Un vecino que fabrica ataúdes me dijo que ahora la gente quiere que los textos sagrados se graben sobre la superficie misma de la caja y que ésta se llene de escenas mágicas; ya no confían en las pinturas sobre las paredes de las moradas de eternidad. Además de ser más caras, saben que tarde o temprano desaparecerán y serán usurpadas por otros. Prefieren un buen ataúd protegido por magia ancestral. En los últimos veinte años Pinedjem ha sido testigo de todos estos cambios y de cómo la situación se ha complicado cada vez más. Sabe perfectamente lo que ha sucedido. Y no me refiero a los saqueos de vulgares ladrones de la orilla oeste...

—Te refieres a los saqueos consentidos y alentados desde el propio templo de Amón para hacerse con el oro de los antiguos reyes...

Ahmoose conocía lo que había pasado en la necrópolis de la que él era escriba y antes que él su padre y el padre de su padre.

—Así es. De aquellos barroos vienen estos lodos —afirmó el artesano—. Los saqueos se han justificado como consecuencia del hambre, pero ese problema no está en el pueblo sino en el propio templo.

—Ese mismo argumento es el que expuso Pinedjem esta mañana. Sabe lo que sucedió con su abuelo y con el sumo sacerdote Piankh antes que él. —Ahmoose alzó los brazos y luego añadió—: Parecía que nos estaba acusando de ser los instigadores de los robos, pero nosotros no tenemos nada que ver con ellos.

—Quizá tú no, querido Ahmoose, pero estoy convencido de que más de uno de tus compañeros en el templo está implicado en estos asuntos. Pinedjem lo sabe, y eso es lo que más le preocupa: la traición de los suyos. En mi opinión, pierdes el tiempo buscando a tus ladrones en este barrio.

En ese momento, uno de los guardas del templo que acompañaban al escriba entró en la habitación. Parecía agitado.

—Hemos encontrado a un hombre con una bolsa llena de objetos que podrían proceder del robo de la morada del valle.

Ahmoose y Rekhamun se miraron sorprendidos y se levantaron a toda prisa. Tras alisarse la ropa con las manos, el escriba siguió al guarda.

En el barrio donde el artesano de la fayenza tenía su taller reinaba la agitación. Ni la visita de los guardas del templo ni la detención de uno de sus vecinos eran cosas que sucedieran todos los días. Al final de un callejón un grupo de soldados retenían a un hombre con los brazos atados a la espalda. Un par de hilos de sangre recorrían sus mejillas. También tenía una herida en una de las rodillas. Había intentado huir saltando un murete, pero los soldados se abalanzaron sobre él, lo arrastraron por el suelo y lo golpearon y detuvieron.

—Esto es lo que hemos encontrado en su casa —dijo uno de los guardas abriendo una bolsa de tela con algunos objetos metálicos en su interior.

Ahmoose tomó uno de ellos. Era un collar de oro magnífico. El alto funcionario de la necrópolis lo observó con atención. Sin mover un solo músculo del rostro se lo pasó a Rekhamun.

—Quizá estés equivocado en cuanto a la honestidad de tus vecinos...

El artesano no tardó en percatarse del valor de aquella joya. La placa central portaba el nombre del soberano Khakheperre Setepenamun, Pinedjem I, flanqueado por dos abejas. El nombre del sumo sacerdote y rey estaba finamente grabado en la parte central de aquel collar de oro con incrustaciones de lapislázuli. Decenas de pequeñas florecillas también de oro pendían de las cadenas del collar. Era una pieza maravillosa.

Rekhamun palpó el metal con delicadeza. El hecho de poder tocar aquella joya lo

emocionó. El artesano era un enamorado de su trabajo y sabía que sus colegas, fueran de la disciplina que fuesen, siempre ponían lo mejor de sí mismos en los trabajos que realizaban. En sus manos tenía un ejemplo muy claro de ese sentimiento, aunque también sabía que aquel collar estaba hecho con el antiguo oro robado a las momias de los reyes de Kemet.

Cuando se lo devolvió a Ahmose, éste lo sopesó con absoluta frialdad.

—¿Cómo te llamas? —preguntó al joven detenido.

—Me llamo Beki, señor —respondió con la voz entrecortada por el miedo y bajando el rostro.

—Beki, ¿a qué te dedicas?

—Soy aprendiz en el taller de los orfebres. ¡Pero eso no es mío! ¡No lo había visto nunca! ¡Soy inocente!

Ahmose enarcó las cejas al escuchar la respuesta de aquel hombre. Aturdido, el escriba miró de reojo a Rekhamun, testigo mudo de la escena. Al artesano de la fayenza aquello no le sorprendió ni un ápice.

—¿Dónde estabas anoche? —insistió el funcionario.

—Estuve en casa, con mi familia. Ellos pueden dar testimonio de que no miento.

El escriba miró hacia la puerta de la vivienda, donde una joven lloraba amargamente con el rostro apoyado contra la jamba de la entrada. La muchacha asentía sin mucha credibilidad intentando justificar a su esposo.

—¿Para quién trabajas?

—Asisto en el taller del reputado Teti, maestro de orfebres. Teti podrá dar testimonio de mi valía en el trabajo y de mi honestidad.

—Llévalo a mis dependencias, y a su esposa también. Allí serán interrogados por separado, como es debido.

Los gritos de la mujer resistiéndose a acompañar a los guardas no mellaron el sosiego de Ahmose, que apartó la mirada de la escena como si aquello ya no le importara. Y así era. Estaba muy acostumbrado a ese tipo de situaciones.

Rekhamun tampoco se inmutó ante la desesperación de la chica.

—Ese joven lleva poco tiempo viviendo en el barrio —señaló el maestro de la fayenza—. No lo conozco mucho. Siempre me ha parecido bastante apocado.

—¿Conoces a Teti, el orfebre?

—Sí, es un buen hombre. Nadie puede responder por los actos de las personas de nuestro entorno. Seguramente será el primero en sorprenderse por la actitud de su aprendiz. Por ahí viene.

Rekhamun señaló un lateral de la estrecha calle que iba a dar a un cruce de callejuelas donde se encontraba la zona de los orfebres del barrio.

Los guardas escoltaban a un hombre grueso. Por sus ropas sucias era fácil deducir que acababa de salir de su lugar de trabajo de forma precipitada.



—Me llamo Teti —se presentó al llegar frente al escriba de la necrópolis—. Soy maestro de artesanos orfebres, tal como lo fue mi padre y antes que él su padre y antes que él su padre. Son muchas las generaciones que hemos trabajado al servicio del templo.

—¿De qué conoces a Beki? —preguntó Ahmose con serenidad—. ¿Es tu aprendiz como él alega?

—Ya no —afirmó el orfebre con rotundidad—. Me han contado lo que ha sucedido. Ese hombre no merece estar en el taller de mi familia. Yo mismo lo acusaré de robo y me encargaré de que pague su falta como señalan las leyes de la tierra de Kemet.

—¿Habías observado antes un comportamiento anómalo en tu aprendiz?

—Hoy día es difícil encontrar buenos aprendices. Rekhamun lo sabe bien. —El orfebre señaló a su vecino, quien asintió—. En cierta ocasión le vi usando el horno para fundir una partida de cobre que no coincidía con ninguna de las que debíamos usar aquella mañana en el taller.

—Imagino que le preguntarías cuál era su origen y para qué se iba a utilizar —apuntó el escriba de la necrópolis avanzando en la historia de aquel oscuro aprendiz.

—Así es. Me respondió que yo estaba equivocado, que ese cobre era del taller y que había un error en la suma inicial. El excedente de cobre, apenas un par de deben, se quedó en el taller. Sin embargo, de forma sospechosa, fue robado pocos días después. Desconfié de él, pero me juró por la morada de eternidad de su familia que no tenía nada que ver con ese robo y que se trataba de una simple casualidad.

—¿Y le creíste?

—En principio sí. —El artesano hizo una mueca—. En esos días habían robado en varias moradas de la orilla oeste. Se hablaba de tribus del desierto que se adentraban en nuestro territorio, así que pensé que algunos de sus miembros podían haber llegado hasta aquí y robar en mi taller.

—Pero no hubo robos en otros talleres del barrio, ¿no es así?

—En efecto. Pero mi taller se dedica al metal, un elemento muy apreciado por los ladrones. Eso me obliga a tener guardas por la noche velando por la seguridad de mi propia casa. Como sucede con todos los artesanos, nuestras viviendas están pegadas a los talleres. Eso es peligroso, pero con los tiempos que corren no nos queda otra solución si queremos estar pendientes de la seguridad de nuestras propiedades.

—¿Y por qué no acusaste al aprendiz si realmente sospechabas de él? Eso podría comprometerte ahora.

—Me dio lástima —reconoció Teti—. La situación del país no es buena, debemos ayudarnos unos a otros. Pero fui un estúpido. Debí expulsarlo, como he hecho en otras ocasiones con aprendices que han cometido una falta menor.

Ahmose recapacitó durante unos instantes. Luego miró de soslayo a su amigo

Rekhamun, quien no movió un solo músculo del rostro. No quería interferir en la decisión que tomara el escriba.

—Creo que dices la verdad —indicó Ahmose, a lo que el orfebre sonrió con alivio—. Pero no soy yo quien ha de juzgarte. Regresa a tu trabajo y guárdate bien de los aprendices que trabajen para ti desde ahora.

—Esto me ha servido de escarmiento —afirmó Teti—. Insisto en que quiero saber la verdad para que el nombre de mi familia quede limpio de toda sospecha. Quiero que se juzgue a ese hombre y si se encuentra en él culpabilidad sea castigado como merece.

—Si precisamos de tu ayuda, te lo haremos saber. Gracias por tu sinceridad, Teti.

El grueso orfebre agachó la cabeza en señal de agradecimiento, sonrió a su compañero y vecino Rekhamun y se encaminó hacia su taller para continuar el trabajo diario.

—Me sorprende que hayas tenido suerte en tu búsqueda en el barrio de los artesanos —dijo Rekhamun a Ahmose—. He de reconocer mi error. Yo nunca lo habría sospechado.

—Quizá esa misma confianza de la que haces gala es la que ostentó Teti permitiendo que ese ladrón trabajara para él. Es necesario que seamos más duros, los tiempos actuales nos obligan a ello.

—En pocos días he recibido dos consejos sabios. Hepu, mi mejor aprendiz, me señaló que no debemos morder la mano que nos da de comer. Ahora tú me indicas que no debemos fiarnos de las apariencias. Está claro que he de hacerlos caso a los dos.

Ahmose sonrió complacido por las palabras de su amigo.

—Aún queda mucho por hacer. Espero que la próxima vez no nos veamos en una situación tan desagradable. Seguro que ese tal Beki y su esposa nos dan más información de la que esperábamos tener esta mañana.

—Sólo me queda desearte suerte —dijo Rekhamun—. Espero que los dioses te acompañen y consigas resolver con éxito el asunto que te han encomendado.

*Miércoles, 15 de diciembre de 1880*

*Luxor*

Émile Brugsch llegó a la Corniche antes de las diez de la noche. La ciudad de Luxor no dormía. Cualquier capital europea estaría descansando desde apenas la puesta de sol, pero Egipto era diferente. Su ritmo de vida resultaba pesado para los extranjeros no acostumbrados a esos horarios, pero o se amoldaban o eran dejados de lado. Después de muchos años en el país, el egiptólogo alemán había conseguido acostumbrarse. Tanto él como su hermano Heinrich eran asiduos a las fiestas que se celebraban en El Cairo y que duraban hasta bien entrada la madrugada, así que las diez de la noche era una hora que no le suponía ningún problema, menos aún en un asunto como aquél.

Pocas horas antes, Brugsch había mandado un telegrama a Maspero anunciando su cita. No era la primera vez que se adentraba en los oscuros entresijos del mercado de antigüedades. En más de una ocasión le habían intentado vender verdaderas baratijas sin valor alguno rodeando el encuentro con cierto halo de misterio y de transgresión. Sin embargo, algo le decía que aquel encuentro iba a ser especial. Por ello tomó precauciones. A diferencia de otras veces, iba armado; en el bolsillo de la chaqueta llevaba una pequeña pistola que pensaba podría ayudarle en un momento de apuro.

Faltaban unos minutos para que dieran las diez cuando un ruido a su espalda le puso en alerta. Brugsch, inquieto, se dio la vuelta y se llevó la mano al bolsillo del arma. Pero pronto se relajó. No había motivo para preocuparse. Frente a él estaba Mariam, la joven que ayudaba a Wardi en la tienda de antigüedades.

—Mariam... ¿Qué haces aquí?

El rostro de la joven resplandecía con toda su belleza bajo la luz de la luna. Sus ropas oscuras la hacían casi invisible.

—Señor Marek, he venido para pedirle que tenga cuidado.

—¿A qué te refieres?

—Han pasado cosas muy extrañas en Luxor recientemente —susurró la joven—. Las personas con las que va a encontrarse no son de fiar. Tenga mucho cuidado con ellas, se lo ruego.

Mariam miraba sin cesar a ambos lados para cerciorarse de que no había nadie oculto en la noche. Parecía asustada.

—Tranquila, todo irá bien. Pero ¿por qué has venido a avisarme? ¿No corres peligro al hacerlo?

—Es posible, pero no podía dejar de pensar en que el señor Wardi le dijo que viniera aquí esta noche. Sería mejor que se marchase, señor Marek, aún está a tiempo.

—No puedo hacerlo, Mariam —respondió el alemán, cada vez más sorprendido por las palabras de la joven—. Es mi deber. Estoy muy interesado en la adquisición de papiros.

—Pero... su vida corre peligro. Esa gente no tiene escrúpulos. Sé que usted no es un comprador convencional; no me pregunte por qué, pero lo sé...

—Tranquila, no temas, todo saldrá bien, ya lo verás. No es la primera vez que me meto en estas lides. Sé cómo hay que actuar y voy protegido.

Brugsch no quiso darle más detalles. Realmente no sabía nada de Mariam, y por un momento temió que fuera algún tipo de trampa o señuelo ideado por los ladrones de tumbas. Sin embargo, intuía que aquella hermosa joven actuaba de buena fe.

—Que Dios le acompañe, señor Marek. Llévase esto, le protegerá.

Mariam sacó del bolso un sobre pequeño. Lo abrió y extrajo una estampita. Se la entregó y echó a correr hasta perderse en la oscuridad de las columnas que formaban la gran galería del templo de Luxor que había levantado Amenofis III hacía casi tres mil quinientos años.

Brugsch miró con atención la estampita. A la luz de la noche sólo distinguió una imagen de san Jorge, a quien los árabes llamaban Mar Girgis, matando al dragón. Se trataba de uno de los santos más venerados en Egipto por los coptos, cuya fe enlazaba con la de los antiguos egipcios. No en vano, su nombre provenía precisamente del egipcio Hor, Horus, hijo de Osiris, cuyo mito faraónico le hacía vengador del asesinato de su padre a manos de su hermano Set, representado en la antigua iconografía egipcia como un cocodrilo. La tradición cristiana había convertido a Horus en un soldado romano del siglo IV y al cocodrilo de Set en un dragón, símbolo del paganismo y de lo diabólico.

El egiptólogo, turbado, permaneció unos instantes con la mirada fija en la oscuridad que rodeaba al antiguo templo de Amón. Tardó en volver a la realidad y darse cuenta de que la presencia de la joven no había sido un sueño. La imagen del san Jorge que tenía en la mano era la prueba. Él nunca frecuentaba las iglesias coptas, pero sabía de la devoción que la comunidad cristiana de Egipto tenía por aquel santo y que se dirigían a él cuando creían estar en peligro.

Miró su reloj justo cuando la manecilla de los minutos marcaba las diez en punto de la noche. Apagó el cigarrillo y descendió a toda prisa las escaleras que llevaban al embarcadero. No había puesto el pie en el último escalón cuando un hombre alto y delgado le cortó el paso.

—¿Viene usted de parte del señor Wardi? —preguntó en un inglés muy forzado.

Émile Brugsch se limitó a asentir. El otro hizo lo propio, dio media vuelta y se adentró por una vereda pegada al río que los alejaba del embarcadero. El alemán miró

con atención a ambos lados, pero con aquella oscuridad no podía ver nada. Si en la Corniche la iluminación era bastante precaria, allí abajo, junto a los marjales del río, tendría que andarse con mucho cuidado para no caer al Nilo o, llegado el caso, evitar recibir un golpe que lo dejara fuera de juego. La escasa luz de la luna apenas le permitía ver la silueta del hombre que lo precedía. Durante el camino, Brugsch se palpó varias veces el bolsillo en el que llevaba la pistola. De momento no había necesidad de emplearla.

En pocos minutos llegaron a un punto donde la vegetación se abría hasta llegar a una falúa con una vela casi tan alta como las palmeras que los rodeaban. El hombre indicó a Brugsch que subiera y luego lo siguió. A bordo había otro hombre que de inmediato comenzó a maniobrar para navegar hasta la orilla opuesta. La falúa empezó a moverse suavemente. Con el viento propicio del invierno cubrirían enseguida los apenas quinientos metros que los separaban de la otra orilla.

En cuanto Brugsch pudo ver las caras de los dos hombres se dio cuenta de que eran los mismos que habían entrado por la mañana en la tienda de Antoun Wardi y se habían evaporado sin dejar rastro; seguramente habían salido por una puerta trasera.

Aquello empezaba a no gustarle. De pronto pensó que tal vez Mariam no andaba errada al rogarle que tuviera cuidado.

Pero no tuvo tiempo de reaccionar ni de que el temor se apoderara por completo de él; a los pocos minutos, el golpe de la embarcación contra la orilla le sacó de sus pensamientos. La falúa había alcanzado el embarcadero de la orilla oeste.

—Sígame, por favor —señaló el primer hombre.

Brugsch obedeció y enfiló un camino de arena muy blanca que facilitaba el trayecto nocturno. El segundo egipcio los siguió a corta distancia después de amarrar la falúa.

Anduvieron más de un cuarto de hora antes de alcanzar la pista de tierra que conectaba los diferentes emplazamientos arqueológicos. El alemán conocía aquel lugar como la palma de su mano. A su izquierda veía en la lejanía, recortado por la escasa luz de la noche, el templo de Medinet Habu, construido por Ramsés III. En la falda de la montaña algunas antorchas señalaban la ubicación de la aldea de Seikh Abd el-Gurna. Pero, al contrario de lo que esperaba, su particular dragomán no le llevó hasta allí. Tomaron un nuevo sendero que iba a dar a la aldea de Deir el-Medina y, antes de llegar a ella, ascendiendo por la montaña, se detuvieron frente a la entrada de una de las tumbas de Qurnet Muray.

Después de mirar a ambos lados, el hombre le indicó con la mano que pasara al interior. Dentro, al final del corto pasillo que daba a la antecámara de la tumba, había luz. Un pequeño fuego iluminaba una de las esquinas de la habitación.

Los dos árabes entraron tras él en la tumba y se sentaron dando la espalda al fuego, a contraluz; era imposible verles la cara.

Con un gesto indicaron al alemán que tomara asiento junto a ellos. Émile Brugsch, no sin cierto recelo, así lo hizo. Cruzó las piernas y se acomodó en el lugar que le habían señalado, sobre una esterilla y varias hojas de periódico. No tenía demasiado miedo, pero desde luego aquél no era el mejor sitio para morir: si le pasaba algo, sus compañeros del Servicio de Antigüedades en El Cairo tardarían varios días en descubrirlo.

La tumba estaba muy deteriorada por su uso incontrolado como vivienda, almacén o incluso establo. En un rincón vio varios montones de paja que delataban la presencia reciente de asnos o cabras en el interior. En las paredes apenas quedaban unas pocas pinturas. Debido a los desconchones y a la negrura del humo de las hogueras y las teas, era imposible saber qué representaban. Había muchas otras tumbas en una situación similar. Esas pinturas no merecían la pena; nadie se molestaba en arrancarlas para luego ponerlas en circulación en el mercado negro de antigüedades. Su abandono era absoluto.

—¿Está usted interesado en las antigüedades de nuestros antepasados? —preguntó uno de los hombres.

La pregunta pilló a Brugsch por sorpresa.

—En efecto, de lo contrario no estaría aquí —respondió sin mucho entusiasmo—. Estoy comenzando a hacer una pequeña colección y...

—Lo sabemos, señor Marek. —Era la primera vez que mencionaban su nombre—. No son pocos los que están empezando a hacer colecciones de arte egipcio en sus países de origen. Por cierto, ¿cuál es el suyo? Usted no es inglés.

—No lo soy. Mi familia es de origen alemán, pero el comercio nos obliga a viajar por diferentes países de Europa —respondió fríamente el egiptólogo.

—¿A qué se dedica?

—¿No se lo ha dicho el anticuario? No creo que hablar de mí sea el motivo de esta reunión, ¿verdad, señores? —contraatacó el alemán—. A mí no me interesa averiguar quiénes son ustedes, así que dejémoslo ahí. He venido porque creía que me habían invitado a un encuentro en el que podría conseguir antigüedades para mi nueva colección. Pero he podido interpretarlo mal. De ser así, les rogaría que me lo comunicaran cuanto antes y así volvería al hotel a descansar. Éstas no son horas de andar por las calles para un europeo.

Los dos egipcios permanecieron en silencio durante unos segundos. Cruzaron una mirada entre las sombras. El que actuaba como cabecilla retomó la conversación.

—Si mis preguntas le han importunado, le ruego que me disculpe. No ha sido mi intención. Sólo quería cerciorarme de que es usted la misma persona que visitó esta tarde la tienda de Fatma.

Brugsch no dudó su respuesta.

—Ni conozco a ninguna Fatma ni he estado esta tarde con nadie. Con quien he

estado es con Wardi, y no por la tarde. Lo visité por la mañana.

Los dos egipcios volvieron a mirarse durante unos segundos. Luego el cabecilla asintió.

—Gracias, señor Marek. Debía cerciorarme de que es usted quien dice ser.

—Fue el propio Wardi quien me señaló la hora y el lugar al que debía dirigirme para, entendí, reunirme con alguien —explicó el alemán para reforzar su autenticidad.

Brugsch evitó en todo momento mencionar a Mariam. Supuso que aquellos hombres sabían quién era y prefirió mantenerla fuera de aquel escenario tan grotesco.

—Está bien —dijo el egipcio—. Entonces ¿qué es lo que desea?

—No busco nada en especial. Son ustedes los que me han indicado que viniera. Imagino que será porque tienen algo que ofrecerme —respondió con voz firme.

Su entereza hizo mella en los egipcios. El cabecilla se volvió ligeramente y dio un par de palmadas. Al instante, de la oscuridad del interior de la tumba apareció otro hombre igual de misterioso que los anteriores. En sus manos traía un bolso de cuero y algo de mayor tamaño envuelto en un mugriento paño. Dejó ambas cosas en el suelo, frente a los dos egipcios, y regresó por donde había venido perdiéndose de nuevo en la oscuridad.

El hombre que hacía de comparsa en la reunión abrió el bolso y sacó tres papiros del mismo tamaño que el que Brugsch se había llevado del anticuario por la mañana. Luego retiró con cuidado el trapo que cubría el bulto y descubrió una caja blanca de madera cubierta con textos y representaciones en los laterales; en la parte superior tenía tres tapas pequeñas con sus respectivos pomos.

Aunque la luz era escasa, Brugsch supo al instante qué era aquello. Se trataba de una caja para *ushebtis*.

El alemán preguntó con la mirada si podía cogerla. El hombre le respondió con un ligero asentimiento de cabeza.

El egiptólogo cogió la caja. Había decidido dejar los papiros para el final; no quería que su predilección por esos documentos quedara a la vista de aquellos dos.

En la penumbra apenas podía ver los detalles de la caja. Brugsch se levantó para examinarla junto a las llamas del fuego. Observaba los jeroglíficos al tiempo que las yemas de sus dedos recorrían las coloridas figuras que cubrían las paredes de madera.

Sólo necesitó unos minutos para darse cuenta de que se trataba de una pieza magnífica. Provenía del mismo contexto arqueológico que los papiros y los *ushebtis* de los que tenían noticia. Los textos eran claros. Era una caja de madera blanca y de forma rectangular compuesta en realidad por tres capillas que representaban al norte del país, unidas en la misma estructura de madera y con tres tapas con pomos. En las paredes exteriores había cuatro columnas de texto. En las dos centrales aparecía claramente el nombre del dueño: Pinedjem I, sumo sacerdote del templo de Amón en Tebas y esposo de Henut-tau, escoltado por dos textos mágicos dedicados a Anubis,

dios de la necrópolis, y a Osiris.

Aquellos objetos venían de las misteriosas tumbas que buscaban. Pinedjem había ejercido sus funciones sacerdotales a principios de la XXI Dinastía, en el Tercer Período Intermedio.

Brugsch no movió un solo músculo del rostro al ver aquel nombre. Para evitar delatarse, dejó sin el menor interés la caja de *ushebtis* sobre el paño que la envolvía. Después tomó los papiros y procedió de igual modo. Escrutó con detenimiento cada uno de los detalles de los dibujos que cubrían de forma brillante la superficie del papiro. Uno de los extremos estaba rasgado, con lo que el texto funerario quedaba cortado por la mitad. A punto estuvo de comentarlo, pero prefirió seguir fingiendo ignorancia y disfrutar únicamente de los dibujos y de la elegancia de los ideogramas que daban vida a aquel texto sagrado milenario.

Al observarlos con detalle vio un ideograma claramente identificable. El nombre del dueño aparecía junto a su efigie realizando ofrendas al dios Osiris en el Más Allá. Se trataba de un fragmento del *Libro de los Muertos* del sumo sacerdote de Amón en Tebas Pinedjem II. El papiro estaba dividido en tres bloques. Los dos de la izquierda estaban llenos de texto en escritura hierática. El de la derecha era una viñeta de gran tamaño y de una calidad extraordinaria en la que se veía al autoproclamado rey del Alto Egipto Pinedjem II ofreciendo un incensario al dios del mundo de los muertos, que posaba frente a él en aspecto momiforme.

Una grieta enorme cortaba por la mitad el brazo derecho del sacerdote oferente, pero aun así la escena era magnífica. Pocos ejemplos como aquél podían encontrarse en los museos del mundo.

Los otros dos papiros parecían ser fragmentos del mismo libro que habían sido arrancados para incrementar su coste. El que lo había hecho desconocía quién era aquel importante sacerdote. A pesar de ser rey, no llevaba sobre la frente una cobra, el emblema de los faraones.

Brugsch los metió de nuevo en el bolso. Eran su principal objetivo, pero no quiso darles la importancia que sin duda merecían.

Volvió a coger la caja de *ushebtis*.

—¿Esto qué es? Es muy hermoso —señaló con una sonrisa sincera en los labios—. ¿Se trata de una caja para ofrendas?

Los dos árabes se miraron extrañados.

—Es una caja para contener *ushebtis* —dijo por fin el cabecilla.

—¿Y dónde están los *ushebtis*?

—La... encontramos así en la montaña —mintió el egipcio—. Vacía.

Brugsch miraba admirado las imágenes grabadas en ella.

—¿Y cuál es su precio? Quedaría muy bien junto a los *ushebtis* que he ido adquiriendo en los últimos meses en Luxor y El Cairo.



Los dos hombres fruncieron el ceño.

—Su interés se centra especialmente en los papiros, ¿no es así? —dijo el cabecilla por fin.

—Así es. Wardi me proporcionó un ejemplar magnífico.

—Aquí tiene tres ejemplos de una calidad extraordinaria. —El egipcio volvió a abrir el bolso y sacó los papiros para mostrárselos al extraño comerciante alemán.

—¿Qué precio tiene la caja? —insistió Brugsch.

—Treinta libras. Estas cajas no son fáciles de conseguir.

El arqueólogo no reaccionó ante la desorbitada cantidad que pedían.

—Tuvieron un golpe de suerte al dar con ella, ¿no es así? ¿De dónde proceden estos objetos? ¿Son de la misma tumba o pertenecen a varias?

—La caja apareció en el desierto, a la entrada de una antigua sepultura en la montaña y...

—Está en muy buen estado para haber permanecido siglos a la intemperie —le interrumpió Brugsch.

—Muchos objetos de la montaña salen a la luz después de una tormenta de arena. ¿Ha oído hablar del *khamisin*? Es un viento terrible que durante cincuenta días azota Egipto removiendo las arenas del desierto. En más de una ocasión ha conseguido ocultar caravanas enteras de comerciantes o peregrinos. En otras, con mayor fortuna, hace posible que encontremos cosas como éstas.

—¿Y los papiros? ¿Dónde aparecieron?

—Vamos a dejar la historia en ese punto, señor Marek. Nosotros no ahondaremos en cuál es su profesión, respete del mismo modo el secreto que nos une a la Montaña Tebana.

Acababa de delatarse.

Émile Brugsch no levantó la cabeza de los dibujos de la caja de *ushebtis*, pero estuvo muy atento a las palabras del egipcio. Aquella referencia a la Montaña Tebana era real. En algún lugar de esas colinas, quizá cerca de Qurnet Muray, donde se encontraban, se hallaba el cementerio en el que se había enterrado a los últimos grandes reyes de la historia de Egipto. Tanto la caja como los tres papiros provenían de allí. Los textos tenían los nombres de sus dueños rodeados por cartuchos, como lo estaban siempre los nombres de los reyes y las reinas de ese período. Sobre la cabeza portaban la cobra sagrada que protegía a la familia real.

No había duda de que aquellos hombres eran los que proveían las antigüedades al mercado de Luxor.

—¿Son auténticos? Yo no soy experto en antigüedades y aquí no hay luz. ¿Cómo puedo saber que no me están engañando?

La pregunta de Brugsch pilló por sorpresa al egipcio.

—Señor Marek, le doy mi palabra de que son auténticos. Tienen miles de años de

antigüedad —respondió el egipcio con cierta indignación—. Si tiene la más mínima duda sobre su naturaleza, le pido que se olvide de este negocio. Nos levantamos y nos vamos. No queremos causarle ningún problema ni que usted nos lo cause a nosotros.

El egipcio se sacudió las manos como si el negocio hubiera quedado zanjado.

—Sería una posibilidad..., pero por una vez voy a confiar en ustedes.

—Si lo desea, puede verlos mañana en el anticuario de Wardi, pero le advierto que el precio se incrementaría sustancialmente.

Brugsch dio la charla sobre la autenticidad de las piezas por terminada y retomó la negociación.

—¿Qué precio me hacen por la caja y los papiros?

Sus palabras sorprendieron de nuevo a los egipcios.

—Si me hacen una buena oferta, estoy seguro de que podremos entendernos en futuros negocios —añadió.

—Parece que sus compras son un tanto impulsivas.

—En absoluto —se defendió Brugsch observando de nuevo la caja de *ushebtis*—. Mi intención es comprar papiros, pero debo reconocer que esta caja me ha fascinado.

—Si las piezas son de su agrado, seguro que podemos llegar a un acuerdo. Doscientas libras es un precio razonable teniendo en cuenta la calidad de los papiros y de la caja de *ushebtis*.

Brugsch enarcó las cejas pero supo mantenerse frío ante el comienzo de la negociación. Sabía que era un proceso que llevaba su tiempo. Nadie pagaría ese dinero ni por una caja llena de papiros.

—Es una suma muy elevada... No llevo tanto dinero encima.

Era, en efecto, una cuantía desorbitante cuando esa misma mañana, en la tienda de Antoun Wardi, había pagado unas pocas libras por un papiro muy similar a los tres que tenía frente a él.

—No se preocupe por el dinero —señaló el egipcio intentando calmarlo—. No es necesario que la entrega se haga hoy. Podemos acordar un nuevo día. Sería más sencillo para todos que recogiera las piezas y entregase el dinero a un contacto que le asignaremos en Luxor dentro de unos días, cuando haya podido reunir esa cantidad.

—Aun así, sigo pensando que doscientas libras es una suma muy elevada. En el anticuario de Luxor puedo conseguir precios mejores.

Los dos egipcios se miraron. El cabecilla preguntó con la mirada a su compañero. Éste permaneció mudo pero asintió con un gesto de la cabeza.

—Podríamos pedir ciento cincuenta libras por los tres papiros y la caja. No podemos bajar de esa cantidad.

—Para ustedes es un negocio redondo: no deben pagar a intermediarios, ¿no es así? Seguro que pueden bajar mucho más. Digamos... treinta libras. Mañana mismo dispondría de esa cantidad y les garantizaría que volveríamos a vernos en futuras

ocasiones.

El egipcio volvió a mirar a su compañero.

—No podemos aceptar treinta libras. Estamos hablando de tres papiros. Si aplicamos el precio que usted pagó en el anticuario, sólo los papiros valen mucho más. A lo que habría que sumar el precio de esta magnífica caja de *ushebtis*. ¿Cuánto está dispuesto a dar, señor Marek?

El egipcio empleó el viejo truco de los mercaderes de los bazares: preguntar su precio al comprador. En ocasiones esa táctica servía para sablear a incautos que, desconociendo el valor de las cosas, daban de salida precios inauditos por auténticas baratijas. Pero no era el caso de Brugsch. El egiptólogo estaba muy curtido en esas transacciones. Sabía que los mercaderes de los bazares añadían ceros a las cantidades con extraordinaria facilidad.

—Dejémoslo todo en treinta y cinco libras. Es un buen precio para ambas partes.

Los dos árabes volvieron a cruzar una mirada. Brugsch no detectó ningún guiño, pero sabía que la forma que tenían los egipcios de hablar sin palabras era terriblemente complicada.

—Teniendo en cuenta que el precio de partida que le hemos dado es de doscientas libras, con su propuesta estamos perdiendo ciento sesenta y cinco libras. Seguro que...

—Yo he añadido cinco libras a mi oferta inicial. Además, repito que no tienen que pagar a intermediarios —añadió Brugsch de forma cortante defendiendo su postura—. Todo el dinero es para ustedes. Sus familias podrán vivir de forma muy holgada durante semanas.

El silencio llenó la habitación de la tumba. Apenas se oía el sonido del viento en el exterior, donde la noche era cada vez más fresca.

—Acordamos entonces treinta y cinco libras —dijo el egipcio sin tardar en responder.

Brugsch le estrechó la mano en señal de que el pacto quedaba cerrado. Había conseguido rebajar el precio inicial a mucho más de la mitad. El dinero era lo de menos. Era dinero del gobierno para conseguir piezas que no deberían estar en manos de traficantes. Pero en esta ocasión no sólo había rebajado la cuantía de la compra sino que además se estaba haciendo con información muy valiosa.

—Dentro de dos días en el embarcadero de Luxor a la misma hora que hoy. Tendrá las piezas, pero no se olvide del dinero, por favor.

—Allí estaré, descuide, aunque me parece un poco raro tener que pasearme con esa cantidad por las calles de Luxor. En Europa no estamos acostumbrados a cosas así.

—Egipto pasa hambre, querido amigo —dijo el árabe con voz lastimera—. Las familias de Gurna están insatisfechas por los momentos que nos toca vivir. Por eso

tenemos que dedicarnos a este negocio e incluso humillarnos a la hora de rebajar precios o correr riesgos para obtener el pan de nuestros hijos.

—Deben de tener buenos contactos para poder evitar los problemas con la justicia y la administración. Nada más llegar a El Cairo, hace un mes, me advirtieron del peligro que corría comprando antigüedades. Un peligro doble: por un lado podría adquirir una burda falsificación pero, por otra parte, entraría también en el oscuro mundo del mercado negro.

—Deje de lado sus preocupaciones, señor Marek. Luxor es diferente a El Cairo. Estos negocios son conocidos y consentidos por todos. No encontrará ningún tipo de problema para comerciar no sólo con su propia empresa sino también en el mundo de las antigüedades. De alguna forma todos salimos beneficiados. Desde el campesino más pobre, hasta el cargo más elevado. En ese sentido Egipto no ha cambiado desde la época de los faraones.

—Entonces ¿por qué me avisaron en El Cairo?

—Los *efendis* que gobiernan Egipto no entienden los problemas de su gente. La Montaña Tebana nos pertenece. Quieren expulsarnos de la tierra donde hemos vivido durante generaciones. Cuando era niño el padre de mi padre nos contaba que sus abuelos ya vivían entre las tumbas de los faraones. Ahora quieren venir los *efendis* de El Cairo para, con la excusa de la ciencia, expulsar a nuestras familias de Gurna, cuando nosotros somos sus verdaderos propietarios. Nunca podrán imponer aquí sus museos ni sus excavaciones.

—De alguna forma los extranjeros les dan trabajo como obreros en esas excavaciones que usted tanto parece repudiar. Puede ser un acuerdo justo.

—No se engañe, señor Marek. El sueldo que pagan a nuestros hombres es una miseria en comparación con el dinero que ellos obtienen negociando con las antigüedades que nos roban.

El egiptólogo alemán estuvo a punto de replicar que el Servicio de Antigüedades no comerciaba con antigüedades, esto sólo lo hacían los propios egipcios y los extranjeros que llegaban a Egipto con los bolsillos llenos de dinero, sin escrúpulos y dispuestos a comprar absolutamente todo a los campesinos. La realidad era muy diferente, pero el día a día en la aldea de Gurna hacía que tuvieran esa percepción. Ellos preferían vender antes de que alguien se lo llevara y quedarse sin nada.

—Eso no es un acuerdo justo —prosiguió el egipcio—, en absoluto. Aquí, en Luxor, los *efendis* todavía no tienen todo el poder. Nuestros gobernantes, aunque en ocasiones no sean imparciales, piensan más en nosotros y conocen la realidad cotidiana con la que tenemos que bregar para sacar a nuestras familias adelante.

Brugsch no necesitaba escuchar más. Las palabras del árabe eran un reconocimiento tácito del papel mediador de las autoridades locales en las transacciones. Pero no era el momento ni el lugar de seguir investigando. Ni siquiera

estaba seguro de que aquel negocio fuera a salir bien. Hasta que no se encontrara en su habitación en el hotel Luxor, no respiraría aliviado. Volvió a palpar el bolsillo donde llevaba la pistola y decidió que había llegado el momento de despedirse.

—Creo, señores, que debo volver a la ciudad.

—Le llevaremos al embarcadero, no se preocupe —señaló el cabecilla—. Sólo le ruego una cosa, señor Marek.

—¿De qué se trata? —dijo Brugsch.

—No juegue con fuego.

Siguió un silencio de un par de segundos.

—No le entiendo... —dijo por fin el alemán.

—Luxor es una ciudad muy tranquila, pero no es menos cierto que en ocasiones ocurren... tragedias. Le estaríamos eternamente agradecidos de que no desvelara a nadie la naturaleza de este encuentro.

—No dude de que será así. A mí me interesa menos que a ustedes sacar a relucir todo esto... No se preocupe.

—Yo no me preocupo, señor Marek. Quien debería hacerlo, de no cumplir esta advertencia, es usted.

—¿Me está amenazando cuando ni siquiera hemos finalizado el primer negocio? —le espetó Brugsch con enfado—. ¿Cree que no le voy a pagar? Entiendo que está muy mal informado de quién soy.

—No me malinterprete, señor Marek. Nuestra familia cuenta con contactos en todos los establecimientos y administraciones de la ciudad. Somos muchos en Seikh Abd el-Gurna, y todos tenemos a alguien trabajando en algún sitio. Vaya con cuidado.

—Lo haré, descuide.

Los dos árabes le llevaron de regreso hasta la otra orilla. Cuando Brugsch puso el pie en tierra, regresaron a Gurna. No hubo palabras de despedida. El alemán observó cómo la falúa se separaba lentamente de los marjales y se perdía en la oscuridad.

Para llegar al embarcadero, caminó con prudencia entre las ramas y las piedras que obstaculizaban el acceso al amarradero. Hasta que no puso el pie en él no se sintió seguro. Miró a ambos lados; allí no había nadie. Debían de ser más de las doce de la noche. Le llegaron las voces de algunos egipcios en la Corniche. Brugsch subió las escaleras y salió a la calle principal. El hotel apenas quedaba a poco más de cien metros. Encendió un cigarrillo y echó a andar con las manos en los bolsillos. La temperatura había descendido y corría un viento fresco poco agradable.

Prefirió bordear el templo en vez de atravesarlo. Ya había tenido bastantes emociones por esa noche. Sabía que Luxor no era una ciudad peligrosa, pero tampoco quería tentar a la suerte. Sólo tenían problemas quienes los buscaban.

—Buenas noches, señor Marek.

Brugsch se quedó helado al escuchar su nombre en mitad de la noche.

—No se asuste, soy Mariam. —La joven apareció de pronto entre las arquerías del jardín del hotel—. Sólo quería estar segura de que todo había ido bien... de que volvía sano y salvo.

—Buenas noches, Mariam. Sí, estoy perfectamente. —El alemán no podía estar más sorprendido de verla allí—. Tu estampa de san Jorge ha surtido efecto... —añadió con cierto aire de victoria.

Mariam sonrió y él se dio cuenta de que aquel rostro cada vez lo tenía más encandilado.

—No es la primera vez que roban a un comprador incauto —respondió la joven intentando cambiar de conversación.

—¿Crees que soy incauto?

—Creo que no es quien dice ser —respondió la joven copta.

—Soy Kurt Marek, de Berlín, y me dedico al comercio del algodón y la caña de azúcar.

—Pues yo creo que es usted un embustero —se atrevió a decir la muchacha sin perder la sonrisa—. Ni es comerciante ni es la primera vez que trabaja con objetos faraónicos. Usted es arqueólogo. Y lo que me preocupa es que Antoun Wardi también lo sospecha. Tenga cuidado, señor Marek o como quiera que se llame.

Émile Brugsch estaba atónito. En apenas unos segundos aquella joven hermosa le había desmontado toda su coartada y ante aquellos preciosos ojos él no encontraba argumentos con los que defenderse.

—¿Y qué si eso fuera verdad? —preguntó el egiptólogo intentando recuperarse.

—Extreme su seguridad, señor Marek, sea cauto. Aunque el señor Wardi me mande de un sitio a otro para que no oiga nada, yo sé lo que viene a comprar a la tienda y también sé de dónde proceden las piezas. Guardar un secreto en Egipto es tarea imposible.

El alemán dio un respingo.

—¿Conoces el lugar de donde vienen las antigüedades?

—No siga por ahí, señor Marek —atajó la joven con decisión—. No puedo decirle nada, correría un riesgo grande si lo hiciera. El señor Wardi es más peligroso de lo que parece; tras esa apariencia de hombre educado y atento con sus clientes se esconde una persona muy turbia.

—Pero si me dijeras de dónde proceden las piezas...

—Todos en Luxor lo saben —lo interrumpió ella—, aunque nadie es capaz de precisar el lugar exacto. Es un simple rumor, pero un rumor vestido de evidencias terriblemente claras. Será mejor que no se inmiscuya, créame, es más peligroso de lo que parece. Muchos han intentado averiguar esa ubicación y algunos han perdido la vida por ello.

—Si sigo tus consejos, no volveremos a vernos.

Quien guardó silencio en esta ocasión fue Mariam.

—Descuida, nos veremos, estoy seguro —dijo enseguida Brugsch al ver la expresión seria de la muchacha—. Y todo este asunto se resolverá pronto.

—Las cosas son más complicadas de lo que cree, señor Marek —insistió ella.

—Llámame... Kurt, por favor.

—Muy bien, Kurt. —Mariam recuperó la sonrisa—. Llevamos así varios años. Cada vez hay más fichas en el tablero, la tensión aumenta y el miedo se extiende entre los habitantes de Gurna y los anticuarios de Luxor. Algunos niños han muerto en circunstancias extrañas... —Se interrumpió, como si tuviera miedo a seguir hablando—. Yo soy cristiana y muchos ven con recelo que trabaje para el señor Wardi. Sería mejor que... no aparecieras por aquí en un tiempo.

—Creo que te haré caso —respondió él, contrariado—. Pero volveré.

—Será un placer volver a darte la bienvenida. Disfruta de tus piezas, pero no mientas, Kurt.

—¿Qué he dicho ahora?

—Sé que las piezas no son para ti. Son para los *efendis*. Creo que no estás casado...

Cuando Brugsch quiso responder, Mariam ya había cruzado los árboles del jardín y se había perdido en la oscuridad de la noche.

Al día siguiente recogería el material y se iría lo antes posible a El Cairo. Sólo estaba seguro de una cosa: sabía que volvería, si no por trabajo, lo haría por ella.

*Año 969 antes de nuestra era*  
*Templo de Amón, Tebas*

Los pasos de Paykamén resonaban suavemente a medida que avanzaba por el corredor de la galería externa de uno de los edificios administrativos del templo de Ipet-isut. El sol estaba a punto de ponerse. Con la luz tenue de los últimos rayos, los brillantes colores —azules, verdes, amarillos y rojos— de las delgadas columnas que recorrían la galería adquirían una luminosidad especial.

No había nadie más en el corredor. Paykamén llevaba una bolsa de tela llena de objetos metálicos; el sacerdote la apretaba cuanto podía a su cuerpo para evitar que sonaran a cada paso. Sabía que a esas horas nadie le vería. En el templo dedicado a Amón en su versión solar, los ritos acababan con la desaparición de Ra en el horizonte. Empezaban entonces las doce horas de la noche, con todo tipo de obstáculos y peligros en su viaje nocturno. Y Paykamén no quería correr riesgos. Esa mañana el orfebre Beki había sido detenido en su casa del barrio de los artesanos de Uaset. Desconocía cuál sería la suerte de Nesumontu, pero esperaba que hubiera actuado con mayor prudencia que Beki. Toda precaución era poca cuando la vida estaba en juego. Algo había salido mal y debía saber cuanto antes qué era.

El sacerdote se reunía siempre con su mentor, después de la puesta de sol, en una habitación que se hallaba tras la cuarta puerta del corredor. Al abrirla, la madera crujió y Paykamén vio que la estancia estaba en penumbra. Dentro había una ventana por la que entraba la luz justa para poder moverse sin toparse con las paredes, un cestillo como único mueble para guardar cosas y una esterilla para sentarse.

—Llegas a tu hora como de costumbre, Paykamén; antes de que el último fulgor de Ra se cuele sobre la montaña de los muertos.

La voz provenía de una figura sumida en las sombras, justo bajo la ventana. Portaba una máscara de chacal como las usadas por los sacerdotes en los rituales de embalsamamiento. La reverberación de la madera hacía que su voz adquiriera un tono siniestro.

—Procuro no retrasarme, señor —señaló el sacerdote—. Mi deseo es servirlos con fidelidad.

—¿Es por eso? —preguntó la voz desde las sombras—. Qué lástima. Entiendo tu deseo de agradarme, Paykamén, pero hoy la situación es bien distinta a otras veces. Te imagino enterado de la detención de un orfebre en el barrio de los artesanos.

—Sí, señor... —reconoció el sacerdote con un hilo de voz.

—Al parecer, en tu último trabajo en la montaña del oeste no actuaste con la



prudencia necesaria. Cometiste varios errores y ahora podemos pagar todos por ello. No sé si tienes que decir algo al respecto.

—¡El orfebre Beki es un absoluto imbécil! —exclamó Paykamén intentando cargar sobre su compañero toda la culpa de lo ocurrido—. No ha seguido las recomendaciones que le di cuando nos separamos después del amanecer.

—Puede que ese Beki sea un imbécil, pero de lo que estoy seguro es de que yo no lo elegí. Fuiste tú, Paykamén, y eso supone un contratiempo. En concreto para ti. Como ese desgraciado dé tu nombre a los guardas del templo, puedes darte por muerto.

El sacerdote tragó saliva al imaginarse la escena.

—No tiene prueba alguna que demuestre mi culpabilidad —se defendió para tranquilizarse—. Esa noche yo estaba en casa durmiendo, mi familia lo corroborará ante cualquier tribunal.

—No seas ingenuo, Paykamén. Si encuentran un culpable, ten por seguro que lo colgarán en los muros de la ciudad, donde todos puedan verlo. Servirás de escarnio público para salvar la honra de los guardas de la montaña y prevenir de futuros asaltos a los ladrones que, como tú, han saqueado las entrañas de las moradas de eternidad de los reyes de la tierra de Kemet.

Aquella figura era la única que conocía sus secretos y la razón de su temprano y paulatino enriquecimiento. Paykamén estaba atrapado en sus garras igual que un roedor entre las patas de un zorro en el frío desierto. No podía escapar. No sabía a quién acusar, no confiaba en que le creyeran si explicaba que un enmascarado le preparaba los asaltos a la necrópolis.

—Debí acabar con él en la misma tumba, junto con los dos guardas —señaló enrabiado el sacerdote.

—Eso habría complicado las cosas aún más. Debemos actuar desde la reflexión; dejarnos llevar por nuestros instintos más básicos no nos beneficia en nada. ¿Qué me traes?

La figura enmascarada se refería a la bolsa que llevaba Paykamén. El sacerdote metió la mano en la saca y al tocar los metales dorados del interior esbozó una sonrisa, como si quisiera entrar en complicidad con aquella misteriosa sombra.

—Es un rico tesoro, señor, seguro que os agrada —dijo al tiempo que avanzaba hacia la ventana para entregar en mano el contenido de la saca.

—¡Detente! —gritó la voz—. Sabes que no debes moverte de la esterilla. Lanza la bolsa por el suelo.

—Lo siento, señor —se disculpó Paykamén al tiempo que hacía lo que le pedía—. Aquí tenéis todo el oro que fuimos capaces de encontrar en la tumba.

El enmascarado abrió la bolsa y Paykamén aguardó el veredicto.

—Algunas piezas son magníficas... —dijo por fin—. Además de oro, hay plata y

cobre. No está mal.

El sacerdote sonrió aliviado.

—Lástima del collar de oro que, al parecer, se te escapó.

Paykamén levantó la mirada sorprendido.

—¿Qué collar? No había ningún collar entre los objetos que sacamos de esa tumba. ¿A qué se refiere, señor?

—El imbécil de Beki, como tú le llamas, fue detenido en posesión de un collar de oro que perteneció al abuelo de nuestro sumo sacerdote, Pinedjem.

—Os juro que no lo vi —se apresuró a señalar el sacerdote—. La luz en el interior de la tumba era muy escasa, pero una vez en la galería de la entrada cada uno puso en común lo que había cogido y luego nos repartimos el peso.

—¿Y cuáles fueron las normas para el reparto? —preguntó la figura de la máscara de chacal.

—Ellos tenían un precio pactado de antemano. Sabían que debían llevar todo el metal que fueran capaces de transportar y que el oro tenía preferencia. Cada uno de ellos cobraría dos *deben* de cobre. El resto me lo quedaría yo. Y aquí está todo lo que me dieron. No sé nada de ese collar de oro del que me habláis. Ese maldito orfebre debió de esconderlo en su faldellín. Yo no vi nada. ¡Os lo juro, debéis creerme!

La voz de Paykamén resonó angustiada en la habitación. El sol ya se había puesto y por la ventana apenas entraba un pequeño halo de luz. Sus ojos comenzaban a acostumbrarse a la oscuridad. El misterioso personaje no se movió en ningún momento de donde estaba. Parecía una representación del dios Anubis esperando al acecho en las puertas de la necrópolis. En más de una ocasión el sacerdote se había visto tentado de echarse encima, arrancarle la máscara y arrebatarle el botín. Él era quien lo había conseguido y, por lo tanto, su justo dueño. Pero no podía romper el pacto al que habían llegado hacía tiempo a través de otro ladrón de tumbas ya muerto. Bien mirado, el negocio era justo. Sin su ayuda no podría llevarse a cabo. Lo que no quería era acabar en el fondo del Nilo como el cadáver de su amigo. De momento no le quedaba más remedio que aceptar la situación. El futuro diría si las cosas cambiaban.

—Quédate con esto. —La figura le lanzó un anillo enorme de oro con el nombre de Pinedjem—. Creo que es razonable después del esfuerzo que has realizado.

Paykamén lo sopesó y comprobó su valor. Apenas había luz, pero el brillo del metal con el que estaba hecha la piel de los dioses resplandecía en el interior de la habitación como si tuviera vida propia.

—¡Gracias, señor! —exclamó enseguida.

—Es lo menos que puedo hacer por tus leales servicios —señaló el enmascarado con cinismo—. Ahora bien, sé cuidadoso y procura que nadie abra la boca en los próximos días. Sería lamentable que surgieran más problemas de los que ya tenemos.

—Así lo haré, señor. Esperaremos unas semanas a que las aguas vuelvan a su cauce antes de fundir estos metales.

—Los escribas de la necrópolis han recibido la orden de investigar el asesinato de los dos guardas y el robo en la morada de eternidad en la que estuvisteis. Al parecer, al bueno de Pinedjem le preocupa su futuro en el reino de Osiris. Quiere que cesen los asaltos a la montaña oeste y no parará hasta que sepa quiénes filtran los datos procedentes del templo. Están interrogando a muchos sacerdotes y artesanos de la ciudad.

—Un golpe de suerte les ha llevado hasta el imbécil de Beki —señaló Paykamén queriendo quitar importancia a la gravedad de la situación—. No me cabe la menor duda. No pueden saber nada.

—Sea por suerte, sea porque sabían algo, el caso es que ahora tienen en los calabozos del templo a uno de los hombres que te acompañó. Yo que tú estarías preocupado.

Paykamén se estremeció. La serenidad que le transmitía su enigmático interlocutor podía tornarse en inseguridad con tan sólo una frase o un simple cambio en la entonación.

—Asegúrate de que escondes bien ese anillo —le advirtió—. De lo contrario deberás responder ante la justicia del templo y del sumo sacerdote.

—Nadie verá nada ni sospechará nada de mí. Tardaré en poner en circulación el anillo. Y antes lo martillearé para borrar el nombre que hay grabado sobre él.

—Me parece una idea brillante. Pero deberás hacer algo más... Un cometido de carácter excepcional.

—¿De qué se trata?

—Hoy, antes de regresar a tu casa, busca al otro hombre que te acompañó a la montaña oeste.

—Ni siquiera sé dónde vive, señor. Sólo sé que se llama Nesumontu y que trabaja en el templo.

—Ése, desde luego, no es mi problema. Síguelo hasta su casa y acaba con él. No seas tan estúpido de asesinarlo aquí, en el templo.

—Pero... no puedo comprometerme a cometer un nuevo asesinato —protestó el sacerdote—. Hoy, además, tengo tareas en el templo..., notarán mi ausencia. Podrían relacionar mi abandono con el asesinato.

—Ya te he dicho que ése no es mi problema. Tarde o temprano me lo agradecerás. El orfebre ha caído esta mañana, quizá ahora mismo esté diciendo tu nombre a los guardas del edificio de los escribas de la necrópolis. No tienes nada que perder. Al contrario. Si acabas con ese hombre, evitarás un problema seguro en los próximos días. Los escribas están dispuestos a llevar el cometido encargado por el sumo sacerdote hasta sus últimas consecuencias.

—Pero... si Beki ya ha hablado, ¡me veré comprometido de todas formas! — señaló Paykamén, aterrado.

—Haber elegido mejor a tus acompañantes. La próxima vez deberás ir solo. Paykamén escudriñó la oscuridad en busca de su interlocutor.

—¿La próxima vez? —preguntó, sorprendido.

—En efecto. La dificultad para llegar hasta las moradas de eternidad será mayor, pero la recompensa también. Sé adónde debes ir y lo harás solo.

Durante unos instantes reinó el silencio en la habitación. La luna asomaba por la celosía de la ventana. La misteriosa figura enmascarada se movió en dirección al cesto que había en la habitación. El sacerdote oyó que lo abría, tomaba algo de él y lo volvía a cerrar. Los pasos regresaron al punto de donde habían partido.

—Toma esto, Paykamén —dijo la voz.

El sacerdote se acercó y cogió el rollo de lino que le tendía.

—Es el lugar adonde deberás ir la próxima luna. Ve solo, sin ayuda de nadie. Toma lo que puedas y huye de allí como has hecho siempre. Se te recompensará con el triple del valor del anillo que te acabo de entregar.

Aquellas palabras sonaron como una dulce melodía en los oídos del sacerdote ladrón. El brillo del oro era capaz de borrar cualquier preocupación.

—Debes destruir el rollo de lino antes de comenzar tu viaje a la orilla oeste — prosiguió el mentor de Paykamén—. No lo olvides. Si lo encuentran en tu poder, eres hombre muerto.

—Habrán intensificado la vigilancia en el valle. ¿Cómo podré entrar?

—Descuida. En el documento que te he entregado se indica cómo entrar y cómo llegar a la morada que nos interesa. Los soldados del valle tienen sus fallos, como sucede con todo lo relacionado con el templo de Ipet-isut. Espera a la próxima luna. Después, deja pasar dos días y ven a verme cuando el sol se ponga por el horizonte.

—Quizá no llegue vivo a la próxima luna... —señaló el sacerdote—. Para entonces es probable que Beki haya dado mi nombre y mi cuerpo descansa en el fondo del Nilo.

El enmascarado se rió en la oscuridad provocando un sonido terrorífico.

—Una vez más seré generoso contigo. Ocúpate del segundo hombre, Nesumontu, y yo me encargaré de Beki. Ahora, vuelve por donde has venido, borra tus pasos y no digas a nadie que has estado aquí. De ello depende algo más que tu vida, Paykamén. Puedes irte.

Con la cabeza agachada y aferrando fuertemente el trozo de lino, el sacerdote fue hasta la puerta, corrió el grueso listón de madera que hacía de cierre y la abrió. Al instante, el frescor de la noche entró en el cuarto. Tras el corredor sólo se veían las ramas de algunas palmeras que ocultaban el paso de los rayos de la luna.

—No olvides destruir el rollo de lino antes de ir a la otra orilla —repitió la

misteriosa voz—. No hagas copias ni lo muestres a nadie. Y ahora ve a hacer lo que tienes que hacer en casa de Nesumontu. Volveremos a vernos dos días después de la próxima luna.

Paykamén asintió en silencio. Oculto por las sombras de la noche, recorrió la galería hasta alcanzar las escaleras que llevaban al jardín. Una vez en él, se guardó el rollo de lino y el anillo de oro en una bolsa de cuero que colgaba de su cinturón y corrió cuanto pudo para huir de aquel lugar.

*Viernes, 17 de diciembre de 1880*

*El Cairo*

**E**stás seguro de que el vendedor muerto era la misma persona que viste entrar con los dos egipcios en la tienda de Antoun Wardi? —preguntó Maspero con voz de preocupación.

—Estoy prácticamente seguro —contestó Brugsch—. Recuerdo que iba vestido con un traje de lino blanco. Así describe *La Gazette Egyptienne* al tal Samir Farag en la noticia publicada hoy. Además está el detalle del *tarbush* que vi en el suelo, justo a la entrada de la trastienda.

Maspero releyó la noticia de la muerte del anticuario de Luxor. Había aparecido asesinado en su propia tienda, no lejos de la Corniche, después de un intento de robo. La chaqueta de lino estaba ensangrentada debido a las cuchilladas que había recibido en diferentes partes del cuerpo y del cuello.

El director en funciones del Servicio de Antigüedades había acudido a su oficina del Museo de Bulaq de manera extraordinaria. Era viernes, día festivo en el calendario musulmán, pero quería encontrarse con sus colaboradores lo más pronto posible y saber cómo habían ido las pesquisas de Brugsch en la ciudad de Luxor.

Consternado por el asesinato del anticuario, Maspero reflexionó sobre el nuevo escenario que se abría ante sus ojos.

—El problema podría ser más complejo de lo que imaginamos en un principio —señaló.

—Nadie dijo que no lo fuera —repuso Brugsch enarcando las cejas con sorpresa—. El tráfico de antigüedades mueve mucho dinero, y algunas vidas no valen ni unas pocas monedas.

—A partir de ahora tendremos que ser extremadamente prudentes —añadió Maspero, agradecido de ver a su mano derecha sano y salvo—. ¿No le preguntaste al vendedor libanés qué hacía el *tarbush* allí?

—No —respondió el otro de forma tajante—. Simplemente lo observé con extrañeza y él, al darse cuenta, se limitó a decir que era suyo. Sonó a excusa. Si se le hubiera caído del mostrador o de una estantería de la tienda no tenía por qué decir nada; parecía que estaba justificando que aquel *tarbush* era suyo y de nadie más.

—Además está el testimonio de la joven cristiana —intervino Ahmed Kamal—. Ella parece conocer lo que está sucediendo, de lo contrario no te habría avisado.

—Así es —asintió Brugsch—. Siempre que está en la tienda permanece en silencio; sólo nos cruzamos un breve saludo, pero está al corriente de todo lo que

pasa allí dentro.

—Creo que son razones más que suficientes para comenzar una investigación en toda regla y detener a Wardi —señaló el marqués De Rochemonteix.

—Sería levantar la liebre antes de tener nada claro —protestó Maspero—. Sólo existe una coincidencia. Un *tarbush* en el suelo no es evidencia de nada, y menos de una relación directa con un muerto aparecido en otro lugar, no olvidemos ese importante detalle. De comenzar una investigación convencional, con el lento protocolo egipcio, pronto todos estarán al tanto de lo que perseguimos, cerrarán las puertas de oficinas y tiendas y lo negarán absolutamente todo.

—Además, parece que cuentan con el beneplácito de las autoridades, lo que resulta más difícil de contrarrestar.

Las palabras de Ahmed Kamal aludían al relato que acababa de contar Brugsch sobre su encuentro con los ladrones de tumbas en Qurnet Muray. Los papiros y la caja de *ushebtis* descansaban sobre la mesa de Maspero.

—Y dices que en ningún momento pudiste verles bien el rostro...

Émile Brugsch se limitó a negar con la cabeza, lo que aumentó la preocupación de Maspero. El relato del alemán apenas tenía matices. A sus ojos todo estaba claro, pero a los de las autoridades egipcias no era más que una fotografía en blanco y negro, sin nuevas revelaciones.

—En el interior de la tumba la luz del fuego estaba a su espalda..., no distinguía nada, todo eran sombras.

—¿Y en el embarcadero? —preguntó el marqués De Rochemonteix, que seguía atentamente la reunión.

—Aunque había luna, el tipo que fue a buscarme siempre se mantuvo a una distancia prudencial, caminaba delante de mí, dándome la espalda. En la falúa, donde estaba el otro hombre, la situación fue la misma. Hacía fresco y aprovecharon las ropas negras y la bufanda para cubrirse la cabeza y el rostro. Si los identifiqué fue por sus movimientos. Estoy convencido de que eran los que esa misma mañana había visto entrar en la tienda de Antoun Wardi y que justo antes habían estado discutiendo con otro hombre que vestía un traje de lino y *tarbush*.

—Según tú, Samir Farag, el anticuario asesinado del que se habla en el periódico —añadió Maspero.

El director en funciones del museo caminaba de forma pausada por el despacho; el entarimado de madera crujía bajo sus pasos. Lanzó un suspiro de resignación y volvió a su escritorio.

—No parece mucho, pero es un primer contacto —intervino Charles Wilbour con su característico tono optimista.

Ahmed Kamal se levantó y se acercó a la mesa de Maspero para observar las piezas con detenimiento.

—Es un ejemplar magnífico —indicó el egipcio mientras acariciaba una de las paredes de la caja de *ushebtis*—. Imagino que proviene, al igual que los papiros, del mismo sitio.

—Así es —se adelantó a responder Maspero—. A veces me pregunto por qué son tan herméticos estos árabes cuando se trata del tráfico de antigüedades.

—Mi querido amigo, la respuesta es obvia. —El abogado americano sonreía y se atusaba su larga barba blanca—. No quieren acabar en una prisión de la Ciudadela con argollas en pies y manos. Sólo quieren ganar dinero.

—¡Dinero fácil! —añadió el francés—. Al menos contamos con algunos datos que, si bien no son del todo seguros, nos ayudan a dar un paso adelante en la investigación.

Diciendo esto, Maspero tomó de su mesa el improvisado informe que él mismo había escrito mientras escuchaba el relato del egiptólogo alemán.

—Creo, en efecto, que no hay que restar importancia a lo que deduje de las palabras del egipcio —afirmó Brugsch—. Estoy casi seguro de que el lugar de donde vienen las antigüedades se encuentra en la Montaña Tebana. Además, son ellos mismos o su familia los que han encontrado esas tumbas. Por último, tienen contactos con altas estancias de la administración de Luxor.

—Vayamos por partes, Émile —le interrumpió el marqués De Rochemonteix quitándose el *tarbush* de fieltro y jugueteando con los flecos negros—. ¿Por qué intuyes que se trata de varias tumbas?

—Es cierto —dijo Wilbour—. Podría tratarse de una sola tumba. Conocemos demasiado bien la necrópolis de Luxor como para aceptar la posibilidad de que un cementerio de ese período haya pasado desapercibido.

—Sería así si realmente se tratara de la Montaña Tebana —señaló Maspero—. No rechazo la posibilidad de que sea una sola tumba, pero podría hallarse fuera de Luxor, quizá en Quena...

—¿Crees que los sacerdotes de Amón se harían enterrar fuera de Tebas? —discrepó Brugsch—. ¿Fuera de su propio reino? No lo creo, querido amigo. Estoy seguro de que la tumba o las tumbas están en Luxor, en la orilla oeste, cerca de la aldea de Seikh Abd el-Gurna, donde viven desde generaciones los ladrones de tumbas.

Las palabras del alemán fueron firmes. Pocos como él conocían el comercio de antigüedades y la zona donde este mercado había empezado a crecer en los últimos años.

—Yo estoy de acuerdo con Émile —opinó Ahmed Kamal—. Conozco bien a los habitantes de Gurna. Es cierto que se trata de una zona turística, quizá el lugar lógico donde vender estas cosas. De haber aparecido en Quena no tendría sentido vender las piezas allí; nadie hace turismo en esa zona. Luxor es el lugar idóneo. Pero, sobre



todo, creo que el hecho de que se trate de tesoros de sacerdotes y sacerdotisas de Amón, o incluso de reyes, añade más fuerza a la teoría de que la Montaña Tebana es el lugar donde se encuentran esas tumbas.

Siguió un silencio. Sobre el escritorio, la caja de *ushebtis* y los papiros eran testigos mudos de aquella reunión. Todos miraban con atención a Maspero, a la espera de que planteara una nueva vía a partir de la cual proseguir la investigación.

—Lo que debemos hacer ahora es mirar hacia arriba —dijo por fin el francés—. Tenemos que dar con el nombre de las personas que están poniendo en circulación las piezas. Debe de ser gente importante...

—En mi opinión, si se me permite intervenir en este sentido —interrumpió De Rochemonteix al tiempo que Maspero le cedía amablemente la palabra con un gesto—, lo que debemos hacer ahora es introducirnos en ese ambiente.

—El mundo de los ladrones es muy peligroso. No me parece que esa solución sea algo factible —disintió Ahmed.

—No, Ahmed, no me refiero a eso —corrigió el marqués—. Hablo de introducirnos en el mundo de la alta sociedad y los poderes locales. Todos sabemos que en Egipto no es más importante contar con un salvoconducto firmado por el propio pachá que tener la posibilidad de asistir a fiestas y entrar en contacto con las personas más notables de la ciudad. Luxor es distinto a El Cairo; se rige por sus propios modelos de comportamiento.

—¿Entonces? —Maspero esperaba que su colega añadiera algo más sustancial a su discurso.

—Creo que deberíamos cambiar de táctica. Sería arriesgado que Émile regresara solo a Luxor. Allí le conocen, los vendedores han estado con él..., podría ser muy peligroso. Debería acompañarle alguno de nosotros; alguien que llevara el peso de la investigación.

—¿A quién propones? —preguntó Maspero, que empezaba a comprender por dónde iba su ayudante.

—Charles sería la persona ideal —dijo De Rochemonteix mirando al abogado americano.

Wilbour dio un respingo en el sillón al escuchar su nombre.

—¿Yo? —espetó señalándose con incredulidad.

—No hay otro Charles en este despacho, querido amigo —respondió el encargado en funciones del museo con una sonrisa maliciosa—. Prosigue Maxence, te lo ruego.

De Rochemonteix se acercó al americano y poniéndole la mano en el hombro, dijo:

—Charles tiene experiencia en la política y en las relaciones sociales. No le costará introducirse en la alta sociedad de la ciudad con la ayuda que le pueda prestar Émile o nosotros desde aquí.

—A mí me parece más acertado que arriesgarnos a cometer un error introduciéndonos en la red de ladrones —insistió Ahmed Kamal—. En definitiva, somos, como mucho, compradores de antigüedades para nuestros museos, no traficantes de tesoros.

—Exacto, sólo nos mezclamos con la gente fina que vende las piezas, no con quien las roba.

Las palabras de De Rochemonteix provocaron la risa de todos.

—Cuando Mariam, la dependienta del anticuario, vino a avisarme sobre los peligros de aquel encuentro, era sincera —sentenció Brugsch—. Creo que sabía lo que había ocurrido en la tienda poco antes con aquel vendedor y los dos egipcios que lo empujaban de malas maneras. No sería de extrañar que el vendedor libanés desconfiara de quién soy...

El alemán no quiso entrar en detalles. No contó el encuentro posterior en el jardín del hotel, cuando ella le reveló que sospechaba, al igual que Wardi, que no era un comerciante convencional.

—Ésa podría ser la razón por la que Wardi te propuso encontrarte directamente con los egipcios en la Montaña Tebana —señaló Maspero intentando cerrar con cierta lógica aquel caótico puzle de intuiciones.

—Eso de alguna forma también me da miedo —señaló Ahmed Kamal—. Significa claramente que saben quién eres o al menos lo sospechan. Razón de más para apartarte y que prosiga otra persona.

Brugsch estaba conforme con aquella propuesta. Su seguridad estaba por encima de todo, y sabía que en los días que estuviera allí apenas podría salir del hotel, pero no quería quedarse fuera. Echaba de menos a la joven copta.

—Charles encajará perfectamente en el ambiente más refinado de la ciudad —prosiguió el marqués al tiempo que Wilbour agradecía con un gesto las amables palabras de su colega—. Dentro de unas semanas se celebrará una fiesta en la casa del vicecónsul Mustafa Aga Ayat, junto al templo de Luxor. Se trata de una fantasía, una suerte de fiesta oriental con baile, alcohol y, sobre todo, muchos rostros conocidos de la política y la administración. He recibido una invitación para asistir, pero creo que la voy a rechazar. En mi lugar podría ir Charles. No tendrá que hacer nada que no haya hecho ya; en la política y en las relaciones sociales siempre se ha movido como pez en el agua.

—Mi querido amigo, hace mucho tiempo que dejé la política —replicó Wilbour haciéndose de rogar.

—Es cierto, pero algunas cosas nunca se olvidan —prosiguió el marqués—. Mustafa Aga Ayat es una de las personas más conocidas de la ciudad y al mismo tiempo una de las más poderosas. Es vicecónsul de varios países y en más de una ocasión se ha visto salpicado por escándalos relacionados con el tráfico de

antigüedades. No me extrañaría que supiera algo de esta historia. Le conozco desde hace años, cuando estuve trabajando como secretario para Mariette. Hemos coincidido en Luxor en otras fiestas.

—¿Cuándo es esa fiesta? —preguntó Maspero con preocupación en el rostro.

—Si no recuerdo mal —respondió el marqués mirando al techo de forma distraída—, creo que es la tercera semana del mes de enero.

—Eso puede ser demasiado tarde —replicó Maspero—, falta casi un mes.

—Es conveniente dejar pasar un poco de tiempo —intervino Ahmed Kamal—. Son apenas unas semanas. Eso servirá para aligerar el ambiente en Luxor y que crean que no se les persigue.

—Estoy de acuerdo —dijo Wilbour—. Además, por medio están las Navidades y Año Nuevo...

El grupo de egiptólogos permaneció callado durante unos instantes. Las fechas que se avecinaban no permitían otra solución. Fue Ahmed Kamal quien rompió el silencio.

—Mucha gente está comprando piezas. Por lo que sabemos, hay una oferta muy grande, están saliendo antigüedades de ese lugar desconocido a una velocidad endiablada. Y, como siempre, el pueblo es quien se lleva la peor parte...

—¿Qué quieres decir con eso, Ahmed? —preguntó Maspero, confundido.

—Es muy posible que esta trama en concreto esté arrastrando más muertes de las que creemos. La prensa publica la de este vendedor porque su relación con las antigüedades es obvia.

—Es cierto, pero en ningún momento se dice en la noticia que su muerte se deba a oscuros asuntos relacionados con el tráfico ilegal de objetos antiguos —señaló De Rochemonteix—. Lo presentan como un asesinato cometido por unos ladrones que entraron en la tienda, nada más.

—Así es —añadió Wilbour—. De esta forma su muerte se introduce en el negro saco de las incertidumbres del Alto Egipto y pasa completamente desapercibida.

—Hace unos días apareció un muchacho muerto junto a un arroyo —prosiguió el egipcio en tono quedo—. Era un chiquillo que había perdido a sus padres. Nadie lo echó de menos hasta que apareció su cadáver. En las aldeas de la zona corrió el rumor de que había sufrido un accidente. Otros decían que otro muchacho acabó con él en una pelea o incluso que se había quitado la vida... Pero seguramente esas teorías no sean más que un bulo, uno más al que los egipcios estamos tan acostumbrados. Todo el mundo habla sin tener pruebas de nada y crea una historia que se va transmitiendo de boca en boca cada vez más distorsionada.

—Pero ¿qué tiene que ver ese muchacho con lo que estamos hablando? —Wilbour parecía perplejo—. No son buenos tiempos para Egipto. Muertes como ésa tienen lugar en innumerables zonas del país. Desde que gobierna la familia de

Mohamed Ali, la vida humana se ha convertido en una cosa que no tiene valor alguno.

—Tienes razón, Charles —continuó el egipcio—. Pero en mi opinión hay algo que no encaja en la muerte de ese muchacho. Me enteré de esta historia tomando un té con unos amigos que acababan de llegar de Luxor. Me dijeron que aquel muchacho no tenía enemigos y que desde que había perdido a sus padres sobrevivía haciendo recados entre las tiendas del bazar. Pero no de cualquier tienda, sino de los anticuarios.

—¿Crees que ese pobre desgraciado llegó a saber algo que le pudo costar la vida? —preguntó Maspero, que empezaba a valorar la reflexión de Ahmed.

—Es posible. No voy a negar que la muerte se ha convertido en algo cotidiano en Egipto en los últimos años, pero que muera en esas circunstancias un chiquillo que se dedicaba a llevar y traer recados por encargo de los anticuarios me parece algo muy sospechoso.

—Lo que sí es cierto es que la población de Luxor desconoce completamente el problema del tráfico de antigüedades —señaló Émile Brugsch—. Sabe que se trapichea con esto o con lo otro, pero no hay conciencia de que ha aparecido algo importante y que se está mercadeando con ello. No saben lo que es el reinado de Pinedjem, ni qué era un sumo sacerdote de Amón, ni si un papiro pertenece a tal o cuál reina. Para ellos son meros objetos de transacción económica.

—Quizá por eso nadie ha relacionado la muerte del anticuario y la del muchacho con el tráfico de antigüedades y se decantan por teorías un tanto peregrinas —consideró Wilbour.

Los cinco egiptólogos mantuvieron durante unos segundos un silencio revelador. Sabían que lo que estaban haciendo era peligroso, pero quizá no habían sido realmente conscientes de ello hasta ese momento. Tal vez la muerte del chiquillo no tuviera nada que ver con su problema, pero era una posibilidad que debían tener presente.

—Lo mejor que podemos hacer es seguir el consejo de Ahmed —dijo Maspero retomando la conversación—. Debemos tener mucho cuidado. Al mismo tiempo, creo que la idea de Maxence es acertada. Charles, ahora serás tú quien lleve el peso de la operación en Luxor. Por supuesto, participarás en la fantasía que se va a celebrar en la casa del vicedónsul; será la mejor manera de conocer a gente importante. Tú tienes cualidades para eso y seguro que lo haces bien. Émile irá a Luxor contigo y te servirá de apoyo.

—Hablaré con mi secretario para que gestione tu asistencia a la fiesta en mi nombre —dijo De Rochemonteix al tiempo que tomaba nota sobre un papel con un lapicero que había cogido de la mesa de Maspero.

—Creo que en Luxor deberías desempeñar un papel similar al mío —apuntó

Brugsch—. Hazte pasar por un hombre de posibles, interesado en las antigüedades faraónicas. No te costará mucho dar con algún vendedor, dalo por hecho.

—Émile tiene razón —apuntó Maspero—. Viajarás en las mismas condiciones y te alojarás también en el hotel Luxor. Te proporcionaremos documentación para evitar cualquier tipo de problema. Irás con un salvoconducto del gobierno firmado por el propio Tewfik Pachá que te permitirá trabajar como alto funcionario del Servicio de Antigüedades y...

—Si se me permite corregir un detalle —intervino De Rochemonteix—, creo que lo mejor sería viajar con absoluta discreción. Solicitar cualquier tipo de documentación no haría más que avisar a las autoridades de Luxor de que nos traemos algo entre manos.

—Maxence está en lo cierto —señaló Ahmed Kamal—. Yo no me arriesgaría a comunicar oficialmente nada; de lo contrario, en pocas horas las autoridades de Luxor sabrían cuáles son nuestras intenciones. Con más razón si asiste a una fiesta del vicecónsul. Si los peces gordos de esta trama están en la administración, a sabiendas de que en otras ocasiones se ha solicitado a la policía información sobre la aparición de las piezas que aquí nos reúnen, estarían alerta. No debemos proporcionarles ninguna pista. Mejor que vaya como un turista cualquiera. Es más arriesgado en un sentido pero más seguro en el otro. Lo que hablamos aquí no debe salir de este despacho.

—Nos estamos adentrando en un terreno cada vez más peligroso —las palabras de Maspero iban acompañadas de una preocupación evidente—. Hemos de ser cautos en nuestra investigación. Somos egiptólogos. Somos científicos. No tenemos nada que ver con el mundo de los detectives, la policía y, mucho menos, el crimen. Cualquier movimiento en falso, un comentario desafortunado y...

El encargado en funciones no terminó la frase para no mencionar la palabra que nadie quería escuchar.

—Esta gente no se anda con medias tintas —señaló el egipcio, que conocía muy bien a sus compatriotas.

—En realidad no sabemos si esas muertes están relacionadas con el tráfico de antigüedades que perseguimos.

Las palabras de Wilbour intentaron quitar hierro al asunto y animar a sus compañeros.

—Seremos extremadamente prudentes —prosiguió el abogado americano mientras su compañero alemán asentía—. Tomaremos las medidas de seguridad necesarias. Siempre llevo mi arma, nunca me separo de ella en los viajes.

Se hizo un silencio cargado de tensión. La mención de un arma de fuego demostraba la peligrosidad de aquel asunto.

Gaston Maspero se quitó las gafas y guardó los papeles con anotaciones en una

carpeta; abrió un cajón de su mesa y la depositó junto con otros archivadores.

Su atención volvió a centrarse en los papiros y en la extraordinaria caja de *ushebtis*.

—Perfecto... Sí, creo que tenéis razón —admitió—. En pocas semanas sabremos quién es el nuevo director del Servicio de Antigüedades. Hasta entonces tenemos que ser cautos. Las funciones que recaen sobre mí no me permiten actuar como me gustaría, pero tened por seguro que si soy elegido por el gobierno como sustituto de Mariette llegaremos hasta el fondo de la cuestión y resolveremos el problema de forma expeditiva.

—En el Servicio de Antigüedades nadie duda de que tú serás el próximo director, Gaston —aclaró Brugsch—. Podemos actuar con total libertad en ese sentido. La gente del gobierno, por suerte, no está interesada en la cultura. Sólo dirán algo si hay un trasfondo político. Mientras tanto, creo que debemos actuar como nos lo indique el sentido común.

—No hay que confiarse —dijo el director en funciones—. Podrían elegir a otra persona.

—¿A quién? —preguntó De Rochemonteix—. Eres el más idóneo. Por primera vez, egipcios, franceses e ingleses estamos de acuerdo en que tú seas el nuevo director. Al menos coincidimos en algo en las cosas que se refieren a este país.

—También los alemanes y los americanos —añadió Wilbour señalando a su colega Brugsch y sumándose a la unanimidad.

—Gracias por vuestra confianza, amigos —dijo Maspero con humildad—. En cualquier caso, no debemos correr riesgos innecesarios. En unos días he de ir a París, pero regresaré lo antes posible. Para entonces espero que hayamos cerrado el círculo con una nueva vuelta de tuerca. Una más antes de estrangular a nuestro enemigo...

*Lunes, 17 de enero de 1881*

*Luxor*

Antoun Wardi observaba con sorpresa la nueva mercancía que le había traído Ahmed Abderrassul. Una momia descansaba sobre la larga mesa que cubría gran parte de la trastienda. Apenas conservaba las vendas que la habían cubierto durante miles de años. Su estado de conservación era óptimo, pero a todas luces era evidente que había sido saqueada. No contaba con ninguna joya, ni amuletos, ni escarabajo del corazón, ni nada de valor. Era solamente un cuerpo de hombre secado con los métodos sagrados utilizados por los antiguos sacerdotes. La piel era oscura, casi negra, producto del exceso de afeites empleados durante el proceso de conservación en los talleres reales. Un rostro escuálido describía una suerte de mueca. La boca entreabierta mostraba una lengua que se retorció como una serpiente. Tenía los ojos cerrados. La piel acartonada de los párpados dejaba ver las cuencas vacías a través de una fina línea. La cabeza, rasurada, estaba echada ligeramente hacia atrás, como si antaño hubiera reposado sobre una superficie que había desaparecido con el tiempo. Tenía los brazos doblados sobre el pecho, el derecho sobre el izquierdo, como era costumbre en las momias de los reyes; la postura con la que los faraones se identificaban con Osiris en su viaje al Más Allá. Las manos estaban cerradas como si hubieran asido algún tipo de cetro. Los dedos eran delgados y largos. Todavía conservaba las uñas en manos y pies.

El conjunto ofrecía un aspecto grotesco y terrorífico. Ni Ahmed ni Antoun sabían que aquel cuerpo perteneció en su momento a un rey. Para ellos no era más que una momia en buen estado de conservación procedente de un lugar de la necrópolis donde había hombres y mujeres ricos que, como aquel rey, habían sido enterrados con joyas y toda clase de tesoros.

El olor que despedía el cuerpo era intenso y muy desagradable. «Un rey nunca podría oler así, como si fuera un pordiosero», había pensado Ahmed cuando se acercó por primera vez a una momia en la tumba de la montaña. Las resinas, que antaño emanaban exóticas fragancias, se habían descompuesto y expedían una fetidez hedionda que llenaba toda la habitación. Era el mismo olor putrefacto que el de los *afrit*, verdadero terror de los habitantes de las aldeas cercanas a las tumbas. Pero ese mundo no tenía secretos para Ahmed. Acostumbrado a negociar con la muerte y el crimen, esos temores no eran más que supercherías, moneda de cambio de un juego en el que él no participaba. Aun así, antes de cubrir el cuerpo con una sábana, lanzó una suerte de salmo que, según decían los más ancianos de Gurna, evitaba los efectos

nocivos de la maldición. Prefería ser cauto. Al fin y al cabo aquello no dejaba de ser un muerto.

—Mustafa Aga Ayat me ha pedido que deje esta momia aquí, en depósito. Mañana por la mañana vendrá un estadounidense adinerado a por ella. Se trata de un hombre que está pasando la fiesta cristiana de la Navidad junto a su esposa en Luxor; nada fuera de lo común.

—¿Ya no usáis los correos convencionales para traer la mercancía? —preguntó con retintín el anticuario—. ¿O acaso ya no quedan chiquillos de fiar en los alrededores del templo de Luxor?

—Una momia es algo muy valioso y voluminoso como para delegar el envío en otra persona. Cargada en mi carro con otras frutas, nadie sospecha nada. Así es más seguro.

Al tiempo que decía esto, Ahmed observaba con recelo el exterior de la tienda a través de la cortina que unía las dos partes del negocio.

—¿Cómo sabré quién es la persona que viene a recoger el pedido? —dijo Antoun Wardi mientras entreabría una ventana de la trastienda para hacer correr el aire putrefacto que llenaba el ambiente—. Todos los días entran decenas de turistas por la mañana. Vienen emocionados de sus visitas al lado oeste, con ganas de comprar cualquier cosa que les recuerde sus vivencias. Es un asunto muy delicado y no querría cometer ningún error.

—No te preocupes —le tranquilizó el egipcio—. Sabrás perfectamente quién es. Te indicará que viene a recoger un encargo del vicecónsul y te entregará un dinero.

El sonido de la puerta de la tienda al abrirse les obligó a guardar silencio por precaución. El libanés indicó por señas al egipcio que no abriera la boca. Miró la momia —estaba completamente cubierta— y dio un par de pasos hacia la cortina que separaba el almacén del mostrador.

—¡Mariam! ¿Eres tú? —preguntó.

—Sí, señor Wardi.

El anticuario torció el gesto, volvió a hacer una seña a Ahmed para que aguardara y salió a la tienda. Era imprescindible que nadie entrara allí, ni un cliente ni tampoco la joven.

—Mariam, vete al mercado y pregunta si ya tienen preparadas las cajas que encargué ayer por la mañana —ordenó—. Y cierra la puerta al salir. ¡Ahora!

—Sí..., señor Wardi —respondió la joven.

Sabía que aquello no era más que una excusa para mantenerla lejos de sus tejemanejes, pero obedeció: tomó las llaves de la tienda, salió y cerró la puerta.

Al cabo de unos segundos Wardi regresó junto a la momia.

—No me gusta tener este tipo de cosas aquí —dijo sacando del bolsillo un pañuelo para secarse el sudor frío que había brotado en su frente debido a los nervios



de la situación—. Todo puede comenzar a complicarse y ser cada vez más peligroso.

—¿Qué te preocupa, Antoun? —le reprochó el ladrón de tumbas fingiendo que no entendía su recelo—. Es un buen negocio. Tú sólo serás un intermediario... No, ni siquiera eso. Serás el depositario de la mercancía. El comprador, cuando venga, te dará cuarenta libras, ésa es tu comisión. Tú únicamente tendrás que entregarle esta caja. Ni mostrar nada ni abrir la boca por nada. Dinero fácil, ¿no crees?

—No lo niego —respondió Wardi llevándose el pañuelo al rostro para evitar el desagradable olor de la momia—. Cada vez vienen más personas a pedirme antigüedades. Y eso me agrada. Pero no son momias.

—Entonces, supongo que estarás satisfecho con la bonanza del negocio...

—Por supuesto que sí —afirmó Wardi con seguridad.

—Además, ahora tú eres el único que da salida a estas mercancías tan apreciadas. Todos lamentamos el terrible asesinato de tu compañero Samir en su tienda... Las cosas están mal en Luxor, la delincuencia ha ascendido a un ritmo vertiginoso en los últimos años...

La voz de Ahmed Abderrassul rezumaba cinismo.

—Ese estúpido se buscó los problemas él solo —replicó con desprecio el comerciante—. De nada le sirvieron sus amenazas de avisar a las autoridades si no recibía una comisión mayor en el negocio. Valiente ingenuo. Se creía que el tráfico de antigüedades sólo es cosa de dos: ladrón y vendedor.

—No me gusta que emplees esa palabra tan... brusca, querido Antoun. No somos ladrones, recuerda que la montaña nos pertenece.

—Será de vuestra propiedad y todo lo que quieras, pero sois simples ladrones. No sois nada sin el resto de los miembros de la cadena. Ambas partes somos los engranajes de un complicado juego que no controlamos. Tú el primero de ellos, yo el último. Tú robas y yo vendo. Y en medio hay otras personas. Tú conoces a unas y yo a otras. De alguna forma, todos somos dueños de los tesoros de la montaña, no sólo vosotros.

Ahmed Abderrassul reconoció la certeza de las palabras de su colaborador.

—Los negocios son así...

—En efecto, son así. Pero en ocasiones resulta cansino, cuando no molesto, ser siempre el que da la cara.

—Tú tienes los clientes y yo proporciono el material.

—Eso es evidente, Ahmed. Pero no sé si a los eslabones intermedios les gustaría saber que estás vendiendo las piezas a los clientes de forma directa.

Antoun Wardi sacó a relucir el encuentro que mantuvo con el extranjero alemán, Émile Brugsch, la noche que visitó la Montaña Tebana siguiendo la invitación del propio anticuario.

—Tú fuiste quien indicó a aquel *efendi* que se encontrara con nosotros en el

embarcadero. Podrías haber gestionado tú mismo la compra y haberte llevado una suculenta comisión.

—Podría haberlo hecho, pero decidí no hacerlo por dos razones.

—¿Cuáles? Tu comisión ha sido siempre generosa.

—Eso es cierto, no lo voy a negar. Pero hay un par de asuntos que me preocupan. En primer lugar, el negocio empieza a desbordarme. Me sobrepasa. No se trata de vender *ushebtis* que hasta los guardas de las tumbas entregan a los turistas; los hay a cientos en la otra orilla. Estamos hablando de papiros e incluso de momias. Eso es mucho dinero.

—¿Adónde quieres llegar, Antoun? Ese argumento no tiene ningún sentido. Si no deseas ser el último eslabón, otros anticuarios en la ciudad estarán encantados de dar salida a las piezas. Dinos si ésa es la razón y elegiremos a otro vendedor.

Había otros argumentos de peso que desde hacía días golpeaban con fuerza en el interior de la cabeza del libanés y eran motivo de grandes preocupaciones.

Wardi echó a andar por la estrecha trastienda de su negocio. Parecía haberse olvidado del pestilente olor que flotaba en el aire. Observó los objetos que había en las estanterías. Entre burdas reproducciones que no valían ni una piastra en el mercado, había verdaderas joyas del arte faraónico, tesoros que pronto engrosarían las vitrinas de algún famoso museo europeo o americano.

—Quizá al vicedónsul no le agrada saber que estás vendiendo las piezas por tu cuenta.

—No tiene por qué saberlo. Tú y yo somos los únicos imprescindibles en esta cadena. Mustafa Aga Ayat es completamente prescindible —argumentó Ahmed con firmeza—. No sigas por ahí, Antoun.

—Somos demasiadas personas las que estamos al corriente de esta historia, y eso es peligroso.

—Todos los contactos intermedios ignoran el motivo de mis idas y venidas a tu tienda. Es más, yo soy el único que conoce la ubicación exacta de los tesoros.

Repetir los argumentos que había esgrimido Mustafa Aga Ayat en su casa pocos días antes no le sirvió a Ahmed para disipar las preocupaciones de Wardi.

—Te he dicho que hay un par de asuntos que me preocupan. El primero ya lo he expuesto: es comerciar con piezas de tanto valor. El segundo... —Wardi se interrumpió; no le resultaba fácil decir aquello.

—¿De qué se trata?

—La razón por la que mandé a aquel *efendi* directamente a compraros a la otra orilla del río es que... no me fío de él.

—¿Cómo dices? —El egipcio parecía alterado.

—Algo en él me dio mala espina. Llevo muchos años trabajando en este negocio y sé cuándo un comprador miente.

—¿Me estás diciendo que mandaste al desierto, a nuestra casa, a un *efendi* del que tenías serias dudas?

—En efecto. Supongo que vosotros os disteis cuenta, ¿no? —añadió Wardi contraatacando los reproches del saqueador.

—Nadie me ha comentado nada extraño. Compró un par de papiros y una caja de *ushebtis*.

—¿Puso pegas en el precio?

—Las normales; regateó con firmeza.

—Pero ¿qué género le mostrasteis?

—La caja y los papiros, nada más.

—Y lo compró todo. Apuesto a que dijo que estaba comenzando a hacer una colección en su país y que deseaba adquirir piezas importantes.

—A ti esa mañana te había comprado un papiro, ¿no es así?

—En efecto..., pero enseguida me di cuenta de que era un *efendi*... extraño. Conoce perfectamente las artes de la venta en Egipto. Regateaba con comodidad y sabía cuál era el momento de sacar el dinero para cerrar el trato a su favor. Me dijo que se dedicaba al comercio de caña de azúcar y algodón, pero había algo en él que levantó mis sospechas.

—¡No seas ridículo, Antoun! —saltó Ahmed—. Son muchos los *efendis* que vienen a Egipto a comprar antigüedades. Puedes verlos en las calles, en los templos, en las tumbas... En Inglaterra, Francia y Estados Unidos están abriendo museos por docenas. Es nuestra oportunidad, ¿no lo entiendes? No sabemos cuándo acabará esto; tenemos que aprovechar que están aquí ahora para venderles *antikas* y enriquecernos con ellas.

Antoun Wardi escuchó con calma el airoso discurso con el que Ahmed pretendía convencerlo de su error. Caminó con frialdad hasta una estantería y tomó al azar un *ushebti* de fayenza. Era de color azul brillante; uno de los últimos ejemplares que el propio Ahmed le había hecho llegar por medio de un intermediario. Lo acercó a la luz de la ventana y lo observó con detenimiento.

—Tú y yo podemos afirmar que este *ushebti* es auténtico, que procede de una tumba real de la otra orilla.

—Esa pieza es auténtica, yo mismo la cogí —dijo Ahmed señalándose con el dedo—. Allí las hay a cientos.

—En efecto. Tú y yo sabemos que es auténtica, pero no sabemos nada más.

—No te sigo.

—Ese *efendi* que por la mañana vino a mi tienda y por la noche os visitó en la Montaña Tebana sabía leer la escritura de los faraones, reconocía desde el otro lado de la tienda si un *ushebti* era auténtico o falso, conocía los precios del mercado y, lo más sospechoso de todo, no dudó un instante en poner sobre la mesa el dinero

requerido con tal de llevarse la pieza de mayor calidad. Tal vez sea de verdad un coleccionista deseoso de tener un pequeño museo particular en su casa de Alemania, pero desde luego conocía perfectamente lo que compraba.

—¿Dices que sabía leer la escritura de los faraones? —preguntó Ahmed, descolocado.

—Sí, sabía los nombres de los dueños de las piezas. Y eso no es todo. Casualmente, entre todo el material que saqué las dos veces que me visitó, sólo se llevó lo que me habías traído tú. Dejó de lado los *ushebtis* que otros vecinos tuyos me proporcionan. Los objetos de otras tumbas de la Montaña Tebana no le interesan, ni siquiera si son de faraones del Valle de los Reyes.

Ahmed Abderrassul permaneció en silencio durante unos segundos. Sólo en ese instante comenzó a creer que la situación podría ser preocupante.

—¿Y quién puede ser ese hombre? —preguntó, extrañado.

—Cualquiera lo sabe. El Servicio de Antigüedades está lleno de *efendis*. Casi todos son franceses y alemanes. Será como buscar una aguja en un pajar.

—Nos desharemos de él cuando vuelva.

—No seas ingenuo, Ahmed, ese pájaro no regresará. Estoy seguro.

—Quizá no sea más que un comerciante, tal como dijo...

—Créeme, Ahmed, ese *efendi* estaba muy versado en la cultura de los faraones. Conocía su escritura y distinguía perfectamente unas piezas de otras. ¡Él mismo señaló las más importantes cuando poco antes me había dicho que era un absoluto lego en la materia!

Antoun Wardi se acercó a la momia y destapó el rostro del cadáver con cierto temor.

—¿Qué crees que pasaría si en la aduana parasen al americano que ha de venir a por la momia mañana? —preguntó.

Ahmed no respondió.

—El primer nombre que aparecería en el informe sería el mío —dijo el anticuario—. En realidad, estoy convencido de que ya me siguen. ¡Debo ser prudente!

—Eso ha sucedido en más de una ocasión y Mustafa siempre ha intercedido a tu favor —replicó Ahmed intentando quitar hierro al asunto.

—Es cierto —reconoció Wardi—, pero antes nunca había sentido que alguien estaba detrás de nosotros. ¿Actuaría el vicedónsul de la misma forma si la causa del problema fuera una momia? En El Cairo las cosas han cambiado desde que los *efendis* han creado el Servicio de Antigüedades y el Museo de Bulaq.

Ignorante de lo que sucedía en su país más allá de los límites de Luxor, Ahmed escuchaba esos nombres como si le hablaran en otro idioma.

—Las inspecciones son más numerosas y los controles más exhaustivos —continuó el anticuario—. Pretenden abrir pequeños museos locales en todas las

ciudades importantes de Egipto, desde el Delta hasta Aswan. Todo dirigido por Gaston Maspero, viva imagen de su antecesor, Mariette, fallecido hace apenas unas semanas.

—Habrá que estar alerta —dijo por fin Ahmed.

—¿Alerta? Más que eso, amigo. Yo soy el que tiene que estar alerta y, desde luego, no prestarme a transacciones tan peligrosas como ésta, capaces de echar a perder años de trabajo. Estamos jugando con fuego.

Durante unos segundos, los dos hombres reflexionaron sobre el nuevo escenario que se abría ante ellos.

—Lo único que podemos hacer es actuar con cautela —señaló Ahmed con resignación—. Extremar las precauciones, medir nuestros comentarios fuera del entorno del comercio, y cribar en extremo los contactos a los que proporcionamos las piezas.

—El problema, Ahmed, no son las *antikas*. A ojos vista todo el mundo roba y vende. El problema está en las que proporcionas tú. Dime, ¿qué has descubierto? ¿Una tumba llena de maldiciones?

Antoun Wardi no esperaba respuesta, era una pregunta retórica. Se retiró a un extremo de la trastienda y empezó a ordenar papeles. Los dos hombres permanecieron en silencio hasta que Ahmed retomó la conversación.

—¿Estás seguro de que ese hombre trabaja para los *efendis*?

Wardi dejó los papeles a un lado y miró al egipcio.

—Ahmed, llevo más de veinte años trabajando en este negocio. Jamás me había encontrado con una persona que leyera la escritura de los faraones y dijera al mismo tiempo que era un ignorante en la materia que buscaba consejo para crear su propia colección. Esas personas no existen. Los que actúan así son del equipo de los *efendis* de El Cairo. Allí, en el museo, pueden adquirir de forma legal, sin necesidad de buscarse problemas, todas las *antikas* que quieran. Si ese alemán estaba en mi tienda es porque buscaba las piezas que tú y solamente tú me traes.

—Le tenderemos una trampa y acabaremos con él como hemos hecho con Samir Farag.

—Ese hombre tiene lo que quiere, no creo que vuelva a aparecer por aquí en mucho tiempo.

—¿Cómo se llamaba?

—La tarjeta que me entregó está bajo el cristal del mostrador; ahí figura como Kurt Marek.

—Lo buscaremos en El Cairo hasta dar con él.

—No pierdas el tiempo, seguro que se trata de un nombre falso. No encontrarás a nadie que se llame así. Si fuera de verdad comerciante, aunque además trabaje, colabore o sólo conozca a las personas del Servicio de Antigüedades, muy

probablemente ya estará fuera del circuito. No se expondrá a correr riesgos innecesarios.

—Si no es así y es lo bastante estúpido como para seguir jugando con fuego, es posible que acuda a la fiesta que Mustafa Aga Ayat dará en su casa el próximo viernes, una fantasía a las que es tan aficionado. Comida, música, baile y, sobre todo, gente importante con dinero.

—Imagino que querrá que yo asista —señaló Wardi con cierta resignación.

—Así es. No vendría mal que te dejaras caer por allí. Además de disfrutar de algo negado al resto de los habitantes de Luxor, sobre todo a los que viven en la otra orilla, si resulta que en la fiesta coincides con ese tipo, sólo tendrás que señalárnoslo y nosotros haremos el resto.

—No creo que esté. Ese pájaro ya ha echado a volar.

—Habrá comerciantes. Si realmente lo es, además de trabajar para el Servicio de Antigüedades, no sería extraño que apareciera.

—Olvídalo. —Wardi negó con la cabeza—. Ese Kurt Marek o como demonios se llame no volverá. Pondrán a otro en su lugar.

—Si es así, ese otro estará en la fiesta. Seguro. Mustafa Aga Ayat es el hombre más popular de Luxor. Si no estás en su círculo no eres nadie.

Wardi pensó en las palabras del egipcio.

—Es posible que tengas razón —dijo el libanés frotándose la barbilla con la mano—. Tendré que estar atento..., habrá decenas de invitados. Luxor es una ciudad pequeña pero últimamente vienen muchos extranjeros a comerciar con las plantaciones que hay aquí. No será sencillo dar con él.

—A muchos ya los conoces —añadió Ahmed intentando animar a Wardi para arrastrarlo a su nuevo proyecto—. Sólo deberás fijarte en los nuevos, y el vicedónsul te los presentará, no lo dudes. En cualquier caso, ir a la fiesta puede sernos muy beneficioso. Abrirá nuevas puertas al negocio. Acudirá gente importante y con dinero.

—Los políticos y los amigos del vicedónsul no son muy dados a las antigüedades.

—Es cierto, pero están invitados varios diplomáticos y viajeros de otros países. Gente destacada que está de paso por Egipto y a los que se les ha hecho llegar el llamamiento a través de sus respectivas embajadas.

Wardi continuó acariciándose la barbilla con la punta de los dedos en silencio.

—Irás, ¿no es así? —preguntó Ahmed.

—Creo que no tengo elección —respondió el anticuario.

—Hazlo. Pierde cuidado con el problema de la momia. Mustafa Aga Ayat me garantizó que esta entrega es algo completamente extraordinario.

—Espero que así sea —dijo Wardi con cara de desaprobación—. No entiendo que te juegues la vida yendo de aquí para allá, donde esté tu maldita tumba, con una

momia. Eso es muy peligroso. Te arriesgas a que te detenga la policía, y aunque te dejaran en libertad gracias a la intervención de las autoridades, el daño ya estaría hecho. Pero además te podría ver cualquier vecino. Me consta que entre los habitantes de Gurna abunda una cualidad poco recomendada: la envidia. Creo que sobra cualquier tipo de explicación al respecto, tú sabes mejor que nadie cómo os las gastáis tus vecinos y tú cuando hay de por medio unas pocas monedas. Imagínate si se trata de una fortuna como ésta.

—El vicecónsul me explicó que esto era algo excepcional a lo que no se podía negar. Un compromiso con un contacto diplomático —mintió Ahmed para apaciguar al anticuario—. Me prometió que después todo seguiría como hasta hoy: papiros y *ushebtis*. Nada problemático.

—Me gustaría que así fuera —afirmó el anticuario en tono apesadumbrado—. Pero algo me dice que los eslabones de la cadena cada vez son más gruesos. La ambición por conseguir dinero de una manera sencilla y rápida los está haciendo engordar a pasos agigantados. Cuando no haya una sola argolla a la que poder agarrarse sólidamente, todo saldrá a la luz y ya no habrá vuelta atrás.

—¿No crees en la palabra del vicecónsul?

—¿Acaso confías tú en ella? Recuerda que él no tiene nada que perder en todo esto. Hace unos minutos me decías que este negocio no es más que dinero fácil para mí. Puede entenderse así. Tengo una tienda, una cartera de clientes y una fama irreprochable que me precede. Todo eso lo he construido yo con el paso del tiempo y con las horas que he pasado detrás de un mostrador ojeando y perfilando las cualidades de los clientes. Sin embargo, Mustafa Aga Ayat no es más que un intermediario. Un simple distribuidor al que no le pasaría absolutamente nada debido a su condición diplomática.

—Hasta ahora ha hecho todo lo posible por respaldar a sus contactos —señaló Ahmed defendiendo a su mentor.

—Ah, desde luego que sí. ¡Ya me quedo más tranquilo! —exclamó Antoun Wardi con sorna—. Pero ¿hasta cuándo seguirá actuando así? ¿Tú crees que de aparecer el mínimo inconveniente, cosa que no ha sucedido hasta ahora, actuará igual? Discúlpame, Ahmed, pero no lo creo. Él tiene suficiente con pensar en sí mismo.

Ahmed Abderrassul guardó silencio, pensativo.

—Si así fuera, deberíamos actuar por nuestra cuenta. No queda otra opción. —Las palabras del egipcio sonaron con firmeza—. Pero todavía no ha llegado el momento. Disfrutemos del presente, amigo mío.

**Año 969 antes de nuestra era**  
**Templo de Amón, Tebas**

**A**l contrario de lo que cualquiera habría creído en relación con el calabozo del gran templo de Ipet-isut, la celda en la que se encontraba el orfebre Beki era soleada y el aire corría a su antojo por las dos estrechas ventanas que cruzaban de lado a lado la habitación. No era muy grande, lo justo para acoger a dos personas.

Sin embargo, esas supuestas comodidades no habían conseguido calmar los nervios del artesano. Con los primeros rayos de la mañana, Beki descubrió que su compañero de celda estaba casi muerto. Apenas respiraba después de los golpes que los guardas le habían propinado. Se trataba de un pordiosero que había tenido la mala suerte de robar en el puesto del mercado donde compraba siempre uno de los intendentes de la ciudad. El vendedor, vengativo, se sabía superior por los contactos que tenía y no dudó un instante en denunciar al pobre diablo que ahora yacía, moribundo, en una de las esquinas de la celda. Si un hombre recibía semejante castigo por un simple robo de alimentos en tiempos de hambruna, qué no harían con un ladrón de moradas de eternidad que había osado entrar en el santuario sagrado de un antiguo rey y hacerse con un precioso collar de oro. A cada momento maldecía el instante en que descubrió la joya y se la escondió en el faldellín para no compartirla con sus compañeros. Dos *deben* de cobre era una cantidad ridícula por el esfuerzo y el riesgo que suponía adentrarse en la negrura del valle donde estaban enterrados los antiguos faraones, pero el robo de la joya era un acto gravísimo.

Ahora eso daba exactamente igual. Ya estaba hecho y no tenía solución. Debía ser rápido en buscar un desenlace a su complicada situación.

En su cabeza sólo había un problema. ¿Qué hacer? ¿Qué responder en el duro interrogatorio al que sin duda alguna iba a ser sometido? Había oído hablar de la fiereza de los soldados del templo para conseguir respuestas satisfactorias en la investigación de un caso. Al principio consideró la posibilidad de mentir. Un método sencillo de ganar tiempo antes de encontrar la manera de huir de aquel infierno. Pero era absurdo, sólo le serviría para retrasar la agonía. ¿Cuánto? ¿Hasta la tarde? ¿Hasta la noche? Al descubrir su mentira doblarían la virulencia. Además, estaba su mujer. Hacía horas que no la veía; ni siquiera sabía si seguía con vida.

Desesperado por este torbellino de pesadillas que iban acumulándose en su cabeza, se acercó a uno de los ventanales. Detrás del muro había un patio; Beki dedujo, por los charcos de sangre que había en el suelo, que allí era donde interrogaban a los reos.



El ruido de pasos sobre la gravilla de piedra y arena que había tras la otra ventana le aceleró el pulso. Aterrorizado ante la inminencia del momento, corrió hasta el segundo tragaluz. Aferrándose a la pared con la poca fuerza que aún le quedaba en los dedos, echó un vistazo al exterior. Un grupo de guardas con dos altos funcionarios se acercaban a la puerta de su celda. Ésta no tardó en abrirse. En un intento casi infantil, Beki trató de huir a la primera oportunidad que tuvo, pero el certero mazazo de uno de los guardas lo dejó casi sin sentido bajo el dintel de la puerta, a los pies de los escribas de la necrópolis.

—Ten cuidado, perro inmundo —dijo Takebot al guarda con su característica voz grave—. Antes de acabar con él debe aportarnos la información que necesitamos para resolver el caso que se nos ha asignado.

El escriba de origen libio miró a su colega Ahmose. Éste era quien iba a llevar a cabo el interrogatorio. Así lo prefería Takebot; de hacerlo él mismo, seguramente el pobre reo no duraría con vida ni unos instantes.

—Este orfebre debe de saber el nombre de la persona que proporcionó la información de la necrópolis —dijo Ahmose con un suspiro—. Espero que así sea, no quiero que los días pasen. Hemos tenido un golpe de suerte dando con este bandido, pero estoy convencido de que recibió ayuda de alguien. He estado investigando en el templo y no tiene contacto con nadie que trabaje allí, al menos que nosotros sepamos.

—Ayer descubrí el método que usaron los ladrones para entrar en el valle —añadió Takebot mirando fijamente al jefe de la guardia que los acompañaba; se apartó los rizos del rostro, característicos de su origen libio—. Nadie fue sobornado; no esta vez. Los guardas me advirtieron de un error en la ubicación del puesto de vigilancia en el extremo norte del valle. Hay una zona rocosa por la que se puede pasar sin ser visto...

—Espero que hayas solventado ese error de forma inmediata —señaló Ahmose recriminando con la mirada al soldado—. Ahora sólo queda saber quién fue el traidor que dio la información a este perro.

Takebot movió el cuerpo del orfebre de un puntapié. Todavía estaba aturdido por el golpe del guarda. Uno de los soldados le arrojó al rostro un cuenco de agua llena de inmundicias. El líquido y los rayos del sol acabaron por despertarlo.

Lo primero que vio fueron los ojos encendidos de un babuino que intentaba abalanzarse sobre él para morderlo. Un guarda con sonrisa amenazante sujetaba y al mismo tiempo azuzaba al animal para que asustara al prisionero.

—Aleja a ese mono —señaló Ahmose—. Ya tendrás tiempo para esa diversión. Ahora debe sernos de utilidad.

—Estíradlo sobre el suelo —ordenó el libio con frialdad.

Inmediatamente, dos guardas robustos asieron al orfebre por las muñecas y los tobillos y lo sujetaron contra el suelo. De pronto Beki se vio inmovilizado por

aquellos dos brutos y paralizado por el miedo que se había apoderado de él.

—¿Te llamas Beki y eres el orfebre que trabaja como aprendiz en el taller del artesano Teti?

La tranquilidad de la voz de Ahmose no consiguió relajar la tensión del reo. Cegado por los rayos de sol, sólo pudo asentir con la cabeza.

Ahmose hizo una señal a Takelot, quien debía tomar nota de cuanto se dijera en aquel interrogatorio. El libio se sentó en una cómoda silla de tijera que habían acercado poco antes dos asistentes. Con esmero y cuidado, el cálamo entintado recorrería el papiro a toda prisa, de derecha a izquierda y de arriba abajo, en sucesivas líneas, recogiendo por escrito los pasos del interrogatorio dirigido por su compañero. El registro de la investigación serviría más adelante para la resolución del caso y como prueba evidente ante el gran visir, juez supremo, de las acciones llevadas a cabo para conocer a los ladrones del cementerio real.

Ahmose comenzó a andar alrededor del prisionero. Beki intentaba seguirlo con la mirada, pero los guardas lo sujetaban con ferocidad y el amenazante babuino no le perdía de vista. A sus pies, un soldado blandía una vara flexible. El orfebre sabía para qué era usada en los interrogatorios y sólo de pensarlo se estremeció.

—Has de saber que si respondes con alguna mentira, podrás ser ejecutado. ¿Entendido?

Beki, una vez más, se limitó a asentir con la cabeza.

—Empecemos pues, no tenemos todo el día. ¿Qué hacía el collar de oro del Osiris del rey Khakheperre Setepenamun, Pinedjem, en tu casa del barrio de los artesanos?

El orfebre, cegado por la luz del sol que caía con fuerza sobre su rostro, permaneció unos instantes en silencio. No había preparado una respuesta para una pregunta tan evidente. Vaciló unos segundos. Antes de que nadie moviera un músculo esperando su respuesta, el soldado que portaba la vara le asestó un golpe con todas sus fuerzas en los tobillos.

Beki gritó como nunca creyó que podría hacerlo.

—¡No sé quién pudo dejarlo ahí! ¡Deben creerme! ¡Quizá mi esposa lo tomó de alguna de las mujeres del barrio!

Un nuevo golpe, en esta ocasión en la planta de los pies, hizo que un escalofrío le recorriera la espalda y el pelo se le erizara. Comenzó a sudar copiosamente. El intento de involucrar a su joven esposa no había resultado.

—Sabemos que ella no tiene nada que ver con tus actividades —señaló el escriba de la necrópolis—. Ha confesado que no pasaste la noche en casa pero no sabe qué hiciste. Te lo preguntó y no quisiste contestar. Respondiste con evasivas que habías estado con varios amigos.

Ahmose hizo una pausa. Era una persona inflexible, y en momentos como aquéllos su aparente ingenuidad desaparecía. Sabía qué hacer en cada instante, razón

por la cual el sumo sacerdote de Uaset confiaba ciegamente en él para este caso.

—Recuerda que cualquier mentira que digas en este interrogatorio servirá para ejecutarte —prosiguió el escriba egipcio—. No parece que hayas empezado bien... Seré más claro en mi pregunta, Beki. ¿Quiénes eran esos amigos con los que fuiste a la necrópolis?

Takelot continuaba tomando nota.

—¡Está bien! Diré la verdad. Fui a la montaña oeste, a las moradas de eternidad de los antiguos reyes de la tierra de Kemet, y entré en la morada del Osiris Ramsés Menmaatra. Cogí el collar de oro. Permitiría que mi familia viviera sobradamente durante una buena temporada.

El soldado que asía la correa del babuino la aflojó y el animal se lanzó contra una de las piernas del reo. El mordisco fue brutal. Beki, inmovilizado por los dos guardas que le agarraban de las muñecas y los tobillos, no pudo hacer nada más que gritar.

Ahmose indicó con un gesto que apartaran al animal.

—Beki, no puedo creerme que hicieras esa proeza tú solo —dijo con retintín—. ¿Cómo sabías dónde estaba esa morada y lo que había en su interior?

—Fui solo, ¡lo juro!

Un nuevo golpe en los pies hizo que su cuerpo se estremeciera como si le hubieran arrojado un caldero de agua helada. Sintió el dolor en todos los poros de su piel y a punto estuvo de perder el sentido. Entornó los ojos y giró levemente la cabeza hacia un lado.

—¿Quiénes iban contigo, Beki? —continuó Ahmose—. Puedes morir por esto, y tu esposa también. Lanzaremos tu cuerpo a los cocodrilos, serás devorado por los peces en el fondo del río, y tu memoria se perderá para siempre. Tu *ka*, tu esencia vital, vagará perdido y sin nombre en los infiernos por toda la eternidad, rodeado de sombras y de demonios que, como tú, nunca encontrarán la luz.

Beki, con la cabeza girada sobre la tierra, mordía el polvo y perdía abundante sangre por culpa de los mordiscos del babuino.

—Arrojadle agua para que vuelva en sí —dijo Takelot—. Tiene que contarnos toda la verdad. Necesitamos los nombres de las personas que colaboraron con él en el saqueo.

Ahmose se alejó unos pasos para que no le salpicara el agua.

—¿Crees que este hombre sabe más de lo que ya nos ha dicho? —susurró el libio.

—Por supuesto que sí —respondió el primer escriba—. Ha reconocido su culpabilidad enseguida.

—Ya tienes un culpable para Pinedjem. Con esto colmarás sus deseos.

—No, Takelot. Recuerda que insistió en que deberíamos llegar hasta el final. Si no lo hacemos ahora que tenemos a uno de ellos, los saqueos continuarán y no habremos solucionado el verdadero problema. Estoy convencido de que este orfebre

recibió la información de dónde estaba la morada de eternidad de un informador de Ipet-isut. Y quiero saber quién es.

El joven Takelot hizo una mueca; parecía dudar de que Beki fuera a reconocer más de lo que ya había dicho.

—Soldado, dale de beber —ordenó el escriba libio—. Así recuperará el vigor para seguir contándonos lo que sabe.

El soldado tomó un cuenco de la celda de Beki, lo sumergió en una tinaja que había en un lateral del patio y lo sacó lleno de agua. Se acercó al prisionero y, cuando el que le sujetaba las muñecas lo soltó, le puso el cuenco en los labios.

Beki tragó con ansia, como si fuera lo último que iba a hacer en esta vida. Pero antes de que apurara el agua, el guarda de la vara le atizó en el rostro con ella e hizo saltar por los aires el cuenco. El babuino, que estaba junto al prisionero, se asustó y le asestó un mordisco en el brazo. Beki cayó con todo el peso de su cuerpo sobre las piedras del patio.

—¿Quién te dio el nombre de la morada de eternidad, sabiendo que allí había joyas? —preguntó Takelot tomando parte en el interrogatorio.

Antes de que Beki abriera la boca para responder, un nuevo golpe en los pies hizo que lanzara un berrido.

—¡Éramos tres! —gritó por fin, con los ojos inyectados en sangre—. Entramos por un extremo del valle menos vigilado por los guardas. Descendimos hasta el centro y luego fuimos directamente hasta la morada del Osiris Ramsés Menmaatra. ¡Que Amón me perdone tal blasfemia!

Ahmo se miró a su colega libio, quien seguía tomando nota sobre el papiro de los datos proporcionados por el recluso. Takelot reconoció con una sonrisa que su compañero tenía razón. Con un gesto de la cabeza le invitó a que prosiguiera con el interrogatorio.

Satisfecho por los resultados, Ahmo se acercó al malherido reo para lanzarle una nueva pregunta.

—Ya sabemos que no fuiste solo a la orilla oeste. Bien. Ya sabemos, además, que robaste joyas de la tumba del Osiris Ramsés Menmaatra. Lo que quiero saber ahora, Beki, es el nombre de las dos personas que dices que te acompañaron.

Al instante, el soldado le propinó un brutal varazo en las piernas, justo en la herida producida por el mordisco del babuino. Con ello intentaba apresurar la respuesta del reo.

—Uno de mis... compañeros era... Nes... Nesu... montu —dijo Beki con apenas un hilo de voz—. Nunca... antes lo había visto... Era otro orfebre... de la casa... de Montu.

Los soldados derramaron un nuevo cántaro con agua sobre la cabeza de Beki para intentar despabilarlo.

—¿Ese Nesumontu fue quien conocía dónde estaba la morada del Osiris Ramsés Menmaatra? ¿El mismo que sabía que en su interior había joyas? —preguntó Takelot con voz firme.

Sin embargo, Beki cada vez tenía menos fuerzas. En un intento por reavivarle, el segundo escriba instó al soldado para que le propinara un nuevo varazo en los pies, pero Beki, con la mirada perdida en el cielo infinito, apenas reaccionó ante aquel terrible dolor.

El orfebre se limitó a negar con la cabeza.

—Si no fue Nesumontu, eso significa que la tercera persona era la que tenía toda la información, ¿no es así? —insistió Ahmose.

El soldado alzó la vara, decidido a asestar un nuevo golpe, cuando el primer escriba le agarró el brazo.

Beki asintió con las pocas fuerzas que le quedaban.

—¿Cuál era su nombre? Dímelo.

El rostro de Beki empezó a tener convulsiones. Su cuerpo se estremeció como si en sus entrañas una fuerza animal lo obligara a agitarse. En una de las convulsiones vomitó agua con sangre.

—¿Qué le sucede? ¡Incorporadlo! ¡Rápido! —ordenó Takelot mientras los soldados tomaban al prisionero de los brazos y lo arrastraban hasta la pared exterior de la celda para que se apoyara en ella.

De forma instintiva Ahmose fijó la mirada en el cuenco del que el orfebre había bebido poco antes. Aquella reacción al castigo corporal no era normal. Había asistido decenas de veces a interrogatorios mucho más duros que aquél y era la primera vez que un prisionero evolucionaba de aquella forma tras los varazos. Seguramente las convulsiones tenían su origen en otra causa.

De la boca de Beki seguía manando sangre.

—¿Cuál es el nombre del que conocía la información? ¿Era un sacerdote de Amón? —preguntó el escriba de la necrópolis con la premura que empuja a quien ve que el tiempo se acaba.

Beki, sacudiéndose con extraños espasmos, levantó ligeramente la cabeza, entreabrió los ojos e hizo un gesto de asentimiento.

—¿Era un sacerdote de Amón? —insistió Takelot—. ¿Y cuál era su nombre?

El orfebre entreabrió la boca, pero de ella sólo salió más sangre y agua.

—P...

—¿Pe...? —preguntó Ahmose a la desesperada—. ¿Quién dices?

Un soldado cogió el cuenco y lo llenó de agua, pero Ahmose se lo arrojó al suelo de un manotazo.

—El agua está emponzoñada; no la toques —dijo, y luego dirigiéndose a Beki añadió—: Dinos su nombre.

—P... Pa... y...

El orfebre sufrió una nueva convulsión que lo llevó a devolver el resto del agua que había bebido acompañada de una pasta sanguinolenta. Luego, el peso del cuerpo lo venció hacia un lado. Había muerto.

—¿Qué es esa agua? —preguntó el escriba libio con el rostro desencajado.

—Los encargados de mantener el patio rellenan todos los días la tinaja, señor —respondió uno de los soldados.

—Que busquen al hombre que la ha rellenado por última vez esta mañana, antes de que nosotros llegáramos —ordenó Ahmose—. Comprobad si el agua que queda en la tinaja está envenenada; dádsela a un esclavo. Está claro que alguien la ha emponzoñado.

Ahmose recordó las palabras de Rekhamun: el verdadero problema se encontraba dentro del templo. El escriba no podía creer lo que estaba pasando.

—No sé si debo tomar nota de esta conversación fuera del interrogatorio con el prisionero.

La voz de Takelot devolvió a Ahmose a la realidad administrativa de su trabajo como funcionario de la necrópolis de la orilla oeste.

—Reseña solamente lo ocurrido, no es necesario que reproduzcas la conversación. Pero que quede constancia exacta de mis sospechas de que esa agua está envenenada.

Ahmose puso los brazos en jarras y bajó la vista al suelo. Acababa de perder una oportunidad magnífica para avanzar en la investigación que le había encomendado el sumo sacerdote Pinedjem.

—Hay que averiguar quién es ese Nesumontu, orfebre del templo de Montu aquí en Ipet-isut. Llevaos el cadáver de este perro y lanzadlo al río, como se merece. No quiero que quede memoria alguna de él.

—Habrà que investigar quién ha envenenado el agua del patio —añadió Takelot.

—Cualquiera de los guardas podría haberlo hecho pensando en acabar con la vida del reo.

Los soldados arrastraron el cuerpo del orfebre hasta un extremo del patio. Uno de los soldados sujetaba con fuerza al mono, que intentaba lanzarse sobre el cuerpo inerte del prisionero. Removieron la arena y las piedras del suelo con los pies para tapar sucintamente el charco de sangre y vómito.

—Ese Nesumontu nos dará el nombre del tercer ladrón, el que parece ser el más importante del grupo —añadió Ahmose, resignado—. Hay decenas de sacerdotes cuyo nombre comienza por Pa o Pay, como creí entender.

Cuando Takelot y Ahmose se disponían a abandonar el patio escucharon cierto alboroto procedente de uno de los extremos de la salida a la avenida de esfinges del templo. Los dos escribas se miraron extrañados. El templo de Ipet-isut era un lugar

tranquilo donde nunca sucedía nada. Todos los problemas los sufría el pueblo fuera de sus muros. Dentro, el sosiego y la tranquilidad eran la norma. Sin embargo, aquella mañana algo había trastocado el natural descanso de los habitantes de esa pequeña ciudad levantada dentro de la propia Uaset.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ahmose a un sacerdote que venía del patio ajardinado donde se concentraba el revuelo.

—¿No os habéis enterado? —El sacerdote los miraba con los ojos muy abiertos—. Ha aparecido el cuerpo de un hombre asesinado en el templo de Montu.

Al escuchar el nombre de la divinidad, los dos escribas intercambiaron una mirada de alerta.

—¿Y cuál ha sido la causa? —inquirió el libio.

—Se desconoce, pero todo parece indicar que ha sido una pelea por unos metales. Junto al cadáver el asesino dejó caer algunas láminas de pequeño tamaño de oro. Debían de estar metidos en asuntos turbios.

—¿Se sabe cómo se llamaba el hombre? —demandó Ahmose queriendo confirmar sus sospechas más funestas.

—Sí, Nesumontu, orfebre del templo de Montu.

Takelot y Ahmose volvieron a cruzar una mirada de impotencia. Por segunda vez, una oscura mano se les adelantaba y anulaba sus avances en la investigación. La última posibilidad que tenían de dar con el cabecilla del grupo de ladrones acababa de esfumarse ante sus propios ojos como si se tratara del encantamiento del más poderoso de los magos del templo de Amón.

*Viernes, 21 de enero de 1881*

*Luxor*

Ahí estaba por fin. Charles Wilbour se sentía cómodo en su nuevo papel. Había llegado a Luxor en el mismo vapor que Émile Brugsch, pero ambos habían viajado en camarotes diferentes y se alojarían en establecimientos distintos, ya que Brugsch no quería regresar al hotel Luxor, donde le conocían con el nombre de Kurt Marek. Poco después del amanecer, el barco había entrado en el puerto de la ciudad. Allí les habían ido a buscar dos coches. Para no levantar ninguna sospecha, los dos arqueólogos iban por separado. Cuando se toparon en el muelle, ni siquiera cruzaron la mirada.

A Wilbour todo aquello le parecía divertido. A pesar de ser una persona muy conocida en el Servicio de Antigüedades, nadie lo identificaba con la institución. En la calle pasaba totalmente desapercibido. Aunque había estado antes en Egipto, casi se podría decir que era un rostro nuevo en el panorama social del momento. Iba a las excavaciones pero no publicaba nunca nada. Para él la egiptología era más un entretenimiento que una profesión. Sin embargo, nadie negaba su valía en este campo de la ciencia.

En ningún momento escondió su pasado político en Estados Unidos, pero no le gustaba entrar en detalles. Su salida del país —debida según él a una serie de «malentendidos»— fue una oportunidad excepcional para viajar a Europa y estudiar lo que siempre le había apasionado: la cultura egipcia. Tras su formación en Londres, deleitándose con las piezas del British Museum, su estancia en Berlín y, sobre todo, su paso por París, se había convertido en un egiptólogo importante, dejando casi en el olvido su etapa anterior.

¿Cómo se definiría él mismo? Ni siquiera el propio Wilbour lo sabía. Periodista, abogado, comerciante, ex político..., solía usar su currículum para adoptar una posición de importancia en las reuniones sociales. Un ex político americano retirado en Egipto y con dinero para gastar en antigüedades, la moda del momento, era el paradigma del exotismo y la sofisticación.

Mucho había cambiado Luxor en los últimos años. Wilbour disfrutaba más que nunca de aquella urbe casi pueblerina de la época de Mohamed Ali. Nadie podía decir que no era un sitio cómodo para los turistas. Contaba con oficina de correos y telégrafos y, lo más importante, en ambos departamentos había un encargado que hablaba perfectamente inglés; Wilbour no tenía problemas con el francés y hablaba un poco de árabe, pero lógicamente se sentía más cómodo con su lengua materna.



Había también una oficina consular y una iglesia protestante, además de pistas de tenis, clubes deportivos, bar y barbero. Luxor se había transformado en pocos años en el foco más significativo de turistas de todo Egipto; un verdadero paraíso para los *efendis*.

Wilbour agradecía esos toques de civilización. Le gustaba la arqueología, le gustaba Egipto y era consciente de las incomodidades que eso suponía a veces, pero si esos inconvenientes se compensaban con pequeños obsequios para los sentidos y el entretenimiento, su estancia sería, sin dudarlo, mucho más placentera.

La fantasía a la que había sido invitado tendría lugar esa misma noche a las ocho, un poco tarde para los horarios franceses a los que ya se había acostumbrado, pero disponía de todo el día para descansar.

La calle estaba llena de coches que llevaban a los turistas hacia los hoteles. Muchos iban al Karnak, pero el Luxor era más moderno y refinado. Al poner el pie en el embarcadero, los visitantes se veían rodeados de un equipo ingente de maleteros deseosos de hacerles la estancia más cómoda y de ganarse una buena propina para compensar el escueto salario que recibían. Algunos de los puestos más bajos ni siquiera tenían un sueldo fijo. El hecho de vestir el uniforme del hotel y de poder permanecer junto a cualquiera de las puertas de entrada ya era considerado por los encargados del establecimiento como un salario más que suficiente. Así que debían ingeniárselas de mil maneras para poder conseguir alguna moneda de los turistas, de ahí que todos corrieran a la caza del nuevo huésped como alma que lleva el diablo.

Los extranjeros en ocasiones se sentían molestos. Eran personas adineradas acostumbradas a toda clase de comodidades en su país de origen. Sin embargo, el perfil del egipcio, en apariencia demasiado dadivoso en sus menesteres, agotaba a algunos turistas. Nadie hacía nada gratis. El sueño del viaje cómodo y descansado, en el que disfrutarían de monumentos y paisajes cargados de historia, podía convertirse fácilmente en una agotadora carrera de obstáculos usando cada esquina para evitar la plúmbea actitud de algunos egipcios.

Pero Charles Wilbour estaba acostumbrado a eso y a mucho más. Durante su etapa en la política estadounidense había sufrido a ganapanes que lo único que buscaban era enriquecerse a su costa consiguiendo favores poco éticos; nunca cedió a esos chantajes. Los egipcios, por el contrario, no buscaban enriquecerse, como sus compatriotas, sino sobrevivir ante el negro panorama económico y social del momento. Ahora bien, en muchas ocasiones reflexionaba sobre la razón de ser de la propina. Dónde estaba el límite para recibirla, por qué razones y, lo más importante, si se podía justificar. Él había trabajado duramente toda su vida; en cosas que le agradaban, cierto, pero su esfuerzo le había costado. La consecución de sus estudios universitarios en la Brown University no fue, en absoluto, sencilla. Nadie le daba una propina por escribir artículos para el *Tribune* en Nueva York, donde cobraba una

miseria. Cuando se metió en la política, nada fue fácil. Y lo mismo podía decir de su incursión en los negocios o el mundo del derecho, carrera que estudió en Nueva York. Nunca se le acercó nadie para reconocer su esfuerzo y darle por ello una propina. Entendía que era su trabajo y que por ello cobraba. Aun así, no solía tener reparos en dar alguna moneda a los maleteros o porteros de los hoteles. Al menos éstos hacían su trabajo, no como los vagabundos de las calles que acostumbraban a ganarse una sopa boba a diario con sólo acercarse a un turista con posturas y gestos lastimeros; le resultaba incomprensible e inadmisibile.

En estas cosas pensaba Wilbour de camino al hotel cuando el cochero se giró hacia él para halagar al nuevo viajero, intentando comprar así su complicidad y ganarse unas monedas. Pero el gesto resultó en vano. El prestigio de los cocheros de Luxor, al igual que en otras ciudades de Egipto, no era precisamente bueno. Tenían fama de ser auténticos ladrones y estafadores, de buscar tres pies al gato e intentar marear al cliente con explicaciones como que cuando le prometió el viaje hasta el mercado por dos piastras esa cantidad era el salario del caballo.

Wilbour descendió por un lateral del coche para controlar el equipaje que llevaba consigo. No hizo falta nada más. Como dos centellas, un par de maleteros del hotel se aproximaron para coger los bultos y llevarlos a la recepción. Pagó el dinero pactado y se despidió educadamente del cochero.

Conocía el hotel por los comentarios de su amigo. Era casi nuevo y a primera vista le pareció un lugar agradable. En el mostrador de la recepción enseñó su documentación y sin más protocolo le entregaron la llave de la habitación.

—Es una de nuestras mejores suites, señor Wilbour, con vistas al río y a la Montaña Tebana.

—Magnífico. Muy amable.

—Espero que su estancia en nuestro modesto hotel sea de su agrado.

—Gracias otra vez.

—Una última cosa, señor Wilbour. Aquel caballero le aguarda desde hace unos minutos. —El recepcionista señalaba a un hombre sentado en el vestíbulo—. Creo que quería informarle de algo personalmente.

Wilbour miró extrañado donde le indicaba. Junto al piano estaba sentado un egipcio que, al ver las señas del recepcionista, saludó educadamente desde la distancia al tiempo que se levantaba.

El americano caminó hacia él. No esperaba a nadie. Salvo en el hotel, nadie sabía que llegaba a Luxor.

—Mis saludos, señor Wilbour. Bienvenido a Luxor.

—Buenos días...

—Soy Walid Mamdouh Mahmoud y vengo de la oficina del señor Mustafa Aga Ayat.

—Ah, ya veo, me dijeron que me mandarían la invitación al hotel, pero pensé que la dejarían en mi casillero y que me la darían al hacer el registro. En cualquier caso, es un placer.

—Mis saludos más cordiales —repitió el egipcio al tiempo que le entregaba un sobre de color rosa—. Ésta es la invitación formal para asistir a la fantasía hoy a las ocho de la noche.

—Muy amable. Transmítale al vicecónsul mi gratitud. Espero conocerle esta tarde y charlar con él detenidamente. Cuento con que estaré allí con la mayor puntualidad.

—Sobre eso también quería hablarle, señor Wilbour. ¿Necesitará algún tipo de transporte? ¿Quiere que le vengamos a recoger a las ocho menos diez?

—Es muy amable por su parte pero no será necesario. Creo que iré dando un paseo. Tengo entendido que la casa del señor Aga Ayat se encuentra en el templo de Luxor, un lugar privilegiado —señaló con una sonrisa bonachona—. No creo que sean más de cinco minutos a pie desde el hotel.

—Como desee, señor Wilbour. No obstante, si cambia de opinión o decide ir a pasear por la ciudad antes y no se encuentra en el hotel, no tiene más que avisarlo con tiempo a los mozos de la recepción. Ellos se encargarán de transmitirnos el mensaje. Diga dónde y a qué hora quiere que le recojamos y puntualmente irá un coche hasta allí.

—Se lo agradezco, pero creo que me quedaré descansando en el hotel y que luego iré caminando.

—Como desee, señor Wilbour. Espero que disfrute de su estancia en la ciudad. ¿Precisa de alguna cosa más?

—No, gracias. Nos veremos en la fiesta esta noche.

El enviado del vicecónsul se despidió con una reverencia. Wilbour subió a su habitación para deshacer la maleta antes de ir a ver a su compañero. Al ex político le gustaba estar cómodo en los lugares que visitaba. Su habitación, la 22, se encontraba en la segunda planta, la más elevada, y tenía una vista hermosa a la Montaña Tebana, por encima de los árboles del jardín. Frente a la puerta de su suite le esperaba un joven maletero con la llave y el equipaje. Al verle llegar, metió la llave en la cerradura y abrió la puerta. Dentro había muchísima luz. El muchacho dejó las maletas junto a una cómoda y se despidió del recién llegado con una inclinación de cabeza. Wilbour le entregó un par de monedas y luego cerró la puerta para disfrutar de la soledad y fastuosidad del lugar.

La Corniche quedaba a apenas cien metros del hotel. Desde la ventana, el ambiente de la calle parecía tranquilo, lo normal a aquella hora de la mañana. Sólo algunos carruajes iban y venían con mercancías que tenían como destino el cercano mercado de la ciudad. No estaba cansado. La emoción de haber llegado a la antigua Tebas acabó por despabilarle y decidió ir a reunirse enseguida con Brugsch, que se

encontraba en el hotel Karnak.



El alemán oyó que alguien llamaba a la puerta, se acercó y describió con cuidado el pestillo. Como suponía, ahí estaba su compañero Charles Wilbour.

—¿Qué tal todo? —preguntó éste intentando dar cierta normalidad a aquel extraño encuentro.

—Perfecto —respondió Brugsch mientras se acercaba a la ventana—. Aunque seguro que tú tienes mejor vista que yo.

—La verdad es que no puedo quejarme. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Me quedaré en el hotel. Más vale que no salga. Un mal encontronazo podría hacer que todo se fuera al traste. ¿Te han enviado la invitación de la fiesta de esta noche?

—Así es, me la han entregado en mano. Mi asistencia a la fantasía está confirmada.

—Perfecto. Abre bien los ojos —le advirtió el alemán—. Olerán tu dinero y tu posición. Al mínimo comentario que hagas sobre las antigüedades, esos buitres verán en ti una mina de hacer dinero. Y tú, ¿qué tienes pensado hacer?

—Iré a pasear.

—Será lo mejor. Evita permanecer mucho tiempo en el hotel —le aconsejó Brugsch tomando asiento en la cama—. Todos los visitantes usan las habitaciones sólo para dormir, el resto del tiempo lo pasan de visitas o de compras por la ciudad. Disfruta de Luxor, tú que puedes... Cualquier tipo de problema que tengas, ya sabes que estaré aquí. Recuerda, la número 29.

Wilbour tomó una manzana del cesto de bienvenida que había sobre la mesa del saloncito, abrió la puerta, se despidió de su amigo y, mordisqueando la fruta con fruición, se alejó por el pasillo hacia las escaleras que llevaban a la recepción.

El día pasó muy rápido. Echó al correo un par de cartas, dio un paseo hasta el templo de Karnak, sin llegar a entrar en él, y volvió caminando entre las casas que los campesinos habían levantado en la avenida de esfinges; la misma que en la Antigüedad había unido el templo con el de Luxor.

Cuando miró el reloj apenas faltaba una hora para que comenzara la fiesta. Estaba en el zoco, a pocos minutos andando de su hotel. Volvería a su habitación, se cambiaría y saldría hacia la casa de Mustafa Aga Ayat. La vivienda, un enorme casón que destacaba sobre el templo de Luxor, se veía desde la plaza de la mezquita de Abu el-Haggag.

Una vez en su habitación, Wilbour no tardó en elegir la ropa que se pondría: un traje negro, zapatos a juego y su inseparable *tarbush*, tocado que sólo usaba cuando

estaba en Egipto, al igual que sus colegas extranjeros. Cuando faltaban diez minutos para que el reloj marcara las ocho de la tarde, cogió el sobre con la invitación, se estiró las solapas de la chaqueta, salió de la habitación y echó a caminar por el pasillo con moqueta de color verde botella.

A pesar de la importancia del papel que debía desempeñar, ni estaba nervioso ni tenía miedo por los posibles problemas que pudieran surgir. Ahmed Kamal le había puesto sobre aviso de los riesgos habituales en ese tipo de reuniones. Un desliz en un comentario, una palabra errónea podría echar por tierra todo el plan. Ante todo, debía ser natural, actuar de manera relajada, disfrutar del momento y, si los invitados y la situación acompañaban, sacar algún dato más que les ayudara a profundizar en la investigación. Brugsch había señalado que el tráfico de piezas procedentes de aquellas misteriosas tumbas de reyes y reinas del oscuro Tercer Período Intermedio era conocido y mantenido en silencio por las autoridades. La fiesta del vicecónsul era una buena excusa para conocer a muchos de esos cargos, en su mayoría corruptos, y abrir nuevas vías de investigación.

Como había imaginado, no tardó ni cinco minutos en llegar a la casa. En la entrada, dos hombres vestidos elegantemente con chilaba blanca, fajín rojo y *tarbush* del mismo color escoltaban a un apuesto joven vestido de traje italiano que, lista en mano, iba comprobando los nombres de los invitados.

Cuando Wilbour llegó ante él, sacó de su chaqueta el sobre rosa de la invitación y se la entregó.

—Señor Charles Wilbour, sea bienvenido a la fantasía —saludó a modo de bienvenida el portero—. Si lo desea, puede dejar su chaqueta en el guardarropa que hay en el patio a mano derecha o, si lo prefiere, puede dirigirse a las escaleras del fondo, donde una persona le acompañará hasta el lugar donde se celebra la fiesta.

—Muchas gracias, es usted muy amable.

Wilbour fue directamente a la escalera. Hacía un poco de fresco y prefirió quedarse con la chaqueta; de esta forma, además, si resultaba que aquello no era el tipo de reunión que esperaba, podría irse antes de lo previsto sin llamar demasiado la atención del resto de los invitados.

Mostró la invitación al hombre que aguardaba al pie de la escalera y éste le acompañó arriba. Una enorme puerta doble de color blanco daba paso a un salón espacioso en el que ya había un nutrido grupo de invitados. Wilbour no sabía cómo se iba a desenvolver entre unas personas a las que no conocía absolutamente de nada. Sin embargo, esa sensación de aturdimiento se convirtió en algo casi fugaz cuando un hombre se le acercó para darle la bienvenida.

—Bienvenido, señor Wilbour.

Al americano le sorprendió que alguien allí lo conociera.

—Gracias, creo que no nos hemos visto antes. ¿Cómo sabe mi nombre? —

preguntó, extrañado.

—Mi secretario me lo ha indicado.

El vicecónsul señaló una de las esquinas del salón, donde Walid, el hombre que le había entregado la invitación en el hotel por la mañana, le saludó con una inclinación de cabeza.

—Intuyo, entonces, que estoy hablando con Mustafa Aga Ayat.

—En efecto. Vicecónsul de Bélgica, Gran Bretaña y Rusia —dijo el anfitrión de forma ostentosa.

—Estupendo. Yo soy ciudadano estadounidense, así que me temo que no podré contar con sus servicios.

El vicecónsul rió la ocurrencia de Wilbour sin percatarse de lo afilado de su comentario.

—El marqués De Rochemonteix me comunicó que le era imposible venir y que usted estaría estos días en Luxor por negocios.

—En efecto. El marqués De Rochemonteix tiene una serie de compromisos en El Cairo y debía permanecer en la capital. Sin embargo, sabía de mi estancia aquí por otras razones, mezcla de trabajo y de asueto, y me ofreció la posibilidad de asistir a su fiesta y de conocer así a más gente de la ciudad.

—Por supuesto, acompáñeme. —El vicecónsul tomó del brazo a Wilbour y avanzó entre la maraña de personas que ya comenzaban a llenar el salón—. Es usted nuevo aquí, es preciso que conozca la hospitalaria amabilidad con que los egipcios tratan a sus invitados. Aunque, ironías aparte, ni yo soy egipcio ni la persona que le voy a presentar lo es.

Mustafa Aga Ayat lanzó una sonora carcajada que hizo descender por un par de segundos el rumor de las voces de los invitados.

El diplomático iba saludando a diestro y siniestro a las personas que habían asistido a la fiesta, en su mayoría hombres. Junto a una de las puertas que daba a los balcones desde donde se divisaba el patio del templo de Ramsés II, había un hombre que justo en ese momento cogía una copa de vino de la bandeja de un camarero.

—No deberías hacer eso, querido amigo —bromeó el vicecónsul—. Tu religión te lo prohíbe. Estas bebidas son para los infieles.

Antoun Wardi casi se atraganta al oír la voz detrás de él. Al descubrir quién era, se tranquilizó.

—No olvides que yo soy tan poco egipcio como tú —respondió el anticuario con una sonrisa.

—Tienes toda la razón. Y lo mismo le sucede a nuestro amigo —dijo el diplomático girándose hacia el abogado americano—. Quería presentártelo. El señor Charles Wilbour, un hombre de negocios que está de paso por Luxor. He pensado que tú podrías hacerle de cicerone en la fantasía. Yo he de atender una serie de

compromisos. En unos minutos me reuniré con vosotros para disfrutar de la primera actuación.

—Encantado de conocerle, señor Wilbour —señaló el anticuario mientras Mustafa Aga Ayat se dirigía a la entrada del salón para dar la bienvenida a otros invitados—. Mi nombre es Antoun Wardi, ¿cómo está?

Wilbour se quedó de una pieza al escuchar aquel nombre. Esperaba encontrarlo en la fiesta. Estaba seguro de que, teniendo relaciones con los poderes de la ciudad, tal y como había supuesto Brugsch, Wardi estaría allí. Pero no esperaba conocerlo nada más poner el pie en la casa del vicecónsul.

—Es un placer conocerlo, señor Wardi —respondió Wilbour estrechándole la mano.

—¿Está aquí de paso?

—He venido a descansar unos días. Me apasiona la cultura del antiguo Egipto —explicó el americano al tiempo que tomaba una copa de una bandeja—. Si tengo oportunidad de hacer algún negocio, lo haré, pero no es mi prioridad.

—Dice que le interesa el mundo faraónico, pero ¿qué clase de negocios realiza usted, señor Wilbour?

—No tengo nada pensado. Cuando vivía en Nueva York, me dediqué a la abogacía, el periodismo y finalmente la política. Ahora estoy retirado de todo eso y prefiero ser yo el que pone las normas a la hora de trabajar.

—El mundo faraónico y los negocios también pueden ir unidos —señaló Wardi.

—Me consta. ¿Usted a qué se dedica, señor Wardi?

—Precisamente a eso: al negocio de los faraones.

—¿Y eso, en concreto, en qué consiste? ¿Es egiptólogo? —preguntó el americano haciéndose el distraído—. Podría interesarme.

—Soy anticuario.

Antoun Wardi comenzó a mirar a derecha e izquierda como si estuviera buscando a alguien entre el gentío que ya colmaba el salón principal de la casa del vicecónsul.

—Ah, entiendo. Se dedica a la compraventa de antigüedades. ¿No será usted por casualidad de origen libanés?

Wardi dejó de mirar a la gente y clavó la mirada en Wilbour.

—Sí, ¿acaso me conoce? —preguntó extrañado el anticuario.

—He oído hablar de usted en El Cairo y también hoy, cuando he dado un paseo por el bazar. No recordaba su nombre, pero no creo que haya muchos anticuarios libaneses en Luxor, no es una ciudad tan grande.

—Me sorprende gratamente, señor Wilbour. Resulta halagador que haya oído comentarios de este modesto anticuario en El Cairo. Allí tengo algunos contactos; espero que las referencias hayan sido buenas...

—Desde luego. Aquí, en Luxor, algunos comerciantes del bazar me han hablado

de usted —prosiguió el americano con su táctica de adulación—. Debe de ser un hombre muy popular en la ciudad, prueba de ello es que está invitado a la fiesta de Mustafa Aga Ayat.

—En eso tiene razón, señor Wilbour. Quien no está aquí no es nadie en Luxor.

El anticuario dijo estas palabras al tiempo que retomaba su búsqueda entre los invitados.

—¿Y eso deja mucho dinero?

—¿Cómo dice? —preguntó Wardi volviendo a la conversación.

—Le pregunto si la venta de antigüedades deja mucho dinero.

—Depende de lo que vendas y a quién lo vendas, como en todos los negocios. Seguro que lo sabe usted muy bien.

—Quizá podría pasarme un día por su tienda y ver el género del que dispone. Yo cuento con unas pocas antigüedades, pero las piezas que tengo del Egipto faraónico son regalos de algunos amigos; desconozco el valor que tienen en el mercado.

El anticuario libanés continuó paseando la mirada entre los invitados.

—¿Está esperando a alguien, señor Wardi? —preguntó Wilbour—. Tal vez esté aguardando a un cliente para algún negocio y le estoy molestando. No me gustaría importunarle.

—No, querido amigo, no me malinterprete —se excusó Wardi—. Y llámeme Antoun, en confianza.

—Gracias, Antoun. Puede llamarme Charles.

—La verdad es que esperaba ver a alguien, pero no estoy seguro de que venga —explicó el vendedor de antigüedades—. Es un cliente de mi tienda. Tendría que transmitirle un mensaje.

Wardi no mentía. Buscaba a una persona entre los invitados, pero, como imaginaba, no se encontraba entre ellos. Kurt Marek había desaparecido de Luxor sin dejar huella; ni una sola pista sobre adónde podría haber ido. Según el hotel, se había marchado a El Cairo, pero sospechaba que aquello era una simple artimaña para despistar a los que pretendieran seguirle la pista, como él mismo.

—Siento no poder ayudarle —dijo Wilbour con educación.

—No se preocupe. Seguro que tarde o temprano aparecerá.

—Espero que no sea urgente o grave.

—No, descuide. Vayamos a tomar una copa junto a Mustafa. Seguro que agradece que le rescatemos del grupo de advenedizos que suelen rodearle en este tipo de encuentros.

Mientras atravesaban el salón, Wardi siguió paseando la vista por los invitados, pero el escurridizo alemán no aparecía por ninguna parte. Él mismo, a través de Mariam, se había encargado de dejar una invitación a su nombre en el hotel Luxor. No sabía si tranquilizarse o comenzar a preocuparse. Podría ser que finalmente Kurt



Marek no fuera más que otro comerciante de los muchos de la ciudad y que fuera cierto que deseaba comenzar una colección de arte egipcio, razón por la que había contactado con él. Pero también podría ser que hubiera descubierto que le seguían o que al menos sospechaban de él. En ese caso no le quedaba más remedio que salir de Luxor lo antes posible.

Ninguna de las dos posibilidades acababa de satisfacer ni de aplacar las preocupaciones del anticuario, pero no tenía sentido pensar en ello continuamente. Disfrutaría de la fiesta y volvería a los problemas una vez acabada la celebración.

—¡Hola, señor Wilbour! —exclamó el vicecónsul copa de vino en mano—. ¿Cómo le está tratando mi buen amigo Wardi? ¡Espero no recibir ninguna queja de ti, bribón!

Mustafa Aga Ayat le dio una fuerte palmada en el hombro y, con la sacudida, al anticuario libanés se le derramó parte del líquido de su copa. La fiesta no había hecho más que empezar y el vicecónsul ya mostraba una embriaguez más que evidente.

—La fantasía va a dar comienzo. Siéntese conmigo durante la cena, señor Wilbour. Cenaremos al tiempo que vemos a bellas bailarinas. Acompáñanos, Antoun.

El vicecónsul cogió del brazo al americano, como si fueran íntimos amigos. Wardi parecía no extrañarse, por lo que Wilbour intuyó que, de alguna forma, el anfitrión estaba en su salsa.

Los tres entraron en un salón adyacente al principal, más coqueto, lleno de mesas redondas dispuestas para la cena. Al fondo, en un pequeño escenario, un grupo de músicos daba la bienvenida a los invitados con tambores y panderetas. Las lámparas del salón tintineaban ante aquel estruendo.

Wilbour había asistido a varias recepciones de embajadas en El Cairo, pero aquello era distinto. A caballo entre la sofisticación y la delicadeza más sublime en el servicio y el boato, el contenido rozaba en ocasiones lo sórdido y lo inmoral. Si alguna vez tuviera que describir cómo debían de ser las fantasías de *Las mil y una noches* o los relatos de Sherezade, desde luego que utilizaría con todo lujo de detalles la fantasía de Mustafa Aga Ayat. Por todas partes había bailarinas danzando de aquí para allá y dando la bienvenida a los asistentes. Una de ellas, una hermosa mujer morena de ojos verdes, se aproximó al anfitrión, le acarició la mejilla con un beso y lo acompañó hasta la mesa central, desde donde presidiría la fiesta.

Cuando todos los invitados estuvieron sentados, una puerta lateral se abrió e hizo su entrada una fila de camareros que, bandeja en mano, fueron sirviendo los entrantes de la cena.

Wilbour estaba sorprendido por el excelente montaje de aquel espectáculo. Nunca había visto cosa igual, en ninguna de las recepciones a las que había asistido como político en Estados Unidos o ya como egiptólogo en Europa o El Cairo. Desde luego, aquello no pretendía ser una recepción formal. Al contrario, saltaba a la vista que el

objetivo de aquella ostentosa fiesta era pasarlo bien y exaltar la figura del anfitrión, nada más y nada menos que el vicecónsul de tres países.

La comida y la bebida corrieron a raudales. No hubo un minuto de descanso para los camareros, siempre había algo que servir. Entre los invitados, el ambiente era alegre pero sin caer en excesos; el alcohol no llevó a nadie a perder la compostura y sobrepasarse con las bailarinas. Incluso Mustafa Aga Ayat se mantuvo dicharachero pero comedido.

—¿Qué le parece, señor Wilbour? —preguntó el diplomático con rostro sonriente y satisfecho.

—Me parece sorprendente. Es una fantasía brillante. Las bailarinas son bellísimas, la música no ha cesado en ningún momento y el ambiente en las mesas es cordial.

Wilbour pensó que sus palabras parecían más propias de un político en una recepción oficial que de un invitado a una fiesta privada, pero realmente era lo que pensaba. Estaba a gusto.

—Me alegro de que lo esté pasando bien —señaló el diplomático al tiempo que daba una fuerte palmada en la mesa—. ¿Le ha dicho ya el bueno de Wardi a qué se dedica?

—Sí, por supuesto —respondió Wilbour sin perder la sonrisa—. Me ha comentado que es anticuario.

—Debería visitar su tienda. Cuenta con verdaderas joyas, ¿verdad que sí, Antoun?

El anticuario libanés asintió sin mayor emoción; no le agradaba que su trabajo trascendiera de aquella manera.

—¿Usted no compra antigüedades, señor Wilbour? —preguntó el vicecónsul.

—Tengo varias que me han regalado algunas amistades, pero no es mi mayor afición.

—No se equivoque, querido amigo. Las antigüedades no son una afición, son una pasión —replicó Aga Ayat—. Hay gente que empieza a coleccionar y ya es incapaz de poner freno a su pasión.

—En eso le doy la razón. —El americano se rió para romper la tensión—. Conozco varias personas de las que podría incluso decir que son adictas.

Mustafa Aga Ayat se abrió la holgada chaqueta que llevaba y sacó del bolsillo un *ushebti* de fayenza de color verdoso. Lo dejó sobre la mesa, frente a Wilbour.

—¿Sabe qué es esto? —preguntó apurando el último trago de su copa de vino.

—Es una figura funeraria momiforme, lo que los expertos normalmente llaman un *ushebti*.

El diplomático rió satisfecho.

—Es usted muy listo, señor Wilbour.

—Bueno, me interesa la historia del Egipto faraónico, no lo voy a negar. Entre los regalos que me han hecho cuento con un par de *ushebtis* de la Época Saíta, no gran cosa.

—Hay una norma no escrita entre los coleccionistas de *ushebtis*. —Mustafa Aga Ayat bajó el tono de voz, como si fuera a decir algo trascendental—. Una especie de enfermedad incurable. Los hay a miles y son como una especie de gente pequeña: el pueblo de los *ushebtis*.

—¿De qué se trata? Espero no estar enfermo. Sólo tengo dos en mi casa de París —bromeó el americano.

—Alguien que ame las antigüedades egipcias no puede hacer una cosa peor que coleccionarlos. ¿Sabe por qué?

Wilbour se limitó a negar con la cabeza.

—Porque, si lo hace —añadió con suma seriedad el diplomático—, no se conformará con los *ushebtis* de la Época Saíta, tan comunes en el mercado. Sólo verá saciada sus ansias de coleccionista cuando se tope con los ejemplares más hermosos y únicos.

En la mesa se hizo el silencio, sólo roto por el leve soniquete de la flauta de los músicos que continuaban tocando de fondo. Wilbour, un tanto descolocado y sin saber qué decir, se limpió los labios con la servilleta por hacer algo.

—Quédeselo —dijo Aga Ayat—, así ya tendrá tres *ushebtis*.

El americano lo miró con los ojos como platos.

—Muchísimas gracias, es usted muy amable —indicó sin dudarlo—. Lo acepto encantado; parece un ejemplar magnífico.

—Lo es —intervino Antoun Wardi—. No es un *ushebti* cualquiera, no. Aun siendo de la época más tardía de la historia de los faraones, cuenta con un modelado espectacular.

Por primera vez en la noche, Wilbour tuvo la sensación de que acababa de dar un paso de gigante en la investigación. Al acudir a la fiesta esperaba que Mustafa Aga Ayat le presentara a las personas de la administración que participaban en la extendida trama de corrupción dedicada al tráfico de antigüedades, pero en ese momento comprendió que tenía justo delante de él lo que estaba buscando.

—Con permiso —dijo Wardi tomando el *ushebti*.

El libanés señaló con el dedo índice el texto que cubría todo el contorno de la pieza hasta la pilastra que tenía en la espalda y sobre la que reposaba la figura momiforme.

—Es un pasaje del *Libro de los Muertos*, ¿no es así? —apuntó Wilbour—. Una fórmula mágica para que el *ushebti* cobre vida en el Más Allá y desempeñe las tareas agrícolas que el dios Osiris le ordene hacer al difunto en los campos de Ialu, el paraíso del inframundo.

—Veo que está usted muy informado sobre cultura faraónica —dijo el anfitrión sonriendo.

—No lo crea —espetó el americano agitando una mano para quitar importancia a su elocuencia—. Lo bueno de estos *ushebtis* es que al final son todos iguales. En cualquier caso es un ejemplar muy hermoso. Muchas gracias, señor Aga Ayat.

—Pero no olvide que ese *ushebti*, como los otros que dice que tiene, son ejemplos de la época menos floreciente de la historia de Egipto. ¿Quiere acercarse a los ejemplares más extraordinarios que jamás haya visto, señor Wilbour?

El americano, extrañado ante el ofrecimiento del diplomático, no respondió. Se limitó a esbozar una simple sonrisa de ingenuidad.

—Si mañana no está ocupado en sus negocios, vuelva a mi casa, me gustaría enseñarle algunas cosas en mi despacho.

—Será un placer —reaccionó por fin Wilbour.

—Entonces, le espero a las once de la mañana. Diez minutos antes mi secretario Walid irá a buscarle a la recepción de su hotel. No se arrepentirá, se lo aseguro.

Las sospechas del americano quedaron confirmadas: aquélla era una invitación clara a entrar en el mercado de antigüedades. Parecía que iba por el buen camino.



Con las palabras del vicedónsul repitiéndose una y otra vez en su cabeza, Wilbour salió a la calle. No era muy tarde, aún quedaban muchos invitados en la fiesta, pero él decidió recogerse a medianoche, después de casi cuatro horas de amigables charlas, cena y música. Quería hablar con Brugsch antes de volver a su hotel. En la calle se oía el bullicio de la fiesta. El americano se preguntaba cómo algunos invitados podían beber como esponjas y mantenerse en pie..., era un milagro contra natura, un hechizo por el cual conseguían vencer la ley de la gravedad.

Subió directamente a la segunda planta del hotel Karnak y dirigió sus pasos hasta el final del pasillo. Golpeó la puerta con los nudillos con la mayor suavidad que pudo. No tuvo que esperar mucho; la puerta se abrió casi al instante.

El alemán iba vestido de calle, sin duda esperaba la llegada de su compañero. Wilbour entró y Brugsch cerró la puerta. Sobre la mesa había algunos libros y varias fotografías de piezas antiguas.

—Veo que no pierdes el tiempo —señaló el americano con una sonrisa.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó el otro; estaba deseando conocer los detalles de su participación en la fiesta.

Wilbour se limitó a mostrarle el *ushebti* de época tardía que acababa de regalarle el vicedónsul.

Brugsch lo cogió y lo acercó a la luz de una lámpara.

—Es una gran pieza, pero no se corresponde con el período histórico que nos interesa. ¿Cómo lo has conseguido?

—Me lo ha regalado el propio Mustafa Aga Ayat. Quiere que mañana regrese a su casa para ver más.

—¿Hablasteis de antigüedades? —preguntó el alemán, entusiasmado.

—Casi no hicimos otra cosa.

—¡Perfecto!

—También conocí a Antoun Wardi. El vicecónsul me invitó a su mesa, donde compartimos espacio con el anticuario libanés. Un tipo curioso ese Wardi...

—¿No te propusieron comprar más antigüedades?

—Imagino que me ha invitado a su casa para eso.

Émile Brugsch observó en silencio el rostro rechoncho del *ushebti* e intentó buscar en sus ojos la respuesta a las preguntas que planteaba aquella nueva situación.

—Ve mañana a la casa del vicecónsul —dijo aferrando con fuerza el *ushebti*—. Vamos por el buen camino, estoy seguro.

*Sábado, 22 de enero de 1881*

*Luxor*

Como era costumbre en él, Wilbour había madrugado, aunque no se podía hacer otra cosa en Luxor. La ciudad amanecía muy temprano y el ruido producido por el barullo de gente, animales, puestos callejeros y carros en el exterior era tal que resultaba imposible alargar el sueño más allá de las siete de la mañana. Había que aprovechar al máximo las horas de luz, y en Egipto, como sucedía desde la época de los faraones, el sol, el dios Ra de los antiguos, asomaba muy pronto por el horizonte para derramar sus rayos vivificadores sobre los habitantes del Valle del Nilo.

El desayuno en el hotel Luxor tenía lugar en un saloncito de té muy acogedor y no de un tamaño descomunal, al contrario que en otros hoteles más grandes del país. El que tuviera apenas treinta habitaciones, es decir, unas sesenta personas si el establecimiento estaba completo, aportaba comodidad y holgura en este sentido. De esta forma, los huéspedes se sentían como en casa.

Wilbour se sentó junto a las ventanas; la frondosidad de los árboles del jardín tapaba por completo la vista del paisaje de la orilla occidental, la Montaña Tebana. Pero no le molestaba; lo había visto muchas veces y estaba seguro de que tendría oportunidad de volver a verlo unas cuantas más.

Aunque su mirada observara el exterior del hotel, su cabeza estaba en otro lugar. Una y otra vez le venían a la memoria los últimos momentos de la charla que había mantenido con Mustafa Aga Ayat. Su interés en regalarle el *ushebti* y, sobre todo, su insistencia en que al día siguiente acudiera a su despacho para hablar de otras piezas más importantes le intrigaban.

—¿Deseará un poco más de té, señor?

La voz del joven camarero a su derecha le hizo volver la mirada.

—Sí, por favor —respondió Wilbour con su sempiterna sonrisa.

Miró su reloj de bolsillo y, al ver la hora, decidió relajarse y tomarse las cosas con calma. Faltaban más de tres horas para que Walid, el secretario del vicecónsul, fuera a recogerlo.

Cuando el camarero reapareció con el té, Wilbour dio buena cuenta de los bollitos de leche que le habían servido. Al acabar, se limpió las migas de la barba con la servilleta y se levantó para regresar a su habitación.

Al pasar por la recepción no pudo evitar fijarse en una bella joven, apoyada en el mostrador, que hablaba con uno de los encargados.

—Lo siento, señorita, pero el señor Marek no se encuentra en el hotel —señaló el

repcionista.

Wilbour dio un respingo al oír ese nombre. Extrañado, decidió acercarse al mostrador con la excusa de preguntar si tenía correo. Sabía que el barco postal llegaba más tarde, pero en ese momento eso le daba igual.

—El señor Marek no se aloja en el hotel desde hace casi un mes —insistió el recepcionista.

—¿Y no ha realizado ninguna reserva para las próximas fechas? —preguntó, azorada, la joven.

—Comprenda que no pueda darle esa información, señorita. Si se trata de un asunto grave debería comunicárselo al director del hotel, él le indicará cómo hacerle llegar una carta. Lo siento, pero no podemos hacer nada más. Buenos días, señor Wilbour, ¿qué desea?

El recepcionista se había girado bruscamente hacia el americano dejando de lado a la muchacha egipcia. Decepcionada, abandonó la recepción del hotel.

—Eh... Buenos días —dijo el americano de manera distraída mientras seguía a la joven con la vista—, quería saber si tengo correo.

—El correo llega a media mañana, señor. Si lo desea se lo subiremos a la habitación —respondió el recepcionista sin darse la vuelta siquiera para consultar los casilleros de las habitaciones.

—No se preocupe. Iré a dar un paseo y luego volveré a preguntar —improvisó de nuevo el egiptólogo—. Muchas gracias.

Wilbour salió disparado detrás de la joven que acababa de abandonar el hotel. No tuvo suerte. La muchacha había desaparecido entre la frondosa arboleda que cubría la entrada del hotel Luxor.

Pensativo, regresó dentro y subió a su habitación. Era obvio que debía avisar a su compañero de que una joven estaba buscándolo. Afortunadamente, Brugsch se había registrado en otro hotel y Kurt Marek era, de momento, un recuerdo del pasado. Entró en la habitación y escribió una simple nota explicando a su colega lo que acababa de suceder en la recepción. Después se lavó los dientes y se preparó para ir hasta la oficina postal dando un paseo. Siempre tenía cartas que enviar a sus amigos de Europa y Estados Unidos.

Sobre el tocador que había junto a la puerta del baño estaba el *ushebti* que le había regalado Mustafa Aga Ayat la noche anterior. Lo cogió y lo colocó a la luz de la ventana. Los *ushebtis* no eran su especialidad, pero sabía que aquél, sin ser singular, era una gran pieza. Como todos los *ushebtis* de época tardía, estaba hecho con una fayenza verdosa característica del último período de la historia de Egipto. La figura momiforme tenía los brazos cruzados sobre el pecho y sujetaba en cada mano una herramienta para labrar los campos de Osiris. Wilbour le dio la vuelta para ver si en el hombro izquierdo llevaba la cesta para las semillas. Allí estaba, marcada en relieve

con una trama sencilla. Deslizó los dedos sobre el pilar que sujetaba la espalda de la figura. La suavidad de la pasta era magnífica. Parecía increíble que casi tres mil años después conservara esa misma textura, como si hubiera abandonado el horno del artesano pocas horas antes.

Wilbour regresó a la realidad: dejó el *ushebti* sobre el tocador y fue hacia el armario para coger su chaqueta. Lo pensó dos veces y regresó al mueble. Decidió que más valía dejar bien guardada aquella joya y evitar que los ojos del personal del hotel se sintieran tentados por ella. Colocó algunos enseres más en el armario y se dispuso a salir.

Como el día anterior, pasó por el hotel de Brugsch y dejó la nota bajo su puerta con toda la discreción de que fue capaz. Era suficiente.

El sol, bien alto ya, iluminaba la orilla occidental de Luxor. Abrió su sombrilla para evitar la acción directa de los rayos. El tiempo había pasado casi sin darse cuenta, apenas tenía una hora para dar un paseo por la ciudad.

Lo primero que hizo fue caminar hasta la oficina postal. Se encontraba muy cerca de la estación de tren, a poco más de un cuarto de hora caminando desde el hotel. Cuando llegó, no había nadie delante de él y apenas tardó unos minutos en timbrar las cartas y entregárselas al funcionario para que las mandara a sus respectivos destinos. Pagó las piastras que valía la transacción y salió de la oficina para continuar su paseo.

Decidió regresar al bazar y recorrer la callejuela principal, tachonada de tiendas de todo tipo. Estaba todo muy tranquilo. Apenas notó la presencia de los cazadores de turistas que intentaban embaucar a los extranjeros con espurios cuentos sobre las propiedades milagrosas de tal pomada o perfume. Delante de él, una pareja inglesa caminaba tranquila hasta que se vio atrapada por la verborrea de un vendedor que acabó convenciéndolos de que el género de su tienda no tenía parangón en todo Egipto. Wilbour sonrió y siguió adelante; cruzó una calle que llevaba a la Corniche y apareció en una zona de anticuarios. No le costó descubrir cuál era el de Antoun Wardi: el único que a esas horas de la mañana tenía un nutrido grupo de visitantes. Absolutamente todos los que salían de la tienda lo hacían con pequeñas bolsas de papel en las que, intuyó, habría desde réplicas más o menos bien hechas, hasta verdaderas antigüedades de un valor extraordinario.

Miró el reloj. No disponía de mucho tiempo, así que dejó la visita de cortesía al anticuario libanés para otro momento. Salió a la Corniche y decidió que regresaría por allí hasta el hotel, dejando a su izquierda la casa del vicecónsul.

Eran poco más de las diez y media de la mañana cuando entró en su habitación, se cambió de ropa, dejó la sombrilla sobre la cama y volvió a colocarse el *tarbush*.

A las once menos diez ya estaba en la recepción. Al verle bajar por la escalera, el eficiente Walid, que llevaba esperando unos pocos minutos, se acercó a saludarlo.

—Buenos días, señor Wilbour —dijo el egipcio con una sonrisa franca—. Espero



que haya tenido oportunidad de descansar después de la fantasía de ayer noche.

—Buenos días, Walid. En efecto. Me ha dado tiempo de descansar y de dar un paseo por la ciudad.

—Me alegro, señor. Si le parece, en la puerta nos espera un coche para ir a casa del señor Aga Ayat.

Con un gesto amable, Walid lo invitó a pasar primero hacia la salida del hotel. Fuera esperaba un lujoso coche tirado por dos caballos. Uno de los porteros permanecía junto a él dispuesto a abrir la portezuela.

Una vez dentro, los caballos comenzaron a galopar a la señal del cochero. No tardaron ni dos minutos en alcanzar la puerta de la casa del vicedónsul.

—Ya hemos llegado. Acompañeme, si es tan amable.

Walid bajó del coche con un salto ágil. Desafortunadamente, uno de sus pies cayó dentro de un charco de agua y orines de caballo. Se miró el pantalón, vio que el daño no había sido excesivo y prosiguió como si nada hubiera sucedido.

Wilbour lo siguió por el mismo patio y la misma escalera que la noche anterior, pero en vez de traspasar la puerta frontal que llevaba al salón donde se había celebrado la fantasía, cruzaron otra que, según dedujo el americano, daba a las oficinas de la casa. Wilbour se dio cuenta de que había personal del servicio de seguridad por todas partes. En cada puerta había al menos un hombre. Otros deambulaban de aquí para allá por los pasillos sin, aparentemente, nada que hacer. Estaba claro que la seguridad era una cuestión que preocupaba al vicedónsul.

Cuando alcanzaron un pequeño recibidor, Wilbour se percató de que habían llegado a su destino. Al final de la sala había un gran portón de madera custodiado por un par de hombres. Al ver a Walid, uno de ellos asintió dando su conformidad y entró en el despacho para anunciar su llegada.

Un instante después hizo una seña al recién llegado para que pasase.

—Buenos días, señor Wilbour, espero que haya podido descansar —saludó el vicedónsul con buen talante—. Yo apenas he dormido unas pocas horas. La fiesta se alargó, como era previsible, y a primera hora de hoy tenía que despachar unos asuntos...

El americano acababa de darse cuenta de que había entrado solo en el despacho. Walid se había quedado fuera.

—Buenos días, señor Aga Ayat. He descansado perfectamente, supongo que...

—Sí, el Luxor es un buen hotel —le cortó el vicedónsul—. Tome asiento, por favor. Me gustaría que se sintiera cómodo en mi modesta casa. Éste es mi despacho, aquí es donde recibo la correspondencia y la documentación de los casos que tengo que gestionar con ciudadanos belgas, británicos y rusos. Sabrá que soy vicedónsul de estos países...

Wilbour se limitó a asentir con la cabeza.

—Hay algunos turistas —prosiguió el político—, pero la mayor parte del trabajo se refiere a documentación para gestiones económicas. Muchos ciudadanos británicos están instalando fábricas en la zona, y mi oficina se encarga de tramitarles los permisos con el gobierno de El Cairo. Están acostumbrados a que en sus países las cosas vayan más o menos rápidas, no se dan cuenta de que esto es Egipto y que aquí la gente vive a otro ritmo...

Wilbour había desconectado de la conversación hacía rato. Le sorprendió que Mustafa Aga Ayat estuviera más locuaz incluso que la noche anterior. Se acercó al sillón acolchado que había frente a la mesa principal. Tuvo tiempo de echar un vistazo a la oficina. Era dos o tres veces más grande que el despacho que el pobre Maspero tenía en el Museo de Bulaq. La luz entraba a raudales por un par de ventanas y todo estaba lleno de muebles. Le llamó la atención que apenas hubiera libros. En los despachos de sus colegas en Estados Unidos, también diplomáticos, la moda era llenarlos de estanterías con libros desde el suelo hasta el techo. Pero esa moda todavía no había llegado a Egipto. En su lugar, los estantes estaban llenos de artesanía local, platos de metal, cerámica de vistosos colores y alguna que otra antigüedad de mayor o menor gusto. Wilbour pensó que aquel hombre habría nacido en Turquía y que no se sentía egipcio, pero desde luego no podía negar que el gusto por lo abigarrado y lo decadente, tan unido a las gentes del Valle del Nilo, se le había pegado, convirtiéndolo en un nuevo nacionalizado.

Sobre la mesa había una botella de vino con apenas cuatro dedos de líquido. Al parecer, ahí estaba la razón de la actitud dicharachera del diplomático.

—¿No le parece? —preguntó el político turco.

—Desde luego que sí —respondió el invitado intentando ocultar que no sabía de qué le hablaban.

—¿Un cigarro, señor Wilbour? —El vicecónsul le ofreció una gran caja de puros.

—Muchas gracias, fumaré uno con mucho gusto, es usted muy amable.

—¿Conoce Luxor?

—Sí, he estado en varias ocasiones —respondió el americano exhalando una gran calada con su cigarro—. Es una ciudad muy tranquila, todo lo contrario que El Cairo, donde el bullicio y la locura parecen lo natural.

—En eso tengo que darle toda la razón. Yo no suelo ir a El Cairo, me crispa los nervios. La burocracia allí es indolente. Aquí parece más ágil. Es un lugar pequeño, más manejable, y trabajo no falta. La agricultura es próspera y la presencia de turistas es cada vez mayor. Contamos con familias enteras y barrios enteros que viven exclusivamente del turismo.

—Eso es magnífico —exageró el ex político—. Esta mañana me di un paseo por las calles del bazar y el ambiente estaba muy animado.

—Bueno, los vendedores no son precisamente la gente más amable del mundo

pero... ¿Quiere un poco de vino?

A Wilbour le sorprendió la invitación a esas horas de la mañana. El vicedónsul no perdía un momento de asueto para entregarse a la bebida.

—Como guste —aceptó por educación.

Para cuando Wilbour respondió, Mustafa Aga Ayat ya le había colocado una copa en la mesa auxiliar que había frente al sillón.

El vicedónsul apuró la suya, llena hasta el borde, como si fuera agua. Inmediatamente volvió a llenarla y dejó la botella, ya casi vacía, cerca de donde estaba.

—¿Qué le pareció el *ushebti* que le regalé ayer? ¿Lo lleva con usted?

Las palabras salieron de su boca de forma atropellada. A Wilbour le costó entenderlo y no supo si era problema del idioma o que el vino empezaba a hacer estragos en él. Optó por la última posibilidad, circunstancia que lo incomodó sobremanera.

—No, lo dejé a buen recaudo en la habitación del hotel. No me parecía oportuno sacarlo a pasear con el viento que hace —bromeó—. Es una pieza magnífica. Le agradezco enormemente el detalle que tuvo conmigo. Quizá le haga caso y me anime a comprar alguna antigüedad ahora que estoy de paso en la ciudad y dispongo de tiempo y de cierto dinero.

Mustafa Aga Ayat escuchó las palabras de su invitado dejando caer todo el peso de su cuerpo sobre la mesa y con la cabeza apoyada en una mano y los ojos entreabiertos.

—Me parece muy buena idea —dijo irguiéndose de pronto como si despertara de un largo letargo—. A ver qué le parece esto que le voy a mostrar.

Se levantó y se acercó a uno de los armarios que había junto a la ventana. Abrió la puerta y sacó una caja de madera. La llevó hasta donde estaba Wilbour y se la dejó sobre las rodillas.

—Ábrala, seguro que le gusta.

Wilbour dejó el cigarro en un cenicero y miró de soslayo al vicedónsul; intentaba escrutar en su rostro el secreto de la misteriosa caja, pero fue imposible. Oculto detrás de una nueva copa de vino y a la sombra de la contraventana que tenía detrás, el diplomático esperaba a que su invitado abriera la caja.

No pesaba mucho, no era una caja grande. La cubeta era de madera y la tapa, abovedada y con mimbres trenzados, estaba barnizada en una tonalidad casi negra. En uno de los lados tenía un pequeño broche metálico. Lo descorrió y, antes de levantar la tapa, lanzó una última mirada a su anfitrión. Pero el gran Mustafa Aga Ayat observaba el patio exterior con mirada distraída. Lentamente, Wilbour abrió la caja. Lo que hubiera en su interior estaba envuelto en hierba seca; un colchón de paja protegía el contenido. Al poco de remover en el interior, apareció un *ushebti* de color

azul. Era hermoso, de una textura y un color increíbles. Le faltaban los pies, con lo que la parte inferior de la inscripción frontal se había perdido para siempre. Tenía los rasgos pintados en color negro. La peluca, los aperos de labranza y la bolsita de las semillas a la espalda estaban dibujados delicadamente con finas líneas negras. En la parte frontal, un texto escrito en negro con rápidos jeroglíficos indicaba quién era el dueño de aquel servidor del Más Allá. Wilbour no era experto en textos faraónicos, pero estaba seguro de que aquel nombre dentro de un cartucho pertenecía al sumo sacerdote de Tebas, Pinedjem II. Su nombre había surgido en más de una ocasión en las conversaciones que habían tenido en el despacho de Maspero.

—Es muy hermoso —afirmó el americano—. He de reconocerlo. Se trata de una pieza de menor tamaño que otras, pero su delicadeza supera con creces muchos de los *ushebtis* que he visto nunca.

—En efecto, no sería una mala adquisición para su nueva colección de *ushebtis*, ¿no cree? —De pronto el agente consular se había convertido en una persona vehemente; cualquier señal de embriaguez había desaparecido de su rostro—. Quédeselo, por favor.

—No puedo aceptarlo, esto debe de valer una fortuna.

Wilbour sabía que no era así. Al estar la pieza rota, su precio en el mercado se reducía considerablemente. Pero recordó el dinero que Brugsch había pagado pocas semanas antes por los *ushebtis* y los papiros adquiridos en el anticuario de Wardi.

—Insisto, amigo, quédeselo. No es para tanto, ya ve que le faltan los pies, no podría llegar muy lejos —bromeó el diplomático.

—Pero apenas nos conocemos, me resulta un poco violento...

—Usted es un buen amigo, y eso me basta —señaló Aga Ayat en tono exagerado—. No se sienta mal. Estamos en Egipto, el país de la hospitalidad y la cordialidad.

Wilbour no sabía cuál era el grado de amistad entre el marqués De Rochemonteix y aquel extraño turco sumido en los pozos más profundos de la corrupción, pero estaba seguro de que su amigo desconocía totalmente los vericuetos en los que andaba metido el diplomático.

—No sé cómo podría corresponderle —repuso el americano, que observaba de nuevo el *ushebti*. Si bien estaba roto por la base, su precio en el mercado negro debía de ser elevado.

—Es una persona con intereses en la arqueología y la historia de los faraones, usted mismo me lo dijo ayer, ¿no es así? —preguntó el vicedónsul mientras Wilbour asentía con la cabeza—. Seguro que en la tienda de nuestro amigo común Antoun Wardi encuentra más objetos de su interés y en mejor estado. Éste no podría hacer nada en el mercado compitiendo junto a otros de su talla.

—Se lo agradezco infinitamente —dijo el americano—. ¿De dónde viene?

La pregunta fue lanzada con la mayor de las intenciones.

—Se lo requisamos a un vendedor ambulante —mintió Mustafa Aga Ayat.

—Tengo entendido que este mercado es de lo más habitual entre las gentes de la ciudad.

—Así es. Pero intentamos controlarlo en la medida de lo posible —señaló el diplomático sin esconder un ápice de su cinismo—. Y procuramos que sea Wardi el único que vende productos de calidad...

—Entonces habrá que visitarle. El hecho de que las autoridades locales reubiquen las piezas me da ciertas garantías.

El americano lanzó el comentario envenenado mientras observaba con atención el *ushebti*. En ningún momento perdió la sonrisa. El político turco no respondió a su invitado.

Wilbour tenía muy claro que detrás del hallazgo de las tumbas saqueadas estaban tanto Wardi, de quien ya conocía sus fechorías, como Mustafa Aga Ayat. Saber más le llevaría tiempo. Ahora sólo quedaba comunicar a El Cairo el siguiente paso de la investigación.

—¿Conoce el templo de Karnak?

El repentino giro en la conversación pilló a Wilbour a contrapié. Tuvo la sensación de que el vicedcónsul le estaba echando de su despacho.

—Sí, pero hace un día estupendo para visitarlo de nuevo y pasear entre sus columnas.

—Desde luego que sí. Diré que mi coche le lleve hasta allí y lo espere hasta que decida regresar al hotel para almorzar. ¿Mañana qué hará?

—Quizá visite la orilla occidental, hace mucho tiempo que no entro en sus tumbas.

—No verá nada nuevo, llevan miles de años con el mismo aspecto. Pero disfrute del templo de Karnak y no olvide ir a ver al anticuario Wardi cuando tenga un par de horas libres.

—Lo haré con gusto. —Wilbour se levantó—. Ha sido muy amable invitándome a venir a su despacho y obsequiándome con este magnífico *ushebti*.

—El placer ha sido mío. No siempre se tiene la oportunidad de conocer a gente tan interesante.

En el patio le esperaba el coche que lo llevaría a Karnak.

De camino al gran templo de Amón reflexionó sobre algunos detalles de la charla con Mustafa Aga Ayat. Era evidente que estaba metido en la trama y que el único interés al colmarle de regalos era contar con un nuevo cliente del que obtener pingües beneficios teniendo a Antoun Wardi como intermediario. Sin embargo, no entendía que asumieran un riesgo de tal calibre. ¿Acaso no comprendían el peligro que suponía la simple posibilidad de que sus comentarios trascendieran a alguna persona del Servicio de Antigüedades? ¿Desconocía el vicedcónsul que Maxence tenía

excelentes relaciones con Maspero?

Ninguna de las respuestas que le venían a la cabeza calmó su inquietud. No conseguía explicar tal riesgo. Lo único que tenía cada vez más claro era que debía doblar la prudencia.

—Espéreme aquí, por favor —indicó al conductor cuando se detuvieron frente a los pilonos del gran templo de Amón en Karnak—. Volveré en no más de una hora.

El cochero asintió, pero Wilbour tuvo la sensación de que no había entendido ni una palabra. Seguramente dedujo que debía esperar, y así lo haría.

Junto a los pilonos había varios turistas. Nada más poner el pie en la avenida de los carneros, notó que alguien le seguía.

—Buenos días, señor. Soy el mejor dragomán de la zona, conozco al detalle la historia y los secretos de este templo. Se lo mostraré con gusto si me permite acompañarle durante unos minutos.

Junto a él apareció un egipcio de piel curtida y cara sonriente. Lucía una galabiya de color marrón oscuro y, atado a la cabeza, un pañuelo blanco de algodón, a la moda local.

—Es usted muy amable, pero daré un paseo sin más —respondió el americano para escabullirse—. He estado aquí en varias ocasiones. Conozco el templo, gracias.

Echó a andar hacia la entrada, donde un hombre controlaba el acceso de los turistas.

—No le costará ni una piastra, señor. Mi servicio es completamente gratuito. Por su acento, creo que es usted americano, ¿me equivoco?

Los egipcios sabían distinguir perfectamente el acento de los extranjeros. La tarifa de sus servicios variaba según las nacionalidades. Los turistas de Estados Unidos tenían fama de ser gente adinerada, por lo que aquel hombre había visto en Wilbour la oportunidad de ganarse una buena propina aquella mañana.

El egiptólogo no contestó, solía ser la mejor manera de conseguir que dejaran de insistir, y se internó entre las columnas de la gran sala hipóstila. Cubierto por su sombrilla, deambuló entre las gigantescas columnas de casi veinte metros de altura, pero aquel egipcio parecía tener una energía especial para aguantar con firmeza los esquivos del americano.

—¿Conoce la historia de estas columnas? Se han caído en varias ocasiones por culpa de los terremotos. Es necesario limpiar algunas partes. Los relieves que ve aquí pertenecieron al faraón Seti I, el padre de Ramsés el Grande.

Wilbour hizo acopio de toda su diplomacia para decirle con palabras amables a aquel dragomán que se perdiera entre las ruinas y las columnas de Karnak.

—Por favor, ¿sería tan amable de no seguirme? Conozco este lugar.

El egipcio sabía que muchos extranjeros decían aquello precisamente para deshacerse de ellos, por lo que no tuvo reparo en seguir insistiendo. Al fin y al cabo,

no tenía nada mejor que hacer.

—Estoy seguro de que no ha visitado el lago sagrado de los antiguos sacerdotes. Déjeme que le lleve —dijo el hombre tomando a Wilbour del brazo.

—¡Suélteme, por favor! —protestó el americano.

El dragomán paró en seco y torció el gesto.

—Lamento importunarle.

Wilbour hizo un movimiento amenazador con la sombrilla, pero el árabe ni se inmutó, parecía como si no hubiera pasado nada.

—Quizá esté interesado en las antigüedades.

El dragomán miró a ambos lados para comprobar que no había nadie que pudiera verlos, metió la mano en el bolsillo de la galabiya y sacó un objeto envuelto en papel de periódico. Un *ushebti*.

El americano se quedó pálido: era una pieza idéntica a las que venían del misterioso saqueo de la Montaña Tebana. Lo cogió con cuidado y observó el texto que cubría la parte frontal. Los jeroglíficos no se conservaban muy bien, pero no había duda de que se trataba de un *ushebti* de la reina Henut-taui, la misma de quien Brugsch había comprado varias piezas en el anticuario de Luxor.

—¿Dónde ha conseguido esto? ¿No vendrá de la tienda de Antoun Wardi?

—Deme cinco libras y le diré la información que precisa. Allí podrá conseguir más como éste.

Wilbour pensó que quizá estuviera loco pero que no perdía nada por intentarlo. Sacó de su cartera parte del dinero que le habían entregado en El Cairo para estos menesteres y se lo entregó. El egipcio lo contó y descubrió que faltaba una libra para la cantidad pactada.

—Aquí falta dinero para llegar a las cinco libras —refunfuñó.

—No me ha dicho todavía dónde me informarán de la procedencia de esta preciosidad.

Wilbour jugueteó con la libra mirando a los lados y fingiendo que esperaba impaciente.

—Recuerde que tengo que darle una libra. Lleva cuatro, no está mal. En total suman cinco. Es más, con una libra extra como *bakshis* podrían sumar seis. ¿Qué le parece?

El egipcio le miró con ojos desorbitados. Ni imaginaba que aquel americano podría darle tanto dinero por la *antika* y que ni siquiera ejercitaría el sano juego del regateo.

—En la otra orilla del río, en la aldea de Gurna, hay una familia que se dedica a la venta de antigüedades desde hace años. Cuentan con un material excepcional. Yo no entiendo de eso, pero todo el mundo lo dice. Los *efendis* pagan sus buenas libras por esas piezas.

—¿Cómo se llaman?

—Son los Abderrassul. Pregunte por ellos junto al Rameseum, el templo de Ramsés el Grande. Ellos le ofrecerán más cosas.

—No ha sido tan difícil, ¿verdad? Aquí tiene el dinero prometido.

El dragomán se guardó el dinero a toda prisa. Nervioso, volvió a mirar entre las columnas de la sala hipóstila para comprobar que nadie le había escuchado.

—Le ruego que no diga a nadie que he sido yo quien le ha hablado de ellos. Son peligrosos, podrían hacer daño a mi familia —añadió el hombre de forma atropellada.

Era evidente que estaba nervioso y que se arrepentía de haber dado el nombre a aquel desconocido.

—Aunque lo deseara, no podría hacerlo —señaló Wilbour para tranquilizarlo—. Ni sé su nombre, ni me interesa saberlo.

Wilbour se sentía de lo más satisfecho. Había cerrado el círculo en torno a una de las personas más influyentes y poderosas de Luxor y parecía haber dado con el nombre de los que sacaban al comercio las piezas procedentes de la necrópolis del Tercer Período Intermedio. Realmente, no podía esperar más. Agradeció al egipcio su gesto de valentía y se dirigió hacia la salida del templo. Allí, dos enormes pilonos, levantados por Ramsés II, rodeaban el primer patio del santuario y daban a la avenida de esfinges del faraón Nectanebo I.

Al cruzar el umbral vio que el coche de Mustafa Aga Ayat lo esperaba para llevarle de regreso al hotel. Wilbour tenía dos evidencias más de lo que estaba sucediendo. Con un lapicero que llevaba en la chaqueta había tomado nota del extraño nombre que le había dicho el dragomán de Karnak. Nunca había oído hablar de los Abderrassul pero, a tenor de las pruebas que sostenía en sus manos, debía de ser una familia poderosa y problemática. Dos nuevos *ushebtis*. Estaba deseando enseñárselos a Brugsch.

Al llegar a la entrada del hotel Karnak despidió al cochero que lo había acompañado durante toda la mañana. Se sintió generoso y le dio una propina por haberle esperado con paciencia.

Wilbour fue directo a la habitación 29 y, después de comprobar que no había nadie en el pasillo, llamó suavemente con los nudillos. Como el día anterior, la puerta se abrió casi al instante. El americano entró con el rostro casi desencajado por la emoción.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó Brugsch en tono quedo.

Al igual que la otra vez, Wilbour le respondió entregándole las piezas que traía envueltas.

El egiptólogo alemán no daba crédito a lo que veía. Antes de que se lanzara a especular con cualquier hipótesis descabellada, Wilbour le relató brevemente todo lo que había sucedido por la mañana. Brugsch, mientras le escuchaba, examinaba con



detalle los dos *ushebtis*.

—Ambas piezas proceden del mismo lugar y del mismo contexto histórico.

—¿Encajan entonces con lo que estamos buscando? —preguntó Wilbour.

—Así es, Charles. Parece que hoy es nuestro día de suerte.

—En efecto. Ahora sólo queda ir tras la pista de la familia Abderrassul.

—Vi tu nota. ¿Has vuelto a ver a la muchacha que se interesó por mí esta mañana? —preguntó Brugsch con aire distraído.

—No. Pasé cerca de la tienda pero no me animé a entrar. Faltaban pocos minutos para mi encuentro con el diplomático y no quería arriesgarme a llegar tarde.

—Entiendo..., no te preocupes —dijo el alemán con cierta desazón—. En cualquier caso, aún hay más.

Brugsch, con una sonrisa, sacó un sobre del bolsillo de la chaqueta y se lo tendió.

Wilbour lo interrogó con la mirada.

—Ha llegado esta mañana —explicó Brugsch—. Salí a dar un paseo y lo tenía en mi cajetín de correo.

El membrete señalaba claramente su procedencia: el Museo de Bulaq, de El Cairo. Era una carta de Gaston Maspero.

Wilbour abrió el sobre y extrajo un papel con el sello del Servicio de Antigüedades. Apenas había seis líneas escritas:

*Estimado Émile:*

*Espero que tu estancia en Luxor esté siendo fructífera para los objetivos que nos habíamos marcado. Desde ahora tenemos vía libre para ejecutar las acciones que estimemos pertinentes. Acabo de recibir la confirmación de mi nombramiento como nuevo director del Servicio de Antigüedades de Egipto.*

*Atentamente,*

*GASTON MASPERO*

—Esto cambia las cosas completamente —dijo Wilbour, aliviado.

—En efecto. Voy a escribir una carta a Gaston proponiéndole un nuevo plan. Con los datos que tenemos, y en especial el nombre de la familia que parece estar a la cabeza de todo, podemos estar más tranquilos. Creo que ahora nos conviene dejar pasar unas semanas.

—Es posible que el *gafir* del templo se arrepienta de lo que me contó y quiera avisar a sus compañeros de mi posible llegada —señaló el americano.

—No lo creo. —Brugsch negó con la cabeza—. Por lo que cuentas, les temen, y si es así, es que también les detestan. Por eso creo que es necesario que ralenticemos nuestros pasos y no nos precipitemos. No debemos cometer errores.

—Si esperamos un poco, no levantaré sospechas.

—En efecto —convino el alemán—. En Luxor se pueden hacer muchas cosas, hay un montón de sitios interesantes que ver y donde se pueden comprar antigüedades...

Dicho esto, corrió al escritorio para redactar la contestación felicitando al nuevo director e informándole de los avances en la investigación. Si Wilbour se daba prisa, llegaría a la oficina postal antes de que cerrara a las dos de la tarde.

***Año 969 antes de nuestra era***  
***Necrópolis de los reyes, Tebas***

Paykamén se sabía seguro. Las informaciones que le había proporcionado su misterioso mentor nunca habían fallado. Y esta vez, al igual que las anteriores, estaba convencido del éxito de la operación. Al ir solo, el botín sería menor, pues no podría cargar con mucho peso, pero la operación sería más segura. No debería compartir ningún secreto ni confidencia con compañeros a los que luego el destino podría jugar una mala pasada.

Acababa de bajar de la terraza de su casa, donde el aire corría más fresco después del amanecer. Se sentó en una esquina del dormitorio y, junto a un ventanuco, abrió la bolsa de cuero que siempre llevaba atada al cordón con el que se ceñía el faldellín. Dentro guardaba el rollo de lino que su mentor le había entregado pocos días atrás. Lo desenrolló con sumo cuidado y lo extendió sobre el suelo, de tierra apisonada. El dibujo reconstruía un croquis muy burdo de la Grande y Majestuosa Necrópolis de Millones de Años de los Faraones, Vida, Salud y Prosperidad, en el occidente de Uaset. Allí debía ir tras la puesta de sol. Como en otras ocasiones, había alquilado una barca para cruzar el río. La dejaría entre los marjales, donde nadie la vería. Siguió con el dedo el itinerario que iba a seguir en apenas unas horas. La tumba que era su objetivo estaba marcada con un nombre a poca distancia hacia el este del centro del valle.

—El Osiris Seti I Menmaatra —dijo en voz baja.

Aquel nombre le resultaba muy familiar. Era el padre del todo poderoso Ramsés, rey que consiguió tener a sus pies a los pueblos extranjeros y doblegar a los hititas tras la batalla de Kadesh. La sala hipóstila del templo de Ipet Isut estaba repleta de coloridos relieves en los que se veía a padre e hijo en presencia de los dioses de la tierra de Kemet, realizando ofrendas a Amón o expulsando a los impuros extranjeros que habían osado pisar la sagrada tierra del Nilo.

Paykamén conocía a la perfección el trazado del valle donde reposaban los antiguos reyes. La ubicación de la morada de eternidad de Seti Menmaatra no le era nueva. Tiempo atrás había querido entrar en ella, pero la celeridad con la que tuvo que actuar para no ser descubierto por los guardas de la necrópolis le obligó a salir corriendo para salvar la vida.

En el mismo lino había un plano del interior de la tumba. Se trataba de una galería enorme, una de las más grandes excavadas en la roca de la montaña del oeste, decían todos los artesanos. El plano delimitaba el corredor donde encontraría objetos

preciosos al alcance de la mano. No necesitaba saber más.

Echó un último vistazo al trozo de lino y, cuando estuvo seguro de que lo tenía todo bien memorizado, dobló la tela en cuatro, fue a la cocina de la casa, mojó el lino en el precioso aceite de una lámpara que su familia sólo usaba en circunstancias muy especiales, y metió el comprometedor documento dentro del horno; lo utilizaban a diario para hacer el pan, allí siempre había rescoldos. Sopló con suavidad varias veces y el lino comenzó a arder. Las huellas del robo que estaba a punto de cometer quedarían borradas al instante. Paykamén no se movió de allí hasta comprobar que el lino se había convertido en cenizas.

Cuando llegó al embarcadero, el sol todavía no se había puesto. El tránsito por el río fue tranquilo. Algunos vecinos hacían el recorrido en el mismo sentido y otros regresaban a su casa después de haber trabajado en la orilla contraria. Gracias a un golpe de suerte, pudo esconderse entre los marjales de un islote, dejar la barca bien amarrada, lanzarse al agua y cruzar a nado, sin ser visto, los apenas veinte metros que lo separaban de la orilla.

Con el sol detrás de la montaña, contaba con tiempo y luz suficientes para llegar al punto de partida indicado en el plano, un lugar donde esa noche la seguridad sería más laxa.

Agazapado como una víbora a la espera de su momento, Paykamén aguardó hasta que la luz de la luna rompió la negrura de la noche. Sólo entonces echó a correr, esquivando las rocas, hasta el límite del valle.

Tal y como señalaba el plano, allí no había nadie. El puesto de vigilancia estaba vacío. Confiado, siguió su camino hasta entrar en los terrenos de Osiris. Conocía el valle como si siempre hubiera estado en él. Ningún hueco en la roca, ningún agujero en el suelo, ningún sendero del cementerio real tenían secretos para él. Sin dudarlo un momento, fue directo hacia donde su instinto le señalaba la meta de aquella noche.

Como era habitual en las moradas de eternidad de los reyes de la familia de los Ramsés, la entrada de la tumba no tenía muro alguno. El acceso a la primera galería era limpio. Resguardado por las paredes de la galería inicial, Paykamén se detuvo para encender una antorcha; la luz de la luna apenas llegaba allí dentro. Se agachó y avanzó a gatas sin dejar de palpar el suelo. Sabía que en algunas galerías había enormes pozos excavados para que los ladrones cayeran al infierno de la montaña. Paykamén aún recordaba perfectamente el momento en que uno de sus compañeros perdió la vida al precipitarse al vacío en el pozo de la morada del Osiris Tutmosis IV Menkheperura. Alertados por el grito de aquel desgraciado, él y sus compañeros tuvieron que salir corriendo del valle de forma precipitada. En la huida Paykamén perdió el ostracón de piedra caliza en el que estaba registrada la ubicación de varias tumbas del valle aún no saqueadas y de las que podría obtener grandes tesoros. Desde entonces, no había tenido más remedio que confiar en su enigmático mentor del

templo de Amón.

Olvidó todo aquello, se levantó y se concentró en lo que estaba haciendo. Cuando la luz cubrió la primera galería del sepulcro, Paykamén sonrió con emoción. Al contrario que en la tumba de Ramsés Usermaatra, la de su ancestro Seti Menmaatra estaba cubierta de escenas de vivos colores en las que los dioses compartían espacio con el dueño de la tumba. El sacerdote alzó la antorcha para ver el final de la galería, pero aquello no parecía tener fin. Siguió avanzando despacio, con cuidado de dónde ponía el pie y buscando a derecha e izquierda restos de algún ajuar.

Tras pasar dos galerías con escaleras y dos pasillos, vio el enorme pozo de la morada de eternidad. Varios listones de madera lo recorrían de lado a lado. Con precaución, puso el pie en las maderas para comprobar que aguantarían su peso. No parecían muy sólidas, pero soportaron su peso y le permitieron cruzar hasta una pequeña escalinata que llevaba a una sala de cuatro pilares. Allí dentro había varios ataúdes, pero en realidad esa habitación era un señuelo para hacer creer a los ladrones que se hallaban en la cámara funeraria del dueño de la morada. Paykamén tenía que llegar a la habitación que estaba señalada en el rollo de lino, y sabía que junto a alguna de las paredes habría un agujero en el suelo que le llevaría a otra estancia.

No tardó en encontrarla. A la izquierda de la cámara los peldaños daban a una habitación con dos pilares y una sucesión de galerías que llevaban a la verdadera cámara sepulcral.

Le costó llegar hasta ella. Después de pasar por varios corredores, salas con pilares cubiertos con figuras de dioses y habitaciones repletas de escenas mágicas del viaje del difunto por el mundo de Osiris, Paykamén llegó a una estancia cubierta por una enorme bóveda de color azul. En los muros había multitud de textos y figuras que dibujaban el cielo de Kemet. El sacerdote lo recordaba perfectamente de sus estudios de juventud en la Casa de la Vida de Ipet Isut. Al fondo, entre dos pilares, varios escalones descendían a una nueva habitación con un agujero en el suelo que se perdía en el interior de la montaña en dirección sur.

El sarcófago de piedra del rey Seti Menmaatra era de una calcita exquisita, casi transparente, y estaba cubierto por decenas de textos mágicos grabados con primor sobre la piedra y pintados con delicadeza con el azul más brillante que jamás había visto. Pero estaba vacío. Junto a él había un ataúd antropomorfo de madera, pintado de blanco y con el nombre de Seti Menmaatra escrito sobre la tapa. En el suelo, no lejos de él, yacía otro ataúd, también de madera pero sin restos de pintura, con el nombre de su hijo, el Osiris Ramsés Usermaatra. Apoyado en un pilar de la enorme sala abovedada en la que se encontraba, vio un nuevo ataúd. Su curiosidad le arrastró hasta allí. Era de madera, más austero aún que los anteriores. En uno de los lados de la tapa pudo leer el nombre del faraón al que perteneció: el Osiris Ramsés I Menpehtyra, padre de Seti, abuelo de Ramsés el Grande y, lo más importante,

iniciador de la familia de los Ramsés que tanto poder había dado a Egipto. Pero como recordaban muchos textos antiguos que Paykamén había leído siendo joven en la Casa de la Vida, el éxito, el poder y el dinero eran cosas pasajeras, fútiles, efímeras. Delante de sus propios ojos tenía la prueba de que esos textos que los sacerdotes solían ocultar a los alumnos no funcionaban y eran una simple superstición. Aquellos tres grandes reyes —padre, hijo y nieto— consiguieron en vida lo que seguramente ningún otro faraón había logrado. Sin embargo, allí estaban: abandonados a su suerte, en las moradas que no les correspondían —salvo Seti—, escondidos para no ser vistos por los ojos de nuevos saqueadores.

Paykamén se sentía orgulloso de su nueva proeza. Había sido capaz de esquivar todos los obstáculos y llegar a la meta. Obnubilado por la belleza de cuanto le rodeaba, movió la antorcha en todas direcciones. La cámara funeraria estaba repleta de tesoros: cofres, sillas, lechos funerarios, ataúdes de miembros de la familia de los Ramsés, arcones con plata y electro, estatuas de divinidades, a muchas de la cuales ya les habían arrancado el antiguo recubrimiento de oro... No sabía por dónde empezar. Lo único que tenía claro era que una de esas arcas contenía joyas, valiosas joyas que comenzó a buscar con ahínco. Abría los cofres que iba encontrando a cada paso. En unos había ricas telas del más fino lino, en otros vio colecciones de abalorios, sandalias, papiros con textos funerarios mágicos, vestidos... y joyas. Al ver el brillo del oro, Paykamén esbozó la mejor de sus sonrisas. Guardó silencio para cerciorarse una vez más de que nadie le había seguido hasta allí y comenzó a llenar la saca que había traído consigo con las piezas más valiosas; en ocasiones arrancaba los abalorios que ocupaban espacio y pesaban casi más que el oro y se quedaba sólo con el áureo metal.

Paykamén se rió pensando en las fórmulas mágicas grabadas con esmero sobre los papiros dejados allí por sacerdotes que, más píos que él, pensaban que serían efectivas durante toda la eternidad. Dejó de lado esas cábalas que no le correspondían y siguió seleccionando objetos preciosos. Había tal cantidad de tesoros, que no tardó en completar un buen botín.

Una vez hubo cerrado la bolsa, abandonó la cámara sepulcral por el mismo camino por el que había llegado. Subió los escalones a toda prisa, con la bolsa llena de oro aferrada a su cuerpo para no hacer ruido. Al llegar al pozo, se quedó quieto. Sabía que los listones de madera no aguantarían su peso y el de la saca con el botín. Apretó el nudo y, usando uno de los listones como pértiga, se dispuso a pasarla al otro lado. Paykamén lanzó un grito ahogado cuando la bolsa estuvo a punto de caer al fondo del pozo. Finalmente pudo depositarla con cuidado y sin hacer ruido en el extremo contrario del pasillo. Volvió a poner el listón sobre el foso sagrado y cruzó con la misma tranquilidad que antes.

Desde allí se veía ya el exterior de la morada. Apagó la tea y, para evitar

rescaldos, la lanzó al fondo del pozo. Luego caminó despacio y en silencio hasta la salida, no fuera a ser que pasara algún guarda haciendo la ronda. Pero esta vez tuvo más suerte. Al llegar a las jambas que perfilaban la enorme entrada de la tumba descubrió que allí no había nadie. Subió con cautela los escalones que llevaban al suelo del valle. No quería cometer un error en el último instante.

Sin perder más tiempo, trepó por la loma del valle hasta alcanzar los riscos que bordeaban la necrópolis. Ni vio guardas ni oyó ruidos molestos que anunciaran la presencia de animales o de extraños en el camino.

Casi sin darse cuenta, Paykamén consiguió llegar a la orilla del Nilo. Se ató el botín a la espalda y se arrojó al agua, en la oscuridad, para regresar cuanto antes a su casa.

Dos días después tendría que rendir cuentas a su mentor. Paykamén había cumplido con su parte del trato, entonces le tocaría hacer lo propio a él.

**Domingo, 6 de marzo de 1881**

**Luxor**

**T**ras el desayuno, Charles Wilbour subió a su habitación y se preparó para cruzar a la otra orilla. Habían pasado unas semanas desde su visita al templo de Karnak.

Cuando salió del hotel, recordó las palabras de Brugsch: «Sé prudente, no arriesgues innecesariamente. Si das con ellos, acepta lo que te propongan con cierta ambigüedad. Juega tus cartas como bien sabes. Mucha suerte». Fue caminando hasta el embarcadero del templo de Luxor y una vez allí se unió al nutrido grupo de egipcios y turistas que se disponían a pasar al otro lado a esa temprana hora de la mañana.

En cuanto el transbordador tocó tierra, varios guías se lanzaron al asalto de los extranjeros. Muchos de ellos iban acompañados de un coche de caballos para llevar a los turistas a visitar la necrópolis de los nobles, el Valle de los Reyes o los templos de millones de años de los grandes faraones del Imperio Nuevo. Pero Wilbour no quería nada de eso. Sólo quería ir al Rameseum, preguntar por la familia Abderrassul y seguir con sus pesquisas.

Sombrilla en mano fue esquivando a los dragomanes empleando la técnica de ignorar su presencia. El templo funerario de Ramsés el Grande estaba lejos del embarcadero, a casi una hora andando, por lo que decidió quitarse de encima a los guías, caminar un poco y coger cualquier coche.

Cuando enfiló la pista de tierra que atravesaba los cultivos y llevaba hasta los monumentos, lo adelantaron varios coches de caballos en los que iban parejas o pequeños grupos de turistas que reían emocionados por la aventura que estaban viviendo.

Wilbour paró el primer coche vacío que pasó junto a él.

—Lléveme hasta el Rameseum, por favor.

—Magnífico lugar para comenzar las visitas de la orilla oeste. ¿De dónde es usted, amigo?

—No vengo de visita, estoy trabajando —respondió el americano de forma seca para ahorrarse una tediosa conversación.

—Ah, es usted arqueólogo. Trabaja con los *efendis* en el templo de Ramsés, ¿me equivoco?

Wilbour no respondió. Divisó el templo funerario de Seti I al final del camino. Al llegar al cruce que llevaba directamente al Valle de los Reyes, giraron a la izquierda,



hacia la zona de los templos funerarios. En pocos minutos alcanzaron el Rameseum.

—Deténgase aquí, por favor —solicitó Wilbour.

El cochero hizo frenar al caballo de inmediato.

—Muy bien, señor, ¿quiere que lo espere aquí?

—Sí, por favor. No sé cuánto tardaré pero...

—No se preocupe, señor —lo interrumpió el egipcio con una sonrisa franca—. Estaré aquí el tiempo que precise. Media hora, una hora, dos horas... Le esperaré gustoso.

El americano bajó del coche y abrió la sombrilla para resguardarse del sol. Aún era temprano y la calima matinal acababa de desvanecerse, pero el sol ya empezaba a apretar. Sus rayos lo cubrían absolutamente todo y la montaña cegaba con su fulgor.

Un grupo de turistas franceses abandonaba en ese momento el templo de millones de años de Ramsés. Hablaban animadamente mostrándose unos a otros las antigüedades que acababan de adquirir. En la distancia Wilbour no pudo distinguir de qué se trataba. Vio que una de las mujeres enseñaba un *ushebti* de madera envuelto en una fina gasa de lino. No pudo ver más, pero un pálpito le dio la señal de que había dado con el lugar correcto.

—Buenos días, señor, ¿puedo ayudarle en algo? —dijo una voz de hombre a su espalda.

—Buenos días —respondió Wilbour atropelladamente al tiempo que se volvía—. Querría visitar el templo y de paso comprar algún recuerdo.

—¿Qué clase de recuerdo? —preguntó el árabe.

—Algo de calidad. Me interesan las antigüedades egipcias y tengo entendido que en esta zona de Gurna hay una familia que es experta en la venta de este tipo de piezas.

—¿Ah, sí? ¿Y de qué familia se trata?

—En el hotel oí hablar de los Abderrassul —mintió Wilbour—. Creo que cuentan con un género excepcional.

—Los Abderrassul llevamos vendiendo antigüedades desde hace generaciones.

—¿Es usted miembro de esa familia? —preguntó el americano, sorprendido de su golpe de suerte.

—Hay gente que nos tacha de ladrones de tumbas, pero eso es falso. Las antigüedades se encuentran por doquier. Usted mismo podría hacerse con algunas de ellas en un simple paseo por la montaña. Son tan abundantes como el polvo del desierto.

—Me llamo Charles Wilbour y estaría interesado en adquirir alguna pieza excepcional.

—¿A qué llama usted «excepcional», señor Wilbour?

—Objetos de una belleza particular, algo fuera de lo común, algo que no se pueda

encontrar en los bazares de Luxor.

El egipcio lo escrutó de arriba abajo como si buscara algún detalle que le diera una pista sobre quién era ese misterioso extranjero.

—Me llamo Ahmed. Espéreme aquí, por favor.

Wilbour aguardó junto a las columnas osiríacas del patio del Rameseum, pero siguió al egipcio con la mirada.

Ahmed se acercó a la zona de tumbas que había en Gurna, a apenas un centenar de metros de donde se encontraban. Aquello parecía una pequeña ciudad. Hombres y mujeres entraban y salían de las tumbas donde habían vivido durante generaciones como si fuera la cosa más natural del mundo. Ahmed se detuvo a la puerta de una sepultura repleta de desconchones. No había nada que señalara que aquello pertenecía a la época faraónica. Los relieves habían sido arrancados o se habían caído al suelo con el paso de los siglos.

Wilbour siguió observándole a la sombra del coloso de Osiris adosado a un gigantesco pilar de piedra. Ahmed entró en la tumba, estuvo allí unos segundos y salió con una bolsa colgada del hombro. Al poco llegó junto al americano.

—Tome asiento, señor Wilbour. ¿Quiere un té?

—Por favor, gracias, es usted muy amable —respondió Wilbour mientras miraba alrededor y se preguntaba dónde iba a sentarse en aquel solar, hasta que comprendió que Ahmed se refería al polvoriento suelo del patio del templo.

El ofrecimiento del té, como si estuvieran sentados en la cómoda terraza de un café, fue aún más sorprendente. Pero de pronto, como una aparición, entre las imágenes de los colosos surgió una figura, casi una sombra, cubierta con una galabiya clara. Se trataba de un hombre joven que llevaba una bandeja con tres vasos para el té: Mohamed Abderrassul.

—Usted estuvo en la fantasía que celebró Mustafa Aga Ayat hace unas semanas, ¿no es así? —preguntó Ahmed.

—Así es. Tiene usted muy buena memoria... Le ruego que me disculpe, había mucha gente, no recuerdo haberlo visto.

Con lo que había descubierto en las últimas fechas, a Wilbour no le sorprendió demasiado que una persona de la modesta aldea de Gurna hubiera sido invitada a la fiesta. O bien la fantasía no era tan selecta como él creía o bien aquella familia era mucho más importante de lo que había imaginado en un principio.

—La fiesta estuvo muy concurrida, no se preocupe. Compartió mesa con Antoun Wardi y el anfitrión, ¿verdad?

—En efecto. No hay duda de que es usted muy buen observador —respondió el americano en tono bonachón.

—Yo trabajé en casa del vicescánsul durante muchos años. Es un gran hombre que ha ayudado a mi familia en momentos difíciles. ¿De qué lo conoce usted?

—Un amigo común de El Cairo me introdujo en la fiesta. Para serle sincero, yo no estaba invitado. Estoy aquí de vacaciones. En Estados Unidos me dedicaba a la política, pero decidí dejarlo. Es una historia muy larga. Ahora resido en París, viajo...

Wilbour soltó de un tirón todo su historial para evitar preguntas que pudieran comprometerle. Sin embargo, su brillante puesta en escena no impidió que Ahmed Abderrassul quisiera saber más.

—Y además de viajar, ¿cuenta con algún negocio en Egipto?

—De momento no, aunque no lo descarto. Egipto está repleto de ofertas para los extranjeros. Es un país lleno de posibilidades para todo el mundo.

El comentario no fue del agrado del vendedor. Ahmed comenzó a ver en Wilbour una suerte de advenedizo con dinero en el bolsillo, carente de escrúpulos y dispuesto a hacer negocios en aquel país a costa de los intereses de los egipcios. Un estúpido más de los que gastaban su dinero en antigüedades. Uno más de los muchos que últimamente estaban apareciendo en Luxor como simples turistas que no sabían en qué dilapidar sus fortunas.

Ahmed tomó uno de los vasos de té y comenzó a beber a pequeños sorbos; tenía los dientes amarillentos por la ingesta continua de té durante años.

—¿Qué quiere comprar, señor Wilbour? ¿Está interesado en algo en especial?

—Sorpréndame, se lo ruego —dijo el americano dejando el vaso de té en el suelo y frotándose las manos—. Tengo una pequeña colección de *ushebtis*. Me gustaría abrir la horquilla y tener objetos más curiosos.

Ahmed miró a su hermano Mohamed. Al instante, como movido por un resorte accionado por la mirada del mayor de los Abderrassul, Mohamed se levantó y volvió a desaparecer entre las columnas.

Wilbour observó en silencio el entorno.

—Mi familia ha vivido aquí durante generaciones —dijo el egipcio intentando justificar su presencia en un antiguo lugar sagrado—. Los habitantes de Gurna pertenecemos a la montaña y somos los verdaderos dueños de la necrópolis, por eso nos sentimos a gusto compartiendo el espacio con nuestros ancestros.

No era la primera vez que Wilbour escuchaba esa arenga en favor de la propiedad de la tierra en la orilla oeste de Luxor. No quería entrar en la polémica; prefería mantener cierta distancia con el egipcio y continuar con éxito la transacción.

En ese instante Mohamed Abderrassul regresó con un fardo de tela que dejó con cuidado en el suelo. Cuando Ahmed lo abrió, Wilbour se fijó al instante en dos tiras de cuero grabadas con textos jeroglíficos. Al lado había varios amuletos y tres *ushebtis*; nada especialmente excitante, pero aquella especie de correas de cuero llamaron su atención. Era evidente que procedían del vendaje de una momia. En ellas estaba escrito el nombre de un faraón. Su fuerte no eran los textos, pero creía saber a quién pertenecían: Pinedjem. Los ideogramas no eran claros, pero podía identificar

varios de los que estaban en el nombre de este sumo sacerdote de Tebas. Se trataba de uno de los personajes destacados del Tercer Período Intermedio cuya tumba todavía se desconocía y que gobernó en la franja de tiempo a la que pertenecían todos los objetos que habían aparecido en el mercado negro de antigüedades desde hacía varios años. El estado de conservación era magnífico. Parecía que las hubieran retirado de la momia el día anterior. Lo más sorprendente era que para el vendedor aquello tal vez fuera una pieza menor, pero para un experto eran objetos muy singulares y valiosos. Una evidencia más de que los saqueadores de las tumbas ignoraban el valor de los objetos que colocaban en el mercado.

Wilbour se emocionó. Por primera vez creyó estar ante una pista verdaderamente fundamental. Aquello parecía un disparate arqueológico. Esos dos egipcios le mostraban amuletos, *ushebtis* y un par de tiras de cuero creyendo que eran objetos de poco valor. Quizá los amuletos y las figuras momiformes lo fueran, pero los fragmentos de cuero tenían una importancia extraordinaria para la investigación que estaban desarrollando.

—¿Qué es esto? —preguntó haciéndose el ingenuo.

—Parte del recubrimiento de una momia. Y esto son *ushebtis* y amuletos.

—Sí, los he reconocido nada más verlos —dijo el americano sin poder evitar la broma.

—Son piezas extraordinarias —añadió el egipcio para llamar la atención sobre el valor del producto.

Wilbour observó con fingido interés el resto de los objetos. Los amuletos eran corrientes, al igual que los *ushebtis*. Se trataba de piezas de la Baja Época, poco llamativas pero que seguramente harían las delicias de cualquier visitante poco experto.

—¿Cuál es su precio?

—¿Por cuál se decanta, señor Wilbour?

—Me gustaría llevarme una buena selección de lo que me ofrece. Los amuletos son vistosos, los *ushebtis* son un clásico de la arqueología egipcia, me atrevería a decir, y las tiras de cuero tienen inscripciones hermosas. Los textos jeroglíficos son otro de los aspectos más llamativos de la antigua cultura de los faraones. Me interesan.

Wilbour separó del conjunto dos ojos de fayenza, amuletos protectores del dios Horus, uno de los *ushebtis* tardíos, de color verdoso claro, fabricado al igual que los amuletos en fayenza, y una de las dos tiras de cuero, aquélla en la que el nombre del soberano se veía de forma más clara.

—No ha elegido mal, amigo. Veo que tiene buen ojo —señaló el mayor de los Abderrassul siguiendo la tradición de que cualquier cosa que seleccionara el comprador, aunque fuera el objeto más tosco, se convertía, de pronto, en un *unicum*

del arte universal para, de esta manera, poder aumentar su valía.

—Sea condescendiente conmigo y hágame un buen precio. Si es así y quedo satisfecho, en unos días volveré para adquirir más cosas.

—Este *ushebti* y los amuletos son de una calidad extraordinaria —añadió el egipcio para intentar justificar el precio que le iba a proponer—. Puedo dejárselo todo en sesenta libras.

Wilbour enarcó las cejas y abrió la boca con expresión de incredulidad ante el desorbitante precio que le estaba ofreciendo por aquellas baratijas.

—¿Está loco? ¿Sesenta libras por un par de amuletos, un *ushebti* mondo y lirondo y la tira de una momia? Estos artículos no son más que objetos de regalo en el anticuario de Wardi. El propio Mustafa Aga Ayat me obsequió el día de la fiesta con un *ushebti* mucho más valioso que éste.

—¿Cuánto está dispuesto a gastarse?

—No, amigo, ese truco no va conmigo. Deme usted un precio. Si fuera por mí, no le daría ni cuatro libras por todo.

Fingiéndose indignado, Ahmed volvió a juntar todas las piezas dentro de la tela para rehacer el hatillo y marcharse.

—Creo que no nos entenderemos, señor Wilbour. Los precios que usted tiene en la cabeza no están a la altura del valor de estas piezas. Será mejor que busque en otro lugar. Quizá algún incauto acceda a su oferta; yo, desde luego, no.

—No se enoje, Ahmed —recoló el egiptólogo—. Podemos llegar a un acuerdo. Le doy veinte libras pero a cambio usted me da dos amuletos más y la otra tira de cuero con el texto jeroglífico.

—Eso serán cuarenta libras —replicó el egipcio—. No puedo bajar más.

—No sea embustero. —Wilbour rió—. Me acaba de rebajar un tercio del precio inicial añadiendo además varias piezas. Veinte libras es un precio justo, ¿no le parece?

Ahmed miró a su hermano Mohamed. Ninguno de los dos hizo gesto alguno; parecían comunicarse con el brillo de la mirada.

—Está bien, deme veinticinco libras y cerramos el negocio.

—De acuerdo. —El americano sacó la cartera—. Aquí tiene el dinero. Espero que el acuerdo sea de su agrado. Si me lo permite, me gustaría hacerle una pregunta.

—¿De qué se trata?

—Ustedes no saben qué es esto, ¿verdad?

—¿A qué se refiere? —Ahmed miró extrañado a su hermano.

—Me gustaría saber de dónde lo han sacado.

—Los *ushebtis* proceden de una vieja tumba en la que vive un hombre del pueblo; los amuletos vienen de Deir el-Medina, y las tiras de cuero se descubrieron de forma casual en el desierto.

—¿Hace cuánto?

—No le entiendo...

—Sí, ¿hace cuánto que aparecieron las tiras de cuero?

Al ver que Wilbour mostraba interés en las tiras con el nombre del faraón, Ahmed se puso nervioso por primera vez. Tensó el rostro en una expresión de inquietud y comenzó a recoger las piezas sobrantes.

—Hace meses —respondió con frialdad—. Después de una tormenta de arena. Siempre que sucede algo así, los chiquillos de la aldea salen al desierto a buscar *antikas*. Se lo toman como un juego; saben dónde buscar. Esas tiras no tienen ningún valor, considérelas un regalo por la compra de las otras antigüedades.

Wilbour tomó una de las tiras y mostró una parte del borde donde se veía que el cuero había sido rasgado no hacía mucho tiempo.

—En cambio, estas señales de rotura parecen recientes..., ¿verdad?

—Ya sabe que algunas personas rompen las piezas en varios trozos para venderlos a los turistas y conseguir así más dinero por un solo hallazgo. Es una práctica común, y más todavía entre los muchachos de nuestra aldea. Seguro que los chiquillos que dieron con ellas las cortaron. Hace unas semanas vendimos otros fragmentos.

—Los tienen bien enseñados. Qué bribones... —dijo Wilbour en tono desenfadado para romper la tensión que se había generado en los últimos minutos. Sabía que el egipcio mentía.

Cerca de ahí deambulaban dos pequeños grupos de visitantes, cada uno de ellos acompañado de su correspondiente dragomán y de la oportuna corte de niños y niñas ofreciendo toda clase de recuerdos.

—¿Quién es usted, señor Wilbour? —espetó de pronto el egipcio.

—Soy un americano interesado en las antigüedades egipcias. No le he engañado en mi presentación. Estas tiras de cuero son realmente «singulares» —afirmó—, como usted decía, pero no les creo cuando me dicen que las han encontrado en el desierto. Me gustaría ver la tumba de donde provienen y también la momia de donde las han sacado. Piénselo. Podría ser un gran negocio para ustedes. Me interesa la momia.

Ahmed y su hermano se miraron una vez más. En esta ocasión Wilbour detectó claramente un sentimiento de incertidumbre en los ojos de los dos hombres.

—Pásese por aquí el próximo jueves —respondió al final el mayor de los Abderrassul—. Le mostraremos la momia y el enterramiento de donde la hemos extraído.

Wilbour no daba crédito. Sonrió agradecido y apretó los puños para contener la emoción.

—Será un placer acompañarles hasta esa tumba —dijo casi en un suspiro.

Evitó hacer cualquier otro comentario para no enmarañar la charla. Nada dijo de la historia inventada de las tiras descubiertas hacía meses en la arena del desierto. Acababan de reconocer su fraude y eso bastaba. Volvería en unos días, tal y como le habían ofrecido, y entonces vería la tumba y la momia de donde provenían aquellas cinchas de cuero.

¿Dónde estarían esos enterramientos? Seguramente muy cerca de donde se encontraba. Wilbour sabía que entre las ruinas del Rameseum habían aparecido otras sepulturas. En cualquier caso, debían de estar en algún lugar de la Montaña Tebana, tal y como dedujo Émile Brugsch después del encuentro con aquellos misteriosos egipcios en el hipogeo de las proximidades de Qurnet Muray.

El americano ya no tenía ninguna duda: fueran quienes fuesen los dos tipos que se reunieron con el egiptólogo alemán, debían de pertenecer a la familia de los Abderrassul.

—Se lo agradezco —añadió Wilbour levantándose para regresar a Luxor—. Seguro que acabamos haciendo un negocio en el que todos salimos beneficiados.

Ahmed lo observó con atención. Le parecía que había algo extraño en aquel americano, pero no sabría decir qué era. Su aspecto era afable; un hombre educado con el que se podía negociar. Agradecía que fuera con la verdad por delante, como había demostrado en todo momento. Pero había algo en él que lo desconcertaba. El propio Wilbour se había percatado de ello y lo aprovecharía al máximo. En sus años de política en Estados Unidos siempre había usado su facilidad de palabra y la aparente bonanza de su carácter para conseguir lo que deseaba. No era un mal tipo, pero sabía jugar sus cartas y sacar provecho de las virtudes que la naturaleza le había dado para las relaciones sociales. No en vano, era una de las razones por las que Maspero, el ahora flamante director del Servicio de Antigüedades de Egipto, había decidido enviarle a Luxor a proseguir la investigación comenzada semanas atrás por Émile Brugsch.

—Le esperaré aquí mismo tras la puesta de sol. El sitio al que iremos es secreto. Será mejor que nadie nos vea. No diga a nadie a qué viene. Ni siquiera diga en el hotel que se dispone a cruzar la orilla. Le agradeceríamos que fuera lo más discreto posible.

Wilbour sintió temor por primera vez. El dragomán de Karnak había dicho que la familia Abderrassul era peligrosa. Debería tomar las medidas necesarias para no correr riesgos. El jueves era víspera de fiesta, aquello estaría más concurrido, pero la oscuridad de la noche podría ocultar cualquier crimen, más aún en un lugar tan apartado como aquél.

—Así será, amigo Ahmed. Nos veremos el próximo jueves a la entrada del Rameseum tras la puesta de sol.

Y llevándose la mano al *tarbush*, Wilbour se despidió de los dos hermanos.

Cuando echó a andar, respiró profundamente para calmar la tensión acumulada. No quería pensar en las consecuencias en las que todo aquello podría devenir. Al llegar al coche que lo esperaba, pagó con una generosa propina y siguió a pie. Necesitaba airearse y no pensar en nada; disfrutar del paisaje y de la belleza infinita de la Montaña Tebana. Ya habría tiempo para preparar su plan. Antes debería avisar a Brugsch; eso lo tenía claro.

Y así fue. Cuando el transbordador lo dejó en la orilla oriental del Nilo, junto al templo de Luxor, tomó un coche de caballos para llegar lo antes posible al hotel Karnak.

Wilbour pasó de largo la recepción, subió las escaleras y fue directamente hasta la habitación de su compañero. Llamó con discreción y abrió la puerta. Émile Brugsch estaba tumbado en su cama.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó el alemán.

—No podría haber sido más fructífero —respondió Wilbour abriendo mucho los ojos por la emoción—. El jueves próximo me llevarán al lugar de donde proceden todos los tesoros.

—¿Cómo dices? —Brugsch se incorporó como un autómata.

Wilbour le relató con detalle el encuentro con Ahmed Abderrassul y su hermano: lo que le habían ofrecido, los precios de las piezas, el regateo y el acuerdo final para ir el jueves a aquel lugar.

—¿Dijo que era un lugar «secreto»? Qué extraño...

—Sí, es lo que dijo. ¿Por qué te resulta raro?

—Deben de llevar años escondiendo el cementerio o las tumbas de donde vienen esos papiros y *ushebtis*... No me encaja que ahora se lo quieran enseñar al primer turista que pasa por allí. ¿Dónde has quedado?

—El jueves tras la puesta de sol en el templo funerario de Ramsés II. Parece que estamos en el buen camino.

—De eso no me cabe la menor duda, pero no olvides que el camino lo marcan ellos, no nosotros. Estas tiras de cuero con el nombre de Pinedjem son una evidencia más.

—Podríamos estar muy cerca de nuestro objetivo —dijo el americano con entusiasmo.

—Debemos ser prudentes —repuso Brugsch para calmar la emoción de su compañero.

Se levantó de la cama y fue a coger la chaqueta que había dejado colgando del cabecero.

—Lo mejor será que vaya a enviar un telegrama a El Cairo. Solicitaremos permiso a Maspero para continuar el trabajo si es que realmente damos con el lugar del que proceden los *ushebtis* reales del Tercer Período Intermedio. Nos veremos



mañana. Tú vuelve a tu hotel.

Brugsch salió de su habitación al poco de que Wilbour se marchara. No dejaba de pensar en la familia Abderrassul y las piezas del mismo período histórico. ¿Fueron ellos los que le llevaron a aquella misteriosa tumba de la Montaña Tebana?

Al pasear por la Corniche, de pronto vio a la joven Mariam cerrando la puerta de la tienda. Brugsch se ocultó al instante detrás de uno de los árboles del paseo. No debía encontrarse con la joven, aunque eso era precisamente lo que más deseaba en aquel momento. Estaban en juego el resultado final de la operación y, mucho más importante, la seguridad de la muchacha si alguien los veía. Echó a correr hacia la calle que se abría en dirección a la estación del ferrocarril, junto a la cual se encontraba la oficina postal. Debía mandar el telegrama a El Cairo con urgencia.

¡ENHORABUENA! (STOP) LO ENCONTRAMOS (STOP) SOLICITAMOS PERMISO PARA SU EXCAVACIÓN (STOP)

El mensaje era lo suficientemente claro como para que Maspero comprendiera la importancia del descubrimiento, pero también era ambiguo. No daba pistas sobre lo que se estaba tratando. Las excavaciones en Egipto, y más en Luxor, eran de lo más natural. El mes de marzo era una buena época para llevarlas a cabo. No hacía mucho calor y todo acompañaba. Por lo tanto, nadie sospecharía nada.

Toda precaución era poca cuando se trataba de un asunto de ese calibre. En Egipto era imposible mantener un secreto, por lo que la cautela era obligatoria. Como sucedía en la Antigüedad, parecía que hasta las piedras tenían oídos. Resultaba imposible mantener algo oculto durante mucho tiempo. Por eso, el secretismo guardado durante tantos años alrededor de las tumbas del Primer Período Intermedio parecía algo sobrenatural.

Brugsch y Wilbour debían de sentirse un poco magos, pues parecían haber dado con el brebaje que rompía el hechizo.

*Lunes, 7 de marzo de 1881*

*Orilla oeste de Luxor*

Mohamed Abderrassul estaba furioso. Su hermano Ahmed lo observaba con irónica tranquilidad desde la esquina del banco de una de las habitaciones de la nueva casa de la familia en Gurna.

—¡No me digas que vas a llevar a ese desconocido a la Montaña de las Momias! ¡Deberíamos dejar el comercio durante un tiempo! —gritó Mohamed al ver que su hermano no reaccionaba ante la gravedad del problema.

—No sabes de qué estás hablando —se limitó a decir Ahmed, como si no fuera la primera vez que se veía ante una tesitura de esas características.

—Soy el más joven de la familia pero no soy estúpido —afirmó Mohamed con decisión—. ¿O crees que soy imbécil? ¿Te parece normal que nuestro nombre corra de boca en boca en Luxor cuando se habla del tráfico de antigüedades?

—Algo nos inventaremos... Nadie sabe de dónde vienen las *antikas*. Te reirías si oyeras lo que se dice en la ciudad. Se habla de un simple campesino, un jeque rico y un negro. No tienen ni idea.

La tranquilidad de su hermano mayor acabó por crispár al joven Mohamed. Dio una patada a una silla, ésta salió volando, cayó junto a su hermano y al golpear contra el suelo se rompió en mil pedazos.

—¡Tenemos un problema muy grave! ¿Es que no lo ves? —volvió a gritar Mohamed haciendo grandes aspavientos—. ¡Ya saben quiénes somos! Olvídate de las antigüedades durante un tiempo.

—No consiento que me hables en ese tono. Soy el cabeza de familia de los Abderrassul y por...

—¡Pues actúa como tal! —le cortó Mohamed—. ¿Crees que por ser el mayor pasas inadvertido ante el resto del mundo? Ese hombre venía buscándote, alguien le había dado nuestro nombre y no...

Ahmed se levantó y le plantó una sonora bofetada.

—Apenas llevas unos meses en este negocio y ya crees que sabes más que nadie —advirtió Ahmed levantando el dedo índice—. Te corregiré una vez más. Lo que has visto esta mañana no es más que una venta cordial entre un extranjero y unos vendedores de antigüedades.

—Ese hombre sabía perfectamente quiénes éramos y dominaba el arte de los objetos faraónicos —protestó de nuevo Mohamed—. Te aseguro que ese americano te engañó cuando no le dio ninguna importancia a las tiras de cuero con los

jeroglíficos. Los amuletos y los *ushebtis* no le interesaban en absoluto. Desde un principio fue directo a las tiras de cuero. Sólo una persona versada en el Egipto faraónico se daría cuenta a primera vista de que pertenecían a una momia. Además, descubrió que las habíamos manipulado recientemente. Estás ciego y no ves el peligro que acecha a nuestra familia como esto siga por los mismos derroteros.

Ahmed se acercó a un hatillo y tomó varias libras.

—¿Ves esto? ¿Sabes qué es? —preguntó alzando el dinero ante el rostro de su hermano—. Esto es sólo parte de lo que hemos ganado en las dos últimas semanas por el simple hecho de vender cosas que nos encontramos por los suelos en la Montaña de las Momias. Es el pan de nuestra familia, y no estoy dispuesto a que te atrevas a decirme cómo debo actuar. Lo hemos hecho así durante años y nunca ha pasado nada. No tiene por qué pasar ahora. Así que apacigua tus nervios y compórtate como un Abderrassul.

—Eso no justifica el riesgo al que te expones ahora. Alguien se ha ido de la lengua dando nuestro nombre y a ti parece que te dé igual. Tarde o temprano nos descubrirán. ¿Por qué no haces una pausa durante un tiempo? Sólo unas semanas, el tiempo necesario para que todos se olviden. Tenemos dinero suficiente para vivir una buena temporada sin problemas.

—Somos conocidos desde siempre por nuestro trabajo en la montaña, el lugar que nos ha visto crecer durante generaciones. Saben que trabajamos el campo y el ganado como nadie y que sacamos un dinero extra con la venta de antigüedades, como hacen los Hussein, los Fakhri o la familia Faruk, por nombrar sólo a algunos de nuestros vecinos ejemplares. Todos lo saben. No hay nada malo en ello.

—Entonces, ¿por qué sólo han dado nuestro nombre? Si crees de verdad que ese americano era un turista más, te equivocas, hermano. Ese hombre no es un turista cualquiera, es uno de los *efendis* del gobierno que trabaja en la arqueología. Estás muy ciego si no lo ves.

—A diario vienen muchos *efendis* que conocen la escritura de los antepasados —respondió Ahmed justificándose—. La egiptología es una moda reciente entre los *efendis*. Eso no lo puedes negar, y no significa que el primero que aparezca por aquí sabiendo algo más que la mayoría sea un espía del gobierno. Docenas de ellos visitan la tienda de Wardi todos los días y no por eso está más preocupado que yo.

Mohamed Abderrassul permaneció unos segundos en silencio. Caminó por la habitación intentando buscar nuevos argumentos con los que convencer a su hermano para que dejaran durante un tiempo el tráfico de antigüedades, pero no encontró nada con lo que contraatacar.

—¿Y qué vas a hacer ahora con ese *efendi*? —preguntó por fin—. ¿Le vas a llevar a la tumba? Supongo que no estás tan loco..., o quizá sí...

—No seas estúpido. Todavía no sé qué voy a hacer, pero en cualquier caso no

pienso llevarlo a la tumba —farfulló Ahmed intentando dar a entender que tenía la situación controlada—. No es la primera vez que me encuentro ante una situación similar. Nuestro padre también tuvo que enfrentarse a problemas y siempre los resolvió de forma brillante. Era un hombre sabio.

—Cualidad que por lo visto tú no has heredado, querido hermano. No cuentes conmigo para nada que esté relacionado con este oscuro asunto —espetó el joven Abderrassul con determinación—. A partir de hoy seguiré trabajando únicamente con las cabras. No quiero dinero extra. Los animales y el trabajo de mi esposa en el campo nos darán el pan necesario para nuestros hijos. Madre lo entenderá. Seguiré viviendo en la casa, pero te ruego que no vuelvas a involucrarme en nada de eso. Búscate a otro.

Ahmed, rojo de ira, no daba crédito a lo que acababa de escuchar de boca de su hermano.

—¡Juraste por tu familia que no abandonarías esta misión! —gritó.

—¡Eso es falso! Juré que nunca diría dónde está la tumba. No me comprometí a poner en peligro la vida de nuestros hijos. Sólo te estoy pidiendo que hagas una pausa en el comercio durante unas semanas. Las presentes circunstancias lo exigen. Pero tú no eres capaz de darte cuenta de lo que pasa porque el dinero te ciega.

—¡Soy el patriarca de la familia y te ordeno que sigas junto a mí en este negocio! —gritó Ahmed, desesperado. Había confiado en él y ahora todo se venía abajo.

—Si me lo ordenas, recogeré mis cosas y me marcharé. Pero entonces tendrás que explicar al resto de la familia, y especialmente a madre, qué has hecho para que decidiera marcharme.

Ahmed se abalanzó con violencia sobre su hermano, lo empujó contra la pared y lo golpeó con fuerza contra ella.

—Eres un cobarde —le recriminó con rabia—. Actúas como un niño; siempre he pensado lo mismo. No tendría que haber hecho caso a madre cuando me dijo que te eligiera.

Mohamed lo observaba con desdén. Ni respondió ni opuso ningún tipo de resistencia a la violencia de su hermano. Sabía que tenía razón y que tendría todas las de ganar si finalmente el consejo familiar decidía juzgar su actitud.

—¿Vas a volver a pegarme, hermano? —espetó finalmente en tono cínico y sin apenas aliento, oprimido contra la pared.

Ahmed no se contuvo más y, en un intento por quitarse de encima la tentación de acabar con él, lo tiró al suelo.

Mohamed se levantó con esfuerzo. Se había golpeado la cabeza y estaba sangrando. Intentó limpiarse la herida con el fular que llevaba al cuello y quedó empapado de rojo.

—¿Harás lo mismo con el *efendi* para que no hable? ¿Lo asesinarás como hiciste

con el anticuario que no quiso doblegarse a tus deseos?

Ahmed palideció.

—¿Quién te ha contado eso? ¿Dónde lo has oído? ¿En la casa del vicecónsul?

Mohamed hizo una mueca de incredulidad.

—¿Eres tan tonto que no sabes que todo el mundo conoce esa historia, hermano? —dijo el joven Abderrassul—. ¿Qué necesidad había de matar a Samir? Tenía tanto miedo que no hubiese hablado en todos los días de su vida. Aunque peor todavía fue vuestra deleznable actitud con el chiquillo que hacía de correo entre la casa de Mustafa y la tienda de Wardi.

—¡Eso fue cosa de Mustafa Aga Ayat!

—Buena excusa, hermano —dijo Mohamed limpiándose el polvo de las mangas de su galabiya—. El interés de un político corrupto vale más que los valores que intentaron inculcarte nuestros padres. Nadie en nuestra familia había cometido nunca crímenes tan atroces.

—Era su vida o la de nuestra familia, no había elección —contestó Ahmed de forma evasiva.

—Vuelves a errar, Ahmed. Ciertas cosas no admiten justificación —respondió el joven Abderrassul con un suspiro—. Más cuando ni madre ni nadie de la familia conoce las consecuencias que en los últimos meses ha supuesto el continuar con la venta de las *antikas* de la montaña.

—¿Y qué es lo que te ha hecho cambiar de opinión? —preguntó Ahmed—. En este tiempo has guardado silencio, con lo que has demostrado tu consentimiento y sobre todo tu cobardía.

—Lo de este americano ha sido la gota que ha colmado el vaso. Reconozco que podría haber manifestado antes mi descontento, pero esperaba que las cosas se calmaran. Y cuando creía que ese momento había llegado, decides continuar a sabiendas de que el peligro es inminente. Saben quiénes somos, pero eso te da igual. Por unos billetes más serás capaz de llevar a los *efendis* a la tumba. Y pronto ya no será una tumba maldita sino una especie de bazar donde todo el mundo podrá entrar y salir con libertad. Sólo pediremos que, por favor, no hablen con nadie de lo que han visto, no sea que nos compliquen la vida —dijo Mohamed con sorna.

—Vete si quieres. Yo me encargaré de sacar adelante a la familia.

Mohamed se indignó aún más al escuchar las últimas palabras de su hermano.

—¿Cuál va a ser el límite, Ahmed? —preguntó enfrentándose a su hermano mayor con los brazos en jarras—. El otro día me comentabas que a Wardi no le hacía ninguna gracia tener en la tienda aquella momia que sacamos con tanto esfuerzo de la tumba. ¿Sabes por qué?

Ahmed no respondió. Se sentó en un banco corrido que había junto a la pared más larga de la habitación y escuchó a su hermano con las manos cubriéndole el rostro.

—Porque conoce perfectamente el negocio —respondió el propio Mohamed—. Lleva años en él, no como tú o como yo, que estamos metidos en esto por un simple golpe de suerte. Él sabe dónde están los límites. ¿Por qué si no crees que mandó a aquel *efendi* alemán para que negociara directamente con nosotros? ¿Crees que no le hubiera gustado ganarse una comisión, como tantas otras veces?

—Wardi a veces tiene miedo hasta de su propia sombra —señaló Ahmed intentando justificar la acción del anticuario libanés.

—Eso no es cierto, Ahmed. Sabes que Wardi es prudente. No quiere problemas. Tiene suficiente con lo que gana. Claro que le gusta obtener grandes beneficios con un mínimo esfuerzo, pero es consciente de que tiene unos límites y que éstos siempre cabalgan sobre el delgado filo de un cuchillo. No es que tenga miedo, no. Sencillamente es más prudente que tú.

—Él no tiene la presión de Mustafa Aga Ayat. No requiere de...

—¡No seas ingenuo, Ahmed! —volvió a recriminar el pequeño de los Abderrassul—. Te estás comportando como un estúpido. Mustafa regala *ushebtis* a diestro y siniestro y si quiere beneficios por la venta de antigüedades hace caer las posibles complicaciones sobre las espaldas de otra persona. Tú te dejas pisar, en cambio Wardi protesta, habla con Mustafa y no pierde su amistad. ¿Acaso no se sentaron a la misma mesa el otro día en la fantasía que organizó en su casa?

Mohamed observaba a su hermano, que permanecía en silencio.

—No me has dicho qué harás el jueves. ¿Irás a la puesta de sol al Rameseum? ¿Enviarás un intermediario? ¿Alguien que acabe con él y arroje su cuerpo al agua, como ya has hecho antes?

—Si dices que ya no quieres participar en esto, no sé por qué quieres saberlo.

—¡Porque me preocupa! —gritó Mohamed en tono indignado—. Soy un Abderrassul. Si sucede algo, esté o no implicado, me veré arrastrado por los acontecimientos. ¿Acaso eres tan inocente que crees que si somos descubiertos sólo iremos nosotros dos a la cárcel? Al gobernador le dará igual. Mustafa Aga Ayat esconderá la cabeza como ha hecho siempre, y todos nosotros tendremos problemas, unos dentro y otros fuera de la cárcel, de eso no te quepa la menor duda.

Mohamed recogió los trozos de la silla que había roto pocos minutos antes y los arrojó por la ventana a un montón de basura que había en el patio de la casa. Luego acabó de limpiarse la herida mojando el fular en una palangana con agua. La tela acabó tan sucia que la arrojó con los restos de la silla. Nadie preguntaría nada. Los gritos debían de haberse oído desde cualquier punto de la casa y quizá también en las viviendas vecinas. Le daba igual. Había decidido dar por finalizada su participación en el asunto de las *antikas* y pasar el relevo a otro hermano. Ahmed sabría cuál de ellos le ayudaría mejor.

—Confío en que a partir de ahora actúes con juicio —dijo como colofón—. Mi

consejo es que no hagas nada en unas semanas. Es más, yo cerraría esa tumba, no diría a nadie dónde se encuentra y no volvería nunca más a la Montaña de las Momias. No olvides que ese lugar está manchado con la sangre de muchas personas inocentes. No habrá *afrit*, pero desde luego hiede y está maldito. Sólo traerá destrucción a los Abderrassul.

Con estas palabras, Mohamed abandonó la habitación y dejó a su hermano sumido en la incertidumbre.

*Año 969 antes de nuestra era*  
*Templo de Amón, Tebas*

El salón principal de reuniones del templo de Ipet-isut había vuelto a amanecer rodeado de sospechas. El malestar era palpable en el ambiente. A la muerte del sacerdote Nesumontu, cuyas causas seguían sin estar claras, había que sumar un nuevo robo en el valle donde descansaban los restos de los reyes de Kemet.

La noticia cayó como un mazazo sobre la cúspide de la pirámide del clero de Amón. Si bien se habían tomado todo tipo de medidas para que nada parecido sucediera, alguien había entrado en el cementerio y había deambulado a sus anchas a la caza de tesoros.

El anciano Pinedjem, sumo sacerdote de Uaset y a cargo del gobierno del sur del país, estaba algo más que preocupado: no conseguía atajar el problema que más le atormentaba en esos momentos. ¿Qué sucedería si alguien entraba en su tumba y se llevaba todos los objetos con su nombre, borrando así la memoria de su paso por este mundo?

Días atrás había pasado a ver los trabajos de restauración de antiguas momias. Reyes y sacerdotes habían sido rescatados de sus moradas de eternidad y vueltos a vendar. Sobre las finas tiras de lino o sobre la tapa de sus nuevos ataúdes se grabaron sus nombres. En ocasiones, los saqueadores no dejaban nada que facilitara la identificación de los dueños. Y eso era lo que realmente aterraba a Pinedjem.

Frente a él, una vez más, Ahmose y Takelot, los dos escribas de la necrópolis, exponían sus conclusiones sobre la noche del robo, aunque en realidad no tenían ni la más remota idea de lo que había pasado. Creían haber tomado todas las precauciones necesarias, pero no había duda de que estaban equivocados. De nada habían valido.

—Creemos que en esta ocasión ha sido un solo hombre —dijo Ahmose en tono grave—. Había restos de pisadas a la entrada de la morada de eternidad del Osiris Seti Menmaatra. Las huellas pertenecían a un único individuo.

Las palabras del escriba acentuaron la preocupación del sumo sacerdote. ¿Cómo había podido entrar en el valle sin que nadie se percatara de ello, en plena noche, con la luz de la luna cayendo de lleno sobre las tumbas?

—Creí haber entendido que el control sobre la guardia de la necrópolis era absoluto —dijo Pinedjem clavando su mirada en Takelot—. Me consta que la vez anterior se descubrió un fallo en uno de los puestos de vigilancia. Imagino que se subsanó. ¿Qué ha sucedido ahora?

El sacerdote-rey levantó los brazos mostrando el bastón y los emblemas que le



hacían poseedor de un poder absoluto en aquella parte de la tierra de Kemet.

El libio bajó la mirada, no sabía qué contestar. Pero ante el silencio de Ahmose, tuvo que enfrentarse solo a las circunstancias. No en vano, él era el encargado de esa parte del control de la necrópolis.

—Al parecer —comenzó diciendo Takelot en tono quedo—, después del anochecer uno de los puestos de vigilancia estuvo un tiempo vacío. Había un solo guarda en él. El ladrón debió de aprovechar el momento en que realizó una pequeña ronda y...

—¿Cómo es posible que sólo hubiera un guarda en ese puesto? —preguntó Pinedjem alzando el tono; le escandalizaba ese descontrol sobre los guardas encargados de la seguridad de la necrópolis.

—Siento el error, Pinedjem. Asumo toda mi responsabilidad.

Takelot dijo estas palabras con una respetuosa genuflexión. No podía hacer otra cosa. Inventarse una excusa habría sido peor y también peligroso en el futuro. Sabía que Pinedjem valoraba la sinceridad en sus hombres de confianza sobre cualquier otra virtud y enseguida se dio cuenta de lo certero que había resultado el reconocimiento de su traspie.

—¿Tenemos algo nuevo del anterior saqueo, Ahmose? —quiso saber el sumo sacerdote.

—Lamentablemente estamos como al principio —respondió, resignado, el primer escriba—. Sabemos que fueron tres ladrones y todo apunta a que el tercero es el que ha aniquilado a los dos sobre cuya pista nos encontrábamos. Al tal Nesumontu lo asesinó en el templo donde trabajaba como orfebre. A Beki, emponzoñando el agua que había en un cántaro en el patio donde se le interrogó.

—Muy arriesgado..., pero eso confirma que el problema está dentro del templo, no fuera —sentenció Pinedjem—. Sólo alguien que conozca perfectamente lo que hay en cada morada de eternidad puede hallarse detrás de estos saqueos. En ambos casos fueron directos a donde sabían que encontrarían lo que necesitaban para luego desaparecer a toda prisa.

—Es cierto —reconoció Takelot—. El tiempo que emplearon para entrar, robar y huir fue mínimo. El guarda que cuidaba el punto de vigilancia por donde seguramente entró el ladrón faltó poco tiempo de su puesto para realizar la ronda que le correspondía. Aún quedaban muchas horas para que el sol apareciera por el horizonte.

—Sin embargo, hay algo que no me encaja en la idea de que fue el tercer ladrón quien aniquiló a sus dos compañeros —señaló Pinedjem.

—¿De qué se trata? —preguntó Ahmose con curiosidad.

El sumo sacerdote de Amón comenzó a caminar lentamente por la sala de recepciones mientras meditaba su respuesta. Por fin habló.

—Si ese hombre quería que el orfebre que encontrasteis en el barrio de los artesanos no hablara ni diera ningún nombre, parece extraño que su ataque no fuera más expeditivo. Confiar en que en algún momento se le iba a dar agua al prisionero es demasiado arriesgado.

—Es cierto, podría haber dicho los nombres antes, en una confesión precipitada —intervino Takelot dando peso a la sospecha que planteaba Pinedjem.

—Bueno, realmente... —empezó Ahmose, pero luego guardó silencio. Se acarició la barbilla y levantó la cabeza con mirada distraída.

—Realmente ¿qué, Ahmose? —preguntó Pinedjem, intrigado.

—Quizá no tuvo tiempo de hacerlo. Quizá se vio sorprendido por otras circunstancias. Puede ser cualquier cosa que hoy ignoramos. Podríamos interrogar a los guardas del templo que se encargan de los suministros en la prisión. Quizá vieran algo extraño el día anterior o a primera hora de la mañana, antes de que nosotros fuéramos allí.

—Creí que eso ya lo habíais hecho, Ahmose. No te entiendo. —El sumo sacerdote parecía muy sorprendido, y su compañero Takelot arqueaba las cejas en señal de asombro.

—Los pagos a los soldados se han retrasado —explicó Ahmose—. Hay cierto descontento entre ellos. Aun viviendo en y para el templo de Amón, no se salvan de los problemas que sufre el país. Podría ser un simple gesto en ese sentido o una venganza pergeñada contra algún compañero. En ocasiones los celos entre colegas brotan en las situaciones menos esperadas. Los guardas también suelen usar esas jarras de agua para refrescarse.

—Pero no habéis encontrado nada de eso, ¿no es así?

Los dos escribas se limitaron a negar con la cabeza.

Pinedjem caminó lentamente frente a los escalones que daban al sillón en el que solía presidir las recepciones. Estaba nervioso y era incapaz de permanecer sentado en su regio trono del sur.

—Mi preocupación va en aumento a medida que conocemos la gravedad de los robos.

—Hoy mismo han quedado subsanados todos los fallos detectados en la seguridad de la montaña occidental —se apresuró a matizar Ahmose.

—Confío en que se haya hecho de una forma más efectiva que la vez anterior.

—Por supuesto, Pinedjem. Hemos colocado guardas permanentes en los puestos de vigilancia y, por primera vez, en la entrada de todas las moradas de eternidad. Con ello, el acceso es más complicado y deambular por el interior del valle resulta imposible.

—Eso funcionaría si estuviésemos completamente seguros de que esos guardas de vuestra confianza no son los verdaderos ladrones...

Pinedjem subió los escalones y se sentó en su trono. Al lado había una mesa baja con una copa de fayenza de color azul intenso, procedente del taller de Rekhamun, y un plato del mismo material con algo de fruta. Tomó un par de dátiles. Al hacerlo quedó al descubierto una de las figuras que decoraban el fondo del plato: una mujer tañendo un instrumento musical, sentada sobre un cojín, con un mono jugueteando detrás de ella. La imagen hizo sonreír al viejo sacerdote-rey. El carácter erótico de la escena era claro.

Al beber de la copa su expresión se tornó melancólica. Estaba grabada con multitud de detalles. La observó con atención. Contaba con varios registros en los que aparecía un soberano lanzando un mazazo en la cabeza de un prisionero extranjero, arrodillado delante de él, al que asía por el cabello. Las escenas brotaban de un marjal de papiros, cuyos tallos unidos daban forma al pie de la copa.

—Es uno de los objetos más hermosos que he visto nunca. Pero no es una copa de oro —señaló con nostalgia—. En el mismo puesto sagrado que hoy ostento por decisión divina, mis ancestros empleaban copas fabricadas con el metal del que está hecha la piel de los dioses. Ahora tenemos que conformarnos con una pasta que imita al lapislázuli, la piedra azul del cielo, demasiado cara también en nuestro tiempo para poder trabajar con ella.

Apuró su contenido y volvió a la conversación con sus escribas. Sabía que no tenía ningún sentido lamentarse por aquellas cuestiones. La fayenza era realmente un artículo de lujo en aquellos tiempos y era consciente de ello.

—Hace tiempo que deberíamos haber puesto en práctica ese control —dijo jugueteando con los colmillos de la cabeza de leopardo que pendía sobre su pecho—. Confiábamos en que la ejecución de los ladrones sobre las puertas de la ciudad desalentaría a la gente de cometer nuevos robos. Pero no fue así. ¿Qué iban a llevarse si todo estaba ya saqueado? Pues sí, siempre hay cosas que robar...

—También hemos subido la paga de los guardas —señaló Takebot—. Sospechamos que muchos de ellos, seducidos por el dinero, hacían la vista gorda y dejaban pasar a los ladrones.

—Cuando no entraban en las moradas de eternidad dirigidos desde el interior del templo... ¿Quién si no alguien de Ipet-isut podía saber que Nesumontu estaba implicado en el robo? Son demasiadas casualidades. Sea quien sea la persona que está detrás de todo esto, conoce muy bien lo que está pasando y actúa con mucha sangre fría.

Las palabras de Pinedjem no dejaban lugar a dudas. Sabía dónde estaba la raíz del problema y dónde debían continuar la investigación sus escribas.

—Proseguiremos nuestras pesquisas en el templo —afirmó Ahmose con decisión.

—Pareces muy seguro, Ahmose. ¿Acaso posees algún dato que desconozca?

—No, Pinedjem —intervino Takebot en apoyo de su compañero—. La fortuna no

ha estado de nuestro lado, pero pronto cambiará. Ipet-isut es una pequeña ciudad dentro de Uaset, y estoy convencido de que entre sus muros encontraremos lo que nos pides. No una justificación cualquiera, no un pobre desgraciado que colgar para el escarnio de los habitantes de esta ciudad, sino una prueba evidente de que parte del clero de Amón está podrido.

—Te recuerdo, Takelot, que en el templo no sólo hay sacerdotes. Hay funcionarios, artesanos, militares, escribas... ¡Podría ser cualquiera!

—Sólo alguien vinculado a la Casa de la Vida puede conocer ciertos datos sobre las moradas de eternidad —repuso Ahmose—. Allí se tiene registro de todo lo que sucede en Uaset, tanto en esta orilla como en la occidental. Empezaremos por ahí.

—Me parece muy buena idea. —Pinedjem asintió con la cabeza; por primera vez en todo el día parecía mostrar cierto optimismo—. Empezad hoy mismo. Tenéis todos los recursos de la guardia a vuestra disposición. Que no se os niegue nada. Tenemos que atajar los robos en la necrópolis, nuestro tránsito al reino de Osiris está en juego. Ahora, podéis retiraros.

Con una genuflexión, Ahmose y Takelot abandonaron el salón de recepciones. Pinedjem se quedó sentado en su trono con la cabeza apoyada en una mano en un gesto de honda preocupación. El sumo sacerdote asumía su imposibilidad de conseguir más tesoros y grandes gestas en vida, pero no estaba dispuesto a permitir que alguien le negara la vida eterna junto a su familia y al resto de los reyes que habían gobernado antes que él la tierra de Kemet. Emplearía para ello todas sus energías.

Los dos escribas de la necrópolis se dirigieron hacia el jardín anexo, donde los esperaban sus respectivas comitivas de siervos y funcionarios.

—Se siente impotente ante la gravedad de los hechos —señaló Ahmose en cuanto salieron del edificio—. Las circunstancias parecen sobrepasarle.

—Nadie ha puesto en duda su trabajo ni su posición —dijo Takelot reforzando la valía de Pinedjem.

—Desde luego que no —confirmó Ahmose al instante—. Su familia es de estirpe sagrada. El padre de su madre fue el faraón Akheperre Setepenre Psusenes. Todos ellos son descendientes de la familia de los grandes Ramsés que tanta gloria dieron a la tierra de Kemet. Tenemos que estar orgullosos de desempeñar tan honrosa labor para él.

—Si te parece, voy a ir ya mismo a la Casa de la Vida. Creo saber a quién preguntar para dar con las respuestas de este terrible acertijo. Alguien que actúa con mucha sangre fría.

—Perfecto, Takelot. —Ahmose sonrió satisfecho—. Yo quiero investigar también en algunas de sus dependencias; nuestro trabajo se complementará. Luego regresaré a mi casa. Mañana después del amanecer nos veremos en la otra orilla.

—Hasta mañana, pues —dijo Takelot. El libio saludó con la mano a su compañero y lo observó recorrer el patio del palacio en dirección a la salida.

Pero Ahmose quería hacer una visita antes de regresar a casa. Subió a su silla de manos.

—Vamos al barrio de los artesanos —dijo—, al taller de Rekhamun, el maestro de la fayenza. Es urgente.



Dos horas después Ahmose regresaba pensativo y preocupado. Lo que había averiguado perturbaba su ánimo, aunque no podía decir que fuera del todo una sorpresa. Era ya de noche cuando pasaba junto al lago de Ipet-isut.

—Tienes mala cara —le dijo una voz.

Ahmose levantó la cabeza. Sabía quién le había hablado y sabía también que estaba en peligro. Su rostro demostró la indignación que sentía, pero también un atisbo de temor.

—Takelot... Creo que tenemos que hablar.

—No, Ahmose —repuso el libio—. Tú no vas a decir nada más.

*Jueves, 10 de marzo de 1881*

*Luxor*

Aquel jueves, por primera vez en mucho tiempo, Charles Wilbour amaneció intranquilo. Debía enfrentarse solo a lo que podría ser la resolución final del enigma de las antigüedades que habían campado a sus anchas durante los últimos años en los mercados más turbios de ciudades y puertos de Egipto.

El día no acompañaba. Un cielo grisáceo y denso no parecía anunciar nada bueno. Rogaba que no se desencadenara de pronto una tormenta de las que asolaban cada pocos años la región de Luxor; lluvias torrenciales que lo inundaban todo y arrastraban viviendas, establos y, por supuesto, yacimientos y tumbas. Después de haber aguantado estoicamente el transcurso de más de treinta siglos, los tesoros de los faraones quedaban anegados y se convertían en un simple recuerdo del tiempo pasado.

Decidió desayunar pronto y salir a dar un paseo por la ciudad antes de regresar al hotel Karnak y charlar con Brugsch para perfilar algunos detalles del encuentro que iba a protagonizar tras la puesta de sol.

Llevaba su sombrilla colgada del brazo, pues en cualquier momento podía empezar a llover. Fue paseando hasta el bazar para comprar enseres de su aseo diario y alguna revista o libro que acabara de llegar a las poco frecuentadas librerías de la ciudad. Muchas de estas tiendas se encontraban junto a la vieja estación de tren, cerca del punto de carga y descarga de las mercancías procedentes de Alejandría, puerto del Mediterráneo donde entraban los barcos que traían de Europa los artículos más sofisticados. Los periódicos y las revistas llegaban siempre con varios días de retraso pero llegaban; en cambio, las latas de alimentos, los artículos de papelería, los afeites y la ropa nunca se sabía cuándo llegarían, su frecuencia era imprevisible. No dependían de los pedidos que se hicieran, sino de que algún empresario hubiera decidido importar esos objetos y que los sobrantes de Alejandría o El Cairo llegaran hasta el Alto Egipto. Así, el primero que se hacía con ellos era un afortunado, pues nadie sabía cuándo volverían a entrar nuevos tesoros en la ciudad. Mientras, había que contentarse con la fabricación local, que, si bien no era de peor calidad, no estaba rodeada del halo de originalidad que —aun caducados o pasados de moda— traían los productos de Europa o América.

Pero a pesar de la emoción de ver en las estanterías de la tienda todos aquellos objetos, verdaderas joyas de un museo de la civilización moderna, Wilbour no pudo quitarse de la cabeza la cita de esa noche. Antes de regresar al hotel para almorzar y

descansar, se pasó por el embarcadero para contratar una falúa que le llevara a él solo hasta la otra orilla. Pidió también un caballo y que le esperaran en el mismo embarcadero para poder retornar a Luxor. Eso si todo salía bien. Luego fue a ver a Brugsch. Estaba nervioso y necesitaba el apoyo de su compañero. Algo le decía que esa noche podría haber problemas.

—No te preocupes —le tranquilizó Brugsch—. Si ves problemas, lo mejor es abandonar. No debemos arriesgar. Una retirada a tiempo tiene el mismo valor que una victoria. No perdemos nada.

—No estoy preocupado por mí —dijo el americano atusándose la barba—. Es la responsabilidad del caso.

—Olvídate de eso, amigo mío. No somos policías, ni detectives ni agentes secretos del gobierno. Somos simples egiptólogos y estamos haciendo más de lo que deberíamos.

—Pero si no lo hacemos nosotros, nadie lo hará.

—En efecto, y el patrimonio contenido en esas tumbas se perderá para siempre.

—Es una carrera contrarreloj.

—Sólo tienes que observar. Nada más.

—Espero que así sea.

La tensión de Wilbour creció cuando, a eso de las cinco y media de la tarde, el sol se colocó justo sobre la línea del cielo que recortaba la Montaña Tebana. Finalmente, el día se había quedado tranquilo; sólo habían caído unas gotas a mediodía. Luego apareció el sol, como siempre lo había hecho, y todo siguió como hasta entonces.

—Creo que debería ir a prepararme para salir —añadió Wilbour y le mostró el revólver con el que siempre viajaba. No solía llevarlo encima a no ser que la situación lo requiriera, y ésta era una de ellas.

Miró a Brugsch esbozando una media sonrisa.

—Mucha suerte, Charles. Estaré aquí cuando acabes. No me moveré del hotel.

Wilbour salió a la calle y se dirigió al embarcadero tras pasar por su hotel.

Como había pactado, un hombre le esperaba con una falúa. Al verlo llegar, el egipcio se apresuró a ayudarlo a subir a la embarcación. El sol comenzaba a esconderse tras el perfil de la montaña, iniciaba su descenso al reino de Osiris. En pocos minutos, el Astro Rey habría desaparecido por completo de la vista; para entonces el americano ya estaría en la orilla oeste.

Junto al embarcadero de la otra orilla, un muchacho le esperaba con un hermoso caballo tordo. Wilbour recordó al barquero dónde debía esperarle hasta que regresara. Aunque lo normal era pagar al final del trayecto, le entregó una pequeña propina; una manera de amarrar con más fuerza el contrato verbal que habían negociado por la tarde.

A lomos del caballo, puso rumbo al Rameseum, el lugar donde tenía la cita.

Cuando estaba a unos doscientos metros, vio silueteado en el cielo nocturno los restos del pilono del templo funerario de Ramsés II. Detuvo el trote y continuó a paso ligero procurando no hacer ruido.

La noche comenzaba a apoderarse del espacio abierto del antiguo santuario real. Se oían algunas voces procedentes de la cercana aldea de Gurna, cuyas luces punteaban la loma de la Montaña Tebana. A esa hora sus habitantes estaban ya recogidos en sus hogares. Habían encerrado al ganado en las tumbas aprovechadas como establos y empezaban a cenar alrededor del fuego mientras comentaban los hechos del día.

Acompañado por el sonido del viento, Wilbour atravesó a caballo los restos del templo funerario de Amenofis II, colindante con el Rameseum. Debía ir con cuidado. Aquella zona estaba repleta de tumbas, muchas de ellas aún por excavar. En más de una ocasión el caballo había hundido sus patas en un antiguo pozo funerario. No era momento para descubrimientos, sino para el cuidado y la prudencia. Por suerte, el cielo estaba prácticamente abierto. Sólo unas pocas nubes ocultaban de forma intermitente la luna creciente que brillaba en el firmamento de la orilla occidental.

No tardó en alcanzar el patio alto del templo, rodeado de pilares osiríacos con la imagen de Ramsés. Las figuras del faraón parecían fantasmas surgiendo de la oscuridad de la noche.

Había seguido el sendero empleado por los turistas. En su origen la entrada estaba enmarcada por dos grandes pilonos, como en todos los templos faraónicos, pero ahora éstos quedaban alejados del camino que atravesaba la Montaña Tebana, por eso siempre se entraba por el lado norte del recinto sagrado, atravesando el espacio donde en la Antigüedad había muros de cierre pero que hoy, desaparecidos éstos, permitía acceder directamente al segundo patio, el más alto de los dos que antecedían al templo propiamente dicho.

Wilbour prefirió no desmontar hasta que estuviera seguro de que todo estaba en orden. Detuvo su montura y aguardó. Pasaron unos minutos. Nada. Allí no había nadie. Se llevó la mano a la cartuchera. Saber que el arma seguía allí apaciguó su nerviosismo. El viento agitaba las ramas de las palmeras...

A lomos de su caballo, Wilbour empezó a deambular entre los pilares osiríacos. Cruzó de nuevo el patio del templo y subió por la escalinata hasta adentrarse en lo más sagrado del santuario. Allí donde las paredes estaban cubiertas de relieves la oscuridad era más densa. Sólo los ocasionales vanos en los muros dejaban pasar la luz de la luna.

—Buenas noches, señor Wilbour.

La figura de un árabe vestido con galabiya negra le observaba desde una puerta lateral de la sala hipóstila del templo de millones de años de Ramsés II, el Grande.

—Me alegra de que haya venido. No se arrepentirá.



Wilbour reconoció la voz de Ahmed Abderrassul. Al parecer estaba solo. El americano permaneció en silencio y aguzó la vista en el intento de descubrir si le acompañaba alguien, pero enseguida comprendió que era inútil: no había visto ni oído acercarse al egipcio; por más que conociera el templo de haberlo visitado decenas de veces, no estaba en su terreno.

—Buenas noches —saludó cortésmente.

—Le ruego que me siga. No es necesario que desmonte, así el camino le resultará más cómodo. —Ahmed se dio la vuelta y desapareció detrás de un muro cubierto de relieves en los que el faraón ofrecía ricas viandas al dios Amón.

—¿Adónde vamos? —preguntó Wilbour antes de azuzar al animal para que comenzara a caminar.

El egipcio se detuvo y volvió a girarse.

—El otro día me dijo que quería ver el lugar de donde procedía la momia de la que se habían sacado esas tiras de cuero con letras de los faraones, ¿no es así? —preguntó Ahmed, extrañado.

—En efecto, así es —respondió Wilbour de forma anodina—. ¿Queda lejos de aquí?

—No, está a pocos minutos, no más de trescientos metros.

Y diciendo esto, echó a andar hacia el lado sur del complejo. Atravesó el patio bajo del templo y los restos del palacio de culto que había en el extremo más meridional, junto a los pilonos de entrada, donde comenzaba la zona cultivable que rodeaba al Rameseum. Se adentró en un camino de tierra, amplio y claro a la luz de la luna. El sendero corría paralelo al río entre los campos de cultivo. Wilbour le seguía a caballo, con los sentidos alerta y la mano sobre el revólver. Temía que en cualquier instante alguien se le echara encima e intentara acabar con él. Pero nada de eso ocurrió. La aparición de un zorro cruzando el sendero en mitad de la noche fue lo único que llamó su atención.

A los pocos minutos llegaron a una zona desértica donde la arena devoraba los campos de cultivo. Wilbour se percató de que estaban atravesando las ruinas del templo funerario de Merenptah, sucesor de Ramsés II en el trono de Egipto. El zócalo de los muros apenas era visible; se necesitaba una excavación arqueológica para poder explorar qué había realmente allí abajo.

A lo largo de la historia del Egipto faraónico todo se había reutilizado durante siglos como improvisado cementerio. Los santuarios, como lugares sagrados que eran, también acogieron enterramientos después de ser levantados. Los templos de millones de años del Imperio Nuevo estaban repletos de tumbas que para entonces ya habían sido saqueadas por los aldeanos de Gurna.

Al atravesar las ruinas del templo de Merenptah, Ahmed comenzó a ascender por una loma que llevaba hasta Qurnet Muray. Wilbour se acordó entonces de la visita de

Brugsch a ese mismo lugar. Empezó a unir las piezas del puzle y dedujo que las personas con las que había tratado su colega eran miembros de la familia de los Abderrassul.

Frente a él se abría una enorme explanada blanca. En el suelo había varias aperturas: agujeros negros que introducían al visitante en el mundo de tinieblas del Amduat, el Más Allá de los antiguos egipcios. Un hombre les esperaba junto a uno de esos agujeros. El egipcio se dirigió hacia él. Se saludaron e intercambiaron algunas palabras que el americano no entendió desde la distancia.

—Aquí es, señor Wilbour —dijo Ahmed en tono quedo, como si estuviera guardando un secreto vital—. Espero que quede satisfecho con lo que va a ver.

Wilbour detuvo el caballo a un par de metros de los dos hombres y la entrada a la tumba. Por un momento la emoción le embargó. Se hallaba delante de la tumba de la que habían salido en los últimos años aquellos papiros, *ushebtis* y tesoros de los reyes de la XXI Dinastía. La puerta estaba completamente destrozada por el paso del tiempo. A lo lejos se veían las luces de Gurna y se oían los cantos y gritos de alguna fiesta nocturna anunciando la llegada del viernes, el día de descanso entre los musulmanes.

Los dos árabes se percataron pronto de la emoción del americano.

—Parece un lugar increíble —señaló el egiptólogo al tiempo que desmontaba y sujetaba las riendas a un enorme bloque de piedra que había en el suelo. El caballo relinchó y después permaneció tranquilo frente a la tumba.

—Antes de entrar, me gustaría pedirle algo, señor Wilbour.

—Dígame...

—Le rogaría que no cuente a nadie lo que va a ver. Desconozco si alguien sabe que ha venido hasta aquí esta noche...

—No. He venido solo a Luxor y nadie sabe, ni siquiera en el hotel, que he cruzado a la otra orilla para reunirme con ustedes ni con nadie —mintió el americano—. Sólo el barquero que me ha traído y se ha quedado a la espera conoce mi presencia en Gurna. Pero no creo que debamos preocuparnos, muchos extranjeros disfrutan de paseos nocturnos por el desierto después de la puesta de sol.

—Es mejor para todos que nadie sepa de nuestro encuentro aquí. —Las palabras de Ahmed sonaban a confidencialidad, algo habitual en el juego de compraventa de antigüedades.

El egipcio miró a su compañero, un árabe que hasta esa noche Wilbour no había visto, y asintió en señal de conformidad. Con un fósforo, prendió fuego a una tea que tenían preparada a la entrada de la tumba. Pronto, la luz amarilla de la antorcha cubrió el pequeño espacio de la antecámara. Wilbour no tardó en darse cuenta de que aquel lugar, carente de toda pintura y con un pasillo que llevaba al fondo de la sepultura, coincidía exactamente con la tumba descrita por Brugsch, donde se había

reunido con aquellos dos hombres a los que no pudo ver el rostro. La forma de la tumba, la ausencia de relieves o pinturas y la presencia de varias estatuas de la familia del difunto en mal estado en la capilla excavada al fondo de la galería principal así lo atestiguaban. Wilbour no podía entender que Émile Brugsch hubiera estado en la tumba de donde procedían todos aquellos tesoros y no se hubiera dado cuenta de ello.

—Éste es el lugar donde encontramos la momia de la que extrajimos las tiras de cuero con la antigua escritura de los faraones —señaló Ahmed confirmando las sospechas del egiptólogo.

Ahmed Abderrassul se introdujo en el pasillo que partía de la antecámara de la tumba. Al final, junto al nicho con las esculturas de la familia del difunto, había una pequeña habitación. Todo estaba repleto de heno y paja. Señal evidente de que aquel lugar, como ya había señalado Brugsch, se había utilizado como establo.

Tras una espera, el egipcio regresó trayendo consigo una momia. El estado de conservación del cuerpo era extraordinario, pero no era más que una simple momia. Alguien había retirado todas las vendas; sólo conservaba varios jirones en brazos y piernas. Tenía el pecho abierto, señal inequívoca de que un ladrón había buscado en su interior el escarabajo sagrado. Sobre la momia descansaban varias tiras de cuero idénticas a las que el americano había comprado días atrás.

Wilbour empezó a mirar las paredes y el suelo con cara de manifiesta desconfianza. Aquello no tenía mucha lógica. Todo le parecía muy teatral, como si alguien hubiera preparado el escenario para su visita. Las piezas que hasta hacía unos minutos parecían encajar perfectamente unas con otras comenzaron a desmoronarse como un castillo de naipes. Lo que estaba viendo no tenía ningún sentido.

Ahmed se percató enseguida de sus repentinas dudas.

—Créame, señor Wilbour, apareció en este lugar. Ésta es la momia en cuestión que tanto le interesa. Se trata del cuerpo de un personaje importante —dijo con la mayor vehemencia posible—. La calidad del embalsamamiento indica que nos encontramos ante un miembro de la alta sociedad de la época de los faraones.

Wilbour tomó la antorcha y se agachó para inspeccionar la momia con detalle. Él no era médico ni forense, pero tenía un conocimiento amplio en cultura faraónica y en muchos aspectos de su ritual funerario que podrían ayudarle en ese momento a hacer un dictamen preliminar de lo que estaba viendo.

—¡Qué interesante! Imagino que el ataúd y los restos del ajuar desaparecieron hace siglos... —señaló siguiéndole el juego mientras manipulaba con cuidado algunos vendajes de la momia.

—Así es —respondió Ahmed con seguridad—. Descubrimos la tumba por casualidad hace no más de una semana. Seguramente ya fue saqueada en la Antigüedad, como sucedió con la mayoría de los sepulcros de nuestros antepasados.

Es extraño, por no decir imposible, que una tumba llegue intacta hasta nuestros días. Usted, que es un hombre versado en la egiptología, debe de saberlo bien.

Al escuchar aquellas palabras la decepción se apoderó de Wilbour. Estaba seguro de que esa tumba era la misma en la que había estado Brugsch hacía mucho más que una semana. No necesitaba más argumentos para darse cuenta de que aquello no era más que un montaje, un fraude pergeñado para salir del paso ante una situación imprevista e intentar vender más antigüedades.

Ahmed se dio cuenta de que desconfiaba.

—¿Sucede algo, señor? —preguntó.

Wilbour seguía observando los restos que le habían presentado.

—Se han dado mucha prisa en usar la tumba como establo para los animales —señaló al tiempo que daba un resoplido de decepción.

Examinó las tiras de cuero con los nombres de Pinedjem. En efecto eran las mismas. Las que ahora cubrían la momia estaban en peor estado. Los jeroglíficos no eran tan claros, de ahí que los Abderrassul las desestimaran para la venta y prefirieran guardárselas. Pero esas tiras habían sido creadas para descansar sobre los restos de un soberano o sumo sacerdote, no los restos de aquel cuerpo, modesto en sus intenciones de llegar al Más Allá. Wilbour estaba completamente seguro de que esa momia estaba formada por fragmentos de varios cuerpos y no pertenecía a ningún rey.

Los dos egipcios intercambiaron una mirada. Aquel extranjero quizá no era tan estúpido como habían imaginado. Y si no era un simple turista o comerciante con cierto gusto y conocimiento de la cultura faraónica y sus antigüedades, podrían tener problemas.

—¿Qué le parece la momia, señor Wilbour? —preguntó Ahmed—. Es un ejemplar único, no encontrará nada igual en toda la Montaña Tebana.

—La momia está en perfecto estado, pero su tipología no coincide con las tiras de cuero ni con la propia tumba —señaló el americano sin rubor—. ¿Están absolutamente seguros de que apareció aquí?

La mirada de Wilbour dejaba bien claro a qué se refería con esa pregunta.

—¿No creerá que hemos manipulado el hallazgo? —exclamó Ahmed con falsa indignación—. Yo no soy egiptólogo ni tengo la sabiduría de los *efendis* en estos temas, pero he oído que algunas tumbas se reutilizaban. Este hallazgo, completamente genuino, podría ser uno de esos casos. En Egipto no hay tanto desierto para enterrar a millones de personas en siglos de historia. Es normal que esto suceda, ¿no lo cree usted así?

—No solamente lo creo sino que lo afirmo, querido amigo —asintió Wilbour—. Incluso las tumbas de los grandes reyes fueron reutilizadas en multitud de ocasiones. Tiene toda la razón en lo que dice. Pero no es menos cierto que esta tumba está llena de paja, lo que denota un uso continuado en un espacio de tiempo más dilatado que

una semana...

—Tuvimos que trasladar aquí el ganado el mismo día del hallazgo —se justificó Ahmed en un tono poco convincente—. En el pueblo nos falta espacio.

—Puede ser, pero hay otro detalle que no encaja con lo que me están diciendo.

—¿Cuál es el inconveniente ahora?

—En esta tumba no hay pinturas ni relieves. —El americano señaló las paredes con ambas manos—. Está en muy mal estado de conservación. Si la hubieran descubierto hace una semana, quedaría algo. Una tumba de una persona importante no se abandona en estas condiciones. Sería impensable para un egipcio de la Antigüedad.

—Quizá lo que pasó es que...

—No se engañe, Ahmed —le interrumpió el egiptólogo—. En tan poco tiempo es imposible saquear y colocar en el mercado todo este material.

La conversación fue subiendo de tono. Cada uno esgrimía sus argumentos, pero era evidente que el único que presentaba datos reales era el americano. Y Ahmed no estaba dispuesto a que alguien se entrometiera en su trabajo.

—¿Cuánto me pide por estas nuevas tiras de cuero? —Wilbour fue directo al grano con la idea de acabar el negocio cuanto antes. Comenzaba a estar intranquilo y percibía ese mismo nerviosismo en el rostro del egipcio.

—Las vendas van unidas a la momia a la que pertenecen. No le puedo pedir menos de cincuenta libras.

Wilbour arqueó las cejas. Se atusó la larga barba y observó la momia una vez más. Finalmente colocó los brazos en jarras con la precaución de que la chaqueta no dejara a la vista el arma que portaba.

—Es un precio un poco elevado para una momia sin vendas y unas tiras en las que apenas se ve nada.

—No es fácil encontrar una momia de estas características —respondió el egipcio intentando reorientar el valor de la venta—. El cuerpo se conserva en muy buen estado.

—Desde luego que sí, pero ni el dueño de las tiras de cuero tiene nada que ver con este pobre hombre, ni esta tumba es el lugar donde aparecieron. Las tiras corresponden a un rey y la momia es de un infortunado plebeyo.

Ahmed Abderrassul demudó el rostro al instante. La luz de la antorcha reflejó sombras en su rostro dándole un aspecto perverso.

—¿Quién es usted, señor Wilbour?

—¿A qué se refiere, Ahmed? No le entiendo.

—Usted no es un simple comerciante con ciertos conocimientos sobre el Egipto faraónico. ¿Se llama realmente así?

Wilbour observó a los dos hombres que tenía ante sí; detrás de él estaba el pasillo

y la antecámara con la puerta de entrada.

—Mi nombre es Charles Edwin Wilbour —dijo levantando la voz—. Nací en Little Compton, Estados Unidos, y no consiento que se ponga en duda ni mi identidad ni el trabajo que hago.

—Ésa era mi siguiente pregunta. ¿Para quién trabaja?

—No trabajo para nadie. Mi entusiasmo por las antigüedades es del todo lícito.

—Sin embargo, conoce a los *efendis* de El Cairo.

—Por mi posición conozco a muchos *efendis* en El Cairo, tanto egipcios como extranjeros. Es fundamental para mi trabajo. ¿Tienen algún tipo de problema con eso?

—El problema no lo tenemos nosotros sino usted, señor Wilbour.

Antes de que el americano pudiera reaccionar, el egipcio que portaba la antorcha apagó el fuego sobre un montón de arena acumulado en una de las esquinas de la cámara funeraria. La oscuridad lo cubrió absolutamente todo. Wilbour sólo tuvo tiempo de esquivar el mazazo dirigido hacia él. El golpe acabó contra la pared que había a su espalda. En un movimiento ágil, giró el cuerpo en dirección al exterior y echó a correr. Aquello se había convertido en una peligrosa ratonera.

Los dos ladrones lo siguieron. Wilbour desenfundó su arma y disparó en la antecámara hacia la pared más alejada. La detonación surtió efecto. Los dos egipcios se quedaron paralizados al instante y él aprovechó su desconcierto para abandonar la sepultura. Como imaginaba, el caballo ya no estaba allí, alguien se lo había llevado para evitar que huyera. No le quedaba más remedio que intentar llegar a toda prisa, a través de los campos de cultivo, el Rameseum y de ahí hasta el embarcadero; aunque ya no estaba muy seguro de que el barquero siguiera esperándole.

Al poco de salir de la tumba oyó que los dos egipcios le seguían. Comprendió que no le daría tiempo de alcanzar la orilla del Nilo; estaba a más de cuarenta minutos andando y no aguantaría mucho más corriendo. De pronto decidió que se escondería entre los pilares y las columnas del templo, resguardado entre sus piedras y empuñando el arma.

Acurrucado detrás de un enorme coloso del Gran Ramsés, Wilbour vio la sombra de los dos egipcios deambular por el patio alto del templo buscándole con ahínco.

Pero entonces oyó unos pasos detrás de él y se volvió asustado.

—Tranquilo, guarda silencio —susurró una sombra a pocos metros a su derecha—. No te muevas de donde estás.

Wilbour no reconoció la voz, apenas una bocanada de aliento, pero vio que la figura tomaba del suelo varias piedras y las lanzaba con determinación al otro lado del patio. El ruido llamó la atención de los dos egipcios, que al instante echaron a correr hacia el extremo meridional del templo y se perdieron entre las sombras de la noche.

—Sígueme. Iremos hasta el embarcadero. Esos dos pronto volverán al templo, si

no van antes a la orilla del Nilo.

—¿Émile? ¡Santo cielo, eres tú! —susurró Wilbour.

Brugsch había aparecido de la nada, como un ángel de la guarda, en el momento en que más le necesitaba.

La oscuridad apenas dejaba ver una tenue pista de arena blanca que se perdía entre los cultivos. Wilbour, arma en mano, miraba continuamente atrás. Sus vidas estaban en peligro, debían llegar cuanto antes al embarcadero para tomar la falúa. Sólo cuando pusieran el pie en la ciudad de Luxor podrían considerarse a salvo.

Después de más de media hora caminando entre plantaciones de azúcar, llegaron a una zona abierta sobre el borde del río. Allí había una falúa.

—¡Pero ésta no es la que yo he alquilado! —exclamó Wilbour, desconcertado—. La que yo contraté me esperaba en el embarcadero del templo.

—Confía en mí, Charles. Los Abderrassul se han encargado de que no te espere nadie en el embarcadero. Por eso se llevaron también el caballo. Sin embargo, esta falúa nos dejará en un embarcadero más al sur de la ciudad. No tendremos que caminar más de quinientos metros para llegar a tu hotel.

—Vámonos entonces —dijo Wilbour con apremio—. Esos tipos pueden llegar en cualquier momento.

Subieron a toda prisa a la falúa en la que Brugsch había llegado. El hombre que la guiaba no dijo ni una sola palabra en todo el trayecto. Wilbour, desconfiado, no soltó el arma ni siquiera cuando se sacó un pañuelo del bolsillo para secarse el sudor del rostro. La carrera desde el templo hasta el río le había dejado exhausto. Los dos amigos no intercambiaron palabra durante el corto trayecto que separaba ambas orillas. Era mejor no arriesgar más de lo necesario.

Cuando la embarcación llegó al otro lado, Wilbour se puso en pie al instante. Dio una propina al egipcio que había tripulado con esmero la falúa y, revólver en mano, de un salto alcanzó la orilla, seguido de su compañero. Ambos caminaron de manera apresurada hasta dar con unas escaleras que subían a la Corniche. Una vez arriba, miraron a derecha e izquierda. Todo parecía normal. Wilbour se guardó por fin el arma.

—Muchas gracias por ir hasta allí —dijo rompiendo el silencio—. Si no llega a ser por ti, no sé cómo habría acabado...

—No te preocupes —contestó Brugsch al tiempo que echaba a andar hacia el hotel Luxor—. Algo así era previsible. ¿Qué ha sucedido exactamente?

Wilbour se lo explicó con detalle. Desde el encuentro en el templo hasta su huida de la tumba donde le habían mostrado el material.

—Sí, desde luego —dijo Brugsch al oír la descripción de la tumba—, parece que se trata del mismo lugar donde me recibieron a mí hace semanas.

A medida que avanzaban, crecía el bullicio de las calles del centro de la ciudad.

No era tarde, el reloj había marcado las ocho hacía pocos minutos, pero Wilbour tenía la sensación de que había estado horas en la Montaña Tebana.

Al alcanzar el límite de los jardines del hotel Luxor empezaron a tranquilizarse. Ya daba igual que vieran a Kurt Marek en el Luxor. Sabían que debían hacer las maletas cuanto antes y salir de la ciudad. Contaban con algunos detalles importantes para incriminar a los Abderrassul. El resto de la operación era trabajo de las autoridades egipcias.

Desaseados por la carrera, con las botas y los pantalones cubiertos de polvo y arena, atravesaron el jardín del Luxor. Nada extraño tendría ese aspecto si fueran las horas del mediodía y acabaran de llegar de visitar templos y tumbas en la otra orilla, pero el sol se había puesto hacía tiempo, a esa hora en el selecto hotel todo el mundo estaba preparado para cenar y para participar en cualquier reunión social. Sin embargo, Brugsch y especialmente Wilbour venían de salvar el pellejo. Ni siquiera estaban seguros de que lo hubieran salvado del todo. Los Abderrassul parecían tener contactos en el propio hotel. No les extrañaría que detrás de las puertas hubiera alguien esperándoles para acabar con ellos.

Sin dejar de palpar el revólver, el americano entró en el hotel como lo haría un desconfiado forastero en el salón de un pueblo del Oeste. Ambos miraron a los lados antes de avanzar hacia el mostrador de recepción.

Los hombres del servicio los saludaron amablemente, pero Wilbour se detuvo lo justo para coger su llave. Luego ambos corrieron hacia la escalera.

—¡Charles! ¡Émile! ¡Esperad! —dijo entonces una voz desde los sofás que había junto al piano.

Los dos arqueólogos se giraron despacio, al unísono, nerviosos. Pero la tensión y el miedo del momento desaparecieron al ver a Ahmed Kamal al pie de la escalera, sonriéndoles.

—Ahmed, amigo. No sabes qué alegría me da verte —dijo Brugsch sonriendo por primera vez en toda la noche.

—¿Dónde estabais? Nos teníais preocupados. Vinimos en cuanto recibimos vuestro mensaje. ¿No os ha llegado nuestra respuesta?

Brugsch y Wilbour se miraron extrañados.

—No, ¿cuándo la mandasteis? —preguntó el americano.

—Nada más leer vuestro telegrama. Las noticias que nos dabais eran lo suficientemente importantes como para venir de inmediato.

—No hemos recibido nada. Siempre dejan los telegramas en la recepción del hotel, pero hace días que no me han entregado nada.

—Qué extraño... —dijo Kamal.

Pero para Wilbour y Brugsch no había nada insólito. Algún encargado del hotel había interceptado el telegrama, se lo había comunicado a los Abderrassul y éstos



habían decidido tender una trampa a Wilbour en la otra orilla, una trampa sin salida. Las piezas del puzzle empezaban a encajar.

—¿Quién más ha venido? ¿Maspero?

—Sí, aunque él tiene que salir cuanto antes hacia París. Hemos llegado en el vapor del Servicio de Antigüedades, el *Nimro Hedashar*, nuestro particular «Número Once». Está amarrado junto al templo de Luxor, muy cerca de aquí. Maspero está ahora cerrando un asunto con el gerente del hotel.

El nuevo director del Servicio de Antigüedades de Egipto se acercó acompañado de Maxence de Rochemonteix. El equipo completo había viajado a Luxor.

—¿Dónde habéis estado? —preguntó el director francés mirándolos de arriba abajo—. Cualquiera diría que venís de excavar en la Montaña Tebana.

—Es una larga historia —respondió Wilbour con cierto nerviosismo—. Subamos a mi habitación, seguramente el lugar más seguro.

Una vez en la suite del americano, Brugsch sirvió un vaso de licor a los recién llegados y éstos tomaron asiento alrededor de la mesa central del salón principal. Wilbour sacó del armario el *ushebti* que había comprado al dragomán de Karnak y se sentó con sus compañeros.

Maspero cogió el *ushebti*, observó su tipología y su veredicto fue inmediato.

—Pertenece a la serie de *ushebtis* de la reina Henut-taui de los que tenemos algunos ejemplos. ¿Dónde lo conseguiste?

—Me lo vendió un árabe en el templo de Karnak. Él fue quien me puso en contacto con los egipcios que están vendiéndolos. Los Abderrassul.

Los cinco permanecieron en silencio unos segundos. Era la primera vez que se ponía nombre a los traficantes que estaban saqueando la misteriosa necrópolis.

—Ahmed Abderrassul es el hombre que me vendió estas tiras de cuero —señaló Wilbour al tiempo que sacaba de un cajón las antigüedades—. El nombre no está muy claro, pero creo que pertenecen al envoltorio de la momia del faraón Pinedjem.

Maspero las examinó a la luz de la lámpara.

—Son, en efecto, del mismísimo Pinedjem —señaló Maspero—. El nombre está algo borrado, pero la inscripción se puede leer casi completamente.

—Es cierto, parecen pertenecer a Pinedjem —asintió De Rochemonteix—. En cualquier caso se corresponden con la misma cronología del resto de los *ushebtis* y papiros de que disponemos.

—Les pregunté de dónde las habían sacado —continuó Wilbour con su relato mientras apuraba el vaso de licor— y Ahmed Abderrassul me prometió llevarme hoy jueves a la tumba. Me citó en el Rameseum tras la puesta del sol.

—Pero eso era muy peligroso. ¿Por qué no nos avisaste? —espetó Ahmed Kamal.

—Debiste esperarnos —añadió De Rochemonteix.

—Es cierto —dijo Brugsch con pesar—. Y lo habríamos hecho si hubiéramos

recibido vuestro telegrama, pero estoy convencido de que alguien lo interceptó.

—Entonces ya sabían quién eras —dijo Ahmed, visiblemente preocupado.

—Imagino que sí —respondió Wilbour y enseguida continuó con su relato—: Fui hasta allí. Llevé mi revólver y procuré dejarlo todo bien atado para, en caso de encontrarme alguna sorpresa, poder salir huyendo con cierta rapidez. Pero esos Abderrassul deben de tener contactos en todas partes...

Wilbour les explicó la emoción que había sentido al creer que estaba a punto de tocar con las yemas de los dedos la tumba misteriosa y cómo se percató muy pronto del engaño, al descubrir que la momia que le mostraban no era más que un pastiche formado con los despojos sacados de varias tumbas.

—¿No había restos de ningún ataúd? —preguntó Brugsch.

—Yo no vi nada. Sólo uno de los dos hombres llevaba una antorcha. Como te he dicho, creo que es la misma tumba que tú visitaste en Qurnet Muray.

—Yo no pasé de la antecámara —matizó el alemán sacudiéndose el polvo de las perneras del pantalón.

—Era evidente que esa tumba se usaba para el ganado, había paja por el suelo. Además, apenas quedaban pinturas, tal y como tú señalaste, Émile.

—Seguramente se trata de la misma tumba que tú visitaste —apostilló Maspero—. No hay muchas más abiertas en esa parte de la montaña.

—En cualquier caso —prosiguió Wilbour—, pronto descubrí que aquello no era más que una encerrona. El egipcio que portaba la antorcha la apagó en un montón de arena que había en el suelo. Al huir, disparé a la pared para asustarles y poder correr hasta la salida.

—Había oído hablar de la familia Abderrassul... —dijo Ahmed Kamal—. No es la primera vez que su nombre aparece relacionado con el comercio de antigüedades.

—¿Y cómo conseguiste llegar hasta Luxor? —preguntó el marqués De Rochemonteix.

—Estaba escondido en el Rameseum cuando apareció Émile. Fue un milagro. Le debo la vida.

Los miembros del Servicio de Antigüedades guardaron silencio unos instantes. Todos esperaban que Maspero tomara la palabra ahora que conocía al detalle lo sucedido. El nuevo director no tardó en hablar.

—Tenemos un nombre —señaló con firmeza—. Es el primer paso. La familia Abderrassul es la que está llevando a cabo el saqueo de la necrópolis del Tercer Período Intermedio que buscamos en algún lugar de la Montaña Tebana.

—Cuentas con los poderes suficientes para detener al cabecilla de la familia —apuntó De Rochemonteix.

—Y eso es lo que voy a hacer —repuso Maspero, muy serio—. Ahora mismo nos reuniremos con el gobernador de la provincia en Quena, Daoud Pachá, para que sea

él directamente quien tramite la detención con la policía de la ciudad. En su momento hablé con el Ministerio de Obras Públicas y ellos están también por la labor de zanjar de una vez por todas este comercio. El ministro me señaló que en el momento en el que tuviéramos un nombre se tramitara urgentemente la detención.

—Ese Ahmed no actúa solo —opinó Ahmed Kamal—. Los grupos familiares son muy cerrados. Seguro que le ayudan en el negocio uno o más hermanos. Lo conveniente sería detener al menos a dos de ellos.

—Sí, ¿pero a quiénes? —preguntó Wilbour—. Las dos veces iba acompañado de una persona diferente, pero no sé quiénes eran.

—Lo mejor será dejar actuar a la policía —dijo Maspero—. Ellos saben perfectamente quién está implicado en todo este embrollo. Se sorprenderán cuando les demos el nombre de la familia, no se lo esperan, pero creerán que es sólo un trámite burocrático más: los detendrán y cumplirán el expediente con la idea de que pronto serán liberados. Pero se equivocan...

—Podemos mellar su moral —propuso Brugsch—. No creo que sean muchas las personas de la familia las que conocen la ubicación exacta del tesoro, pero estoy convencido de que en el momento en que vean resquebrajarse esa falsa seguridad con la que han contado en los últimos años, alguno de ellos se pondrá de nuestro lado.

—Seguramente sea una familia muy numerosa —señaló De Rochemonteix—. Podemos infundirles miedo...

—No será fácil —avisó Ahmed Kamal—. Si poseen algún contacto en la policía, todo se enlentecerá con la intención de aburrirte.

—En mi plan no entra la colaboración de la policía de Luxor. Eso es quizá lo que ellos esperan.

—¿Y qué pretendes hacer, Gaston? —preguntó De Rochemonteix, intrigado.

—Que sean trasladados directamente a Quena —señaló Maspero con una sonrisa maliciosa—. El gobernador ya está avisado de nuestra presencia aquí. Se trata de un hombre lo bastante canalla como para que lo teman todos los ladrones de Luxor. Ha recibido órdenes directas del Pachá en El Cairo. No se negará si quiere conservar su puesto. O quizá sí... No lo sé. Estamos en Egipto, y eso siempre supone la posibilidad de una sorpresa final inesperada.

Gaston Maspero tomó aire antes de continuar con la exposición de su plan.

—Como sabéis, debo regresar a París. El *Nimro Hedashar*, nuestro vapor, en el embarcadero del templo, es a partir de ahora nuestra oficina central. Émile y tú, Charles, os trasladaréis allí, estaréis más seguros.

—Será lo mejor, desde luego —señaló Wilbour con cierto alivio mirando de reojo a su compañero alemán—. Ahora mismo preparo mis cosas. Yo aquí no me quedo ni una noche más.

—Kamal y tú, Maxence, os quedaréis en Luxor y os alojaréis también en el *Nimro*

*Hedashar*. Tú, Émile, quedas a la cabeza de la operación. Te encargarás de los interrogatorios a los detenidos. Conoces mejor que nadie qué hay que buscar y cómo hacerlo. Creo que estamos cerca de nuestro objetivo.

Brugsch asintió y, de forma inconsciente, comenzó a silbar el *Preludio número 4 en mi menor* de Chopin. Su cabeza ya estaba dando vueltas a cómo daría los primeros pasos al día siguiente.

*Lunes, 4 de abril de 1881*

*Luxor*

La detención de Ahmed Abderrassul había generado un sentimiento de frustración en la comunidad de Gurna. Como era habitual en todos los trámites burocráticos de la administración egipcia, la orden tardó varios días en hacerse efectiva.

La noticia había caído como un jarro de agua fría. Todos los vecinos defendían la honorabilidad y honestidad de la familia. Por doquier aparecieron testigos que lanzaban loas sobre el buen hacer de los hermanos. Sin embargo, había detalles difíciles de explicar, como que los Abderrassul pudieran permitirse esa casa sólo con el cultivo de la tierra y las pocas cabras con que contaban.

Con Maspero en París, Émile Brugsch tenía poderes para gestionar la operación de búsqueda y rastreo de la necrópolis. Y ésa era la razón por la que la investigación no debía detenerse ahora que estaban a punto de alcanzar la añorada meta después de duros meses de trabajo.

Tras su detención, Ahmed fue llevado al barco del Servicio de Antigüedades, el *Nimro Hedashar*. Brugsch prefirió tener allí su primer encuentro con él. Ahmed Kamal lo acompañaba. Los interrogatorios realizados por la policía no habían dado los frutos esperados. Además, las protestas de los vecinos de Gurna, ante lo que para ellos era un ultraje y una injusticia manifiesta, iban creciendo a medida que pasaban los días.

El caso comenzaba a tener cierta entidad y muchos de los sospechosos empezaban a desentenderse. Mustafa Aga Ayat el primero. De Rochemonteix lo visitó al poco de realizarse las detenciones y el diplomático no mostró ningún tipo de sentimiento —ni culpabilidad ni conformismo— ante lo que estaba pasando. Como si aquello no fuera con él. Lo mismo sucedía con algunos vendedores a los que se les habían incautado piezas procedentes del mismo enterramiento. Ninguno de ellos fue capaz de centrar las pesquisas en una sola persona. Unos decían que los *ushebtis* se los había entregado un negro, otros que un pobre, otros que un campesino y había incluso quien señalaba a un misterioso y adinerado personaje de quien desconocían el nombre.

Todos temían a Daoud Pachá, gobernador de Quena. Un hombre sin escrúpulos, capaz de acabar con la vida de su mejor amigo si eso le proporcionaba beneficios en su escalafón social o en su ascenso en la política. Hasta el momento el gobernador se había mantenido al margen de la investigación; había evitado inmiscuirse en los problemas de la gente de Gurna. Sabía que lo más conveniente en casos como aquél

era guardar cierta distancia. Pero el asunto del tráfico de antigüedades por parte de la familia Abderrassul había llegado a los salones del palacio de El Cairo, y eso ya eran palabras mayores. Los que hasta entonces habían sido sus protegidos, de pronto pasaron a ser sus enemigos. Y no tuvo problemas en usar los métodos más expeditivos para satisfacer los deseos del jedive, Tewfik Pachá.

Cuando Brugsch y Kamal se acercaron al barco, notaron cierto revuelo en el embarcadero. Decenas de curiosos intentaban conocer alguna novedad sobre la sonada detención del cabeza de familia de los Abderrassul. Ahmed ya estaba en el interior y la presencia policial era evidente.

Al ver llegar a los hombres del Servicio de Antigüedades, el encargado de la seguridad les abrió camino. El ambiente estaba relativamente tranquilo, no hubo comentarios ni reproches. La mayoría de los presentes no eran más que fisgones ociosos que sólo pretendían pasar un rato entretenido.

—Buenos días —dijo Maxence de Rochemonteix al ver subir al barco a sus compañeros—. El detenido está en uno de los camarotes de la planta de arriba. Hay dos policías junto a la puerta. Os acompañaré hasta allí.

Los tres hombres subieron las escaleras de madera que llevaban al nivel superior del barco. Al final del pasillo, un par de árabes uniformados y armados flanqueaban la puerta del camarote donde se encontraba el detenido.

Brugsch echó una mirada a su ayudante antes de abrir la puerta. Kamal asintió con gravedad, era consciente del importante momento que su colega y amigo estaba a punto de protagonizar.

—Será mejor que esperéis aquí —dijo Brugsch—. Entraré yo solo.

El ladrón de tumbas se levantó de golpe al oír el ruido del pestillo de la puerta. Estaba tumbado en la cama que habían colocado en la pequeña habitación destinada normalmente a almacén.

—Buenos días —dijo Brugsch.

No recibió respuesta por parte del egipcio. Sin cerrar del todo la puerta, se acercó a una de las sillas que había en un extremo del cuarto.

—¿Quién es usted? ¿Por qué me han detenido?

Al oír la voz de aquel hombre, Brugsch enarcó las cejas. Era la misma persona que le había ido a buscar al embarcadero la noche que lo llevaron a la tumba de Qurnet Muray. Su inconfundible galabiya negra lo señalaba como uno de los hombres más siniestros de la orilla occidental.

—Me llamo Émile Brugsch y soy el representante del Servicio de Antigüedades de su país, Egipto.

Ahmed pensó que mentía. Reconoció al instante a aquel egiptólogo de acento extranjero.

—Usted no es egipcio, no puede representar a mi país —espetó Ahmed

contraatacando el tono diplomático lanzado por el alemán con la esperanza de que Brugsch no lo reconociera.

—En cualquier caso, ése es el cargo que tengo y así lo señala el jedive, Tewfik Pachá.

—Ese hombre tampoco es egipcio. Nadie de su familia lo es. Desde que Mohamed Ali llegó a Egipto, el país no ha conseguido salir de la miseria.

—Ahmed, ¿vamos a hablar de política? Creo que ése no es el caso que nos reúne aquí. Además, tengo entendido que la miseria no es el mayor de los problemas de su familia. Me consta que todos viven holgadamente. ¿Puedo saber cuál es el origen de sus ingresos?

—Somos trabajadores honrados —respondió el mayor de los Abderrassul levantando el tono de voz—. Labramos las tierras que han estado en posesión de nuestra familia desde generaciones y tenemos algo de ganado. Como cualquier vecino de Gurna.

Brugsch reflexionó unos segundos cómo retomar el interrogatorio.

—En los últimos años, en su casa se han realizado obras que difícilmente podrían pagarse con los medios que me ha señalado.

—En nuestra familia somos muchos los hombres que trabajamos.

—Del mismo modo que son muchas las bocas que alimentar —respondió el egiptólogo sin perder el temple—, lo que implica que los excedentes económicos no deben de ser muy grandes. Los Faruk están en la misma situación que ustedes y no parecen hacer ostentación de una gran riqueza.

Ahmed continuó en silencio, intentaba amedrentar con su mirada al alemán.

Brugsch prefirió ir directo al grano. Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un *ushebti*. Estaba envuelto en un pañuelo blanco. Se lo mostró a Ahmed y le preguntó:

—¿Sabe qué es esto?

El egipcio hizo una mueca de desagrado al ver la pieza. Apartó la vista e hizo como si no supiera de qué le estaban hablando.

—Es una figura funeraria magnífica que viene de una tumba desconocida —añadió el alemán.

—*Ushebtis* como ése los hay a cientos en Gurna —respondió el ladrón con cierto desprecio—. No hay más que escarbar un poco en el suelo para dar con uno de ellos. Todas las tiendas del bazar de Luxor los tienen a la venta.

—Es posible que así sea, pero no creo que todas las tiendas cuenten con un ejemplar de esta calidad. ¿Sabe que perteneció a una reina? Su nombre era Henut-tai, hija de Ramsés XI, y fue la esposa del sumo sacerdote de Tebas y faraón Pinedjem I. Tiene casi tres mil años de antigüedad.

Aquellos argumentos academicistas no conmovieron al saqueador de tumbas. Él

no apreciaba la valía de las piezas, solamente las robaba y las colocaba en el mercado. El precio no lo marcaba él, ya que en la mayoría de las ocasiones se fijaba por la estética de la pieza.

—No parece que la información que le doy sobre esta extraordinaria pieza de fayenza azul le impresione —dijo Brugsch.

—No sé de qué me habla. Ni yo ni mi familia tenemos nada que ver con esto. Exijo que me dejen en libertad.

—No deja de ser curioso que en el instante en que usted ha sido detenido el comercio con estas piezas ha cesado. Alguien ha debido de sentir miedo y las piezas de los Abderrassul han quedado escondidas en los almacenes hasta nuevo aviso.

Ahmed perdió la mirada en el fondo de la habitación. Comenzaba a sentirse acorralado.

—Seré franco con usted —prosiguió Brugsch—. Sólo le pido su colaboración. Cuanto antes resolvamos este problema, mejor para todos. Sabemos que su familia ha estado vendiendo estas piezas en los últimos meses, seguramente años. No solamente *ushebtis* y cajas para ellos, sino también papiros, momias, vendas de lino y cuero, y otras antigüedades. Usted, Ahmed, me llevó en falúa hasta Qurnet Muray.

—Se confunde de persona —respondió Ahmed sin demasiada credibilidad—. Muchos extranjeros confunden a los egipcios.

—Podría ser, sin embargo es evidente que usted es el mismo Ahmed Abderrassul que quedó hace pocos días con nuestro compañero Charles Wilbour. El señor Wilbour lo ha identificado como la persona que le vendió unas tiras de cuero con el nombre de Pinedjem I, el esposo de la reina Henut-taui, recuerde. Más tarde, parece ser que no contento con el negocio, quiso acabar con él.

Al escuchar estas evidencias, el egipcio se puso tenso.

—Podemos llegar a un acuerdo —prosiguió Brugsch ante el continuo silencio al que se había aferrado Ahmed—. Si nos dice dónde se halla la tumba de donde han estado sacando estos años las antigüedades, se les recompensará. El gobierno les dará una quinta parte del contenido del hallazgo. Lógicamente, nosotros seremos los que delimitaremos las piezas que se incluirán en esa parte después de estudiar todo el conjunto.

Brugsch intentaba negociar. Ahmed era consciente de que, si aceptaba, sólo recibiría piezas pequeñas. Las había a cientos en la Montaña de las Momias, pero no podía ofrecer nada mejor.

—Insisto en que no sé de qué me habla —dijo acomodándose en el catre—. Si alguno de esos *ushebtis* a los que se refiere lo hemos vendido nosotros, será porque los hemos encontrado casualmente en el desierto yendo a trabajar a los campos de cultivo. Todos los vecinos de la aldea hacen eso y no son encarcelados por ello.

—Usted ha estado trabajando durante diez años al servicio de Mustafa Aga Ayat,



¿no es así?

El egiptólogo intentó horadar la moral del detenido entrando por otro frente.

—En efecto, pero eso no significa que las piezas que vende ese viejo se las proporcione yo. Los egipcios tomamos de la tierra lo que nos pertenece. Son nuestros antepasados.

—Por favor..., su pueblo no lleva más de cinco siglos en este lugar... —avanzó el alemán previendo el calibre de la arenga nacionalista que le iba a soltar—. No tienen ni la menor idea de quiénes eran los faraones, de dónde venían ni qué hicieron. Lo único que les une a ellos es que sus cabras pastan en el mismo lugar sobre el que levantaron un gran imperio. No creo que saquear sus tumbas y vender su contenido sea un acto respetuoso hacia lo que usted llama sus «antepasados».

—La Montaña Tebana nos pertenece —continuó Ahmed Abderrassul, cada vez más irritado—. Hemos vivido allí desde la época de los faraones. Vender sus tesoros nos ayuda a sobrevivir, no es ninguna falta de respeto hacia ellos.

—Es una forma de verlo, singular, todo hay que decirlo —comentó Brugsch con cierta sorna—. Sin embargo, ese patrimonio es parte del pueblo egipcio, no de los habitantes de Gurna. Pertenece a todo el país y, como tal, tiene que ser estudiado y conservado. Para ello se hicieron las leyes que lo protegen y que controlan el tráfico de antigüedades. Pero al parecer a ustedes no les interesa este tipo de normas. Siguen actuando como antaño, rompiendo y vendiendo sin importarles que lo que han hallado pertenezca a tal o cual rey, o que esa información se pierda para siempre si no es anotada y cuidadosamente estudiada por los científicos.

—Los científicos, como usted los llama, son los *efendis* que nos están robando el país y nos han llevado a la ruina...

—No siga por ahí, Ahmed —le cortó Brugsch levantando las manos—. Yo no soy político, solamente soy egiptólogo, y no creo que éste sea el lugar adecuado para plantear ciertas quejas fundadas seguramente en experiencias que usted mismo haya vivido. Le pido que me diga dónde está el lugar de donde proceden esas piezas. Se le recompensará por ello, su familia podrá seguir tranquilamente como hasta ahora y el señor Wilbour olvidará la agresión que sufrió. Es muy sencillo.

Ahmed Abderrassul no movió un solo músculo del rostro. Bajo ningún concepto diría a los *efendis* la ubicación de la tumba. No había más que hablar. El futuro de su familia estaba en juego. No consentiría que los extranjeros les quitaran el pan de sus hijos. La quinta parte que le estaba ofreciendo aquel joven arqueólogo podía ser un vil engaño. Siempre había sospechado de los *efendis*, y desde ese momento su desconfianza, a la par que su odio, era mayor.

—Vuelvo a hacerle la misma pregunta —dijo Brugsch retomando la conversación—. ¿Cómo explica que se haya detenido la venta de este tipo de antigüedades desde que usted está arrestado? Hemos hablado con dragomanes de aquí y de allá. De

pronto nadie sabe nada. Incluso Wardi ha retirado todo el género de su tienda. Ahora su amigo el libanés sólo vende las mismas baratijas que otros anticuarios.

Una vez más el cabeza de familia guardó silencio. Brugsch se dio cuenta de que poco más podría conseguir. El saqueador no confiaba en él y no se sentía amenazado. Habría que adoptar otra táctica más expeditiva.

—Bueno, señor. Sólo quería ayudarle e informarle de que lo mejor para todos es cumplir la ley. Si no quiere contarme de dónde proceden las antigüedades, el resto de la investigación ya no está en mi mano. El caso queda bajo el auspicio de Daoud Pachá, gobernador de la provincia de Quena. Hasta allí será trasladado en las próximas horas para un nuevo interrogatorio. Espero que recapacite sobre la decisión que ha tomado. Guardar silencio, desde luego, no es lo que más le conviene.

Émile Brugsch se puso en pie y con un gesto marcial saludó al ladrón de tumbas y abandonó la habitación.

Al salir, esperó hasta que uno de los guardas cerró la puerta con llave. Luego permaneció en silencio unos segundos y se fue a buscar a su secretario.

—¿Cómo ha ido todo, Émile?

La voz de Charles Wilbour le sacó de sus pensamientos, concentrados todavía en la conversación con Ahmed Ad el-Rassul.

—La verdad es que no muy bien —dijo con pesadumbre deteniéndose junto a la barandilla—. No parece que tenga intención de confesar nada. Debe de contar con buenos contactos y se sabe seguro. Cree que tiene más de ganar que de perder.

—Pero eso puede ser contraproducente —repuso Wilbour, desconcertado—. Todas las autoridades están avisadas de la búsqueda en la que el propio jedive se ha involucrado. Esperaba que entrara en razón.

—Yo también. Pero hay algo que le ata a seguir afirmando su inocencia. Le he ofrecido la quinta parte de los objetos que aparezcan, pero se niega siquiera a reconocer su participación. Es una reacción un tanto infantil... Contamos con testimonios suficientes para desmontar su supuesta honradez.

—Me han dicho que varios ancianos de Gurna se han presentado aquí esta mañana con intención de hablar contigo.

—Así es —reconoció Brugsch con resignación—. Han venido precisamente a eso, a demostrar la honorabilidad de los Abderrassul. Afirman que cometemos un grave error deteniendo al cabeza de familia. Reclamaban a los cuatro vientos su libertad.

—Parece que se sienten en deuda con ellos.

—No me extraña, deben de llevar años comiendo la sopa boba de las antigüedades y ahora comienzan a ver el final del negocio. Estarán preocupados.

—La montaña es suya... —añadió Wilbour bromeando.

—Espero que no sea así, de lo contrario estamos perdidos. Voy abajo a hablar con

el jefe de policía. Este tipo ya no pinta nada aquí.

El egiptólogo alemán había empezado a bajar la escalerilla que llevaba al nivel inferior cuando Wilbour lo llamó otra vez.

—¡Émile! Se me olvidaba decirte que tienes visita. Te esperan junto a la entrada del barco.

Brugsch no esperaba a nadie, y mucho menos a quien se encontró.

—Buenos días, señor Marek.

El alemán se quedó paralizado en la escalera.

—Buenos días..., Mariam —dijo por fin—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—En Luxor las noticias vuelan, ya lo sabes. Todo el mundo habla de la detención de Ahmed Abderrassul y de que unos caballeros europeos iban a interrogarle. Pensé que uno de ellos podrías ser tú... Llegué hace un rato, el suficiente para enterarme de tu verdadero nombre.

—Bueno, realmente yo...

—Sí, no te preocupes —se adelantó la joven—. Ahora sé que te llamas Émile Brugsch y que no te dedicas al comercio sino que trabajas para el gobierno. Debí imaginármelo la primera vez que te vi leer los textos de aquel *ushebti*.

—No recuerdo que leyera ningún texto...

—No lo hiciste en voz alta —matizó ella—, apenas moviste los labios. Quizá Wardi no se percató de ello, pero la emoción que mostraste ante la pieza y el hecho de que te detuvieras en los jeroglíficos sólo señalaban en una dirección.

—Sí, lo reconozco, soy egiptólogo —dijo Brugsch con una gran sonrisa.

El alemán echó un vistazo alrededor. Seguía habiendo demasiados curiosos por allí.

—Éste no es el mejor lugar para una señorita. ¿No tienes miedo de que te vean por aquí?

—Sólo quería ayudar. Hace días te busqué en el hotel Luxor, pero no conseguí localizarte.

—Wilbour me lo contó. ¿Qué querías de mí, Mariam?

Sus ojos se detuvieron en los de la muchacha egipcia. Durante unos segundos siguió un silencio que a los dos les pareció un fugaz instante. Brugsch se sentía tan atraído por ella como durante las pesquisas que realizó en la tienda, y ella volvió a notar ese mismo mariposeo en la boca del estómago que le había hecho ir a buscarlo al hotel Luxor días atrás.

—Sólo quería verte para... ayudarte a...

—¿Sí...?

—Quería ayudarte en la investigación de las piezas que buscabas —dijo la joven de sopetón—. Yo sabía que estabas interesado en las antigüedades no para una colección, sino para... encontrar al... ladrón.

Brugsch estaba atónito. Lo último que esperaba oír era una acusación tan directa.

—¿Quieres decir que sabes quiénes son las personas que han saqueado el lugar del que proceden esas piezas?

—Sí, es una tumba. Sólo una tumba —repitió la muchacha en tono quedo al tiempo que miraba a ambos lados para comprobar que nadie la escuchaba—. Los Abderrassul son las personas que colocan los *ushebtis* y los papiros en el mercado. En ocasiones lo hacen ellos directamente, como cuando te invitaron a la tumba de Qurnet Muray. Pero la mayoría de las veces el trabajo se realiza a través de Mustafa Aga Ayat, quien entrega el material a los anticuarios, especialmente a Antoun Wardi. Otros vendedores han preferido desentenderse, o simplemente no estaban de acuerdo con los márgenes de beneficio y han pagado cara su afrenta.

—Samir Farag, ¿no es así? El pobre hombre murió asesinado por no acoplarse a sus normas de juego. Entiendo...

Mariam asintió moviendo nerviosamente la cabeza.

Brugsch le indicó con un gesto que lo siguiera. Al final del corredor, junto a la proa, se encontraba el despacho que usaba de oficina. Fue lo bastante cauto para comprobar que efectivamente nadie les observaba. Al cerrar la puerta, retomó la conversación.

—¿Tienes pruebas de lo que dices? ¿Sabes dónde está esa tumba? —preguntó, emocionado.

—Nadie lo sabe. Esa familia es muy peligrosa. No creo que la ubicación del lugar la conozcan más de dos o tres personas. Ahmed es uno de ellos, seguro, y creo que ya lo han detenido.

—Es increíble que todo el mundo estuviera al corriente de esta historia menos nosotros...

—El poder lo puede todo. Eso lo sabes mejor que yo. Saben que el propio jedive está detrás de la orden de detención, así que todos colaborarán sin pestañear. No lo dudes. Pero no te confíes. Si Ahmed persiste en su silencio, se verán obligados a ponerlo en libertad y los engranajes de la maquinaria de la corrupción empezarán a chirriar de nuevo. Primero darán la espalda a los Abderrassul, como si no los conocieran de nada, y se buscarán otra familia u otra fuente de ingresos para mantener el estado de corrupción en el que viven. Si no os dais prisa y movéis vuestras fichas con destreza, el caso se os puede poner muy difícil.

Émile Brugsch, sentado en el borde de su escritorio, reflexionó unos instantes. Parecía que todo empezaba a encajar. Se quitó el *tarbush* y lo dejó en la silla.

—¿Te apetece un té, Mariam? —dijo mientras se acercaba a un mueble que había frente a la ventana. El agua estaba hirviendo, tal y como le gustaba encontrarla cada vez que entraba en su oficina. Tomó un vaso y lo llenó antes de que la joven respondiera.

La muchacha copta le agradeció la invitación con una sonrisa. Le gustaba escuchar su nombre en labios de aquel hombre tan peculiar. Su árabe era excelente, pero tenía ese toque exótico que los extranjeros dan a una lengua cuando no están familiarizados con ella. Brugsch hablaba otros idiomas. El inglés y especialmente el francés eran las lenguas con las que se hablaba en la política. Si a eso se añadía el árabe para entenderse con el pueblo y su idioma natal, el alemán, el egiptólogo, a los ojos de Mariam, se convertía en una persona singular, inteligente y muy atractiva.

La joven tomó el vaso con las dos manos y sopló para enfriar el té mientras observaba cómo Brugsch se servía.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —preguntó él—. Sabes que con ello perderás tu trabajo...

—Y en la ciudad me señalarán de por vida... —añadió Mariam con miedo en el rostro.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

No fue capaz de responder. Sabía qué decir, pero su corazón no contaba con las fuerzas necesarias para manifestar lo que sentía.

—¿Quieres que alguno de nuestros hombres te acompañe hasta la tienda de Wardi?

Mariam dio un respingo y negó con la cabeza.

—Nadie tiene que saber que he estado aquí —dijo con temor.

—Entonces, volver allí puede ser peligroso. Quédate con nosotros en el barco, te sentirás más segura. Hay habitaciones suficientes.

Mariam volvió a negar con vehemencia.

—Eso sería peor. A medida que su investigación avance y cierren el círculo en torno a los Abderrassul, todos los que estemos en el otro lado correremos peligro... Pero debemos afrontarlo, no queda otra solución.

Mariam continuó bebiendo del vaso de té con la mirada perdida.

—¿Cuál es la solución, entonces? —preguntó Brugsch, intrigado.

—No se puede hacer nada —respondió la joven copta—. Estamos en Egipto. Vosotros los *efendis* dais las cosas por hechas y os equivocáis. Creéis que por haber vivido aquí un tiempo conocéis las costumbres y la forma de pensar de los egipcios, pero no es así. Aunque llevéis años instalados en nuestro país, siempre seréis *efendis* y, como a tales, se os ocultarán las cosas. Apuesto a que cuando caminas por las calles de Luxor te confunden con un turista más.

Brugsch asintió sonriendo ante lo atinado de aquella observación. Todos sus compañeros estaban cansados de que los tomaran por extranjeros aunque llevaran viviendo en el país más tiempo que muchos egipcios.

—Ése es quizá el principal inconveniente al que deben enfrentarse los extranjeros en Egipto —prosiguió Mariam apurando el último sorbo de té—. Se les toma por

billeteras ambulantes. Ése es el problema de los egipcios que nos acercamos a los *efendis*... Incluso Wardi te trató así cuando estuviste en la tienda comprando antigüedades. Sin embargo, yo me di cuenta de que estabas mintiendo. Sabía perfectamente lo que buscabas y fui consciente de ello en cuanto viste los papiros. ¿Me equivoco?

—En absoluto. Eres muy perspicaz. Prueba de ello es que no volví a aparecer por ahí.

—Si la tienda hubiera sido mía, yo te habría tratado de otra forma...

—Intuyo que por eso fuiste a buscarme al hotel Luxor poco después...

Émile Brugsch se acercó a la joven para retirarle el vaso. Al hacerlo, sus dedos se rozaron sin querer. Para el alemán se detuvo el tiempo: el tacto cálido de la mano de Mariam le hizo regresar a un mundo casi olvidado del que apenas recordaba esbozos de sus escarceos amorosos en Alemania.

Al separar las manos los dos miraron a otro lado, avergonzados.

—Será mejor que me vaya —señaló Mariam levantándose de un salto—. Debo regresar a la tienda. He dejado muchas tareas sin hacer y Wardi se preguntará dónde me he metido.

—Sé prudente —le rogó él—. No conviene que te vean salir del barco. Hazlo por la parte de atrás del amarre. Diré que te acompañen hasta la zona de estribor. No sé si puedo... ayudarte en algo más, Mariam.

—Sí, seguramente haya algo más..., Émile. Pero mejor será continuar la conversación en otro momento.

Brugsch llamó a uno de los marineros y le ordenó que la acompañara a la zona segura del puerto. Tras despedirse, Mariam cerró la puerta con sumo cuidado. Él permaneció unos segundos observando el fondo del vaso de la muchacha egipcia. Por primera vez en su vida se preguntó si aquellas fantasías sobre los oráculos y vaticinios basados en los posos del té serían ciertas y, si era así, qué habría escrito en ese misterioso vaso. De momento no tenía respuesta. De haberla, quizá llegaría la próxima vez que viera a Mariam.

*Año 969 antes de nuestra era*  
*Templo de Amón, Tebas*

**E**l cuerpo del escriba Ahmose apareció flotando en el gran lago ceremonial de Ipet-isut. Uno de los jóvenes sacerdotes que habían ido al lago para recoger agua se topó con él. Fue poco después de anochecer. El muchacho había sido detenido como sospechoso de ser el autor del asesinato, pero pronto se le dejó en libertad. Todo indicaba que el anciano Ahmose había resbalado y se había golpeado la cabeza con el murete que rodeaba el estanque. Un desgraciado accidente por el que ya nada podía hacerse.

Los hombres de su séquito señalaron que lo habían llevado a última hora de la tarde hasta el lago a petición del propio Ahmose. Su intención era realizar algunas investigaciones en la Casa de la Vida. Dentro de la biblioteca del templo el escriba charló con varios sacerdotes encargados de los preciosos documentos que custodiaba el antiguo archivo y nadie volvió al verle. Los portadores de su silla lo buscaron con ahínco. Preguntaron en la Casa de la Vida, pero todos coincidían en señalar que Ahmose había abandonado el templo antes incluso de que oscureciera. Se dio la voz de alarma. Uno de sus secretarios señaló que las circunstancias de las últimas investigaciones en los saqueos de moradas de eternidad de la orilla oeste no anunciaban buenos presagios. Se le buscó en los jardines, en las dependencias oficiales, en los templos menores e incluso en los alrededores de Ipet-isut. Pero no hubo suerte. Lo encontraron en las primeras horas de la noche. Tenía la cabeza abierta y un enorme reguero de sangre a su alrededor. Sus ropas estaban empapadas del mismo color y su peluca flotaba a poca distancia. No faltaban ni sus pulseras ni su pectoral de oro, regalo de Pinedjem.

Resultaba irónico que el estanque que representaba las aguas primigenias de las que surgía la vida según la cosmogonía del dios Amón, el lugar donde la sagrada oca de este dios de Uaset lanzó el primer graznido y creó con ello el mundo, fuera el lugar donde falleció el escriba. Una evidencia más de que el destino está en manos de los dioses y de que los ciclos de vida y muerte están interconectados.

Al conocer la desgraciada noticia, Pinedjem había hecho llamar con urgencia a Takelot. El escriba de origen libio abandonó la orilla occidental al poco de conocer los detalles de la muerte de su compañero. Su embarcación lo trasladó hasta el embarcadero del templo, donde los portadores de su silla lo trasladaron de forma solemne hasta el templo, donde ya lo esperaba con impaciencia el sumo sacerdote.

Estaba sentado en su trono, sobre el estrado, desde el cual había visto pasar los

últimos veinte años de su gobierno. Junto a él se hallaba uno de sus médicos, no fuera caso que lo necesitara. Al contrario que otras veces, en la mesa que había junto a él no tenía frutas ni vino. El sumo sacerdote no sentía apetito. Después de conocer la noticia de la muerte de Ahmose, su ánimo se encontraba en uno de sus peores momentos. Confiaba en que Takelot pudiera dar respuestas a las incertidumbres que martilleaban su corazón.

—Por lo que me han dicho, ha sido un desventurado accidente —señaló Takelot con vehemencia—. Qué desgracia... No sé cómo podremos superar este duro golpe del destino.

El sumo sacerdote, cansado y anciano, apenas tenía fuerzas ya para seguir adelante con sus funciones. Takelot lo encontró especialmente desmejorado y demacrado; parecía que había envejecido varios años en las últimas horas.

—Estábamos en el buen camino —dijo Pinedjem, cabizbajo—. El trabajo de Ahmose en la investigación estaba siendo brillante.

—Así es —reconoció casi con irreverencia el libio—. Fue él quien dio con uno de los orfebres que participaron en los robos. El descubrir en su casa las piezas de metal que provenían de la morada del valle pudo ser un golpe de suerte, pero él fue quien señaló el barrio de los artesanos como el lugar en el que había que buscar.

—Y eso que yo le señalé que centrara sus pesquisas en el templo de Ipet-isut... Finalmente me demostró que él también estaba en lo correcto.

—El interrogatorio de Beki acabó de manera nefasta —señaló sin rubor el escriba—, pero eso no pudo haberlo evitado nadie. Los saqueadores iban delante de nosotros, a muy poca distancia, pero nos llevaban ventaja.

Pinedjem y Takelot guardaron silencio durante unos instantes.

—Sin embargo, lo único cierto es que el bueno de Ahmose no pudo avanzar en la investigación —se apresuró a señalar Takelot—. Quizá alguien se ha tomado la justicia por su mano. Venía de la Casa de la Vida cuando lo encontraron muerto. Allí seguramente descubrió algo comprometido para alguno de los sacerdotes. Todos conocemos el resto de la historia.

En la cabeza de Pinedjem, esa reconstrucción de los acontecimientos tenía su lógica.

—Ahmose fue un hombre muy querido y valorado por su buen hacer, pero también levantó muchos celos —añadió Takelot—. Yo mismo le avisé y le di a conocer algunos rumores, seguramente infundados, que había escuchado sobre él.

El sumo sacerdote alzó la cabeza y lo miró con interés.

—¿A qué te refieres?

—Sé que debería haber hecho este comentario con anterioridad... En fin, en el seno del templo de Amón había cierta animadversión a algunas gestiones desarrolladas por mi colega —mintió el libio.



—No sé cuál puede ser la razón de ese desafecto —replicó Pinedjem—. Ahmose se caracterizó siempre por su lealtad y su buen servicio al templo. Su familia ha trabajado siempre con el máximo respeto y eficiencia.

—Él llevaba todo el peso de la investigación —prosiguió Takelot sin hacer mucho caso a lo que decía Pinedjem—. Algunos sacerdotes menores sospechaban que si las cosas no avanzaban no era porque no pudiera dar con nuevos datos sino porque él los ocultaba para que no fueran descubiertos.

El sumo sacerdote se puso tenso como si hubiera despertado de un largo sueño.

—¿Quieres decir que hay gente que cree que Ahmose estaba detrás de los robos de la necrópolis?

—No quiero señalar sin tener evidencias. Dudo que estuviera relacionado directamente, pero es posible que conociera más de lo que decía de forma abierta.

—Por lo que me dices, tú también lo crees así.

Pinedjem volvió a bajar la cabeza. Su mirada se perdió en los dibujos que realizaban las vetas de la piedra en el suelo. Reflexionaba sobre la dura acusación que acababa de hacer el escriba.

—Me gustaría saber en qué basas tan grave acusación hacia uno de mis hombres más fieles.

—Entiendo que son palabras muy duras, pero me temo que así es, Pinedjem. Es un rumor que corre como una serpiente por los jardines y despachos de Ipet-isut.

—No puedo creer que mi hombre de confianza me traicionara de esta forma... —El sumo sacerdote estaba desolado—. Me siento defraudado. Si los míos me traicionan, qué más puedo esperar del destino...

Pinedjem recordó que en cierta ocasión su abuelo le relató una conspiración sufrida en la corte durante el reinado de Usermaat Meryamón Ramsés III.<sup>[10]</sup> Las mujeres del harén hostigaron por colocar a sus hijos en el primer puesto de la línea de sucesión. En la conspiración también participaron varios funcionarios y escribas de palacio.

¿Qué pretensiones podría tener Ahmose para traicionarle de aquella forma? ¿Acaso no conocía su preocupación por mantener la integridad de su enterramiento y el de su familia en el viaje hacia la eternidad? Éstas y muchas otras preguntas rondaban la cabeza del sumo sacerdote ante la posibilidad de que el escriba de la necrópolis le hubiera traicionado, tal y como sugería Takelot.

—Desde hoy tú llevarás todo el peso de la investigación.

El escriba libio abrió mucho los ojos y se fingió sorprendido.

—Será mejor que una sola persona investigue lo que ha pasado tanto en lo relacionado con los robos como con la muerte de Ahmose —añadió el sacerdote-rey—. Si me traes pruebas de que él estuvo relacionado con los saqueos, su cuerpo será lanzado al Nilo como se merece.

—Agradezco profundamente tu confianza, Pinedjem.

—No tienes nada que agradecer. Creo que has obrado en consecuencia, tu trabajo así lo demuestra. No voy a negar que has cometido algún error en la supervisión de la vigilancia, pero el haberlo reconocido te honra. Ahmose nunca hizo algo así, aunque no sé si no lo necesitó o si me mintió. Ahora podremos saberlo...

—Quizá ahora que está muerto no volvamos a sufrir más robos en la orilla occidental —apuntó Takelot aprovechando el giro que había tomado la conversación.

—Creo que estás perfectamente capacitado para llevar a cabo tú solo el trabajo de las dos dependencias. Quizá la duplicidad en el puesto es lo que nos ha llevado a cometer los errores que han permitido el saqueo de la necrópolis.

—Continúa la preparación de tu morada de eternidad con absoluta tranquilidad, Pinedjem. Yo me encargaré de que todo se desarrolle siguiendo escrupulosamente tus deseos. Continuaré las tradiciones ancestrales y sagradas de la tierra de Kemet.

Pinedjem se levantó para tomar aire. El médico intentó ayudarle, pero él rechazó el ofrecimiento. Otros hombres de cámara estaban prestos a que les requirieran sus servicios, pero el sacerdote-rey prefirió moverse solo.

Takelot había tocado la fibra más sensible de sus preocupaciones: el tránsito al Más Allá. Los miedos que rodeaban su viaje al reino de Osiris, Rostau, afloraban cada vez que alguien sacaba el tema. Sabía que el comienzo del viaje estaba cada vez más cerca. Cada día que salía el sol era más consciente de ello. Para entonces quería tener preparada su barca solar con la que comenzar el sagrado viaje celeste.

Apoyado en su bastón de mando, caminó solo y en silencio por el enorme salón de recepciones. La cabeza de leopardo se balanceaba y le golpeaba el pecho. El ritmo de su corazón y su miedo crecían a cada paso.

Al llegar a una de las esbeltas columnas que se estiraban arrogantes hasta el techo de la estancia, Pinedjem apoyó la espalda en el fuste. Su médico se acercó un poco para comprobar que estaba bien, pero el anciano no parecía necesitar ayuda. Pinedjem se giró y miró fijamente al nuevo y poderoso escriba único de las necrópolis de la orilla occidental.

—He ordenado detener las obras de la morada que empecé a excavar en la montaña hace veinte años, al poco de convertirme en sumo sacerdote del clero de Amón. Ha sido una decisión difícil, pero me he visto obligado a hacerlo por las circunstancias que atraviesa la tierra de Kemet. Ahora, la montaña no parece ser un lugar seguro. Todos saben de su ubicación...

—Pero no debes temer... Estoy convencido de que hemos dado con la causa que generaba los robos y que, por lo tanto, ya no se repetirán.

Pero el sumo sacerdote no parecía entender las palabras del escriba. Le carcomía el miedo al olvido y a la pérdida de la anhelada eternidad. Caminó lentamente hasta otra de las columnas del salón y se sentó sobre la alta basa que la sustentaba.

—Últimamente he reflexionado mucho sobre ello. Agradezco a los dioses de la tierra de Kemet no haber confiado a Ahmose lo que ahora te diré a ti.

—¿De qué se trata? —preguntó Takelot, extrañado.

—Conoces bien la sagrada montaña de occidente...

—Es el lugar donde lealmente trabajó y donde mi padre antes que yo desempeñó el mismo cargo en la administración. He crecido entre sus rocas, conozco sus moradas; no tienen secretos para mí.

—No hay tiempo que perder. Quiero que busques en ella una antigua morada de grandes dimensiones. No es necesario que sea esbelta en lo que se refiere al trazado. Hay multitud de tumbas inacabadas que hoy están olvidadas, busca la más recóndita, la más escondida, la que nunca nadie llegue a ver.

Takelot, sin saber cómo reaccionar ante tan extravagante petición, se limitó a asentir con falsa sumisión y obediencia.

—¿No preferirías descansar eternamente en un lugar más honorable a tu condición en vez de reutilizar una antigua morada? En los lugares sagrados de la Grande y Majestuosa Necrópolis de Millones de Años de los Faraones, Vida, Salud y Prosperidad, en el occidente de Uaset, la seguridad ahora es mayor y no habrá problemas para...

—¡No!

El grito de Pinedjem hizo temblar las celosías del techo del salón de recepciones. Su rostro mostraba una desesperación nunca antes vista en él.

—Quiero descansar en un lugar que nadie conozca —dijo el sacerdote—. Un lugar oculto. La necrópolis del valle es conocida por todos. Cuando yo no esté, los guardas se olvidarán de las órdenes que les di, al igual que les pasó a mis predecesores. No quiero que se sepa dónde he comenzado mi viaje hacia la eternidad.

—Pero Pinedjem... Hace mucho tiempo que no se hacen enterramientos de esas características en la tierra de Kemet. Para llevar a cabo algo así se necesitan muchos hombres, y todos ellos, los que trasladen el ajuar, los obreros que ultimen los detalles, deberán ser...

—¡Ajusticiados, lo sé! No me importa. ¡Que guarden silencio con la muerte! No quiero que nadie sepa ni vea dónde comienzo el viaje. En nuestra tierra la vida es corta, pero en la necrópolis es eterna. Y así quiero que sea.

Takelot no podía negarse a la solicitud de Pinedjem. Era una extravagancia, pero él no era quién para poner en duda las decisiones del sumo sacerdote del clero de Amón en Ipet-isut, gobernador de todo el sur de la tierra de Kemet. Por ello, el escriba se limitó a asentir con una reverencia.

—Busca lo que te digo y te colmaré de bienes para que te acompañen en tu viaje al reino de Osiris —añadió Pinedjem intentando con ello vincular al escriba en su proyecto—. Si consigues satisfacerme, tendrás los más preciosos textos sagrados en

papiro, todos ellos recitados con tu propio nombre; una bella colección de magníficos ataúdes cubiertos con fórmulas únicas escritas expresamente para ti, los *ushebtis* más preciosos del taller de Rekhmun. Tu momia será recordada en Rostau y colocada junto a la mía para que ascendamos juntos las escaleras que nos lleven al sagrado tribunal. Tu cuerpo será tratado como si fuera mi cuerpo. En el taller de los embalsamadores reales emplearán los más delicados perfumes y las esencias más refinadas. Serás un Osiris como ningún otro miembro de mi corte lo ha sido antes. Puedes estar seguro de ello.

Takelot sonrió agradecido. El generoso ofrecimiento del sumo sacerdote de Amón era un sueño que no alcanzaría ni el más brillante de los funcionarios del templo. Su familia, aunque de origen libio, llevaba varias generaciones ligada a los trabajos más sublimes de la corte, pero los privilegios que le ofrecía Pinedjem —descansar junto a su propia momia en la morada de eternidad— eran realmente exclusivos.

El escriba libio había comenzado hacía tiempo la construcción de su propia tumba. Había abrazado las creencias en el viaje nocturno de la barca solar para reencontrarse con Osiris después del tribunal sagrado. Era consciente de que los textos sagrados serían de gran ayuda para su podrido corazón en el tribunal de las almas de Anubis, justo antes de entrar en el mundo de Osiris. La magia de la palabra grabada sobre el papiro del *Libro de la salida al día* era capaz de borrar las culpas y hacer olvidar los pecados. Hasta los más oscuros y abyectos quedaban ocultos por el poder de los conjuros del libro sagrado escrito con las palabras de Thot, el dios de la escritura.

—Creo saber el lugar que buscas, Pinedjem —se adelantó a contestar Takelot con impaciencia—. Hay una tumba que encaja con tus deseos. Es una antigua morada que nunca se llegó a ocupar. Está excavada en un lugar inaccesible de la montaña. No es conocida por nadie más que por mí y por algunos de mis oficiales. Ellos no tienen por qué saber a qué se va a destinar. Podemos utilizar prisioneros y ladrones para nuestro cometido. Luego nos desharemos de ellos y dejaremos sus cadáveres en el desierto para que sean devorados por las alimañas.

Takelot no podía negarse a las exigencias de su señor. Tenían su lógica, pero en el fondo sabía que eran ridículas. Su lugar de reposo acabaría sabiéndose. Él era el escriba de la necrópolis, y en los archivos de sus dependencias no conocía un solo caso de morada de eternidad que no hubiera sido saqueada al menos una vez. Era algo intrínseco a la naturaleza del hombre, y contra eso solamente podían luchar las fórmulas mágicas de los textos sagrados. Si los tesoros que acompañaban a la momia desaparecían, quedaría su recuerdo por medio de la magia. La escritura del nombre del difunto sobre la pared le haría vivir eternamente. Cuantas más veces apareciera su nombre escrito en las paredes de la tumba, en las cajas de sus objetos personales, en los *ushebtis*, en los ataúdes, en los papiros o en las vendas de la momia, más

posibilidades tenía de superar el complicado viaje por el Amenti.

—Regreso a la orilla occidental para cumplir tus órdenes de forma inmediata — dijo Takelot con una reverencia—. Mañana mismo tendrás un informe de los arquitectos sobre el estado de la morada elegida. Si das tu aprobación, nos pondremos a trabajar en su acondicionamiento sin más tardanza.

Pinedjem se limitó a asentir con la cabeza. Apoyándose en su bastón caminó de regreso a su estrado. Necesitó la ayuda de su médico y de un asistente para subir los escalones.

—Espero noticias tuyas muy pronto. Mi tiempo se acaba.

*Miércoles, 29 de junio de 1881*

*Luxor*

**A**hmed Abderrassul ha sido puesto en libertad! —gritó Wilbour. Acababa de irrumpir en el despacho donde Brugsch, Kamal y De Rochemonteix se hallaban reunidos. El americano sudaba copiosamente; el intenso calor del verano y la carrera hasta el barco le pasaban factura.

La noticia cayó como un jarro de agua fría en los allí reunidos. Desde hacía semanas, cuando todas las pistas habían conducido hacia la familia más poderosa de Gurna, la investigación, lastrada por el peso de un silencio y un ocultismo pocas veces vistos en Egipto, no avanzaba.

—¿Cómo dices? —preguntó, incrédulo, el director en funciones.

—Lo que acabas de oír —respondió Wilbour—. El gobernador de Quena, Daoud Pachá, ha decidido dejar en libertad a Ahmed Abderrassul por falta de pruebas.

—¿Falta de pruebas? —exclamó, indignado, el marqués De Rochemonteix—. ¿Qué más pruebas necesitan? Todos saben que son ellos. El negocio se ha frenado. Incluso Mustafa Aga Ayat me ha reconocido que los Abderrassul eran los que traían piezas al mercado de antigüedades de Luxor. ¡Es increíble!

—Sí, pero, salvo nosotros, no es eso lo que piensan las autoridades. Están limpios como una patena. —El americano tomó asiento en la única silla que quedaba libre en el modesto despacho de Brugsch.

—Era previsible... —dijo Ahmed Kamal—. Confiamos demasiado en la participación del jedive y del Ministerio de Obras Públicas, pero al parecer todo sigue igual.

—Todo ha sido inútil —señaló De Rochemonteix, abatido—. Las piezas volverán al mercado de antigüedades como si nada hubiera ocurrido.

—Esto es Egipto en estado puro —añadió Kamal.

El egipcio conocía bien el funcionamiento de sus instituciones. Los aldeanos de Gurna se sentirían victoriosos, y si hasta entonces se habían manifestado completamente reacios a colaborar, a partir de ahora el ocultamiento alcanzaría extremos insospechados. Con aquella liberación, Daoud Pachá acababa de dar la razón a sus convecinos. Las antigüedades les pertenecían y no tendrían que compartirlas con los *efendis*. Todos sabían que los habitantes de Gurna eran familias enteras de ladrones. En realidad se estaba juzgando quién era el propietario de las piezas y de los lugares donde aparecían, los egipcios o los *efendis*. Y el gobernador había hablado.

—¿Qué crees que debemos hacer ahora, Émile?

La pregunta de Charles Wilbour sacó de sus pensamientos a Brugsch. Desde que el americano había entrado en la habitación no había abierto la boca; ni siquiera había oído algunos comentarios de sus colegas. La advertencia de Mariam instándole a que actuaran rápido ya que, de lo contrario, liberarían al saqueador, se había cumplido con exactitud.

—Todo el trabajo de los últimos meses se ha venido abajo —dijo finalmente con el mismo desaliento que sus compañeros—. No ha servido de nada. Nos hemos jugado la vida y todo ha sido en vano. La corrupción está instalada en el país hasta extremos que ninguno de nosotros sospechaba.

—La intervención del jedive ha sido inútil —añadió Wilbour—. Realmente no se me ocurre otra forma de seguir adelante que usar nuestros propios medios. Ni siquiera los métodos expeditivos del gobernador de Quena han ayudado a abrir la boca de Ahmed Abderrassul.

—Émile, estamos en un callejón sin salida. Algo hay que hacer y pronto —señaló De Rochemonteix casi en tono de súplica—. El futuro de ese lugar lleno de información es vital para nuestro conocimiento del Antiguo Egipto.

—Por desgracia, a mis compatriotas eso no les interesa absolutamente nada. Sólo buscan el dinero rápido.

Las palabras de Ahmed Kamal parecían la única conclusión que se podía sacar en claro de aquella situación.

—Si se trata de dinero —continuó Brugsch—, el Servicio de Antigüedades no puede estar pagando a las familias de Gurna por algo así. Esa tarea corresponde al Estado.

—Pero ya ves que no van a hacer nada. Olvídate. Hay que reaccionar y rápido.

La respuesta de Kamal mostraba en pocas palabras el escenario al que se enfrentarían a partir de entonces.

En el cenicero que había en el centro de la mesa de trabajo sólo quedaba un cigarrillo encendido. El humo escapaba por la ventana que daba al Nilo. Durante unos pocos minutos los cuatro hombres guardaron un silencio sobrecogedor. Desde el barco podía oírse a la gente que, junto a los marjales, gritaba y reía de alegría por la noticia de la liberación de Ahmed Abderrassul.

De pronto, Brugsch se levantó de su silla, dio un par de zancadas hasta el perchero en el que estaba su chaqueta y su *tarbush* y miró la hora.

—Es una solución desesperada, pero puede funcionar.

Sus compañeros lo miraban extrañados.

—¿Adónde te diriges? —preguntó Wilbour.

—Voy a ver a Mustafa Aga Ayat. Si no encontramos una solución para este maldito entuerto, seguramente él sepa cómo actuar.

—Olvídate de su colaboración —respondió De Rochemonteix—. Ese hombre sólo se mueve por intereses a los que no podemos aspirar. No cuentes con él.

—Puede que tengas razón, amigo mío, pero no pierdo nada intentándolo. Y si no lo hace motu proprio, le daré los argumentos necesarios para obligarle a ello, no te quepa la menor duda.

Brugsch salió del despacho y dejó la puerta abierta.

Sus compañeros permanecieron allí sorprendidos. Ni él mismo sabía qué hacer, pero tenía claro que el vicecónsul contaba con las herramientas necesarias para resolver el caso. Bajó con decisión los escalones que llevaban a cubierta. Los dos hombres de seguridad que custodiaban el barco se apartaron al verle acercarse con tanto ímpetu.

La casa de Mustafa Aga Ayat no quedaba lejos de donde se encontraba amarrado el barco. El sol caía a plomo sobre la Corniche. El verano acababa de empezar, ralentizando la vida del país hasta la desesperación. Semanas después de la detención, el cabeza del clan de los Ad el-Rassul era liberado. Ese mismo trámite se habría resuelto en pocos días en cualquier país europeo. Pero los egipcios siempre se tomaban su tiempo para hacer las cosas; unas semanas preciosas, pensó Brugsch, que, una vez perdidas, apenas le dejaban tiempo para maniobrar.

Los pocos egipcios que había en la Corniche le observaron con curiosidad. Sabían quién era, su rostro se había convertido en una imagen familiar para los habitantes de Luxor desde el arresto de Ahmed Abderrassul. Ahora que estaba libre y que la noticia había llegado a todos los barrios de la pequeña ciudad, nadie temía a aquel *efendi*. Al contrario, sabedores de que ni él ni ningún otro *efendi* podría molestarles a partir de entonces, lo miraban con desdén.

Sin embargo, Brugsch se negaba a creer que el éxito de la operación, varios meses de trabajo y el seguimiento de unas pesquisas conseguidas con mucho esfuerzo, se fuera por la cloaca por el simple hecho de que el dinero y la corrupción lo podían todo en aquel país.

Los hombres que había a la entrada de la casa del diplomático de origen turco se asustaron al ver llegar al jefe de los *efendis* con aquellos aires. Brugsch no medió palabra alguna cuando puso el pie en el patio de la vivienda. Era evidente que estaba allí por el asunto de los Abderrassul. Sorprendido, uno de los hombres de Mustafa Aga Ayat reaccionó dándole paso hacia la escalera que llevaba a la planta superior, donde se encontraba el despacho del político. El egiptólogo se plantó delante de la puerta en cuatro zancadas. Antes de que la persona que la custodiaba hiciera siquiera el amago de girar el pomo para avisar a su señor de la presencia de Brugsch, éste ya había hecho su entrada.

Mustafa Aga Ayat levantó la mirada de los papeles que tenía sobre la mesa. Detrás de él, una ventana abierta dejaba correr un poco el aire. Extrañado por aquella



visita inesperada, el diplomático intentó buscar una respuesta en el rostro de su funcionario, pero éste, aturdido, levantó los hombros y las manos en señal de indefensión. Aga Ayat le indicó con un gesto que se retirara y cerrara la puerta.

—Buenos días, Émile. Qué sorpresa verte en mi casa —dijo mientras se secaba el sudor del rostro con un delicado pañuelo de algodón—. ¿A qué se debe esta inesperada visita?

—Sabes perfectamente a qué he venido —dijo Brugsch con voz firme—. Ahmed Abderrassul ha sido puesto en libertad, cuando son numerosas las pruebas y los testigos que lo señalan como uno de los autores materiales del saqueo de una necrópolis faraónica en la orilla oeste de Luxor.

Aga Ayat alzó la mano para pedirle que se calmara y se levantó.

—No te exaltes, querido amigo —dijo en tono quedo—. Esas pruebas no deben de ser tan claras cuando está en libertad. ¿Yo qué tengo que ver con eso? Soy vicecónsul de varios países extranjeros, y mis funciones se ciñen a eso. Desconozco por qué el gobernador de Quena lo ha dejado en libertad, pero intuyo que será por falta de pruebas. Y eso sólo significa que estamos en un sistema justo para todos.

El cinismo de Mustafa Aga Ayat acabó por sacar a Brugsch de sus casillas.

—No me creo lo que estoy escuchando. Tú mismo invitaste a uno de nuestros hombres a traficar con antigüedades en la fantasía que diste en tu casa.

Con dos zancadas el alemán alcanzó uno de los muebles que decoraban la pared del despacho junto a la ventana. En una de las baldas, un *ushebti* de la reina Henut-tai demostraba la falsedad de los argumentos del vicecónsul.

—¿Qué es esto? —preguntó Brugsch blandiendo la figura de fayenza como si hubiera recuperado el tesoro del interior de una oscura tumba—. Yo te lo voy a decir. Esto no es más que la prueba de tu participación en ese sucio negocio.

Mustafa Aga Ayat permaneció en silencio. No temía ponerse en peligro por algún comentario desacertado, de ser así habría retirado la figura de la estantería hacía tiempo. Nunca la había ocultado ni le había preocupado su presencia ahí cuando recibía visitas.

—No te equivoques, Émile —dijo reconduciendo la conversación—. Yo sólo le hice un obsequio de bienvenida a nuestra ciudad. Un *ushebti*. Una simple figura funeraria como las miles de antigüedades que llegan a diario a las tiendas del mercado de Luxor de forma completamente legal. No sé por qué os preocupan unos más que otros.

—Con esas palabras lo único que demuestras es tu absoluta ignorancia. Ni siquiera conoces el valor de las piezas que pones en el mercado...

—Eso es una acusación muy grave que no te consiento —señaló Mustafa levantando la voz y encarándose a Brugsch—. No eres más que el jefe de los *efendis*, más entusiasta que Maspero, lo reconozco, pero en definitiva sois tan extranjeros

como yo. No tienes nada que hacer aquí, ni pruebas con las que demostrar lo que dices.

—No olvides que las antigüedades que esa familia ha estado sacando en los últimos años de la Montaña Tebana han tenido consecuencias mucho más graves que el simple tráfico de piezas. Sabemos que varias muertes están relacionadas con ello. Al fin y al cabo, es mucho el dinero que se mueve, y el celo en tu gestión debe de ser muy exigente.

—Veo que no tienes reparos en lanzar falsas acusaciones contra mí. No sé a qué muertes te refieres y, desde luego, estoy convencido de que careces de cualquier tipo de prueba que corrobore tal cosa.

—Tú mismo has reconocido a Maxence que hacías de puente, ¿a quién quieres engañar?

Mustafa Aga Ayat le sostuvo la mirada durante unos segundos. En silencio.

—Ten cuidado, Émile —dijo bajando el tono de voz—. Podrías hundirte en las turbulentas arenas movedizas sobre las que ya caminas.

—¿Me estás amenazando, Mustafa? ¿Acaso tienes miedo de lo que pueda sacar a la luz? No tienes ni idea de lo que sabemos ni de lo que podemos llegar a hacer.

—Al parecer, no mucho. De lo contrario, el caso se habría cerrado hace semanas. Daoud Pachá no ha hecho más que dar la razón a los habitantes de Gurna...

La conversación se acalló con el ruido de la puerta abriéndose de forma brusca. Los dos hombres giraron la cabeza al unísono. Los hermanos Abderrassul permanecían hieráticos junto a la entrada. Ahmed tenía un aspecto muy desmejorado. El tiempo en prisión bajo la férrea mano del temido gobernador de Quena, Daoud Pachá, le había pasado factura. Lucía su galabiya negra habitual, pero su majestuoso porte de siempre se veía menoscabado por la presencia de un bastón. Lo necesitaba para caminar. Apoyado en el hombro de su hermano Mohamed, apenas se mantenía en pie. Los interrogatorios a los que lo habían sometido le habían dejado tullido.

Brugsch se preguntaba de qué había servido tanta dureza en los interrogatorios para después liberar al culpable sin cargo alguno. Parecía ridículo. La corrupción y el menosprecio por la vida humana importaban poco al gobierno local.

Nadie supo qué decir ni cómo retomar la conversación. El único que tenía las cosas claras era el director en funciones del Servicio de Antigüedades. Brugsch no tardó en tomar la palabra.

—Veo que vuelve a estar en la calle —dijo Brugsch—. Debo decir que su presencia en el despacho del vicedónsul no me sorprende. Tendrán cosas de que hablar, ¿no es así? Imagino que retomarán el comercio ilegal de piezas y que en pocos días veremos correr decenas de *ushebtis* reales por los anticuarios de Luxor, de El Cairo, de Suez. Henut-taui, su esposo Pinedjem, papiros, momias...

—Nunca encontrarán el lugar —espetó Ahmed con desprecio—. La montaña es

de los habitantes de Gurna. No conseguirán absolutamente nada. Todos sus intentos han resultado ser un fracaso.

—Sin embargo, no parece que lo hayan tratado tan bien como esperaba. — Brugsch señalaba el bastón del mayor de los Abderrassul.

—Esto es culpa de las injurias que se han vertido sobre mí y sobre mi familia — respondió el egipcio—. Todos nuestros vecinos han desfilado delante del gobernador de Quena afirmando la inocencia de nuestras manos. Y aun así, a pesar de sus testimonios, he sido maltratado en los interrogatorios dirigidos por el propio Daoud Pachá. ¡Todo para intentar buscar explicación a sus falsas acusaciones!

—¿Falsas acusaciones...? —repitió Brugsch.

El egiptólogo pensó por un instante si realmente Ahmed Abderrassul había perdido el juicio y se creía una suerte de mesías, un profeta elegido por la divinidad para custodiar un tesoro milenario. No había otra forma de explicar aquel bombardeo de absurdos desatinos.

Mohamed permanecía en silencio junto a su hermano. Su rostro aún reflejaba el miedo y la incertidumbre de los últimos días ante la tésitura de ver al cabeza de familia en la prisión de Quena bajo la férrea vigilancia de la policía del temido Daoud Pachá.

—Voy a solicitar una indemnización al gobierno por el despreciable trato que se me ha dado en la prisión de Quena. Apenas puedo caminar por culpa de las palizas a las que me he visto sometido por su culpa.

—¡Tú te lo has buscado! —le recriminó el alemán con desdén—. Te ofrecimos una quinta parte de lo que apareciera en esa tumba y no quisiste aceptar. La avaricia te ciega, y eso mismo es lo que te ha llevado al pozo en el que ahora estás. No busques falsas excusas señalándonos como los culpables de tu situación. Si nos hubieras dicho, como te ofrecí, dónde está esa tumba, esa maldita tumba, habrías ahorrado muchos problemas a tu familia.

Ahmed lo observaba desconcertado. Era la primera vez, en todos los años que llevaba saqueando el sepulcro, que no oía hablar a un *efendi* de un cementerio perdido o de una necrópolis oculta en el desierto. Brugsch sabía que se trataba de un solo enterramiento.

—Sí, es una tumba —continuó el egiptólogo percatándose de su inquietud—. Sabemos que es una única sepultura llena de objetos de un período muy concreto de la historia del Egipto faraónico. Pero eso a vosotros os da absolutamente igual. La quinta parte es una oferta muy generosa. Al menos la tumba no se deterioraría aún más. Pero al parecer no quieres eso. Tu codicia te carcome y no te deja pensar.

—Solicitaré la indemnización —repitió el árabe—. Los egipcios están con nosotros. Si realmente conociera ese lugar, no me quedaría con menos de la mitad de sus tesoros, pero no para venderlos sino para quemarlos delante de los *efendis*.

Brugsch sabía que no había vuelta atrás. Debía reflexionar sobre qué hacer en los próximos días. Se reuniría con sus compañeros en el barco y juntos decidirían una nueva estrategia.

—No creas que has vencido —dijo alzando un dedo amenazante.

—Creo que esta conversación ha terminado —intervino Mustafa Aga Ayat—. Será mejor que regreses a El Cairo con el barco de los *efendis*.

Brugsch le miró con el rostro encendido.

—¡O sea que el que sobra aquí soy yo! Yo soy el culpable de la desdicha de este hombre. Queréis que me vaya para poder hablar de vuestros sucios asuntos, ¿no es así?

—Ahmed ha estado a mi servicio durante muchos años y la relación que mantengo con su familia es magnífica. Por eso ha venido a verme. No busques otra respuesta a tus fantasías. Yo también he defendido su honorabilidad ante el juez. No tenéis una sola prueba para incriminarlo, ni a él ni a nadie de su familia.

—¡Eres un embustero! —Brugsch señalaba el *ushebti* de Henut-tai—. Todos sabemos que eres la persona que colocaba sus piezas en el mercado. Antes o después lo demostraremos.

—Tú eres un sucio *efendi* que ha humillado a mi familia —le espetó Ahmed con una expresión de odio infinito—. Tú y sólo tú eres la causa de que no pueda caminar y de que todo Gurna haya sufrido en los últimos tiempos la sospecha infundada de otros egipcios.

—¿Estás diciendo que te parece lícito encontrar una tumba, robar los tesoros de quienes dices son tus antepasados, y venderlos como si fueran baratijas en un mercado? ¿Acaso hacéis eso porque ya no sabéis cómo arrastrar los cadáveres de vuestros propios padres?

Aquel comentario insidioso encendió la ira de Ahmed Abderrassul, que levantó el bastón contra el alemán decidido a cometer una nueva locura. No hizo falta que Mohamed lo frenara, las heridas que tenía en las plantas de los pies por los golpes y tajos de los hombres de Daoud Pachá apenas le permitían caminar; no había dado ni dos pasos cuando cayó con todo su peso sobre la rica alfombra turca que se extendía en el centro del despacho de Mustafa Aga Ayat. Quedó en el suelo, indefenso. Ayudado por su hermano y con gran esfuerzo, consiguió ponerse en pie y tomar asiento en una silla.

—Márchate ahora mismo de aquí.

La voz del vicedónsul sonó con firmeza desde detrás de su mesa de trabajo.

—Eres igual de cobarde que ellos —señaló el alemán con sangre fría.

Sin pensárselo dos veces, Aga Ayat giró noventa grados el brazo y de un manotazo hizo saltar por los aires el *ushebti* de Henut-tai que estaba sobre la mesa.

Mohamed presenciaba la escena con el rostro completamente demudado. Él

mismo había avisado a su hermano de que aquello podía pasar si no hacía una pausa en la venta de antigüedades sacadas de la tumba. Encerrado en su mundo, reflexionaba si no habría sido mejor seguir al margen de todo ese entuerto. El tiempo le había demostrado que aquel enterramiento de la época de los faraones estaba emponzoñado y lleno de espíritus maliciosos.

—Esa tumba está maldita... —dijo casi en un lamento el pequeño de los Abderrassul.

—¿Qué dices? —preguntó Ahmed, incrédulo.

—Ha sido la ruina de nuestra familia —respondió el hermano pequeño—. ¿De qué sirve conseguir dinero y riquezas cuando realmente no tienes nada? Esa tumba estaba llena de *afrit* y de sortilegios dejados allí por los magos de los faraones.

—¿Estás loco? —espetó su hermano mayor en tono irritado—. Los únicos malditos aquí son los *efendis* que quieren robarnos lo que es nuestro para encerrarlo en museos y enriquecerse con ello.

—Todos los árabes saben que esa tumba, en el fondo, está maldita —añadió Brugsch—. No hay más que verte, Ahmed. No podrás seguir ocultando durante mucho tiempo el secreto de tu familia. La tumba sólo ha traído desgracias a la aldea de Gurna. Los espíritus de los faraones os han echado un anzuelo, sus joyas, y habéis picado como verdaderos incautos.

—El *efendi* tiene razón —añadió Mohamed—. Has conseguido salir de la cárcel y de qué forma, *alhamdu li Ala*. Pero no sirve de nada tener dinero si luego te tienes que esconder.

—¡Émile, márchate o no tendrás otra oportunidad! —gritó Aga Ayat al ver que la situación se le iba de las manos.

—¡Él no tiene la culpa de nada de esto! —gritó Mohamed interponiéndose de nuevo.

—¿Te colocas del lado de los *efendis*? —le reprochó su hermano Ahmed.

—Dime ¿de lado de quién estamos? —Mohamed fulminó a Ahmed con la mirada—. Se nos llena la boca hablando de nuestros ancestros, de nuestro rico pasado y vivimos de saquear los cadáveres de los antiguos moradores de la montaña. ¿Es que no lo ves? ¡No podemos seguir viviendo de los muertos!

—Diste tu palabra de que dedicarías tu tiempo al secreto de la familia —farfulló Ahmed entre dientes en tono amenazante—. Lo que estás diciendo es muy grave, hermano.

—No menos grave que lo que hemos estado haciendo los últimos años —replicó Mohamed.

—¡Estás del lado de los *efendis*! ¡Es imperdonable!

—No metas a los *efendis* en esto. Ellos no tienen nada que ver. Eres tú quien los usa como excusa para seguir adelante con un trabajo deshonesto y ruin. ¿A quién

vendemos las piezas? ¿A nuestros vecinos? No. Se las vendemos a los *efendis*. Tan terribles no serán, ¿no es así?

Ahmed Abderrassul guardó silencio. Miró a quien siempre había sido su mentor, Mustafa Aga Ayat, pero esta vez el diplomático no se atrevió a abrir la boca.

Mohamed prosiguió con su arenga.

—Te sorprendería saber cuántos miembros de nuestra familia, empezando por madre, están a favor de que todo esto acabe de una maldita vez.

*Tarbush* en mano, Brugsch caminó hasta la puerta. Sabía que él no pintaba nada en aquella discusión. Debían ser los hermanos Abderrassul quienes alcanzaran un acuerdo.

—Puedo daros una segunda oportunidad, pero ya sabéis a cambio de qué —dijo antes de girar el picaporte—. Si no decís dónde está ese lugar, las desgracias continuarán devorando vuestra comunidad y tarde o temprano acabarán también con vosotros. Esto sólo es el comienzo.

Brugsch dio un portazo al salir que se oyó en todo el patio de la casa, el eco reverberó entre las columnas y galerías del edificio.

Al salir a la Corniche, tomó conciencia de su fracaso: el ímpetu con el que había ido a la casa de Mustafa Aga Ayat se había disipado en un instante al comprobar la cerrazón e hipocresía con la que aquellos hombres trataban el tema. La corrupción y el crimen estaban tan arraigados que cualquier sugerencia sobre el cumplimiento de las leyes era entendida como una transgresión al natural devenir de los acontecimientos en Gurna.

De camino al *Nimro Hedashar*, Brugsch vio de lejos la tienda de Antoun Wardi. Le llamó la atención que la puerta estuviera entreabierta y no hubiera luz. Cuando se estaba acercando oyó un fuerte golpe procedente del interior. Aceleró el paso y abrió la puerta de un empujón. A Brugsch le dio tiempo a agachar la cabeza y esquivar una escultura que alguien había lanzado desde la otra punta de la tienda.

—¡Cuidado, Émile! ¡Va armado con un cuchillo!

La voz de Mariam, escondida detrás del mostrador, le alertó del peligro.

Sin pensarlo dos veces, tomó del suelo la cabeza que aquella misteriosa sombra le había arrojado y se la devolvió con un tiro certero.

El hombre se apartó y corrió hacia el mostrador. Tenía un objetivo muy claro: acabar con Mariam. Brugsch no se lo pensó dos veces: corrió tras la sombra, golpeó con el puño la mano del hombre y el cuchillo saltó por los aires.

Mariam aprovechó para levantarse y correr al lado opuesto de la tienda, donde, aterrorizada, se escondió detrás de un mueble. Mientras, la sombra había conseguido lanzar un derechazo en el rostro del alemán que, caído en el suelo, buscaba en la oscuridad algo con lo que protegerse antes de que el asesino se abalanzara de nuevo sobre él. Y lo encontró. Una de las botellas que habían saltado por los aires en la

refriega le sirvió de improvisado estilete. La rompió contra el suelo y, cuando el otro se aproximaba amenazante, le golpeó con fuerza en la mano y el rostro. La sombra lanzó un grito de dolor, maldijo al *efendi* y, malherido, abandonó la tienda por la puerta de atrás.

Brugsch oyó que varios hombres se habían acercado a la entrada alarmados por el ruido.

—¡Émile! —gritó Mariam asomando la cabeza por detrás del mueble—. ¿Estás bien?

—Sí, estoy perfectamente. ¿Y tú? ¿Estás herida?

Brugsch se quitó de encima a los tres hombres que con toda su buena voluntad habían entrado en la tienda para asistirlo, aunque al ver que se trataba del jefe de los *efendis* actuaron con recelo.

Había manchas de sangre en el suelo, pero se percató enseguida de que no eran de él. Nada más ponerse en pie corrió hasta la muchacha.

—¿De verdad que estás bien?

La joven apenas tuvo fuerzas para asentir con la cabeza. El miedo vivido en los últimos minutos la venció de golpe y rompió a llorar en los brazos de Brugsch.

—No te preocupes —la tranquilizó él acariciándole el rostro—. Ya pasó todo. Se ha marchado y no volverá. Cuéntame qué ha sucedido.

Mariam sacó un pañuelo de un bolsillo de la chaqueta, se enjugó las lágrimas y, ya más tranquila, tomó aire y comenzó su relato.

—Estaba recogiendo las carpetas del mostrador antes de cerrar la puerta del negocio hasta mañana. Estaba inquieta. Acababa de conocer la noticia en la calle, en boca de un campesino, de la liberación de Ahmed Abderrassul. Preferí marcharme pronto. Tenía miedo...

La joven comenzó a sollozar de nuevo. Brugsch la ayudó a levantarse del suelo y a que tomara asiento en una de las sillas que había tras la mesa en donde ella solía envolver los paquetes con las compras.

—¿Por qué tenías miedo?

—Los Abderrassul son una familia muy poderosa y sin escrúpulos. Sabía que tarde o temprano pensarían en mí y me acusarían de ser confidente de los *efendis*. Wardi no confiaba en mí, siempre pensó que mi honestidad era peligrosa.

—De eso me di cuenta el primer día —afirmó el alemán acariciándose la barbilla.

—Sin embargo, no se separaba de mí porque sabía que no le iba a dar problemas. Como siempre me advirtió mi padre: ver, oír y callar.

—No es la primera vez que usamos esa frase en algún trabajo en el Servicio de Antigüedades.

—Nunca les gustó que una cristiana trabajara para Wardi en el anticuario.

—Pero tú nunca has participado en ninguna operación. No tienes nada que ver

con su detención.

—Pero eso a ellos les da igual, Émile. No atienden a razones. Soy copta y mujer, y por lo tanto desconfían de mí. En el momento en que el cabeza de familia ha sido liberado, han ido directamente a por mí.

Brusch torció el gesto con preocupación; las cosas se estaban complicando por momentos.

—¿Le viste el rostro a ese hombre?

—No, la tienda estaba a oscuras, ya había bajado las persianas. Me disponía a salir por la puerta trasera cuando me topé de bruces con él.

—¿Y qué hacía él ahí?

—Los Abderrassul han venido muchas veces aquí, y casi nunca entran por la puerta principal, siempre se reúnen con Wardi atrás para evitar miradas indiscretas. Ese hombre sabía perfectamente cómo entrar sin que lo vieran los vecinos.

Más calmada, Mariam sonrió.

—Gracias por venir. Si no llega a ser por ti seguro que...

—No digas eso, Mariam. He hecho lo que debía hacer. Si no hubiera sido yo, cualquiera habría entrado con el alboroto que se oía desde la calle.

Brusch se tranquilizó al verla sonreír; su presencia le agradaba, estaba a gusto con ella.

—Tenemos que irnos de aquí —dijo tomándola de la mano—. Cierra la tienda y vamos al barco. Lo mejor será que hoy duermas en el *Nimro Hedashar*, allí estarás más segura.

—Quiero que sepas que siento muchísimo la liberación de Ahmed Abderrassul. Si puedo ayudar en algo, lo haré.

Mariam sabía elegir las palabras justas en cada conversación. El momento era delicado, seguramente más que nunca, y ella era consciente del peligro.

—No temas. Tengo que hablar con mis compañeros para decidir cuál será nuestro siguiente paso. Las cosas se han complicado sobremanera con la liberación de Ahmed.

Mariam cerró la puerta trasera, tomó sus cosas del mostrador y ambos salieron a la calle.

—Ya te avisé de que las cosas no serían tan sencillas —dijo ella de camino al embarcadero—. Lo más fácil es negociar con ellos, evitar la justicia, llegar a un acuerdo como siempre se ha hecho en la política de la aldea. Imagino que la puesta en libertad de Ahmed se ha debido a la intercesión de sus amigos importantes, que habrán defendido la honorabilidad y lealtad de los Abderrassul delante del gobernador.

—Sí, es cosa de locos...

Vieron a lo lejos el *Nimro Hedashar*; los hombres que custodiaban el barco eran



de la guardia del propio jedive, toda una contradicción, pensó Brugsch, cuando ni siquiera el máximo gobernante del país era capaz de controlar lo que pasaba dentro de su territorio. No tenía sentido confiar en su guardia.

—No puedo volver a la tienda —dijo Mariam—. Tengo que dejar ese trabajo.

—¿Dónde está Wardi ahora?

—Nunca cierra la tienda, él se va antes a casa y me deja a mí esa responsabilidad. Seguramente no aparecerá hasta que se calme el revuelo que se ha formado con la liberación de Ahmed Abderrassul.

—No creo que sea seguro que vuelvas a verlo —señaló Brugsch—. No me extrañaría que estuviera al tanto de lo que hoy iba a suceder en la tienda. No digo que él diera la orden de atacarte, pero seguramente lo sabía y lo consintió.

Mariam se estremeció al pensar en lo que podría haber sucedido de no haber aparecido Brugsch por allí.

—¿Y qué vas a hacer ahora? Las cosas no están bien en el Alto Egipto —comentó Brugsch con preocupación.

—Tampoco me sentía segura con Wardi —reconoció la joven—. Las complicaciones de las últimas semanas han generado ciertas tensiones, él cree que estoy de parte de los *efendis* y que podría poner en peligro el negocio. Después de lo de hoy prefiero dejarlo.

—Bueno, realmente no anda descaminado, estás de nuestra parte. ¿Por qué lo haces?

La joven cristiana, avergonzada, agachó la cabeza y guardó silencio. Por fin levantó los ojos hacia Brugsch.

—Bueno, la verdad es que no sé qué decir...

—*Efendi*...

La voz de un hombre interrumpió la conversación. Mohamed Abderrassul los escrutaba con mirada profunda junto a la entrada de acceso al embarcadero. Al reconocerlo, Brugsch se puso en tensión, apretó el puño y le lanzó un fuerte golpe. El joven, aturdido por el puñetazo, cayó al suelo.

—¡Habéis estado a punto de matarnos! —gritó el alemán al tiempo que se agachaba para sujetarlo por el cuello de la chilaba.

Cuando Brugsch, rojo de ira, estaba a punto de soltarle un segundo puñetazo, Mariam lo agarró del brazo.

—¡Quieto, Émile! —exclamó—. Lo vas a matar. Escucha primero qué es lo que quiere.

El egiptólogo sabía que Mariam tenía razón. No tenía ningún sentido tomarse la justicia por su mano.

—¿A qué has venido? —preguntó Brugsch.

—Me gustaría que mi familia no volviera a tener problemas.

Las palabras de Mohamed Abderrassul les sorprendieron.

—Solamente le pido eso —continuó el egipcio—. Creo que es justo. A cambio yo le llevaría hasta la tumba. Se encuentra en la Montaña Tebana.

Brugsch no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—¿Y cómo sé que esta oferta no es más que una sucia trampa después de lo que acabáis de hacer en la tienda de Wardi o el otro día con Wilbour?

Mohamed se mordió los labios, nervioso.

—Siento lo ocurrido —afirmó, compungido—. En las últimas semanas nuestra familia se ha dividido en dos bandos. Unos quieren mantener el secreto de la tumba; otros preferimos no aprovecharnos de los muertos y trabajar honradamente, como lo hacen otras familias de Gurna.

—No te creo.

—Daoud Pachá, el gobernador de Quena, ya lo sabe —dijo el egipcio intentando defenderse.

Y lo consiguió. El arqueólogo se quedó mudo al escuchar sus palabras.

—¿Cómo has dicho?

—Hace unos días fui a Quena a ver a mi hermano. Decidí hablar con el gobernador. Es lo mejor para todos, en mi familia el ambiente está muy crispado, he preferido actuar de esta forma antes de que alguien me traicionara. Quieren acusarme de todo.

—¿Y por qué no lo has dicho delante de Mustafa Aga Ayat?

—Tuve miedo. Daoud Pachá liberó a mi hermano porque yo hablé con él.

Brugsch, atónito, cruzó una mirada con Mariam. Luego tomó del brazo a Mohamed y antes de que cambiara de idea lo llevó al barco.

—Le diré a Ahmed Kamal que envíe un correo urgente a París para hacer partícipe de la noticia a Maspero.

*Miércoles, 6 de julio de 1881*

*Luxor*

Émile Brugsch no había conseguido pegar ojo en toda la noche. Estaban a principios del mes de julio y el calor apretaba con dureza en toda la región. No era habitual trabajar en los meses estivales, pero la posibilidad de hallarse cerca de la meta había obligado a todos los miembros del Servicio de Antigüedades a permanecer esos días alerta. Y la espera había merecido la pena. Al menos eso opinaban Wilbour, De Rochemonteix y Ahmed Kamal, pero el egiptólogo alemán no estaba tan seguro. Aunque había tomado todas las precauciones posibles, temía que aquel gesto de buena voluntad por parte de Mohamed Abderrassul no fuera más que una simple triquiñuela para ganar tiempo. Los habitantes de Gurna conocían la ubicación de decenas de tumbas en la Montaña Tebana que los arqueólogos ignoraban por completo. Muchas de ellas tenían pinturas y relieves sorprendentes; algunas conservaban incluso el ajuar funerario intacto. Lo que preocupaba a Brugsch es que le llevaran a un lugar en el que se hubiera depositado parte del ajuar del verdadero yacimiento. De ser así, resultaría muy difícil conocer la verdad, y la valiosa información que podría sacarse de aquel trabajo se habría perdido para siempre por la cerrazón de los saqueadores de tumbas de Gurna.

Fuera como fuese, no era el momento de ponerse a hacer cábalas sobre el contenido de aquel lugar secreto. Brugsch había pasado gran parte de la madrugada deliberando con sus compañeros. Pidió a Ahmed Kamal que reclutara hombres de confianza para formar un pequeño grupo armado que los protegiera en su camino hacia la Montaña Tebana. Cuando los habitantes de Gurna descubrieran que su mayor secreto había sido dado a conocer a los *efendis*, podría suceder cualquier cosa. Brugsch prefería tenerlo todo bien atado, no dejar nada al azar.

Mohamed Abderrassul había permanecido esos días en el barco por razones de seguridad. Poco antes del amanecer, el egipcio seguía reunido con Émile Brugsch y su colaborador más cercano, Ahmed Kamal; parecía sentirse más cómodo junto a su compatriota. Otros consideraban que el egiptólogo egipcio era un traidor de su país; colaborar con los *efendis* no estaba bien visto entre los lugareños. Los habitantes de Gurna no entendían que uno de ellos compartiera el mismo interés histórico por los antiguos faraones que un extranjero. Se aceptaba que trabajaran como asistentes o criados de los *efendis*, en definitiva eran los que mejor pagaban, pero coincidir en sus gustos, y más cuando se trataba de las preciadas *antikas*, el secreto mejor guardado por los habitantes de la orilla oeste de Luxor, resultaba cuando menos sorprendente e

incomprensible.

Sentados en una esquina de la habitación se hablaban Mariam, Charles Wilbour y Maxence de Rochemonteix. Los tres permanecían al margen y en absoluto silencio, como les había indicado Brugsch. Era necesario que los dos hombres estuvieran presentes, y Mariam parecía tranquilizar a Mohamed, pero cualquier comentario fuera de lugar podría hacer cambiar la opinión de Mohamed y echarlo todo por tierra.

—No es un lugar peligroso si se toman las precauciones necesarias —señaló el pequeño de los Abderrassul.

—¿Cuántas veces has estado allí? —preguntó Ahmed Kamal con curiosidad.

—Pocas —respondió Mohamed con la mirada perdida en el suelo, como si estuviera confesando un grave delito—. La primera cuando mi hermano Ahmed la descubrió, luego me mostró el camino, y después he ido a buscar piezas para vender. La última vez fue hace unas semanas..., fuimos a por una momia.

—No has ido mucho, entonces. —Ahmed Kamal parecía sorprendido.

—No, aunque he pasado cerca en muchas ocasiones. Mi hermano Ahmed ha sido siempre prudente en las visitas. En todos estos años no creo que haya entrado más de seis o siete veces en la Montaña de las Momias.

—¿Cómo la has llamado? —preguntó el alemán.

—La Montaña de las Momias, *Gebel al Mummiauat*.

Todos se miraron con extrañeza. Los egipcios daban nombre a los lugares donde vivían dependiendo de antiguas tradiciones y no era infrecuente que un hallazgo arqueológico acabara bautizando una ciudad o una aldea, pero nadie había oído hablar jamás de aquel insólito lugar.

—Nuestra familia le puso ese nombre —precisó Mohamed percatándose de la sorpresa de los *efendis*—. Nadie más la llama así. Para ustedes y el resto de los egipcios ese lugar es Deir el-Bahari.

Todos guardaron silencio ante aquella revelación.

—El circo rocoso donde se levanta el templo de la reina Hatshepsut —dijo por fin Brugsch rompiendo el silencio.

El nombre árabe, Deir el-Bahari, literalmente el «convento del norte», venía de un antiguo cenobio copto que había junto al templo faraónico.

—Así es, pero la tumba no está exactamente allí, se encuentra muy cerca, sí, pero en un lugar que nosotros llamamos la Montaña de las Momias.

Los egiptólogos intentaron imaginar cómo era el lugar que los Abderrassul identificaban de aquella forma tan singular. Todas las tumbas de la antigua Tebas tenían momias. No debía de ser nada extraño.

—Háblanos de ese lugar —dijo Brugsch sin esconder el deseo que le empujaba a ir corriendo hasta allí a cada instante que avanzaba el relato de Mohamed.

—Lo encontramos por casualidad hace varios años.

—¿Cuándo exactamente? —preguntó el alemán.

—No lo recuerdo bien —contestó Mohamed con la mirada perdida en el techo de la habitación—. Yo era apenas un adolescente.

—¿Hace cinco o seis años? —Brugsch intentaba obtener una respuesta que encajara con los indicios que tenían.

—Quizá alguno más; sí, tal vez siete años.

Los egiptólogos intercambiaron una mirada; aquello confirmaba sus sospechas. La fecha encajaba a la perfección con el año en que comenzaron a aparecer en el mercado ilegal de antigüedades las piezas del Tercer Período Intermedio.

—Continúa, por favor, Mohamed —pidió Brugsch.

—Íbamos con nuestro vecino Kamal. Una cabra se había perdido. No eran buenos tiempos, como ahora, pero entonces no había alternativas con las que sacar dinero para alimentar a la familia, así que buscamos al animal con tesón.

Mohamed se interrumpió. No se encontraba cómodo contando la historia a los *efendis*. Todo le parecía una pesadilla.

—Tranquilo, confía en nosotros —le indicó Ahmed Kamal poniéndole una mano en el brazo—. Prosigue, por favor.

Pasados unos segundos, Mohamed tomó aire y reanudó su relato.

—Era casi de noche y en los riscos donde nos encontrábamos hay numerosas grietas en la roca, así que avanzábamos con mucho cuidado. De pronto dimos con un agujero enorme en el suelo. Kamal llevaba una caja de cerillas, encendió una y la lanzó dentro para intentar saber la profundidad del lugar. Parecía muy profundo. Con la ayuda de una cuerda, mi hermano se descolgó por el pozo en busca de la cabra. Pasaron muchos minutos hasta que nos hizo una seña para que lo eleváramos.

El pequeño de los Abderrassul volvió a guardar silencio.

—Llevaremos varias sogas —dijo Ahmed Kamal con naturalidad—. Toma un poco de agua.

—Tampoco vendría mal un tronco de palmera para hacer de travesaño por el que descolgarnos —añadió Mohamed—. Facilitaría las cosas. —Apuró el agua y prosiguió con su relato—: Mi hermano apareció con la cabra, un tanto malherida. Todos nos alegramos de nuestra suerte y dimos gracias a Dios, pero mi hermano Ahmed dijo que teníamos que irnos de allí enseguida, que aquél era un lugar maldito y que había visto cosas horribles en el fondo del pozo. Nos pidió que mantuviéramos en secreto lo que habíamos vivido esa noche y regresamos a la casa.

—¿No os dijo qué había visto allí abajo? —quiso saber Brugsch.

—No. Yo era muy joven y sabía que en la aldea abundaban las historias sobre encuentros con los *afrit*, los guardas de las tumbas de los faraones. Tuve miedo y no volví a sacar el tema nunca más.

—Creíste que os habíais topado con los *afrit*... —dijo Kamal.

—Así es. Olvidé lo sucedido aquella noche hasta que mi hermano hace unos meses me sacó del engaño. Un día mi madre me dijo que Ahmed debía contarme algo. Esa noche me llevó al lugar donde está la tumba, descendí con él al pozo y entré en ella...

Un silencio tenso lo cubrió todo.

—¿Sólo hay una tumba? —preguntó el egiptólogo alemán con incredulidad mientras miraba a su colega egipcio.

—Sí, es un pozo que da acceso a una enorme galería.

Aquello confirmaba las palabras de Mariam, que ya había dicho a Brugsch que se trataba de una única tumba.

—Realmente nunca he entrado de día, siempre he ido allí por la noche para evitar que alguien nos descubriera.

Émile Brugsch se levantó y caminó por su improvisada oficina en el *Nimro Hedashar*. No había mucho espacio. Decidió abrir una de las ventanas. El calor a esas horas de la madrugada, cuando el sol anunciaba el amanecer por detrás de los templos de Luxor y Karnak, se hacía notar. El egiptólogo se desabrochó el cuello de la camisa.

—Una sola tumba, no una necrópolis —intervino De Rochemonteix mientras se levantaba y se acercaba al egipcio—. ¿Es de gran tamaño?

Mohamed asintió.

—No es como las tumbas que hay en el otro lado de la Montaña Tebana o las de *Biban el Moluk*, el Valle de los Reyes. No hay grandes habitaciones. Es un pasillo largo al que se llega por un pequeño acceso. Todo es muy estrecho. En algunas partes no se puede caminar erguido.

Mohamed dibujó en el aire una «L» con un palo muy largo, dando a entender la extremada longitud de la galería principal. Los hombres del Servicio de Antigüedades se miraron extrañados. Esa tipología era completamente insólita.

—¿Y las paredes tienen relieves o pinturas? ¿Hay alguna clase de signo? —inquirió De Rochemonteix.

—Allí abajo la oscuridad lo cubre todo, pero yo diría que no. Las paredes están apenas desbastadas. No hay esos signos de los antiguos faraones, ni dibujos o escenas. No es como las tumbas del valle que usamos como establos. Es distinta.

—Si no hay habitaciones, ni pilares que sujeten el techo, ni pinturas..., ¿qué hay dentro? —preguntó Brugsch.

—La galería principal está repleta de ataúdes y momias —respondió Mohamed—. Algunos son como dos hombres de alto, y otros tienen recubrimientos dorados. Además, hay cajas con miles de *ushebtis*, jarras, muebles, joyas y amuletos en las momias...

Wilbour hizo un gesto de incredulidad a su compañero De Rochemonteix. Sabía

de las exageraciones de los habitantes de Gurna cada vez que encontraban un objeto cualquiera en el desierto. Un fragmento de un viejo sarcófago de madera podía convertirse en el lecho de oro de un renombrado rey.

La única manera de comprobarlo era ir a ese lugar.

—Creo que no nos queda nada más por hacer aquí —dijo Brugsch dando por terminada la charla—. En el embarcadero nos espera un transbordador con nuestros hombres para marchar a la otra orilla.



Con los primeros rayos del sol, Mohamed, Brugsch, Ahmed Kamal y Mariam estaban preparados para cruzar al oeste de Luxor, la orilla de los muertos. Wilbour y De Rochemonteix se quedarían en el *Nimro Hedashar* a la espera de noticias.

En uno de los extremos de la embarcación, Mohamed, con la cabeza gacha y la mirada perdida, seguía dándole vueltas a lo acontecido en los últimos meses, preguntándose si las cosas podrían haberse hecho de otra forma. Su familia había recibido mucho apoyo por parte de los vecinos, pero también había otros que, celosos desde siempre de su éxito, los habían señalado como los verdaderos culpables de que los *efendis* hubieran tomado interés por la Montaña Tebana y las *antikas* de los faraones.

Al llegar a la otra orilla, los esperaban varios soldados montados a caballo. Iban engalanados con traje blanco de chaqueta, *tarbush* rojo y fusil en ristre, preparados para cualquier emergencia. Se habían encargado de que en los alrededores no hubiera ningún campesino que pudiera importunarles en el trayecto hasta la montaña.

Una vez todos hubieron montado en sus respectivos caballos, miraron a Mohamed Abderrassul.

—Te seguimos —dijo Brugsch ante el silencio inicial del egipcio.

—Lo más fácil es ir primero hacia Deir el-Bahari, donde se encontraba el antiguo monasterio —respondió Mohamed en tono quedo.

—Pues adelante.

—Debería ir primero con algunos hombres hasta el templo de la reina Hatshepsut —señaló Kamal—. Por precaución. No vaya a ser que los vecinos, que seguro que ya saben que estamos aquí y por qué, hayan preparado alguna emboscada...

—Sólo mi hermano y yo sabemos dónde está esa tumba —intervino el menor de los Abderrassul—. Allí no habrá nadie. La gente tiene que trabajar para sacar adelante a su familia, no tiene tiempo de organizar emboscadas.

—Te entendemos, Mohamed, pero no está de más tomar algunas precauciones —explicó Brugsch—. Seguramente no todos los vecinos estén de acuerdo en que nos muestres el emplazamiento. Es por nuestra seguridad y también por la tuya.

—Recuerde, *efendi*, que hemos hecho un pacto: mi familia se verá liberada de cualquier tipo de persecución —recordó Mohamed.

—Tienes mi palabra.

Acto seguido, Brugsch alzó la mano e iniciaron la marcha. En el camino se cruzaron con algunos labradores que los observaban con curiosidad. La sorpresa de los habitantes de Gurna llegó al ver a Mohamed en la comitiva de los *efendis*. Un campesino dio un codazo a su compañero, señaló al pequeño de los Abderrassul, soltó la azada y salió corriendo en dirección a la casa que había a apenas un centenar de metros. Mohamed presenció la escena con preocupación. En pocos minutos todo el mundo en la orilla oeste sabría qué estaba sucediendo.

La comitiva siguió avanzando a buen ritmo en dirección al circo rocoso que protegía el templo en terrazas de la reina Hatshepsut. Mariam y Brugsch cruzaron una mirada de complicidad al pasar junto al Rameseum. La joven intentó apaciguar la preocupación que reflejaba el rostro de su amigo con una sonrisa. Brugsch agradeció el gesto con otra sonrisa y continuaron cabalgando hacia el camino de tierra que bordeaba la loma de Dra Abu el-Naga.

La noticia se había extendido rápidamente por la orilla oeste. Al poco de que Kamal y sus hombres arribaran al templo de Deir el-Bahari, algunos habitantes de Gurna comenzaron a acercarse curiosos. Una nube de polvo anunció la llegada del grupo de Brugsch. Los guardas a caballo se adelantaron para apartar a los campesinos. Ahmed Kamal y Brugsch observaron a Mohamed a la espera de nuevas indicaciones. El pequeño de los Abderrassul tomó aire. Hasta el último instante dudó sobre la conveniencia de dar a conocer el lugar donde se escondía el secreto de su familia. Pero había llegado hasta allí, ya no podía echarse atrás. El futuro de su familia estaba en juego. Debía ser valiente y honesto, y proteger a los suyos de futuras dificultades con la ley.

—Dejaremos los caballos aquí y continuaremos a pie —dijo—. No estamos lejos.

Al escuchar estas palabras, Brugsch comenzó a recelar. Lanzó una mirada a su secretario, pero éste observaba fascinado la montaña con las primeras luces del día. El egiptólogo alemán no quería sorpresas de última hora, pero no podía hacer otra cosa que esperar y confiar. Pensó en la de veces que había caminado por aquel paraje sin percatarse de la existencia de un lugar oculto..., cuán cerca habían estado de la meta sin saberlo. ¿Había realmente allí una tumba secreta que se había mantenido oculta durante miles de años? Pronto lo sabría.

Desmontaron y siguieron a pie por el valle que se abría al sur del templo de la reina Hatshepsut. Los rayos de sol incidían ya en la Montaña Tebana; el calor empezaba a notarse. El crujir de las suelas de los zapatos contra la grava era el único telón de fondo de la marcha. Ahmed Kamal y Émile Brugsch se miraron durante unos segundos. Los dos sentían la misma incertidumbre, el mismo nerviosismo. Si la



misteriosa tumba se hallaba de verdad muy cerca de donde se encontraban, pronto tendrían la respuesta al millón de preguntas que les habían inquietado en los últimos meses.

Mariam y algunos *gafires* de la zona les seguían muy de cerca. A medida que ascendían por la pequeña loma iban penetrando en un nuevo *wadi*. El suelo estaba repleto de piedras de tonalidades rojas, amarillas y blancas. No en vano aquel lugar era llamado por los aldeanos de Gurna *Wadi Alaun*, el Valle de los Colores. Al coger una piedra del suelo se convertía en polvo multicolor. Los antiguos artesanos egipcios sacaban de aquí muchos de los ingredientes necesarios para la fabricación de pinturas de vivos colores.

El valle recorría la parte de atrás de la necrópolis de los nobles, donde se levantaba la aldea de Gurna. Esa área de la Montaña Tebana estaba formada por varios circos rocosos, el último de los cuales creaba un gigantesco telón de fondo para el templo funerario de la reina Hatshepsut. El siguiente circo contenía los restos de varios muros de adobe; antiguamente había existido en ese emplazamiento un templo romano, pero en el suelo apenas quedaban unas pocas manchas oscuras del adobe empleado para los edificios. En algunas partes de la loma oriental se podían ver los enormes agujeros de tumbas que habían sido saqueadas en la Antigüedad. En muchas de ellas vivía gente; asomados a la puerta de sus modestas viviendas, contemplaban con curiosidad el séquito de los *efendis*.

—A partir de este tramo el camino es estrecho —dijo Mohamed—. Será mejor que vayamos de uno en uno.

—¿Quieres decir que la tumba está en esa dirección? —preguntó Brugsch, perplejo.

—Así es. Hay que ascender hasta la esquina del circo rocoso. Está al final del sendero. No hay salida y no hay mucho espacio para moverse. Es mejor que no vengán todos; puede ser peligroso.

—De acuerdo. Iremos Ahmed, tú y yo. Además nos acompañarán el jefe de la guardia y los cuatro hombres que cargarán con el tronco de palmera que necesitaremos para el descenso. El resto del grupo esperará aquí.

—¡Mira, Émile, es Hathor! —gritó Mariam de repente.

Todos miraron el lugar de la montaña que señalaba la joven copta. La luz incidía sobre las piedras formando una imagen curiosa. Una gigantesca peluca de caliza parecía cubrir el rostro de una mujer, la misma imagen que los antiguos egipcios identificaron con la diosa vaca Hathor, una de las protectoras de la Montaña Tebana.

—Es cierto —dijo Ahmed Kamal—. Es la diosa Hathor.

Con su peluca clásica, el rostro femenino representado miles de veces sobre ataúdes, capiteles, estatuas y pinturas, parecía darles la bienvenida a un lugar secreto. No en vano, la Montaña Tebana estaba identificada con esta diosa, así lo afirmaban

muchos textos y algunos pasajes del *Libro de los Muertos*.

—Quizá sea una señal —comentó Brugsch con una sonrisa.

La joven copta, orgullosa de su descubrimiento, miró al alemán emocionada.

—¡Suerte! —gritó cuando los arqueólogos continuaron su camino sin perder de vista la presencia de la diosa egipcia.

El paisaje era un magnífico decorado de color rojo. Brugsch, que iba sin chaqueta, sacó un pañuelo del bolsillo del chaleco y se secó el sudor. Si a esas horas de la mañana el sol ya apretaba, no quería ni imaginar qué temperatura habría dentro de la tumba... El sol apenas había despuntado en el horizonte y ya debían de estar a treinta grados.

Provistos de cuerdas, un tronco de palmera y las teas necesarias para la exploración, continuaron ascendiendo. Brugsch se detuvo en varias ocasiones a lo largo del camino. El sendero no parecía tener salida y no había nada que señalara la presencia de un agujero o pozo.

—Espera aquí, Ahmed —dijo frunciendo el ceño con desconfianza—. Me adelantaré con Mohamed y el jefe de la guardia.

—¿Sucedee algo? —preguntó Kamal, extrañado.

—No acabo de entender adónde nos lleva... Aquí no parece haber nada.

Brugsch observó el paisaje que los rodeaba. El rostro de la diosa Hathor seguía observándolos desde la pared más profunda del circo rocoso. La emoción del momento le había hecho olvidarse por un instante del intenso calor. En pocos minutos aquel desierto se convertiría en una terrible caldera.

Mohamed seguía avanzando por el estrecho camino que recorría la pared de la montaña. Él mismo miraba con curiosidad el lugar: era la primera vez que iba allí a plena luz del día. Brugsch lo seguía a apenas un metro de distancia. El egipcio se movía con desenvoltura entre piedras y rocas cortantes; en cambio el alemán avanzaba con temor, mirando a cada paso dónde ponía el pie para no caer terraplén abajo.

De pronto, Mohamed se detuvo. Se encontraba justo a mitad de la pared del circo. Parecía imposible que un sendero tan estrecho llevara a un sitio que desde abajo se veía como algo prácticamente inaccesible. Tras un leve giro a la derecha para adentrarse en la roca de la montaña, el camino llegaba a su fin. Ante ellos había un espacio abierto; no era muy grande, pero lo suficiente para que varias personas pudieran maniobrar con comodidad. Parecía como si la naturaleza hubiera colocado una repisa en la pared de la Montaña Tebana para ocultar durante siglos un preciado secreto.

Allí estaba. El muro rocoso formaba una especie de biombo natural que hacía prácticamente imposible ver el agujero desde abajo o desde arriba, a más de treinta metros de altura. Mohamed no abrió la boca; pegado a la pared, se limitó a señalar

con la mano izquierda el extremo de aquella plataforma rocosa. Brugsch lo observó con incredulidad. El nerviosismo le hizo esbozar una leve sonrisa. Escondido en el hueco de la pared había un enorme agujero excavado en la roca por la mano del hombre. Miró asombrado al jefe de la guardia. ¿Cómo es que nadie se había percatado de aquel lugar con anterioridad?

¡Estaban a menos de cuatrocientos metros del templo de la reina Hatshepsut!

—¿Ésta es la Montaña de las Momias? —preguntó Brugsch.

—Así es —respondió Mohamed—. Para bajar, lo mejor es atar la soga al tronco y colocarlo atravesado al agujero. Estas rocas que cierran el paso son seguras.

—¿Qué profundidad tiene el pozo?

—No lo sé con certeza..., unos quince metros, quizá algo menos. El agujero es estrecho. Si colocamos el tronco en el centro no habrá problemas. La entrada al pozo está a la izquierda.

—Parece que hay luz suficiente para bajar —señaló Brugsch—. Encenderemos las teas cuando llegemos abajo.

Se acercó al borde del risco e indicó por señas a su secretario que se acercara a toda prisa. Ahmed Kamal no se hizo esperar y, con zancada segura entre las piedras de la montaña, en unos segundos se reunió con Brugsch. Cuando éste le señaló el agujero que se abría en el suelo como una chimenea natural, el egipcio esbozó una sonrisa de emoción y sin perder más tiempo tomó las cuerdas que habían traído y empezó a extenderlas por el suelo. Hizo un nudo con una de ellas y la amarró con fuerza al tronco de palmera. Colocaron el tronco atravesado sobre el agujero y lanzó el otro extremo de la cuerda al pozo. El ruido del golpe contra el fondo tardó en llegar. Aquella gruta, en efecto, tenía bastante profundidad.

Antes de aferrarse la cuerda a la cintura, Brugsch miró por última vez el rostro de la diosa vaca observándolos desde la pared de la montaña. Luego se acercó al borde del pozo para comenzar el descenso.

Ahmed Kamal se puso un par de guantes para sujetar mejor la cuerda. A medida que descendía, Brugsch se sumergió en el corazón de la roca de la montaña. La claridad reflejada en las paredes del pozo descendente obligaba a entornar los ojos.

Una vez en el suelo, vio el negro agujero que llevaba hacia el interior de la montaña. Estaba excavado en la pared occidental del pozo, en la misma dirección que el inframundo de los antiguos egipcios. Extrajo del bolsillo de su pantalón una caja de cerillas, encendió una y con ella prendió la tea con la que había descendido. Tal como había dicho Mohamed, el pozo era estrecho, de haberla encendido arriba seguramente se habría quemado en algún giro inesperado. Lo primero que hizo fue iluminar el suelo y las paredes que tenía alrededor. Gracias a su pericia arqueológica no tardó en descubrir varios grafitos pintados con tinta roja. Apenas podían leerse, pero aquello era la confirmación de que estaban en el camino correcto.

El agujero abierto a sus pies daba acceso a una galería. Estaba parcialmente colmatado por escombros. Brugsch se adentró mínimamente en el pasillo y esperó a Ahmed Kamal. Desbordado por la importancia de lo que estaba viviendo, no se percató de que su colega estaba bajando hasta que casi lo tuvo junto a él.

—Mira esto —dijo el alemán señalando uno de los grafitos que acababa de ver en la pared.

Ahmed Kamal acercó la luz al texto procurando no dañarlo con el hollín. Cuando lo leyó, miró boquiabierto a su compañero.

—Es un texto de los antiguos sacerdotes señalando que aquí están enterrados Pinedjem II y su esposa Nesikhonsu...

—Algunos de los papiros y *ushebtis* que hemos conseguido recuperar les pertenecieron. No me cabe duda de que se trata de una tumba inacabada —dijo Brugsch—. No sabemos cuándo, pero debió de reutilizarse en algún momento.

—La única manera de saberlo es entrar en ella y ver qué nos encontramos.

Brugsch se arrodilló y avanzó la antorcha para intentar ver el final de la galería. Estaba llena de escombros pero había espacio suficiente para arrastrarse hasta una zona en la que aquel túnel parecía desembocar en una habitación.

—¡Mohamed! —gritó—. ¡Será mejor que bajas!

La cuerda comenzó a moverse como la soga que sujeta el badajo de una campana. A los pocos minutos el sonido de unos pies saltando al fondo del pozo les hizo girarse. Mohamed los observaba con atención. Hacía tiempo que no pisaba aquel lugar, pero una maraña de sentimientos comenzó a azorarlo.

—Hay que arrastrarse. Iré yo delante.

Dicho esto, se introdujo con decisión en el orificio. Parecía conocerlo muy bien. Los agujeros de la Montaña Tebana no tenían secretos para los habitantes de Seikh Abd el-Gurna. Arrastrándose con habilidad, los dos miembros del Servicio de Antigüedades siguieron a Mohamed hasta las profundidades de aquella gruta. Brugsch se dio cuenta de que entre las piedras que dificultaban el camino había restos de madera y dedujo que debían de proceder del saqueo reciente de algún ataúd.

Pocos metros después, que a ellos se les hicieron muy largos, alcanzaron la primera habitación. Brugsch y Ahmed Kamal se pusieron de pie y aguardaron a que la vista se acostumbrara a la luz. Las sombras empezaron a tomar cuerpo y color.

—Ésta es la Montaña de las Momias —susurró Mohamed Abderrassul.

Los dos egiptólogos se miraron sorprendidos. En todos sus años de carrera jamás habían visto nada igual.

***Año 969 antes de nuestra era***  
***Barrio de los artesanos, Tebas***

**R**ekhamun había madrugado para ir al templo de Ipet-isut justo después del amanecer. La temperatura era fresca. La densa calima que cubría la ciudad convertía el trayecto desde el barrio de los artesanos en una suerte de viaje por el inframundo. Nadie había vuelto nunca de las oscuras tierras del Amduat para relatar una vivencia así, pero los habitantes de Uaset creían que las brumas de la oscuridad debían de ser muy parecidas a aquel paisaje fantasmagórico. El encalado blanco de las casas apenas asomaba entre la niebla, y la vegetación prácticamente había desaparecido de la vista; todos sabían que estaba allí, frente a ellos, pero invisible en aquel sueño de terror y pesadilla. Rekhamun sentía que caminaba hacia las profundidades más oscuras de las aguas del caos, donde la malévola serpiente Apofis reinaba a sus anchas.

Los acontecimientos vividos en los últimos días no ayudaban a mejorar el ambiente. La muerte de Ahmose, los robos en la necrópolis y, sobre todo, las envidias y falsas acusaciones, junto a los escasos rescoldos de la maltrecha confianza que hasta entonces imperaba en la gran capital de la zona sur de Kemet, iban minando poco a poco el ánimo de los habitantes de Uaset.

Acompañaban al maestro de la fayenza varios porteadores que llevaban en cajas cubiertas con paños los encargos recibidos del templo. Los saqueos de los últimos meses habían obligado a repetir los ajuares de varios miembros de la familia real, un trabajo tedioso para los obreros y aprendices pero con un resultado soberbio, como sucedía con todo lo que salía del taller de Rekhamun. El brillo de la fayenza agradaría a los dioses y a los Osiris resucitados en la tierra de Rostau para su disfrute durante toda la eternidad. Rekhamun sabía que iba a recibir toda clase de halagos. Estaba acostumbrado a ellos, así había sido en su familia durante generaciones. La mayor recompensa, fuera el cliente un faraón, un sumo sacerdote, un noble o un modesto artesano, era la satisfacción por el trabajo bien hecho, la gratitud del comprador ante la belleza de esos objetos sagrados que le ayudarían a alcanzar la vida eterna. Otros colegas abandonaban su esfuerzo a la poderosa magia de los textos que acompañaban a los *ushebtis*, se limitaban a hacer un pequeño bosquejo con fayenza muy tosca y a grabar en ellos el nombre del difunto, pero Rekhamun sabía que si la figura momiforme era hermosa, el trabajo en Rostau sería mucho más agradable.

Aquella mañana, sin embargo, no era una más. Rekhamun iba al sagrado templo de Ipet-isut no sólo para hacer entrega de esas magníficas piezas. Además, el maestro

de la fayenza se había propuesto, si tenía fuerzas para ello, confesar a Pinedjem uno de sus mayores secretos.

La comitiva del maestro no tardó en alcanzar la avenida de esfinges, que llevaba a una de las entradas al sagrado templo. Las puertas estaban abiertas. Un pequeño grupo de sacerdotes estaban esperándolo para conducirlo en presencia de Pinedjem. Rekhamun no visitaba Ipet-isut desde hacía meses. Para los últimos encargos había delegado la entrega en sus aprendices o ayudantes. Normalmente el trabajo en el taller requería de su presencia, no podía permitirse el lujo de abandonar los hornos por mucho tiempo, pero esta ocasión era especial: quería entregar en mano las piezas y hablar después del problema que tanto le atormentaba.

Al contrario que en otras partes de la ciudad, la limpieza en las calles que separaban los distintos edificios y viviendas del templo era extrema y se respiraba un ambiente de sosiego y tranquilidad. Eso le ayudó a calmarse. La bruma había empezado a elevarse, dejando a la vista las coloridas paredes de algunas casas. Los primeros rayos de sol comenzaban a incidir sobre las fachadas de los templos menores y los edificios administrativos. Ipet-isut era una explosión de color para los sentidos, un viaje a la magia ancestral que siempre había reinado en la tierra de Kemet.

—Buenos días, maestro Rekhamun.

—Buenos días —respondió el artista al sacerdote que le dio la bienvenida junto a uno de los edificios más importantes del templo.

—Pinedjem te espera en el salón de recepciones.

Cual una comitiva extranjera que llevara presentes al faraón, los porteadores cruzaron en fila la puerta del palacio, precedidos por el propio Rekhamun y acompañados por el sacerdote que los había recibido. El sonido de las sandalias sobre el rico enlosado de calcita les acompañó durante su camino hasta una segunda puerta que se veía al fondo de la galería. A ambos lados, un par de guardas custodiaban el acceso. Al ver llegar al sacerdote, acompañado del artesano y su séquito, abrieron de par en par las puertas y dejaron libre el paso al salón de recepciones de Ipet-isut.

Pinedjem, sentado en su sagrado trono en el centro del salón, vestía las ropas que lo señalaban como sumo sacerdote del clero de Amón en la ciudad de Uaset y gobernador al mando de toda la región sur de la tierra de Kemet. Junto a él, inmóvil pero atento a los deseos de su señor, se encontraba el médico del sacerdote-rey. La salud de Pinedjem se había deteriorado en los últimos tiempos. Los problemas y las preocupaciones habían hecho mella en él, algo de lo que Rekhamun no tardó en darse cuenta.

Cuando todos estuvieron dentro del salón, dispuestos en fila frente al faraón, doblaron el espinazo en señal de respeto y sumisión.

—Incorporaos...

La voz quebrada de Pinedjem sólo se oyó gracias al silencio que se había instalado en el salón después de la entrada del grupo.

—Pinedjem, el maestro Rekhamun trae tu ajuar y el de tu familia —señaló el sacerdote.

El sumo sacerdote observó las cajas que portaban los trabajadores del taller.

—Querido Rekhamun... siempre cumples tu trabajo con excelencia.

—Gracias, Pinedjem. Es para mí un honor trabajar para tu familia.

Pinedjem guardó silencio unos instantes, como si reflexionara qué hacer. Después, ayudado por su médico, se levantó. Bajó los peldaños de la escalinata apoyándose en su bastón regio, se acercó a uno de los aprendices que cargaba con una caja de *ushebtis* y cogió uno. El nombre de Henut-taui estaba grabado con primor en la parte delantera de la figura; le acompañaba la fórmula religiosa que la convertía en Osiris resucitado en el Amduat.

—Nadie recrea nuestro cuerpo como tú, Rekhamun —señaló, emocionado, el sacerdote-rey con apenas un hilo de voz.

—Tus palabras elogian mi trabajo y te lo agradezco, Pinedjem.

—Es un trabajo extraordinario. Me apena reencontrarme con mi familia en estas circunstancias. Deberían estar disfrutando de la vida eterna en el centro de la montaña occidental, pero alguien ha roto ese descanso de manera incalificable.

—Ahí descansa nuestra preocupación. Ante esa tesitura los elogios carecen quizá de sentido.

—No, Rekhamun, el elogio es merecido. Ipet-isut ha confiado en el trabajo de tu familia desde hace muchos años. Eres el único capaz de dotar de magia a tus creaciones.

—Mi don reside en los dioses de la tierra de Kemet. Sólo soy un mero instrumento de sus decisiones.

Pinedjem paseó frente a los aprendices cargados con el ajuar encargado al taller. Como si pasara revista a su ejército del Más Allá, el sumo sacerdote fue leyendo los nombres escritos en las cajas. Se detenía delante de cada porteador y tomaba una muestra del magnífico trabajo realizado por el maestro artesano. Luego, con todo el cuidado que le permitían sus temblorosas manos, volvía a dejar la figura en el pequeño arcón, cubierto con hermosas escenas que recreaban el culto a las divinidades del Amduat. Osiris, Isis, Nut, Anubis, Hathor..., todos los dioses estaban ahí, esperando a que llegara el momento del viaje del sacerdote-rey. Pinedjem era consciente de que su encuentro con Osiris estaba más cerca de lo que nadie imaginaba.

Cuando llegó frente al último porteador, Hepu, el aprendiz más aventajado del taller de la fayenza, se estremeció ante la cercanía del sumo sacerdote del clero de Amón. Rekhamun había querido premiar el trabajo de su pupilo haciéndole portar la

caja en la que descansaban los *ushebtis* que acompañarían al propio Pinedjem en su viaje al Más Allá. El sacerdote destapó la caja, uno de sus asistentes tomó la delicada tapadera, hecha con madera de sicomoro, y Hepu inclinó el pequeño arcón para que Pinedjem pudiera ver el contenido con facilidad. El brillo azul de las figuras le deslumbró.

—¿Los has hecho tú mismo? —preguntó Pinedjem, admirado, tomando un *ushebti* del interior.

Hepu, nervioso, no supo qué responder. No quería dejar a su maestro en segundo plano... Miró a su derecha, donde estaba Rekhamun. Éste asintió con la cabeza y sonrió.

—Sí..., señor. Los hice yo con el asesoramiento de mi maestro Rekhamun.

Pinedjem giró la figura entre sus huesudos dedos. Con cada movimiento, el sol que entraba por las celosías del salón chocaba con la superficie de la figura, provocando destellos a cada cual más brillante. El *ushebti*, mucho más grande que los de sus familiares, medía al menos ocho dedos. Estaba perfectamente modelado en la fayenza azul más resplandeciente que jamás había visto. Los brazos, cruzados sobre el pecho, el derecho sobre el izquierdo, asían dos azadas para labrar las tierras de Rostau. Sobre la espalda pendía una redcilla: la bolsa llena de semillas que pronto cubrirían los campos del cultivo del mundo de Osiris y proporcionarían alimento a Pinedjem por toda la eternidad. La peluca tripartita estaba ceñida por una cinta que, atada por la parte de atrás, dejaba caer los extremos formando un elegante lazo. Sobre el cuerpo, seis líneas delimitaban en sendos registros el texto mágico que daría vida a la figura en el inframundo.

—«El iluminado, el Osiris —leyó el sacerdote-rey de forma pausada—. El sumo sacerdote de Amón, Pinedjem, justificado, dice: ¡Oh, *ushebti*! Si soy llamado o soy destinado a hacer cualquier trabajo que haya de realizarse allí en la tierra del dios, si ciertamente además se te ponen obstáculos como a un hombre en sus obligaciones, debes presentarte por mí en cada ocasión de arar los campos, de irrigar las orillas o de transportar arena del este al oeste: “Aquí estoy”, habrás de decir...».

Cuando acabó de leer los últimos signos, volvió a disfrutar de su belleza haciéndolo girar con delicadeza entre sus dedos.

—Seguro que funciona —señaló Pinedjem para convencerse a sí mismo de la fuerza y la magia de la figura—. No me cabe la menor duda.

El sumo sacerdote se giró para regresar al trono. Se sentía cansado. Su médico y un sirviente lo flanquearon durante el corto recorrido que lo separaba de los escalones; no eran más que unos pasos pero a él le parecieron un peregrinaje interminable.

—Casi no puedo ni con el cargo que me otorgó la tierra de Kemet —dijo mientras su cuerpo se balanceaba al ritmo de la pesada cabeza de leopardo que pendía sobre su



pecho.

Una vez sentado, Pinedjem, agotado, cerró los ojos, apoyó el rostro sobre el bastón regio y descansó unos instantes. En el salón de recepciones sólo se oía la entrecortada respiración del sacerdote.

—Puedes retirarte, Rekhamun —dijo Pinedjem con los ojos entreabiertos—. Te agradezco infinitamente tu esfuerzo. La calidad del trabajo te será recompensada con un precio superior al pactado en un principio. Estoy muy satisfecho contigo.

Al escuchar estas palabras, la comitiva que había acompañado al maestro de la fayenza dobló el espinazo en una exagerada genuflexión. Acompañados de una pequeña escolta de la guardia del templo, abandonaron el salón.

—El que tiene que estar agradecido soy yo, Pinedjem —repuso Rekhamun llevándose las manos a los muslos e inclinándose—. Es un honor para mí y mi estirpe poder colaborar para la gloria eterna de tu familia.

El maestro artesano hizo una pausa y tragó saliva, nervioso por lo que se había propuesto decir a continuación.

—Pinedjem, me gustaría que me concedieras unos instantes para hablar contigo de un asunto de gran importancia...

El sumo sacerdote abrió los ojos, sorprendido.

—Por supuesto. ¿De qué se trata?

—Es... es un asunto delicado.

—¿No estás de acuerdo con el dinero que recibirás por tu excelente trabajo? —Pinedjem miró a uno de sus asesores y añadió—: Que se le doble la cantidad de oro que teníamos pensado pagarle por sus piezas. Me parece justo.

—No, Pinedjem, no es eso. El dinero acordado cubre con creces las expectativas de nuestro taller; te estoy muy agradecido.

—¿Entonces? —El sacerdote-rey parecía cada vez más extrañado—. ¿Cuál es ese asunto que tanto te preocupa?

—Creo que podríamos decir que es un... asunto de Estado.

Pinedjem despertó del letargo en el que parecía sumido desde el comienzo del encuentro con el taller de Rekhamun, apoyó las dos manos en el bastón regio y se irguió para escuchar con atención.

—Adelante, habla.

—Se trata de la muerte de Ahmose.

Las palabras del maestro artesano cayeron como un mazazo sobre Pinedjem. Confiaba plenamente en Rekhamun, sabía que cualquier cosa que él dijera debía ser tomada en cuenta.

—Te escucho —dijo con el ceño fruncido.

—Ahmose vino a verme al taller pocas horas antes de que apareciera muerto en las aguas del templo.

—Me dijeron que estuvo haciendo preguntas en la Casa de la Vida, aquí en Ipet-isut, y que luego desapareció misteriosamente.

—Sí, pero eso sucedió después de visitar mi taller —explicó Rekhamun—. Vino solo. Quería confesarme un temor que le afligía y no quería dejar más testigos de su presencia en mi taller que yo mismo y algunos de mis aprendices. Ellos podrán dar testimonio de su visita. Al enterarme de su muerte a la mañana siguiente, les rogué que no comentaran nada a nadie hasta que yo hablara contigo.

—Debía de estar muy afligido para hacer algo así con tanta rapidez y tanto secretismo.

—Así es —afirmó Rekhamun, cada vez más nervioso.

—¿Y por qué no lo consultó conmigo? Teníamos una relación muy estrecha.

—Cuando conozcas la historia, entenderás por qué no lo hizo.

—Cuéntame pues qué le preocupaba.

Rekhamun miró con recelo a los hombres que había en el salón. Prefería que aquella historia quedara entre Pinedjem y él. El sumo sacerdote se percató de su temor; miró a la guardia y con un simple gesto les ordenó que abandonaran la sala de recepciones; lo mismo hizo con el sirviente que acompañaba al médico. Éste fue el único que permaneció junto a él.

Cuando estuvieron los tres solos en el centro del salón, Rekhamun tragó saliva de nuevo y cruzando los dedos de las manos con nerviosismo comenzó a hablar.

—Ahmose estaba realmente muy angustiado cuando llegó al taller. Como de costumbre, le dije que me acompañara a una habitación en la que recibimos a los clientes. Nos sentamos allí y no quiso esperar a que mi servicio nos trajera algo para beber, tal como era la costumbre siempre que venía a verme. Me di cuenta entonces de que se trataba de un asunto grave.

Rekhamun tomó aire para darse fuerzas y prosiguió.

—Me dijo que creía saber quién era la mano ejecutora de los robos de la necrópolis. Quién proporcionaba los datos de las moradas de eternidad.

Al escuchar estas palabras, Pinedjem bajó la mirada al suelo. Los latidos de su corazón comenzaron a acelerarse hasta alcanzar un ritmo endiablado. El sumo sacerdote respiró hondo para intentar tranquilizarse y reposar la tormenta de nombres y sentencias que podría tomar y que en aquel momento volaban por su cabeza.

—Te contó quién era el traidor de la Casa de la Vida que proporcionaba los datos...

—No, Pinedjem, la información no salía de Ipet-isut... sino de las dependencias de los escribas de la necrópolis.

Pinedjem levantó la mirada de golpe y observó atónito al artesano. La expresión de sus ojos se tornó triste y desencajada. No soportaba la traición. No alcanzaba a comprenderla. Sacando fuerzas de la rabia y la desolación que en aquel momento lo

embargaban, se puso en pie apoyándose en su bastón. Los pensamientos se agolpaban en su cabeza. ¿Cómo nadie se había dado cuenta? ¿Cómo no se había percatado de los errores que siempre señalaban en la misma dirección? Confiaba plenamente en las palabras de Rekhamun, sabía que lo que le estaba contando era la verdad. Midiendo cada uno de sus pasos, caminó despacio de un extremo a otro del estrado. De pronto se detuvo y miró fijamente a su amigo. Un solo nombre resonaba en el interior de su cabeza.

—Taketot —dijo con un hilo de voz.

El silencio de Rekhamun confirmó sus sospechas.

—Taketot me ha traicionado... —susurró Pinedjem como si no acabara de creérselo. Regresó al trono. Estaba cansado, pero una extraña fuerza interior parecía darle energías para afrontar su última batalla, seguramente la más agria de todas. Cuando se hubo sentado, miró a Rekhamun y añadió—: Quiero que me cuentes todo lo que te dijo Ahmose.

Rekhamun, sereno, empezó a contar las sospechas que le había transmitido el escriba de la necrópolis respecto a su compañero libio.

—Fue Taketot quien, durante el interrogatorio, pidió que se diera agua al prisionero.

—Agua que él mismo había emponzoñado... —agregó Pinedjem, que comenzaba a ver las cosas claras.

—Así debió de ocurrir, señor. Ahmose se percató de que en los últimos robos los ladrones habían accedido al valle por puntos de vigilancia que Taketot supervisaba.

—Taketot quiso engañarme reconociendo su error delante de mí —espetó Pinedjem; aquello añadía más leña al fuego de la traición—. No tuvo ningún reparo en ello.

—Claro que no. Actuó en todo momento con sangre fría. Sabía que si reconocía un error, el último sospechoso sería precisamente él. Es más sencillo buscar culpables en otras personas. Es insólito que sólo hubiera un hombre en el puesto de vigilancia. Se lo podría haber dicho a Ahmose. Sin embargo, se lo calló. Prefirió pedir perdón una vez cometido el robo.

—El ladrón sabía a qué hora debía entrar y salir de la necrópolis sin ser visto... —dijo el sumo sacerdote—. Ahmose me comentó una vez que ellos mismos son los que ordenan las rondas nocturnas, cómo y a qué hora se deben hacer.

—Las circunstancias dieron además una coartada a su plan. Dos hombres de la guardia murieron de forma inesperada. Taketot sabía que los guardas no pueden entrar en las tumbas si no es por un asunto realmente grave y urgente. Si lo hacen, corren el riesgo de morir a manos de la justicia. Siempre van sin antorchas, más en una noche en la que al parecer la luna brillaba con todo su esplendor.

El sumo sacerdote de Amón escuchaba el testimonio de su artesano con la mirada

perdida en los muros del fondo del salón. Poco a poco, la historia comenzaba a tener sentido.

—Takebot tiene acceso a todos los datos de la biblioteca donde se señala qué hay en cada morada de eternidad —prosiguió Rekhamun—. Los ladrones de tumbas no suelen saber dónde entran. La mayoría de los robos en la necrópolis son simples saqueos, una búsqueda de objetos de valor a la desesperada, entran en varias tumbas al azar. Aquí no. Sabían perfectamente adónde ir y qué robar en cada lugar.

Rekhamun guardó silencio mientras el sumo sacerdote reflexionaba.

—Si no recuerdo mal —señaló Pinedjem rompiendo el silencio—, Ahmose me contó que antes de que el prisionero exhalara el último suspiro intentó pronunciar el nombre de la persona que había dirigido la operación. Y ese nombre nada tenía que ver con Takebot...

—En efecto, Pinedjem. —Rekhamun parecía tranquilo ante la mención de ese pequeño detalle—. Takebot se ocupó de tomar nota de todo lo que se dijo en el interrogatorio. Beki, el orfebre que detuvieron no lejos de mi taller, comenzó a decir un nombre antes de morir a causa del veneno que había ingerido con el agua. Ese nombre no aparece en el informe, Takebot no lo registró, pero Ahmose lo tenía bien grabado en la memoria.

—¿Qué nombre dijo? —preguntó Pinedjem.

—Cabría esperar que Beki hubiera mencionado a Takebot. Pero al parecer el escriba libio fue más inteligente: utilizó siempre a un intermediario al que seguramente nunca mostró su rostro. El orfebre pronunció el comienzo de un nombre: Pay. Ahmose estuvo investigando de quién podría tratarse y dio con la clave. El nombre completo es Paykamén, trabaja bajo la tutela del supervisor de los ganados del santuario. Al poco de que este hombre descubriera que Ahmose estaba detrás de sus pasos, el escriba fue asesinado.

—No se trató de una muerte por accidente ni de un suicidio... —dijo Pinedjem con espanto.

—No, todo indica que lo asesinaron. Paykamén también acabó con Nesumontu, el tercer ladrón de la necrópolis, para que nadie conociera los detalles del robo.

El sumo sacerdote recordó que Takebot le había dicho que corrían rumores acerca de que Ahmose era un encubridor de los robos.

—Menudo traidor..., menudo cobarde... —Pinedjem apretaba los puños con fuerza—. El libio me dijo que Ahmose regresaba de la Casa de la Vida y que allí pudo haber descubierto algo que incomodara a los ladrones. Así fue, pero Takebot tergiversó la realidad para maquillarla de confesión. Me contó que había sido un accidente, cuando realmente él mismo estaba detrás de su muerte.

—Tus palabras no hacen más que confirmar las sospechas que le costaron la vida al escriba. Takebot sabía lo que estaba ocurriendo y quería obtener tu favor gracias a

medias verdades. Con esos gestos, su protagonismo en la trama quedaba oculto por los falsos rumores que vertía sobre Ahmose.

Pinedjem dejó caer el peso de su cuerpo contra el respaldo de su trono y cerró los ojos. El médico no perdía de vista sus reacciones. Acontecimientos como aquél no hacían más que minar su salud y restarle fuerzas para seguir adelante.

—Te agradezco tu valentía, Rekhamun. Tu familia y tú siempre os habéis mostrado leales.

—No se trata de ningún mérito —se justificó el artesano quitándose importancia—. Así deberíamos actuar todos.

—Cierto, pero la lealtad es una cualidad extraña entre los habitantes de Uaset. Todos parecen ofuscados por el brillo del oro, como si eso les garantizara la vida eterna en el reino de Osiris. Hay culpas y pecados tan atroces que ni siquiera los libros mágicos pueden reparar. Nadie ha conseguido regresar de Rostau para contarlo, pero estoy convencido de que son muchos los que no llegan hasta allí por más que cubran sus moradas de eternidad de textos sagrados y de imágenes de los dioses para que protejan su tránsito hasta la eternidad.

—La magia de Kemet es muy poderosa, créeme —advirtió Rekhamun—. Si sabes usarla correctamente puedes conseguir cualquier cosa. Pero también tiene sus trucos.

Pinedjem se levantó y, con la ayuda de su médico, bajó los escalones para despedirse del artesano.

—Te agradezco lo que has hecho, Rekhamun —dijo colocando su mano sobre el hombro de su siervo.

Luego dio media vuelta y avanzó hacia la puerta apoyándose en su regio bastón.

—Necesito descansar. Mandaré llamar a Takelot para que venga a verme a mis aposentos. Tengo que hablar con él.

*Miércoles, 6 de julio de 1881*

*Orilla oeste de Luxor*

**E**ra evidente por qué los Abderrassul llamaban a aquel lugar la Montaña de las Momias. Hasta donde alcanzaba la vista sólo se veían ataúdes, muchos de ellos abiertos, y cuerpos momificados.

El techo de la primera habitación no era muy alto. Estaban a pocos metros de la entrada, adonde todavía llegaba algo de luz, pero en el lugar donde se encontraban la oscuridad lo devoraba absolutamente todo.

Brugsch, tea en mano, se acercó al sarcófago que tenía más próximo. Era muy hermoso, de color blanco y con varias franjas amarillas que simulaban las tiras de cuero que cubrían los vendajes de la momia. Alguien había arrancado las manos de la decoración de la tapa. Sin embargo, el rostro estaba intacto, perfectamente modelado y con una hermosa peluca azulada.

—¿Puedes leer el nombre? —preguntó Kamal, expectante.

Brugsch paseó la luz de arriba abajo por las columnas de texto. Con la punta del dedo recorrió una inscripción votiva en un lateral del ataúd.

—Éste pertenece a... Nebseni...

Ahmed Kamal frunció el ceño.

—¿Nebseni?

El alemán se volvió hacia su compañero.

—El hijo de Paheri-ib y Tamosi, sacerdote puro, *wab* y escriba...

—Ya, pero entonces no es un enterramiento del Tercer Período Intermedio... — señaló Kamal—. La tipología de este ataúd es de comienzos de la XVIII Dinastía, no de la XXI. Leamos a quién perteneció aquél.

El egipcio pasó con sumo cuidado por encima del ataúd de Nebseni. Brugsch le ofreció el brazo para que se apoyara. Todavía no eran conscientes de lo que tenían ante sí. Los tesoros que habían pasado por las manos de los ladrones en la tienda de Antoun Wardi provenían de aquel recóndito cubículo.

Ahmed Kamal se agachó ante otro ataúd y puso la antorcha en alto para no dañar la capa de estuco y pintura que cubría aquella joya faraónica.

—¿Puedes leer algo? —preguntó, ansioso, el alemán.

—No está claro, pero parece que pertenece a una mujer importante... Aquí dice: «La cantora de Amón en Tebas, hija del rey...». No se puede leer el nombre, pero el texto continúa: «Esposa principal del rey, Señora de los Dos Países, Duat-Hathor Henut-tai».

Brugsch dio un respingo y se acercó de inmediato. Estaba delante de los restos de la mujer que había dado pie a que la investigación comenzara meses atrás en el anticuario de Wardi. La tapa de madera había perdido gran parte del estuco y la policromía que la había cubierto por entero tres mil años atrás. El rostro había sido arrancado; una banda central apenas permitía conocer algo más de su dueña. Entre los dos abrieron con mucho cuidado el ataúd. Dentro, la momia de la esposa real estaba perfectamente empaquetada con vendas de lino amarillento por el paso de los siglos. Debajo, en el fondo de la cubeta del ataúd, Brugsch reconoció la imagen de la diosa Nut, Señora del Cielo, protegiendo con sus brazos abiertos el cuerpo de la reina.

Junto al ataúd había varias cajas de *ushebtis*, vasos canopos para contener las vísceras de la momificación y parte de un ajuar compuesto principalmente por vasos de metal.

Todo era muy extraño... Henut-taui había vivido hacia el año 1000 a. C., pero aquel ataúd era tipológicamente muy anterior, de la XVII Dinastía, casi cuatrocientos años anterior. Volvieron a colocar la tapa en su sitio.

—Henut-taui... —dijo Brugsch con voz emocionada.

El entusiasmo embargó a los dos egiptólogos. Aquél era un descubrimiento fascinante.

Ahmed Kamal fue a ver otro ataúd y Brugsch se acercó a uno blanco, enorme, que estaba en el suelo, junto a la puerta por donde habían entrado. Era un ataúd poco llamativo. El rostro del dueño, ancho y apenas dibujado por unas líneas negras, no había atraído a los ladrones. Parecía estar intacto. Seguramente lo habían colocado allí los Abderrassul, apartado, porque era mucho menos atractivo que otros más coloridos. Acarició la tapa de madera. Era áspera y tenía algunas zonas astilladas debido a los traslados sufridos en la Antigüedad. Todo parecía indicar que en su origen había estado cubierto por una delgada lámina de oro arrancada de cuajo por los saqueadores hacía milenios. Sobre la tapa, en el pecho, había una larga inscripción en escritura hierática. Brugsch comenzó a leer. Enseguida su rostro perdió cualquier tipo de expresión. Su silencio no pasó inadvertido a sus compañeros.

—¿Pasa algo, *efendi*? —preguntó Mohamed.

Hasta entonces, sorprendido por la reacción de los dos egiptólogos, no había abierto la boca.

El alemán no respondió. Seguía leyendo con asombro lo que decía aquel modesto texto grabado con tinta negra hacía treinta siglos.

—Émile, ¿qué pasa? —preguntó Kamal desde el otro lado de la pequeña habitación— ¿Qué has visto?

Al no recibir respuesta, se acercó a donde estaba su compañero. Mohamed, extrañado, se unió a ellos. Brugsch parecía hipnotizado por aquel ataúd.

—Mirad esto... —dijo cuando estuvieron a su lado.

Mohamed desconocía hasta las nociones más mínimas de la escritura de los faraones, pero le bastó ver la expresión de Kamal para saber que se trataba de algo extraordinario.

—¿Qué dice? —preguntó el joven egipcio, lleno de curiosidad.

Brugsch tragó saliva y llevó el dedo índice de la mano derecha al comienzo del segundo párrafo escrito sobre la tapa del ataúd.

—Aquí pone —respondió con un hilo de voz—: «Año décimo, cuarto mes de la estación *peret*, día decimoséptimo del reinado de Siamún. El día en que el rey Men-Maat-Ra Setmer-en-Ptah, Vida, Salud y Prosperidad, fue traído desde su tumba...».

—¡El ataúd y la momia del faraón Seti I, el padre de Ramsés II el Grande! —interrumpió Ahmed Kamal, emocionado por el increíble hallazgo—. Entonces, no es la tumba de la reina Henut-taui ni de Pinedjem...

—Al parecer estamos en una especie de escondite —dijo Brugsch poniéndose en pie—. Conocemos papiros que hablan de los saqueos de las tumbas en época faraónica y de los peligros que corrían los reyes ya en la Antigüedad.

—Aquí hay ataúdes y momias de como mínimo cinco dinastías... La época más gloriosa de la historia de Egipto.

La emoción cortó el aliento de los arqueólogos.

Mohamed no entendía dónde estaba la maravilla de todo aquello. Para él no eran más que *antikas*, piezas que los *efendis* valoraban, nada más. No sabía de nombres, dinastías ni tipologías de sarcófagos.

—¿La tumba sigue por ahí? —le preguntó Brugsch señalando el giro hacia el norte en aquella primera estancia.

—En efecto.

El pequeño de los Abderrassul no sabía qué más contestar. No quería adelantar al jefe de los *efendis* la sorpresa que se iba a llevar en cuanto doblase la esquina.

Brugsch se acercó, iluminó el interior de la nueva galería con su antorcha y descubrió un enorme pasillo del que no alcanzaba a ver el final. Todo estaba repleto de ataúdes, en el suelo y apoyados en las paredes. Allí estaba la historia viva de Egipto. El rostro de los protagonistas de los relieves, en los monumentos de fría piedra, de pronto cobraba vida y sentido.

—Kamal, ven aquí.

Cuando su secretario se acercó, apenas pudo controlar la emoción.

—Esto parece un sueño —dijo Brugsch con el rostro demudado por la impresión del hallazgo.

Avanzaron por la galería. Podían ir erguidos, aunque en algunas partes rozaban el techo con la cabeza.

Encontraron fragmentos del sarcófago de Ramsés I, el del sacerdote Pinedjem I y las momias dentro de sus ataúdes de madera de los faraones Amenofis I, Tutmosis II



y Tutmosis III. Había otros ataúdes imposibles de identificar a primera vista. Algunos contaban con textos en muy mal estado, casi imposibles de leer. Uno de ellos llamó la atención de Brugsch. Era un ataúd austero, de madera y, a diferencia del resto, no poseía ninguna inscripción. Al mover la tapa, en su interior encontró una momia. Se agachó para verla de cerca y buscó alguna evidencia que le diera el nombre del hombre o la mujer que allí descansaba. Pero fue en vano. Aquellos restos permanecieron mudos a los ojos del egiptólogo. La momia estaba cubierta de un material extraño y, lo peor de todo, despedía un olor nauseabundo. Brugsch tocó el recubrimiento que la envolvía. Luego miró a Kamal y se lo señaló.

—¿Qué es eso? —preguntó el egipcio.

—Una piel de animal.

—Nunca había visto nada parecido...

—Yo tampoco —reconoció Brugsch.

—El cuerpo parece estar perfectamente vendado pero se ha protegido con este pellejo que hiede como una cloaca.

Se levantaron.

—Será mejor que no toquemos nada de este ataúd hasta que lo hayamos sacado de aquí —dijo Kamal, solícito, mientras volvía a colocar la tapa en su sitio.

Brugsch observó el rostro apenas esbozado sobre la madera blanca, carente de toda decoración y referencia epigráfica. Luego se alejaron y continuaron inspeccionando la galería. Unos veinte metros más allá, el suelo descendía de nivel. En la roca madre se habían esbozado de forma burda unos peldaños para poder bajar a una nueva sala. Ésta era de mayor tamaño y también estaba repleta de ataúdes. En el suelo había uno enorme. Brugsch se acercó a él con curiosidad, preguntándose cómo habrían conseguido introducirlo en aquel estrecho agujero sin que sufriera daños aparentes. La luz de las antorchas no era la mejor manera de ver los detalles, pero era evidente que se trataba de una obra magnífica.

—La reina Ahmose-Nefertari —dijo al tiempo que pasaba suavemente la yema de los dedos sobre los delicados jeroglíficos que recorrían una banda en la parte frontal del ataúd—. Es increíble... Debe de medir casi cuatro metros de altura. ¿Cómo consiguieron meterlo en un lugar tan angosto?

Todo eran preguntas.

—Éste es el ataúd de Ahmose —señaló el arqueólogo egipcio—, el fundador de la XVIII Dinastía... Y dentro está su momia.

—¡Aquí dice Ramsés II! —gritó Brugsch.

Apoyado en una pared, un austero sarcófago de madera, sin ningún tipo de decoración, parecía contener los restos momificados del mayor faraón de la historia de Egipto.

—Tiene un texto muy similar al que hemos visto en el sarcófago de su padre, Seti

I —añadió Ahmed Kamal—. Debieron de traerlos al mismo tiempo.

Los datos empezaban a encajar en la cabeza de los dos arqueólogos. Las momias de los reyes enterrados en el Valle de los Reyes habían sido sacadas de sus tumbas durante las épocas de agitación política para ser escondidas en un lugar seguro: en aquella tumba olvidada, lejos de los caminos y senderos convencionales de la montaña. Su recuerdo se perdió y sólo una casualidad permitió su hallazgo casi tres mil años después.

Tres nuevos escalones daban paso a una galería aún más larga que la anterior. Al final de esos más de treinta metros se encontraba el final de la tumba: una cámara rectangular acogía el enterramiento de la familia de Pinedjem II y su esposa Nesikhonsu.

—Éste debe de ser el enterramiento más cercano a nosotros en el tiempo, hacia 935 antes de nuestra era —indicó Ahmed Kamal—. Todos los que hemos visto hasta ahora son anteriores. Seguramente la tumba les perteneció, tal y como señala el grafito que hemos visto al final del pozo. El resto de los ataúdes fueron colocados aquí para asegurarse que no cayeran en manos de los ladrones de tumbas.

—Es posible que usaran una tumba más antigua. Este túnel podría ser de la XVIII Dinastía. Eso no lo sabremos hasta que estudiemos todo este material.

Los dos egiptólogos permanecieron casi dos horas en la tumba. El secretario egipcio contó más de cuarenta momias y otros tantos ataúdes. Mohamed había seguido a pocos pasos los descubrimientos y la identificación de ataúdes y momias con los grandes reyes de Egipto.

—Aquí debe de haber más de cinco mil objetos... —advirtió Kamal—. Émile, ¿qué tienes pensado hacer?

Brugsch no tenía respuesta para aquella pregunta.

No sabía cuál era la mejor manera de sacar todo aquello de allí; lo único que tenía claro era que debía hacerlo y cuanto antes. El hallazgo de la tumba pronto estaría en boca de todos, y era imposible imaginar qué podría pasar en caso de un ataque organizado. Poniéndose en el peor de los casos, llegó a imaginar una pequeña revuelta de los habitantes de Gurna para recuperar lo que consideraban suyo y echar por la fuerza a los *efendis*. Debían actuar con rapidez.

—Hay que valorar qué es más importante —señaló—: el registro de todas las piezas o su pronto traslado a El Cairo, en concreto al Museo de Bulaq.

—Quizá lo mejor sería sacarlo todo cuanto antes —señaló Kamal—. Desde esta misma noche. Habría que traer el *Nimro Hedashar* a esta orilla y cargar allí el material.

—Todo esto no cabe en el barco —replicó Brugsch con preocupación—. Tenemos que solicitar uno mayor a El Cairo, pero tardará varios días en llegar. Mientras tanto, hay que inventariar todas las piezas aunque sea someramente. Sólo eso podría

llevarnos semanas.

—Deberían sacarlo todo cuanto antes —intervino Mohamed—. Recluten hombres de confianza en Luxor y Gurna y páguenles un buen dinero por unos pocos días de trabajo. También necesitarán más guardas para custodiar el barco y la entrada de la tumba y evitar que nadie se acerque a los alrededores ni de día ni de noche.

—Algunos ataúdes parecen muy pesados... —apuntó Brugsch—. Se necesitarán más de seis hombres para llevarlos hasta la orilla. El trayecto no puede recorrerse de noche, el suelo es inestable, no podemos arriesgarnos a que se les caiga la carga. A pesar del calor del verano y de los cientos de curiosos que se agolparán en el camino, el traslado ha de hacerse de día.

—Habrá que estructurar el trabajo en dos etapas —propuso finalmente Ahmed Kamal—. Primero llevaremos los ataúdes al pie del circo donde se encuentra la tumba; es un lugar cerrado y de fácil vigilancia. Y luego a la orilla del río, donde nos esperará el vapor que transportará las piezas.

—Eso nos llevará días enteros... —Brugsch chasqueó la lengua con preocupación—. Entre el peso, el polvo y el calor, los hombres tardarán horas en alcanzar el río. Estamos a más de cuatro kilómetros de la orilla...

—Pero no hay otra solución —afirmó Kamal.

—No se olviden de los *abdabehs* —advirtió el pequeño de los Abderrassul—. Hay que tener cuidado con ellos.

Brugsch y su secretario enarcaron las cejas desconcertados.

—Los *abdabehs* son una tribu peligrosa del desierto —explicó Mohamed—. Mi familia ha tratado en muchas ocasiones con ellos. Cuando sepan que los *efendis* se llevan el contenido de la tumba, montarán en cólera y atacarán.

Brugsch, preocupado, agachó la cabeza, se llevó la mano a la barbilla y miró los ataúdes que tenía alrededor. ¡Los había por decenas! Los problemas parecían sumarse uno tras otro. Sin mediar palabra comenzó a desandar el camino que los había llevado hasta allí. Los otros dos lo siguieron. El aire era pesado, en algunas zonas costaba respirar. La luz de las antorchas parecía animar los rostros de los ataúdes; los egiptólogos tenían la impresión de que les estaban dando la bienvenida.

Cuando alcanzaron la escalinata que ascendía al primer nivel del gran pasillo, Brugsch se detuvo frente al ataúd blanco sin nombre y volvió a percibir el olor nauseabundo que desprendía la momia guardada en su interior.

—Reforzaremos la guardia —dijo mirando el misterioso ataúd blanco—. No nos queda otra. Como ha dicho Mohamed, reclutaremos lo antes posible a cuantos hombres podamos para el traslado de los ataúdes... avisaremos al jedive de la necesidad urgente de contar con soldados para esta operación.

—Sólo podemos hacer eso y rezar para que todo salga bien —sentenció Ahmed Kamal.

*Año 969 antes de nuestra era*  
*Templo de Amón, Tebas*

La noticia de la enfermedad de Khakheperre Setepenamun, Pinedjem, había atravesado los gruesos muros del templo de Ipet-isut y se había extendido por todo Uaset. Los habitantes, tanto de la ciudad como del templo, estaban realmente inquietos. A los graves problemas económicos y sociales que impedían que el país levantara el vuelo intentando emular los logros alcanzados en el pasado, se unía ahora la inminente pérdida de un sacerdote y faraón de facto a quien el pueblo quería y respetaba. Su hijo Psusenes III estaba preparado para encabezar el tránsito que en breve se produciría en la tierra de Kemet, pero hasta entonces, hasta que el alma de su padre no cruzara el umbral del reino de Osiris, todo el poder seguía en sus manos.

Al igual que habían hecho otros funcionarios de alto rango, Takelot fue aquella mañana al templo para presentar sus respetos al viejo sacerdote, quien le había hecho llamar de forma urgente. En la conversación que habían tenido días atrás, Pinedjem le había encargado la búsqueda de una morada de eternidad oculta y olvidada, una antigua tumba que nadie conociera y cuya presencia sólo apareciera en los registros de las dependencias de los escribas de la necrópolis. Takelot había dedicado las últimas horas a examinar los antiguos rollos de papiro donde aparecía marcada la ubicación de todas las tumbas de la orilla oeste, y creía haber encontrado una que colmaría los requisitos de Pinedjem: una galería abandonada, no lejos de donde se hallaba el templo de millones de años de la reina Maatkare Hatshepsut. Él mismo había ido a visitarla, acompañado de dos de sus ayudantes, para comprobar sobre el terreno que cuanto se indicaba en el texto del archivo era correcto.

Además de todo esto, Takelot suponía que Pinedjem, ahora que sentía que su final estaba cerca, querría despachar con él algunos puntos que no habían quedado cerrados en su última conversación sobre la seguridad en la necrópolis. Sabía que si conseguía colmar los anhelos del sacerdote-rey conseguiría el preciado tesoro prometido. Anhelaba un repertorio de textos sagrados, únicos, que le ayudaran a alcanzar por su poderosa magia los límites más lejanos del reino de Osiris. Con ellos podría vivir eternamente con más lujo y boato del que jamás había soñado.

Al llegar a la zona de palacio donde se celebraban las recepciones a los dignatarios y a los personajes importantes de la administración, a Takelot le extrañó que el encuentro con Pinedjem no tuviera lugar en el salón de recepciones, tal como era habitual. Un grupo de guardas lo llevaron por la parte trasera del edificio hasta la zona donde estaban las habitaciones privadas del clero. Tras cruzar un suntuoso

jardín, accedieron por una puerta doble, protegida también por la guardia del templo, a los aposentos del sacerdote-rey. Uno de los soldados lo acompañó hasta un lecho levantado en medio de la cámara. En él estaba Pinedjem. Su cabeza descansaba sobre un acolchado cojín colocado sobre un reposacabezas de color azul intenso. Su médico intentaba bajarle la fiebre colocándole en la frente un paño empapado en agua fría.

—Buenos días, Takelot. —La voz del sumo sacerdote del clero de Amón, entrecortada por un ataque de tos, sonó débil tras el fino velo de lino que colgaba hasta el suelo desde el capitel de una columna—. Acércate, te lo ruego.

Takelot obedeció al instante.

—Me has hecho llamar...

—Así es, Takelot. Quiero saber cómo está el asunto de la morada de eternidad que comentamos en nuestro encuentro anterior. Mi tiempo se acaba..., quiero dejarlo todo arreglado antes de comenzar el viaje en mi barca celeste.

Al escriba libio le impresionó ver cómo el sacerdote-rey se enfrentaba a su destino sin que le temblara la voz.

—Tal y como señalaba en el informe que te envié al día siguiente, después de realizar las correspondientes comprobaciones sobre el terreno, hemos dado el visto bueno para que esa morada se utilizara de nuevo por ti.

—¿La visitaste tú mismo?

—Así es, Pinedjem. Está excavada en un lugar sin parangón. Oculta de tal forma en un resquicio de la montaña que evita de manera natural su visión desde cualquier parte. Se trata de un pozo de casi treinta codos<sup>[11]</sup> que luego se adentra en las entrañas de la montaña. Cuenta con una galería inmensa, de más de ciento veinticinco codos, que podremos cegar en diferentes puntos para asegurar aún más su acceso.

Takelot guardó silencio, a la espera de una nueva pregunta de Pinedjem, pero durante un rato sólo se escuchó el entrecortado sonido de su respiración.

—¿Cuántos ataúdes caben en esa galería?

El escriba de la necrópolis dio un respingo; no esperaba esa pregunta.

—No te entiendo, Pinedjem —respondió, extrañado—. Es una galería enorme. Cabrían decenas de ellos. Además, a mitad de camino hay una pequeña depresión que forma una sala a la que se accede por una escalinata apenas desbastada en la piedra de la montaña. Y al final del corredor se abre una nueva habitación; podríamos colocar tu ajuar allí.

Takelot desconocía si aquella explicación tan exhaustiva satisfaría la curiosidad de Pinedjem. Era una pregunta realmente insólita. Ante el silencio del sumo sacerdote, el escriba preguntó:

—¿A qué te refieres con los ataúdes, Pinedjem?

—He pensado que, en la morada de eternidad que te mandé buscar en la montaña, me acompañen los miembros de mi familia. Reklamun, el artesano de la fayenza, me

trajo de su taller los nuevos ajuares para algunos de ellos, especialmente los que más han sufrido los saqueos en la necrópolis.

—Una sabia decisión —aprobó Takelot asintiendo con la cabeza—. Agrupar a toda la familia en el mismo espacio facilitará su vigilancia.

—Pero también se corre el riesgo de que un nuevo saqueo perjudique a todos al mismo tiempo.

—Es cierto, pero todo apunta a que los saqueos se han acabado. En las últimas semanas no ha habido noticias de nada parecido. Creo que las cosas se están haciendo bien.

—Sobre eso he estado pensando —dijo el sacerdote-rey—. Estar postrado en el lecho me ha dado el tiempo necesario para reflexionar en tan grave problema. Lo que acabo de comentarte es una solución parcial. Además de mi familia, podría incluir en la misma morada a los que me precedieron en el gobierno de la tierra de Kemet. Mi intención es salvaguardar la memoria de todos nuestros antepasados, una gran estirpe de la que yo soy el último vástago. Huiremos de grandes fastos. No hay tiempo ni recursos para ello.

La imagen pronto cobró forma en la cabeza de Takelot. Trasladar todos los enterramientos, ataúdes y ajuares que en ese momento se hallaban en el templo a un lugar secreto del que sólo él tendría conocimiento era una golosina muy atractiva.

—¿Qué te parece esta nueva medida, Takelot? —preguntó Pinedjem, quien se había percatado de la emoción en el rostro del libio.

—Es singular, desde luego, y creo que muy acertada —aseveró el escriba con esforzada vehemencia—. El lugar reúne las condiciones para llevarlo a cabo sin problemas.

—Será un proceso lento. —Pinedjem dio un manotazo al paño que el médico insistía otra vez en ponerle sobre la frente, y continuó—: Es la primera vez que se decide utilizar un escondite de estas características. Las circunstancias obligan a ello. Es mejor concentrar los enterramientos en un único lugar, fácil de vigilar. Una necrópolis como el valle donde nuestros ancestros han descansado desde la expulsión de los pueblos pastores es demasiado grande y conlleva los problemas que todos ya sabemos.

—Yo mismo me encargaré de que se haga como deseas, Pinedjem.

El sumo sacerdote del clero de Amón giró por primera vez la cabeza para observar a su funcionario.

—Eres leal, Takelot... —dijo con un asomo de sonrisa en los labios.

—Siempre lo he sido, Pinedjem. Y antes que yo, lo fue mi familia. Siempre hemos dado lo mejor de nosotros para el servicio del templo de Ipet-isut.

—Así me consta, mi fiel escriba...

Takelot se sobrecogió al escuchar aquellas palabras en los labios de Pinedjem. Por

primera vez en mucho tiempo tenía la sensación de que estaba a punto de rozar con la yema de los dedos su gran anhelo: el poder y la confianza absoluta del faraón. Hizo una genuflexión en señal de agradecimiento.

—Has cumplido tu parte —añadió el sumo sacerdote con un hilo de voz—. Ya no me quedan fuerzas para ir yo mismo a comprobar que cuanto me dices es cierto, pero confío en tu palabra.

—No te arrepentirás, Pinedjem.

—Así pues, creo que eres merecedor de la distinción que ya te anuncié: podrás disfrutar de los mejores repertorios de textos sagrados y de un conjunto de ataúdes decorados en los talleres más exquisitos del barrio de los artesanos de la ciudad.

El escriba empezó a soñar despierto. Se sentía poderoso sabiéndose poseedor de la magia de esos textos durante toda la eternidad. Su nombre permanecería de forma perpetua.

—Veo que te agrada la recompensa.

—Mentiría si lo negara, Pinedjem. Es un honor viniendo de ti.

—Ahora, si me lo permites, quiero premiar tu fidelidad con algo más sustancial. Algo que ninguno de mis subordinados ha conseguido nunca y que, te aseguro, de aquí al poco tiempo que me queda antes de emprender mi viaje a la tierra de Osiris, nadie más disfrutará.

—No sé si merezco tal distinción —añadió con falsa modestia el libio—. Me limito a servirte como lo hizo mi padre antes que yo y el padre de mi padre tiempo atrás.

—Desde luego que sí, Takelot, mereces eso y más. Quiero que formes parte de mi familia en Rostau.

Takelot sabía perfectamente lo que eso significaba. Muy pocos funcionarios conseguían tal gracia después de años de trabajo en la corte: descansar eternamente en una morada de eternidad vinculada al faraón. Eso significaba que cuando Takelot falleciera sería enterrado junto a Pinedjem en la morada de eternidad que él mismo había elegido para el sacerdote-rey.

—No tengo palabras para expresar mi gratitud. —El escriba volvió a inclinarse y se llevó las manos a los muslos en señal de respeto y gratitud—. Creo que no soy digno de tan glorioso honor y privilegio.

—Pocos alcanzan tal honra —continuó Pinedjem, con la respiración entrecortada—. Eso creo que lo sabes.

—En mis años de trabajo en las dependencias de los escribas de la necrópolis me he limitado a cumplir fielmente las órdenes que se me daban —mintió Takelot sin rubor—. Aunque es cierto que en los tiempos en que vivimos la lealtad no es una virtud que abunde en la tierra de Kemet.

—Así es, Takelot. Ésa es la razón por la que considero que debo recompensarte.

Uno de tus compañeros ha hablado bien de ti...

El escriba guardó silencio. Se preguntaba quién podría haberle dado su apoyo, pero pronto decidió que eso no le interesaba, lo realmente importante era lo que había conseguido.

—¿No tienes curiosidad por saber quién ha dado referencias de ti de una forma tan amable?

La pregunta de Pinedjem sacó a Takelot de sus pensamientos en los que se veía sumido en un mundo de grandeza.

—¿Quién ha sido? —preguntó sin mucho interés.

—Ahmose.

La sangre se heló en el corazón del escriba.

—¿Ahmose..., has dicho?

Pinedjem volvió a dirigir la mirada hacia su escriba. Quería ver su expresión al escuchar el nombre de su compañero muerto pocos días atrás. Takelot, nervioso, comenzó a frotarse las manos. Por primera vez empezó a desconfiar de las palabras de Pinedjem y temió que todo aquello no fuera más que una trampa.

—En efecto, Ahmose.

—¿Y qué dijo de mí? —preguntó el libio intentando mostrar cierta tranquilidad en el tono de su voz.

Pinedjem volvió a cerrar los ojos. Le costaba respirar, notaba que el tiempo se le acababa. El médico, que no se separaba de él un solo instante, apenas podía remediar el dolor interno que sufría. La temperatura iba subiendo, el sudor le cubría el rostro.

—Has de saber que conozco todo lo que sucedió. Ahmose lo contó antes de que fuera asesinado...

—¿Asesinado, dices?

—¡No mientas!

El grito de Pinedjem resonó como un estruendo en la cámara real. El esfuerzo le costó un nuevo ataque de tos. Sentía tal presión en las sienes, que se llevó las manos a la cabeza mientras se retorció por el dolor. Sus fuerzas se consumían como una lámpara de aceite.

Takelot no se atrevió a replicar. Permaneció mudo, sin saber qué hacer, frente al lecho de su señor. Por un instante pensó en salir huyendo, pero aquella idea enseguida le pareció una locura. Decidió que esperaría su oportunidad y, como había hecho siempre, embaucaría a Pinedjem con su elocuencia. Una sarta de medias verdades, pensó, serían suficientes para reconducir la situación. Debía confiar en sí mismo.

—Pinedjem, creo que cometes un error.

Viendo que el sumo sacerdote no respondía, el escriba libio se animó a construir su coartada.

—Aún no he descubierto qué le pasó a Ahmose. Quizá sufrió un desgraciado



accidente, pero me inclino a pensar que fue víctima de sus cómplices en los robos, tal y como te dije. A veces los amigos pueden convertirse en enemigos.

Pinedjem continuó en silencio, aguardó a que la sangre dejara de presionar sus sienes. Al poco, respiró hondo, tomó fuerzas y se atrevió a hablar.

—¿Y qué me dices de Paykamén?

Takelot destensó las manos de puro miedo.

—¿Paykamén? ¿Quién es ese hombre? —intentó reaccionar el escriba.

Pinedjem levantó una mano; era la señal que sus guardas personales estaban esperando. Junto a la cama aparecieron dos soldados que sujetaban fuertemente a un hombre. Takelot aferró su delicado traje de lino al ver el rostro cabizbajo de Paykamén. El sacerdote que había servido de esbirro para llevar a cabo los robos en la necrópolis se hallaba frente a él. Apenas podía mover un solo músculo por los golpes recibidos en las últimas horas.

—¿Es éste el hombre que llevaba una máscara sagrada de Anubis, el dios chacal? —preguntó uno de los guardas al tiempo que sacudía al malherido sacerdote para espabilarlo.

Paykamén no tuvo fuerzas para levantar la cabeza. Cegado por la luz, se vio obligado a entornar los ojos para poder centrar la vista.

El sacerdote de la Casa de la Vida observó a Takelot. Al ver los brazos del escriba, Paykamén reconoció las joyas y el color de la piel del misterioso hombre que siempre permanecía oculto bajo la máscara de madera de Anubis, junto al estrecho ventanal de la habitación en Ipet-isut.

—¿Es el hombre que te hablaba desde la oscuridad? —insistió el soldado con una nueva sacudida.

No tuvo fuerzas para contestar, se limitó a asentir con la cabeza. Acto seguido, fue arrastrado hasta la salida de la cámara real.

—Está claro que ese hombre es presa del pánico —señaló Takelot fingiéndose tranquilo—. Ha sufrido torturas, habría acusado a cualquier trabajador de la corte con tal de que el suplicio cesara. Espero que pienses como yo, Pinedjem.

Pasaron unos instantes antes de que el sumo sacerdote dictara sentencia.

—Takelot, la respuesta de ese hombre confirma todas las sospechas que me han atormentado.

—¡Pinedjem, ese hombre miente! ¡No lo había visto en mi vida!

Pero antes de que el escriba acabara su débil defensa, varios soldados de la guardia lo rodearon sujetándolo enérgicamente por los brazos.

—El único que miente aquí eres tú, Takelot —replicó el sacerdote-rey en tono tranquilo—. Has estado aprovechándote de tu puesto y de mi confianza para hacerte con los tesoros de mi familia. Querías alcanzar la vida eterna robándosela a los demás. Pero ahora la magia no te salvará. Yo te condeno y te maldigo, Takelot.

Mataste a Ahmose porque temiste que hubiera averiguado la verdad y, a la vez, para inculparlo de tus crímenes.

El escriba libio intentó zafarse de los hombres que lo sujetaban, pero uno de ellos le golpeó la espalda y le hizo caer de rodillas ante el lecho de Pinedjem.

—Voy a emprender mi viaje por el Amduat —anunció el sumo sacerdote con un hilo de voz—. Alcanzaré el reino de Osiris; nadie me lo impedirá. Ni siquiera tú, Takelot. Tanto tiempo luchando contra los ladrones de tumbas en la Grande y Majestuosa Necrópolis de Millones de Años de los Faraones, Vida, Salud y Prosperidad, en el occidente de Uaset, y nunca me di cuenta de que la enfermedad que carcomía las entrañas de la ciudad estaba dentro de mi propia casa...

Pinedjem giró la cabeza y observó al escriba arrodillado frente a su cama. El médico le colocó un nuevo paño húmedo en la frente.

—Mis hombres de confianza han inspeccionado la morada de eternidad elegida por ti y han comprobado que se trata de un lugar idóneo para emprender el camino de forma discreta y lejos de las miradas de los ladrones insidiosos como tú, Takelot. Descansarás eternamente junto a mi familia en ella.

Al escuchar estas palabras, el escriba libio levantó la cabeza, extrañado. No comprendía aquella contradicción.

—Te preguntarás qué pretendo, ¿no es así? —continuó el sacerdote-rey—. Te lo diré. Comenzarás tu camino antes de que caiga la noche. Serás momificado, siguiendo los estrictos y sagrados ritos que nuestro pueblo ha venido manteniendo desde que germinó la tierra de Kemet como una sola nación bajo el poder de Menes. Serás envuelto en vendas de fino lino, el mejor tejido del que dispongan los talleres reales del templo de Ipet-isut. Tu cuerpo será colocado después de setenta días en un ataúd de madera. Descansarás en la misma morada de eternidad que yo y toda mi familia.

Takelot esbozó una sonrisa. Iba a ser ejecutado por graves delitos, pero podría disfrutar de la vida eterna junto a la corte con la cual su familia había trabajado desde hacía generaciones.

—Pinedjem, tu misericordia es infinita.

—Eres tan estúpido que no has entendido nada de lo que he dicho.

—Si me perdonas, seguiré sirviéndote en el Amduat con lealtad y nobleza. Lo juro.

—Es demasiado tarde para eso, Takelot —señaló Pinedjem apenas con un suspiro—. Quiero cumplir las promesas de gratificación que te hice días atrás. Sólo habrá un cambio en ellas: contarás con los mejores afeites, la mejor madera para el ataúd, las vendas del lino más rico..., pero los textos mágicos te serán negados.

Takelot abrió los ojos hasta que casi se le salieron de las órbitas. Sintió el mismo pavor que si estuviera delante del peor de sus terrores.

—No habrá una sola mención a tu nombre ni en éste ni en el otro mundo — prosiguió el sumo sacerdote de Amón—. Te enfrentarás tú solo al infierno. ¿Sabes lo que eso significa, Takelot?

El escriba de la necrópolis no tenía fuerzas para responder. El miedo ante el futuro que le esperaba le carcomía las entrañas. Nadie temía el momento de la muerte; el tránsito podía ser más o menos rápido y doloroso, pero esa sensación pasaría, sería completamente fútil. Sabía que le obligarían a beber un líquido ponzoñoso, ni el peor de los verdugos querría mancharse las manos con él. Y después de eso, debería enfrentarse solo, sin ayuda de la poderosa magia de los sacerdotes, al futuro aciago que se le pronosticaba.

—Pasarás el resto de la eternidad en tierra de nadie, en la más absoluta oscuridad..., vagando en la nada, donde solamente viven los atormentados que, como tú, han sido castigados a errar sin destino en los caminos del inframundo más oscuro. Ése es mi deseo y así se cumplirá.

—¡No!

Devorado por el pánico, Takelot sólo pudo poner los ojos en blanco y ahogar un grito. De nada le sirvió. Los guardas le llevaron a rastras fuera de la cámara en la que Pinedjem estaba a punto de comenzar su viaje al reino de Osiris.

—¡Tengo grandes tesoros guardados! —dijo a la desesperada a los soldados que lo custodiaban—. ¡Puedo pagar los textos! Pagaré lo que me pidáis para que escriban mi nombre sobre las vendas de mi momia y mi ataúd. Quiero hacer el camino como lo hicieron mi padre y el padre de mi padre antes que él.

Las cortinas que cubrían la entrada de la habitación volvieron a caer con suavidad sobre el dintel de la puerta. El sacerdote-rey permaneció en la cámara acompañado de su médico y de dos de sus asistentes de confianza.

Todo estaba hecho. Pinedjem era consciente de que su presencia allí ya no era necesaria. El fatídico momento había llegado. Lo había dispuesto todo para su funeral: su ataúd, el lino que se emplearía en el vendaje de su momia, los textos mágicos grabados sobre los papiros más finos de la Casa de la Vida, los *ushebtis* de Rekhamun..., todo estaba en su lugar a la espera de comenzar el proceso de setenta días en los que el ritual funerario debía llevarse a cabo. El sumo sacerdote de Amón continuaría con las mismas leyes sagradas de Maat que se habían seguido en la tierra de Kemet desde que el valle fue gobernado por primera vez bajo la poderosa maza de Menes. Los sacerdotes que acompañaban a Pinedjem sólo aguardaban la señal para comenzar el ritual.

No hubo que esperar mucho. Khakheperre Setepenamun, Pinedjem, comenzó su viaje casi sin avisar. Cuando el médico se acercó para tomarle el pulso, el sacerdote ya buscaba la luz y recitaba las oraciones grabadas en sus textos sagrados dedicadas a Osiris.

*Jueves, 7 de julio de 1881*

*Luxor*

Aún faltaba casi una hora para que amaneciera. El bochorno de la madrugada era intenso. Conseguir conciliar el sueño en esas circunstancias era hartamente difícil. Junto a la cocina del *Nimro Hedashar*, Mariam y Mohamed Abderrassul disfrutaban por primera vez de un desayuno europeo. No había nadie más en la habitación. Acostumbrados al tradicional desayuno egipcio, con pan, alubias y quizá un poco de queso, les sorprendía empezar el día con té, leche, huevos y bollos. Ninguno de los dos había podido dormir mucho, y lo mismo podía decirse de los miembros del Servicio de Antigüedades. Las emociones de los últimos días tampoco ayudaban al descanso.

—Siento lo que le ocurrió en la tienda de Wardi —dijo Mohamed con cierta vergüenza—. El señor Brugsch me lo comentó. Fue lamentable.

—Acepto tus disculpas, Mohamed —respondió ella con cierto recelo—. Pero entiendo que aún generes desconfianza entre algunos miembros del equipo de los *efendis*.

—Mis disculpas son sinceras, señorita. Con ello quiero decirle que entre los miembros de mi familia y los habitantes de Seikh Abd el-Gurna también hay personas buenas.

—Estoy segura. Pero has estado participando en el mercado negro a sabiendas de que había personas que estaban perdiendo la vida para que tu familia se viera protegida.

Las palabras de Mariam fueron un duro golpe. Los árabes no estaban acostumbrados a que una mujer, y menos aún cristiana, les recriminara sus actos. Mohamed empezó a sentirse incómodo con aquella conversación.

—Lo de la tienda tenía que suceder tarde o temprano —continuó la joven—. Quien juega con fuego se acaba quemando. El comercio con piezas robadas es peligroso.

—Es un reclamo para la avaricia de los hombres —añadió él en tono conciliador—. El Corán dice que hay que trabajar honradamente y evitar la tentación de conseguir favores del esfuerzo ajeno.

—Es dinero fácil —dijo Mariam hincándole el diente a un cruasán de mantequilla—. Hay gente que prefiere complicarse la existencia. Yo sabía cuál era el origen del dinero de Wardi y las razones de su éxito entre los extranjeros. Podría haberlo denunciado o al menos haber dejado de trabajar ahí. ¿Lo hice? No, y tampoco me

siento culpable por ello. Me limitaba a hacer mi trabajo.

—Pero estábamos traficando con los muertos —dijo Mohamed muy serio; todavía sentía remordimientos—. Eso es horrible... Los faraones no son nuestros antepasados directos, de acuerdo, pero convivimos en el mismo lugar y eso, de alguna forma, nos hace hermanos.

Mariam se dijo que pocas veces había visto a un egipcio que pensara de aquella manera. Por lo demás, lo único que Mohamed había pedido era que su familia se viera libre de cualquier problema o represalia por parte de las autoridades arqueológicas. Sabía que la administración egipcia no les iba a acusar de nada. La corrupción se encargaba de ello. Pero a él le preocupaba su familia.

—Buenos días.

La voz de Émile Brugsch desde la puerta les devolvió a la realidad. Le acompañaban Ahmed Kamal, Wilbour y De Rochemonteix.

—¿Habéis conseguido descansar? —preguntó el alemán—. Hoy tenemos mucho que hacer.

—Tú no parece que hayas dormido mucho... —dijo la joven mirándolo de arriba abajo.

Brugsch llevaba la misma ropa que el día anterior. Y lo mismo podía decirse de Kamal. Los dos se habían pasado casi toda la noche planeando cómo abordar la ingente tarea de vaciar la tumba. Después del anochecer, habían regresado al *Nimro Hedashar* para descansar, pero la emoción tras el descubrimiento lo había hecho imposible. Sus pensamientos iban y venían entre la duda de si el lugar permanecería a salvo y el valor de lo descubierto. Habían dejado la tumba vigilada por una docena de guardas repartidos por el circo que se abría frente a la tumba y en los accesos y los riscos de la Montaña Tebana. Por otra parte, Brugsch no podía quitarse de la cabeza el rostro pintado en los ataúdes de Ramsés II el Grande y de su padre Seti I..., el esplendor de ese oro sin brillo pero de un valor incalculable para la historia.

—Hoy comenzaremos a sacar los ataúdes y las momias —dijo Kamal mientras se servía una taza de té y ofrecía a sus compañeros—. Nos espera un día duro.

—El primero de muchos... —vaticinó Brugsch. Lanzó un enorme bostezo y se tapó el rostro con las manos—. Confío en que nuestro agotamiento no se convierta en un arma de los asaltantes. El jefe de la guardia acaba de confirmarme que la noche ha estado tranquila en la Montaña de las Momias, no ha habido ningún problema. Espero que la cosa siga así.

—Es justo que todo este legado esté seguro en El Cairo —dijo Mohamed—. De seguir aquí, mi familia o mis vecinos lo saquearán y traficarán con él. Debemos respetar y glorificar a nuestros antepasados.

Brugsch miró con sorpresa al hermano pequeño de los Abderrassul. Si su gesto era sincero, y parecía serlo, era la primera vez que escuchaba a un campesino egipcio,

los célebres *fellahin*, hablar en ese tono de los antepasados de su país.

—Ayer no tuve tiempo de darte las gracias, Mohamed. He de reconocer que en algún momento desconfié de tu relato y de que realmente nos llevaras a la tumba, pero piensa que el día anterior habíamos sufrido un grave percance en la tienda de Antoun Wardi.

—Ya le he pedido disculpas a la señorita Mariam en nombre de mi familia. Siento realmente lo ocurrido.

—¿No temes las posibles represalias por parte de los tuyos? —preguntó Ahmed Kamal, que conocía muy bien a sus compatriotas.

—Somos muchos hermanos. No todos están del lado de Ahmed. Mi madre, Fendia, está conmigo. Otros hermanos también. Saben que a la larga el tráfico de antigüedades acarrea muchos problemas. No están de acuerdo con las leyes, pero las respetan.

—Dentro de unos días tal vez te tengan envidia —dijo Brugsch con una sonrisa.

—No hay razón para ello. No obtengo beneficio alguno de todo esto. Al contrario, deberé trabajar duro para sacar a mi familia adelante.

—De momento estás haciendo todo lo posible para evitar la prisión —señaló Brugsch con el dedo en alto—. No es poco. Ya sabes cómo son las prisiones aquí. Se lo puedes preguntar a tu hermano. Hablaremos de eso más tarde. Ahora debemos partir lo antes posible a Deir el-Bahari. El sol comienza a despuntar y no tardará en hacer mucho calor. He traído una lista de cosas que me gustaría comentaros antes de ir a la orilla oeste.

—Nosotros estamos ansiosos por ver la tumba —dijo Wilbour con su conocida sonrisa bonachona.

—Por lo que habéis contado, sería más correcto hablar de un escondite —corrigió De Rochemonteix—. En cualquier caso, tecnicismos aparte, se trata de un descubrimiento sensacional.

Brugsch extendió algunos papeles por la mesa, para compartirlos con sus compañeros, entre ellos el dibujo de la tumba con las medidas aproximadas. Kamal y él habían estado reconstruyendo, de memoria, la posición de algunos ataúdes, sus tamaños y la longitud de las cámaras. Después de pasar dos horas en el interior de aquel misterioso escondite, habían tomado conciencia del trabajo que les esperaba en las próximas jornadas. Un esfuerzo titánico que exigía presteza y que no permitía el más mínimo error.

—Me han informado de que se han conseguido reclutar trescientos hombres de confianza —señaló Brugsch—. Han sido escogidos entre los *fellahin* afines a las excavaciones y los trabajos del Servicio de Antigüedades.

—Resultará imposible controlarlos a todos... —intervino De Rochemonteix.

Una vez conocida la ubicación del secreto de la familia Abderrassul, incluso sus

enemigos estarían al acecho para buscar la oportunidad de hacerse con algo.

—No queda otra solución que confiar en su honestidad —añadió Wilbour—. Hay que actuar ya.

La tarde anterior habían comprado en el bazar de la ciudad telas, cuerdas, cestos de mimbre, cajas de madera y todo tipo de enseres necesarios para el traslado.

—El material ya está de camino a la Montaña Tebana —dijo Ahmed Kamal—. Si nos unimos al último tramo del convoy, podremos empezar a trabajar a primera hora de la mañana.

—Todo debe seguir un protocolo muy estricto —advirtió Brugsch—. La evacuación debe ser rápida pero ordenada. Aunque hasta que no estemos allí y empecemos a mover los ataúdes, no podemos saber qué problemas se nos irán presentando sobre la marcha.

Con estas palabras, el director en funciones del Servicio de Antigüedades recogió los papeles, los guardó en una carpeta y se levantó. Todos hicieron lo propio y abandonaron la cocina para recoger sus cosas en sus respectivos camarotes.

Al llegar al pasillo de las habitaciones, Mariam retuvo a Brugsch por el brazo. Mohamed y Ahmed Kamal se habían metido ya en sus camarotes y no había nadie más en el corredor.

—Émile, quería agradecerte lo que hiciste en la tienda. Te debo la vida.

—Vaya, hoy es el día de los agradecimientos —respondió Brugsch con rubor—. No tienes por qué darme las gracias. Cualquiera habría hecho lo mismo, aunque la verdad es que...

Brugsch guardó silencio durante unos segundos.

—¿Qué? —preguntó la joven.

—Tuve miedo por ti. Al oír los ruidos, pensé que te podría haber ocurrido algo... y eso no me lo hubiera perdonado nunca.

—Gracias, Émile, es lo que necesitaba escuchar...

Mariam se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla. Cuando Brugsch pudo reaccionar, la joven ya se había metido en su camarote. Aturdido, se sintió embargado por un revuelo de emociones. Sonrió, nervioso. Parecía demasiado para solamente dos días...

Se metió en su cuarto y fue al baño para refrescarse el rostro con agua. Se cambió de camisa y preparó algunos papeles que necesitaba para comenzar el trabajo. A los pocos minutos oyó los pasos de sus compañeros en el pasillo.

—Émile, te esperamos abajo —dijo Ahmed Kamal golpeando la puerta con los nudillos.

—Voy en un minuto.

El alemán salió todo lo pronto que pudo. Fuera del *Nimro Hedashar* les esperaba el jefe de la guardia con un carro que los llevaría hasta el transbordador.

Durante el trayecto fue hablando con su secretario sobre cuáles eran los objetivos principales de ese primer día. De vez en cuando cruzó alguna mirada con Mariam, pero no hubo oportunidad de nada más.

En la planicie de El-Asasif, frente al templo de la reina Hatshepsut, dominaba cierta agitación. Era evidente que todo el mundo en Gurna sabía ya lo que estaba sucediendo. Algunos lanzaron improperios al paso del coche de caballos de los *efendis*, pero la mayoría, varios cientos, permanecían en silencio a la espera de que los llamaran para trabajar, tal y como habían acordado el día anterior.

Los dos egipcólogos y Mohamed Abderrassul fueron directos a donde estaba el agujero de la tumba y Wilbour y De Rochemonteix los siguieron. Mariam los esperó en la planicie sin dejar de pensar en que ése era el lugar de donde habían salido todas las antigüedades que Anton Wardi había vendido durante años. Como el día anterior, el rostro de la diosa Hathor los saludaba desde lo alto de la pared que se erigía junto a la entrada de la tumba. No era el único lugar que los antiguos egipcios habían sacralizado porque una parte de la montaña tenía una forma similar a algo que ellos consideraban sagrado. El ejemplo más conocido era el pico de Gurna, una pirámide natural que daba fuerza y magia a toda la necrópolis que se abría a sus pies. En Sudán, el perfil rocoso de la montaña de Gebel Barkal recreaba una serpiente que portaba una corona del Alto y del Bajo Egipto; a sus pies, Tutmosis III levantó un templo. Asimismo, en el valle occidental al Valle de los Reyes podía verse un Halcón Horus grabado de manera natural en la roca de un acantilado. Y ahora esta imagen de la diosa Hathor, como si protegiera la entrada a la Montaña de las Momias. Los dos arqueólogos tenían una sensación extraña. Se sentían muy familiarizados con el lugar aunque solamente hubieran estado allí una vez.

Al llegar, Brugsch dio órdenes estrictas a los capataces, conocidos como *reis*, de cada grupo para que se colocaran en su punto exacto. Ahmed Kamal dirigiría la operación en el exterior de la tumba, mientras que él estaría dentro de la montaña dando salida a los ataúdes y a los objetos menudos.

El descenso a la gruta fue más rápido en esta ocasión. Tardaron varias horas en sacar los escombros del túnel que llevaba a la primera galería. Apenas tuvieron tiempo de buscar el material arqueológico de valor que pudiera haber entre las piedras.

Una vez limpio de escombros, colocaron los ataúdes en posición para poder moverlos y sacarlos de allí. Habían colgado una polea para subirlos en vertical y que no se golpearan con las paredes del pozo. El de Henut-taui fue el primero en abandonar la Montaña de las Momias. Le siguió el de Nebseni y luego el de Seti I. Las cajas de *ushebtis* iban en el interior de cestas de mimbre. En la medida de lo posible se contaba cuántos había en cada una de ellas, pero Brugsch sabía que era imposible hacer más: los había a miles, esparcidos por todas partes. Era consciente de



que seguramente en el trayecto algún *ushebti* acabaría en los bolsillos de los *fellahin*. Pero era el precio mínimo que había que pagar por un trabajo rápido. Tampoco tuvo tiempo de hacerse con el material apropiado para tomar buenas fotografías de cómo estaban los objetos in situ. Sin apenas luz, las fotografías que realizó poco valían. Esbozó algunos dibujos y anotó en su cuaderno la posición de los ataúdes más importantes.

Durante el tiempo en que la tumba recibió las visitas de los Abderrassul, muchas cajas fueron desmanteladas y su contenido dispersado sin sentido por todas partes. Algunos ataúdes tenían la tapa abierta y dejaban a la vista la momia que tenían en su interior, con las vendas rotas y, algunas, con un enorme agujero en la zona del pecho por el que se le había extraído el escarabajo real.

Antes de que salieran de la tumba, Brugsch tomaba nota de los nombres escritos en la tapa. Sabía, por lo que había visto el día anterior, que algunas momias estaban guardadas en cajas que no les correspondían, pero de momento lo más importante era conocer el número exacto de ataúdes para tener una idea del conjunto arqueológico.

Había muchas piezas pequeñas. Algunos reyes tenían parte de su ajuar en la tumba pero en cambio sus ataúdes no aparecían por ningún sitio. Ése era el caso de la reina Hatshepsut. Junto a la entrada de la primera galería se descubrió una caja empleada, al parecer, en su funeral —llevaba su nombre perfectamente grabado—, pero no encontraron nada más relacionado con esta reina de la XVIII Dinastía cuyo templo funerario se encontraba a pocos metros de donde estaban.

Como una regia marcha fúnebre, los ataúdes fueron saliendo del agujero y descendiendo por la ladera de la montaña hasta la explanada que se abría en el circo natural, junto a Deir el-Bahari. Una vez allí, iban siendo depositados sobre la hirviente arena del desierto en una especie de funeral de Estado.

El volumen de objetos era tal, que resultaba imposible sacarlo todo en un día. Contaban con trescientos hombres, pero no querían precipitar las cosas y que más de un ataúd acabara roto.

Al llegar la hora del mediodía, el calor se intensificó en la Montaña de las Momias. El egiptólogo alemán sabía que debía parar los trabajos de extracción hasta el día siguiente. Continuó una hora más con los objetos livianos, pero a las dos de la tarde el sol era insufrible al pie de la loma. Habían conseguido sacar poco más de una tercera parte. Brugsch sospechaba que tardarían como mínimo otro día en sacar el resto. Eran demasiados y muy voluminosos, y ya estaban sacrificando mucho al no seguir un sistema de catalogación riguroso como deberían haber hecho. Los obreros estaban exhaustos. Aquellas temperaturas eran extremas incluso para ellos.

El director en funciones del Servicio de Antigüedades decidió detener los trabajos de extracción y contabilizar lo que habían sacado hasta ese momento. Caminaba entre los ataúdes, cubiertos por una lona y colocados sobre andas para que los *fellahin*

podieran transportarlos más cómodamente. Algunos eran ligeros y bastaban dos hombres para llevarlos, pero otros requirieron la intervención de un puñado de los hombres más fuertes. Fue el caso del ataúd de la reina Ahmose-Nefertari, con sus casi cuatro metros de largo. Para moverlo fue necesario un equipo de seis árabes. Extraerlo de la cámara central y hacerlo girar por las escaleras, el pasillo principal y luego el pozo de salida retrasó varias horas el duro trabajo bajo la atenta mirada del alemán. Cuando los arqueólogos lo observaron a la luz del sol descubrieron que no tenía ni las incrustaciones de piedras semipreciosas ni las láminas de oro. Todo había sido robado ya en la Antigüedad. Sin embargo, su aspecto era magnífico. El ataúd de Ahmose-Nefertari, hija del heroico Sekenenra-Tao, líder de la expulsión de los hicsos y de la formación del Imperio Nuevo egipcio, esposa de Amosis I y madre de Amenofis I, era tan grande que los antiguos sacerdotes habían colocado en su interior otro ataúd. Junto a la momia de la reina, completamente saqueada por los ladrones de tumbas y a la que la mano derecha le había sido amputada seguramente para tomar las pulseras de oro que llevara, estaba el ataúd del faraón Ramsés III, y dentro, su momia.

Mariam ayudaba con lo que podía. No era ninguna especialista, pero sabía que a las antigüedades había que tratarlas con suma delicadeza. Brugsch la observaba con orgullo. Trabajaba con seriedad y precisión, pero en su rostro se reflejaba la sorpresa y la emoción de encontrarse en un lugar tan insólito.

Era maravilloso ver aquel impresionante conjunto colocado en hileras sobre la arena de la Montaña Tebana. Los árabes pronto se dieron cuenta del valor del hallazgo. Más allá de lo que todos aquellos tesoros pudieran valer en el mercado negro de antigüedades, sabían que esos cuerpos que reposaban en el suelo pertenecían a los reyes que dieron gloria a su país hacía más de treinta siglos. Quizá no eran conscientes de la cantidad de años que habían transcurrido desde entonces. O incluso puede que se vieran incapacitados de colocar en una línea de tiempo a esos faraones. Pero sabían que aquellos hombres y mujeres habían sido muy poderosos, tanto, que fueron capaces de levantar los enormes edificios que tenían junto a sus casas. Templos de millones de años que habían permanecido intactos, dándoles un recuerdo del que solamente los grandes hombres de la historia pueden gozar.

Brugsch, Ahmed Kamal, Wilbour y De Rochemonteix apenas podían hablar. Estaban desconcertados por la importancia de aquel momento. Todos sabían que estaban viviendo un momento clave en la historia de la arqueología.

—Gaston Maspero ya conoce la magnitud del hallazgo —señaló Wilbour sin esconder la emoción que le embargaba arrodillado frente al ataúd de madera de Ramsés II—. Parece un sueño hecho realidad. Nunca pensé que podríamos ver el rostro de los grandes reyes de Egipto.

Brugsch sonrió por primera vez en muchas horas.

—Realmente parece un viaje en el tiempo...

—Todavía no somos conscientes de su valor —dijo el marqués De Rochemonteix, que compartía la misma emoción que sus compañeros—. Nos quedan muchos años de trabajo en el museo para abrir estas momias e intentar identificar quién es quién. Los textos nos ayudarán.

Brugsch miró de soslayo a Mariam. Quería compartir con ella ese momento tan especial. La joven le devolvió la sonrisa, se sentía feliz de estar junto a él en aquella hazaña tan magnífica.

—No nos retrasemos —dijo de pronto el alemán—. Hay que llevar todo esto a Luxor antes de que caiga la noche.

Había mandado cerrar la tumba con lascas de piedra y había dejado a sus mejores hombres de guardia, como en la noche anterior.

Los miembros del Servicio de Antigüedades no rechistaron la decisión del director. Estaban agotados, más si cabe que los propios egipcios debido al trabajo, el calor y, por encima de todo, la emoción. Apenas habían podido conciliar el sueño por la noche, pero no les importaba realizar un último esfuerzo para llegar cuanto antes al *Nimro Hedashar*.

Los hombres que habían trabajado desde las primeras horas del día recibieron su paga de la mano de Ahmed Kamal. El resto, más de cien *fellahin*, comenzaría su jornada en ese momento.

La comitiva dejó la planicie de El-Asasif, frente al templo de la reina Hatshepsut en Deir el-Bahari. Con los ataúdes de los reyes a hombros comenzó su lento avance hacia la orilla del Nilo. Eran más de cuatro kilómetros atravesando campos de cultivo; el camino era largo pero no contaba con los contratiempos de ningún pozo, rocas o la bajada de una ladera con pendiente peligrosa.

Ahmed Kamal y Émile Brugsch acompañaban a la comitiva montados a caballo. A cada lado de los porteadores, también a lomos de un animal, iba un guarda armado hasta los dientes. Vestían su habitual chaqueta blanca, pantalón y botas negras, y *tarbush* rojo. El resto de los hombres del Servicio de Antigüedades, Mohamed y Mariam viajaban en un coche de caballos con el que iban abriendo paso a la extraña procesión.

Era un desfile solemne. La expectación que había creado la noticia hizo salir a los agricultores y ganaderos de sus casas para contemplar aquel singular espectáculo. Brugsch, receloso al principio, se dio cuenta de que no había el más mínimo ápice de resentimiento en ninguno de los rostros que vio a lo largo de varios kilómetros. Al contrario, todos admiraban con reverencia los restos mortales de los que iban dentro de aquellos fastuosos ataúdes. No era miedo a los muertos. No tenía nada que ver con su religión. Era respeto a los antiguos reyes de Egipto.

El camino resultó más corto de lo esperado. En poco más de dos horas los *fellahin*

atravesaron los campos de cultivo con el peso sobre sus hombros. Allí les esperaba un transbordador, donde deberían depositar los ataúdes. Brugsch ordenó que se hicieran los viajes que fueran necesarios de una orilla a la otra. No quería correr riesgos. No habría sido la primera vez que debido al exceso de peso en una embarcación todas las antigüedades acababan en el fondo del río, perdidas para siempre. Las antigüedades de la tumba de Deir el-Bahari eran algo más que simples tesoros de aspecto hermoso.

Al llegar al *Nimro Hedashar* con los últimos rayos del sol, los arqueólogos subieron directamente a sus camarotes para asearse, cambiarse y bajar a cenar.

Brugsch entró con rostro preocupado en el pequeño salón. Todos lo achacaron al cansancio acumulado de los últimos días. Todos menos Mariam.

—Émile, ¿te encuentras bien?

El alemán tomó asiento a su lado y empezaron a servirles la cena.

—He recibido un telegrama del Museo de Bulaq comunicándome que el barco para transportar las momias llegará el 14 de julio, el jueves de la próxima semana.

—Eso es mucho tiempo... —señaló De Rochemonteix compartiendo la preocupación del director en funciones—. Aún faltan siete días. ¿Qué vamos a hacer tanto tiempo con los ataúdes en Luxor? ¿No pueden venir antes o usar un barco que no esté en El Cairo, tan lejos?

—El problema es que tienen que prepararlo mínimamente —respondió Brugsch—. Yo indiqué el volumen de objetos y sarcófagos después de hacer un recuento somero tras nuestra primera visita de ayer.

—Entonces tenemos tiempo de hacer las cosas con detenimiento —apuntó Wilbour—. Quizá nos estamos precipitando un poco sacando los ataúdes a toda prisa.

—Al contrario, mañana sin falta debemos haber terminado.

Wilbour, Kamal y De Rochemonteix se miraron sorprendidos.

—El barco no llegará hasta dentro de siete días, Émile —replicó Wilbour—. Yo opino que incluso deberíamos dejarlos en la tumba, cerrarla con arena o un muro y vigilar la entrada con un buen equipo de hombres. El día 9 o 10 podríamos sacar los últimos ataúdes. Sería lo más seguro. Aquí, en Luxor, cualquiera podría realizar un robo por sorpresa; todos saben dónde están y quién los custodia.

—Ahí dentro aún quedan más de la mitad de los ataúdes —le recordó Ahmed Kamal—. Apenas hemos sacado una docena y hay más de cuarenta, aparte de los miles de objetos pequeños. Si nos centramos en los *ushebtis*, ¡debe de haber entre tres mil y cinco mil!

—El problema ahora no está en los habitantes de la Montaña Tebana. Ya habéis visto que se han comportado con todo respeto ante la procesión fúnebre. A mí me ha sobrecogido. Lo que me preocupa son los *ababdehs*, la tribu del desierto.

Mohamed Abderrassul levantó la mirada con el rostro tenso.

—Al parecer —continuó Brugsch al tiempo que rebañaba su plato con un trozo de

pan de pita—, algún jefe de los barrios aledaños al templo de Karnak se ha tomado la molestia de llamarlos para que vengan a saquear los ataúdes cuando caiga la noche.

—Los *ababdehs* son muy peligrosos, señor —intervino Mohamed—. Se autodefinen como «Los hijos de los *djinns*», los espíritus. Tienen que extraer todo de la montaña cuanto antes, mañana al mediodía no debe quedar nada allí. Esa gente no tiene ley. Son guías de caravanas en el desierto pero también asaltantes muy violentos.

—¿Cómo te has enterado? —preguntó Mariam, curiosa, dirigiéndose a Brugsch—. ¿Es posible que la noticia haya llegado a El Cairo antes que a nosotros?

—Junto al telegrama había una nota del padre Joaquim, de un monasterio copto del Luxor oriental, junto a Naqada. Estaba en la ciudad, oyó hablar de lo que estaba sucediendo en la Montaña Tebana y le llegó el rumor del aviso que se iba a hacer a los *ababdehs*. Debemos actuar a toda prisa. Mañana, antes de que anochezca todo tiene que estar a buen recaudo y bien vigilado.



Al día siguiente la tensión era palpable en el embarcadero de la orilla oeste. Habían conseguido dormir de puro agotamiento, pero antes de que el sol anunciara su salida por el horizonte del templo de Karnak, en el *Nimro Hedashar* todos estaban ya en el salón dispuestos a adelantar el desayuno y comenzar cuanto antes el trabajo.

En el circo donde se encontraba la Montaña de las Momias, los obreros esperaban nerviosos el comienzo de la nueva jornada. Los rumores sobre la llegada de los *ababdehs* se habían extendido como la pólvora entre los habitantes de Seikh Abd el-Gurna. Muchos de ellos, temerosos de la fiereza de esta tribu, habían preferido resguardarse en casa y dejar pasar el día en otras faenas. Brugsch tuvo que convencerlos para que aguantaran toda la jornada. Lo más difícil ya estaba hecho. Sólo quedaba sacar poco menos que una treintena de ataúdes y los objetos restantes que quedaran en la estrecha galería.

Ahmed Kamal conocía a sus compatriotas mejor que nadie. Sabía que pronto la imaginación empezaría a desbordarse de forma incontrolada. Y así fue. Apenas veinticuatro horas después de que el primer ataúd de madera de cedro saliera a la luz, la leyenda sobre los tesoros descubiertos en la Montaña de las Momias rozaba la magia de los antiguos poemas épicos de la literatura faraónica. La madera de cedro se había convertido en oro puro y sus incrustaciones de pasta vítrea eran esmeraldas y rubíes. Se hablaba de cajas llenas hasta el borde de monedas de oro, de collares formados por diamantes engarzados y de ricos amuletos fabricados con materiales nunca antes vistos en la tierra de Egipto. Daba igual que nada de todo eso fuera propio de la época faraónica. Esos materiales eran los más valiosos, y los antiguos

reyes no podían emplear otros de menor valor.

El nerviosismo era patente en el rostro de los *fellahin* y de los hombres del Servicio de Antigüedades. Mohamed Abderrassul también estaba inquieto. En cierto modo, se sentía culpable de cómo estaban sucediéndose los hechos. Habría preferido que todo hubiera sido más sencillo. Animó a sus compañeros de Gurna a trabajar duro para ganarse un buen salario y llevar todo a un lugar seguro de Luxor antes de que los *ababdehs* pudieran hacer nada.

La experiencia del día anterior ayudó a que las tareas resultaran más fáciles y rápidas aquella mañana. Pronto el calor convirtió el circo rocoso de Deir el-Bahari en una caldera. No había tiempo para el desaliento. El refrigerio a las once de la mañana se repartió en dos turnos para que el trabajo no se detuviera ni un instante. Brugsch y sus compañeros ni siquiera se acercaron a comer nada. Aquel gesto animó aún más a los *fellahin* para continuar con el trabajo.

Antes de que el reloj marcara las doce del mediodía, los últimos ataúdes ya estaban dispuestos para protagonizar una nueva comitiva fúnebre hasta el embarcadero.

Por última vez, Brugsch descendió los catorce metros que llevaban al interior de la montaña.

—Aquí ya no queda nada. —La voz de Ahmed Kamal resonó con fuerza en las paredes de la gruta—. Hemos conseguido sacar todos los ataúdes.

—En total hay cuarenta momias y cuarenta ataúdes —añadió el alemán—. Y varios miles de objetos.

Se agachó. Entre los escombros descubrió los pies de un *ushebti*. No había tiempo para más. Prefirió dejarlo allí mismo. Caminó junto a su secretario hasta el final de la última galería. La habitación parecía ahora mucho más amplia sin los ataúdes apoyados en las paredes o sobre las repisas improvisadas que los antiguos canteros habían excavado en la roca.

Brugsch acarició por última vez la piedra sobre la que se habían apoyado durante siglos los féretros de la familia de Pinedjem II, cuyos miembros ocupaban la habitación más profunda de la tumba.

—Debemos irnos, Émile.

—Tienes razón. Vámonos.

Casi a la carrera, los dos egiptólogos recorrieron el centenar de metros que los separaba de la superficie. Al pie del pozo los esperaba Mohamed Abderrassul, convertido ya en el *reis* más importante de los obreros.

—Todo el mundo está preparado para partir hacia el río —señaló el egipcio, animando a los *efendis* a evacuar la tumba cuanto antes.

Con ayuda de los hombres que permanecían en el exterior, Ahmed y Mohamed subieron los primeros. Antes de abandonar el corazón de la montaña, Brugsch apagó

la antorcha, la dejó en el suelo y echó la última mirada a la densa negrura que se abría al final del pasillo. Se aferró a la cuerda, se la ató a la cintura y comenzó la ascensión hacia la cegadora luz del día.

Como si realmente hubieran visto a los *afrit* en el interior de la montaña, echaron a correr por el sendero que descendía a la explanada del circo rocoso. Al verlos llegar, los *fellahin* abandonaron la sombra de la montaña y se aproximaron a los ataúdes cargados en las andas, a la espera de la orden de salida.

Ésta no tardó en llegar. Brugsch se montó en su caballo y, al tiempo que azuzaba al animal, hizo un ademán con el brazo para que le siguieran. Como el día anterior, la procesión fúnebre iba fuertemente escoltada por la guardia. Avisados de los problemas que podrían presentarse, en esta ocasión llevaban los rifles desenfundados. El jefe de la guardia, pistola en mano, galopaba entre los espectadores buscando sospechosos. El silencio era absoluto.

Con los primeros rayos del atardecer, cuando empezaban a cruzar los campos de cultivo, se levantó una brisa suave cuyo sonido acalló los pasos de los obreros sobre la arena apisonada del camino. Todo estaba en calma.

Cada hombre sabía qué hacer, dónde colocar su cargamento y cómo moverse por la orilla del río sin estorbar el trabajo de sus compañeros. Como si fueran los participantes de un antiguo y extraño ritual de danza en honor de un rey, antes de que el sol comenzara a descender dando la espalda a la Montaña Tebana, todo el trabajo había acabado.

El transbordador abandonó la orilla de los muertos en dirección a la de los vivos. Los reyes, las reinas y los príncipes del antiguo Egipto hacían el camino inverso: desandaban el sagrado trayecto que habían empezado hacía más de tres mil años.

Por fin llegaron al *Nimro Hedashar*. La amenaza de los *ababdehs* se había volatilizado en el aire. Los ataúdes parecían estar seguros. Pero nadie respiraría tranquilo hasta ver llegar al barco de El Cairo en el que debían ser transportados los tesoros de la Montaña de las Momias.

*Jueves, 14 de julio de 1881*

*Luxor*

Los faraones emprendieron su viaje a El Cairo un día en que el calor era muy intenso.

La noticia del sensacional hallazgo se había extendido por todo el país. No había ciudad, pueblo o aldea que no supiera de la aparición de los grandes hombres que, miles de años atrás, habían levantado tan magníficos edificios de piedra; monumentos paganos que eran respetados por su majestuosidad y grandiosidad. El símbolo de unas creencias y de un poder que Egipto no había vuelto a tener.

Mohamed Abderrassul era consciente de ello. Desde cubierta, observaba con emoción a los vecinos de las aldeas ribereñas que salían a saludar a los antiguos gobernantes.

Brugsch y Mariam se sobresaltaron al oír varios disparos, pero se tranquilizaron al ver la sonrisa de Mohamed. Con los ojos humedecidos, el egipcio levantó la mano para saludar a sus paisanos. Todos sabían quién era. Mohamed Abderrassul, el hombre que había devuelto el recuerdo y la vida eterna a los antiguos reyes.

Las dos márgenes del río se llenaron de hombres, mujeres y niños que salían al encuentro del barco. Los campesinos disparaban al aire salvos en honor de la regia comitiva. Allí donde estuvieran Ramsés, Tutmosis, Seti, Ahmes-Nefertari, Henut-tai... agradecerían el gesto de tributo y respeto de los nuevos habitantes del Valle del Nilo.

Brugsch se acercó al egipcio y le puso una mano en el hombro.

—Egipto te debe mucho, Mohamed. Has obrado bien y tu propio pueblo te lo reconoce. Ahí tienes la prueba.

—Gracias, señor. Sólo queda regresar y retomar la vida tranquila que siempre habíamos tenido. Trabajar honestamente en las tierras que nuestra familia ha disfrutado desde hace generaciones, sin necesidad de remover el recuerdo de los muertos para usurpar sus joyas.

Aquellos momentos eran muy especiales para todos. El estruendo de los disparos y el griterío de los campesinos desde ambas orillas era cada vez mayor.

—Ésta es quizá la mejor prueba que puedes tener del reconocimiento a tu familia por el trabajo realizado en las últimas semanas. Por lo que me has contado, las opiniones en tu casa están muy divididas entre tu hermano Ahmed y tú. Espero de corazón que todo se calme en el futuro; no sería justo que quedara un recuerdo agrio de los Abderrassul.



—Mi hermano ha sido repudiado por la familia. Es triste tener que alejarlo de nosotros, pero me quedo plenamente satisfecho con el reconocimiento de mis vecinos —contestó el egipcio bajando la cabeza con humildad—. No se preocupe por eso, señor.

—Mohamed, quería proponerte algo. Me preguntaba si te gustaría ser el nuevo jefe de los guardas de la Montaña Tebana. Es un modesto trabajo en el Servicio de Antigüedades. Además, el gobierno quiere recompensar tu gesto entregándote quinientas libras.

El egipcio permaneció muy tieso, con las manos dentro de los bolsillos de su galabiya de color ocre. Apenas tuvo fuerzas para esbozar una sonrisa. La alegría lo desbordaba.

—Muchas gracias, señor —dijo, emocionado—. Es un honor para mí y para mi familia. Gracias, señor. Iré a comunicarles la noticia al señor Wilbour y al marqués De Rochemonteix, seguro que se alegran de conocerla.

Brugsch y Mariam se quedaron prácticamente solos; dos hombres hacían guardia en la cubierta, uno en cada extremo del barco. En las dos orillas, varios soldados recorrían las márgenes del río al galope siguiendo el trayecto del tesoro hasta el Museo de Bulaq, en El Cairo.

—Tienes que estar orgulloso del descubrimiento que has realizado —comentó Mariam tomando del brazo al egiptólogo alemán—. Se te recordará como el descubridor.

—Realmente yo no he descubierto nada —replicó Brugsch con humildad—. Han sido los Abderrassul.

—Bueno, pues dirán que fuiste el primer egiptólogo que entró en la tumba.

Sacó del bolsillo un pequeño objeto protegido por un pañuelo. Lo desenvolvió con delicadeza y sonrió al verlo una vez más.

Mariam reconoció la pieza al instante. Se trataba del *ushebti* de la reina Henut-tai, el primer objeto que habría adquirido en la tienda de Wardi pocos meses atrás.

—Gracias a él llegamos hasta Deir el-Bahari —dijo Brugsch—. Es increíble.

—No había vuelto a verlo desde aquel día. —Mariam lo cogió con cuidado de las manos del egiptólogo—. Realmente es un objeto muy hermoso, vale mucho más que el precio que se pueda pagar por él. Qué azul tan brillante... Pensar que tiene tres mil años y aún reluce de una manera tan espléndida... El artesano que lo hizo debió de quedar muy satisfecho con su trabajo, y más todavía la persona para quien lo fabricó. ¿Cómo se llamaba la reina?

—Henut-tai —respondió Brugsch—. Fue la esposa de Pinedjem I, un sumo sacerdote de Tebas que hizo las funciones de faraón en esta zona del país.

—Me queda mucho por aprender. —La joven sonrió con cierta pena—. Por mis manos han pasado muchas piezas, pero no exagero si digo que no he entendido

absolutamente nada de lo que ponía en ellas.

—Junto a la entrada de la tumba estaba su ataúd de madera y varias cajas de *ushebtis*. Por eso fueron los primeros en salir al mercado.

Brugsch envolvió de nuevo el *ushebti* y se lo metió en el bolsillo del pantalón. Luego se apoyó en la barandilla del barco y observó a los campesinos que seguían sumándose por decenas a la sagrada procesión de los faraones. Vestía su traje con chaleco y su inseparable *tarbush*. El aire corría con fuerza por la cubierta. La bandera verde de Egipto, con la media luna y las tres estrellas de la monarquía de Mohamed Ali, ondeaba al viento dando quizá más solemnidad a aquella especie de funeral de Estado.

—¿En qué piensas, Émile?

—Pensaba en el rostro de las momias y de los enormes ataúdes. Es una especie de sueño.

—Y aún queda lo mejor. Son casi medio centenar de momias, y muchas de ellas no os han enseñado su rostro todavía. Seguro que es emocionante...

—Seguro, pero hay algo que no olvidaré jamás...

Brugsch se acercó más a la joven y la tomó de la mano. Por primera vez desde que se conocían ella le veía con los ojos vidriosos.

—No puedo describir lo que sentí al ver a aquellos reyes. Ahmed Kamal estaba igual de bloqueado que yo. Apenas reaccionábamos cuando íbamos leyendo de tapa en tapa el nombre de esos grandes faraones. Y, como dices, aún queda lo mejor. Contemplar directamente sus rostros cuando estudiemos sus cuerpos en el museo.

—Debes de sentirte muy orgulloso... —dijo ella con afecto—. Lástima de las prisas y de las circunstancias en que se ha dado el hallazgo. Pero has actuado de la mejor manera posible; estaban en peligro todos esos tesoros y nuestra vida.

—Ahora todo ha acabado —señaló el alemán con alivio—. Antoun Wardi ha sido detenido, tendrá que responder a muchas preguntas. Se le acusará de tráfico ilegal y no volverá a vender antigüedades. Las leyes no permiten nada más, pero le servirá de escarmiento.

—¿Y qué pasará con el vicedónsul? ¿Irá a prisión? Tengo entendido que está detrás de varias muertes.

—No lo creo. Su caso es más complejo —respondió Brugsch meneando la cabeza—. Cuenta con inmunidad diplomática. Sus contactos le ayudarán a descargar sus culpas sobre otras personas, quizá Wardi pague por sus errores.

—Bueno, ése ahora no es tu problema —añadió ella acariciándole la mano—. Las corruptas autoridades de Egipto sabrán qué hacer para contentar a todas las partes.

Brugsch pensó que Mariam tenía razón; aquellos problemas burocráticos o administrativos ya no le incumbían. Aferró con fuerza la mano de la joven en señal de agradecimiento por sus reconfortantes palabras. Ahora sólo debía pensar en el

sensacional descubrimiento y en la importancia del trabajo que quedaba por hacer. El corazón le dio un vuelco. No sentía vértigo por la trascendencia que tenía el hecho de poner rostro a los reyes que habían dado vida a la historia más dorada del Egipto faraónico, pero sí mucha emoción; la misma que le embargaba cada vez que le venían a la cabeza los primeros ataúdes y momias que vio en el escondite real.

La muchacha egipcia se percató enseguida de esa intensa emoción. Alzó una mano y le limpió una lágrima que se deslizaba por su mejilla.

Brugsch no se sintió incómodo al compartir sus lágrimas con Mariam. Pensó que había llegado el momento de destapar todos los sentimientos y emociones vividos de manera tan intensa en las últimas semanas.

—Tengo muy vivo en la memoria el recuerdo de cuando mis ojos se acostumbraron a la luz de las antorchas la primera vez que bajamos a la tumba —dijo Brugsch como si estuviera relatando sus vivencias a un cronista de la historia—. Había una comunión muy clara con aquellos objetos. Es el legado del antiguo Egipto que a veces trasciende nuestro corazón y nos hace partícipes de su propia historia. Recuerdo que los revestimientos dorados y la superficie pulida irradiaban de una forma tan clara mi emocionado reflejo que parecía que estaba observando el rostro de mis propios antepasados.

Mariam observaba el paisaje del Nilo mientras le escuchaba. Todo aquello parecía un teatro gigantesco en el que el destino había jugado sus bazas para que ella fuera uno de los protagonistas. Sabía que prácticamente nada de aquel maravilloso decorado había cambiado en los últimos miles de años. Lo que ellos veían desde la cubierta era el mismo paisaje que observaron en su día los faraones que les acompañaban en la misma embarcación.

—Has logrado culminar la meta que esos antiguos reyes buscaron con ahínco hace miles de años.

—Ellos perseguían la eternidad —la corrigió Brugsch.

—En efecto, la eternidad. Pero no creo que fuera una eternidad de lujos y ostentaciones. Realmente no hay muchos objetos preciosos en esa tumba de Deir el-Bahari. Buscaban que su recuerdo perdurara en las generaciones futuras; en las gentes que habitaban su reino, Egipto. Y eso se lo acabas de dar tú. Has cumplido su sueño, Émile: el sueño de los faraones...

***Año 969 antes de nuestra era***  
***Cementerio de los nobles, Tebas***

**T**akelot contemplaba con horror el enterramiento de Pinedjem. Hacía setenta días que el sacerdote-rey había fallecido. Siguiendo el escrupuloso ritual del proceso funerario, el cuerpo había permanecido ese tiempo en la casa de embalsamamiento recibiendo el exquisito trato que sólo una persona de su condición merecía.

Atado de pies y manos, el antiguo escriba de la necrópolis observaba con los ojos desorbitados el ajuar funerario que acompañaba a su señor. Pinedjem era austero: no había grandes joyas ni objetos ostentosos. El propio sacerdote se había preocupado siempre de señalar en vida que lo más importante no era la calidad de los objetos sino el poder que conferían las palabras sagradas de los dioses grabadas junto a su nombre en el ataúd, los papiros mágicos o los *ushebtis* que le acompañarían al Más Allá.

Takelot no podría disfrutar de aquello por muy cerca que estuviera del enterramiento de su señor. Su ataúd de madera permanecía junto al camino. Era blanco y muy hermoso, pero no poseía ninguna inscripción que lo identificara con él. Su nombre se borraría para siempre del recuerdo de los hombres y, lo más grave, también de los dioses. No había peor castigo.

Un grupo de plañideras cruzó frente al escriba libio, ajenas a la maldición que caía sobre aquel hombre. Sujetado por dos soldados del templo de Ipet-isut, Takelot fue testigo de la escena como si estuviera recreando la peor de sus pesadillas. No tuvo tiempo ni de arrepentirse de las acciones realizadas en el pasado. No tendría juicio. Caería en el más absoluto de los olvidos y pasaría la eternidad en un mundo de sombras de una negrura sin igual. Solamente podría escuchar el lamento de los que, como él, desafiaron el designio de los dioses y osaron romper el sagrado orden cósmico de la diosa Maat.

Con la mirada perdida en el infinito, Takelot no se había percatado de la llegada del sacerdote que se hallaba frente a él.

—Aquí comienza tu camino hacia la oscuridad—dijo de forma solemne evitando pronunciar el nombre del reo—. Se te acusa de robo continuado en la Grande y Majestuosa Necrópolis de Millones de Años de los Faraones, Vida, Salud y Prosperidad, en el occidente de Uaset. Además, has traicionado y roto el sagrado pacto con el templo de Ipet-isut para el cual trabajabas como escriba de la necrópolis en la orilla occidental de Uaset.

Takelot escuchaba los cargos que caían sobre él sin mover un solo músculo del rostro. No le quedaban fuerzas para solicitar clemencia. Sabía que hacerlo ya no tenía

ningún sentido. Su destino había sido marcado por los dioses del templo y nada ni nadie podría rebatir su sentencia.

—Por ello se te condena a morir —continuó el sacerdote con sobriedad—. Tu cuerpo será momificado tal y como te anunció el Osiris Khakheperre Setepenamun Pinedjem. Tendrás los mejores afeites. El lino más fino de nuestros talleres cubrirá tu cuerpo. Ese ataúd de madera de cedro, una de las obras más finas realizadas por los artesanos de Uaset, es el tuyo. Y tu cuerpo será depositado junto a los antiguos reyes de Kemet. Sin embargo, como se te avisó, tu nombre no aparecerá en ninguna parte. No tendrás textos sagrados escritos con las palabras de los dioses. Ningún miembro de tu familia conocerá dónde reposa tu momia, no podrá bendecirla ni alimentar tu *ka*. Nadie te recordará ni sabrá de tu existencia. Pasarás el resto de la eternidad apartado en la más absoluta oscuridad, rodeado de desolación, llanto, inanición y desesperanza. Éste es el castigo que mereces por los cargos de los que has sido acusado.

Takelot escuchó la sentencia con lágrimas en los ojos.

El sacerdote hizo una señal y los soldados que lo aferraban de los brazos echaron a caminar. El libio avanzaba a trompicones, renqueante. Las ataduras de los tobillos le hacían tropezar continuamente con las gruesas piedras del camino. Los rizos de su cabello le caían sobre el rostro y apenas le dejaban ver dónde ponía el pie. Sabía adónde se dirigían. Al final del sendero que recorría uno de los laterales de la montaña estaba el Lugar de la Purificación, un nombre que en ese momento le pareció una burla, una broma del destino que con su ingenio más sombrío intentaba ocultar lo que le tenía reservado.

El Lugar de la Purificación era una tienda de campaña enorme donde trabajaban los embalsamadores. Ante la puerta se hallaba el supervisor de los misterios. Llevaba una máscara del dios Anubis y junto a él había una mesa con un cuenco de barro.

—Éste es el acusado —señaló el sacerdote que había leído previamente la sentencia.

—Me llamo Takelot, escriba de la necrópolis, Justo de Voz —señaló el condenado abriendo la boca por primera vez—. Me llamo Takelot, escriba de la necrópolis, Justo de Voz. Me llamo Takelot, es...

La bofetada que le propinó uno de los soldados le obligó a guardar silencio.

—¡Ya no tienes nombre, traidor! —gritó la máscara del dios Anubis.

Un sacerdote se aproximó a la mesa y cogió un cuenco de barro, luego agarró a Takelot del pelo y le puso el cuenco en los labios para que bebiera.

—Me llamo Takelot, escriba de la necrópolis, Justo de... —Las palabras del libio se ahogaron en el líquido. Un par de sorbos fueron suficientes—. Me llamo Takelot, escriba de la necrópolis, Justo de Voz —repitió el sentenciado en un intento desesperado por sobrevivir.

Pero fue en vano. Apenas había acabado la frase cuando abrió mucho los ojos, hizo una mueca de horror y se llevó las manos al estómago. Los dos soldados que lo sujetaban lo soltaron. Sabían que no podría dar ni un paso. Takekot cayó de rodillas sobre la grava que cubría el camino.

—Me llamo... Tak...

Comenzó a tener espasmos. Sus miembros se pusieron rígidos como tablas. Las manos agarraron con fuerza el extremo de las ataduras que le aprisionaban las muñecas. Cada vez que tiraba para intentar deshacerse de ellas, el nudo se cerraba más y más, cortándole la circulación en las manos. Echó la cabeza hacia atrás y abrió la boca para gritar. Pero el grito no llegó.

El cuerpo de Takekot quedó inerte en el suelo. Uno de los sacerdotes hizo una señal para que los soldados lo alzaran y lo llevaran al interior del Lugar de la Purificación.

Su camino hacia la nada había comenzado.

## Epílogo

*Miércoles, 30 de junio de 1886*

*El Cairo*

El fogonazo de la cámara fotográfica llenó la habitación de magnesio. Émile Brugsch seguía fotografiando los objetos extraídos de la tumba de Luxor, el escondite de Deir el-Bahari, como era ya conocido por los expertos, hallado cinco años atrás en la Montaña de las Momias.

Desde su descubrimiento, las piezas ya habían sido inventariadas, pero el estudio de las momias era un proceso muy lento. Se conservaban dentro de los ataúdes expuestos en una de las salas más vistosas de la planta principal del Museo de Bulaq. El alemán era consciente de que no se trataba del mejor lugar para su disfrute. La sala era pequeña y la ubicación de los muros anexos no permitía ver con claridad todos los ataúdes, pero ninguna otra sala del museo habría ofrecido mejores condiciones. El edificio no estaba preparado para acoger la exposición de tantos objetos y algunos de un tamaño tan grande. Pero de momento era lo que tenían y con ello debían conformarse.

Los ataúdes más importantes, los de Seti I y Ramsés II, se encontraban a la derecha de la entrada de la sala. El resto estaban colocados en dos hileras en la parte frontal, separados de los visitantes por un sencillo cordón de seguridad. Así podían verse todos juntos, recreando el aspecto caótico que presentaban cuando se descubrieron.

—Émile.

Brugsch levantó la cabeza del visor de su enorme cámara fotográfica.

—Buenos días, Ahmed, ¿cómo va todo por el laboratorio?

—Están muy emocionados desvendando momias —dijo el egipcio con cierta ironía—. Todas tienen sus secretos y una especie de cara oculta. Gaston dice que te espera allí con la momia del ataúd blanco. Yo tengo que ir a la biblioteca. Si te parece, nos vemos luego en el almuerzo. Supongo que Mariam vendrá.

—Sí, llegará en unos minutos —respondió Brugsch mientras comenzaba a recoger sus enseres—. Nos vemos luego, Ahmed.

Echó las cortinas de la sala, bajó la tapa de su Blair Tourograph y dejó la cámara sobre el trípode, apoyado contra una pared de la habitación, decorada con papel pintado con rosetas. Seguiría con las fotos más tarde, junto a su esposa Mariam. El éxito del hallazgo había sido tal, que muchos autores pedían fotografías de las piezas para ilustrar sus libros.

Con las manos en los bolsillos, el egiptólogo salió de la sala y siguió, en actitud

lúdica, las grecas del enlosado de la planta principal del museo hacia la zona de las oficinas y los laboratorios, fuera del circuito de visitas. Como hacía siempre que pasaba por la sala I, saludó con su *tarbush* a la escultura del Seikh el-Beled descubierta por Mariette años atrás en Sakkara.

Aquel miércoles no había demasiada gente en el Museo de Bulaq, no eran muchos los turistas que podían permitirse un viaje de esas proporciones. Lo que más lamentaba Brugsch es que nunca hubiera egipcios entre los visitantes; ni siquiera entre los estamentos más cultos de la sociedad local había interés por la cultura faraónica. No obstante, el Servicio de Antigüedades, especialmente el propio Mariette, tampoco se había preocupado nunca de ello. Ahmed Kamal era toda una excepción, y él mismo era consciente de lo que le había costado alcanzar ese puesto.

Al llegar al laboratorio, Brugsch se puso la chaqueta y golpeó la puerta.

—Adelante.

La voz de Gaston Maspero sonó con fuerza desde el interior. El alemán abrió la puerta y entró en la pequeña estancia. Pintado de color blanco y con algunas estanterías y armarios cubriendo las paredes para colocar el instrumental médico, el laboratorio era uno de los lugares preferidos de trabajo de Maspero. Meses atrás había dejado la dirección del Servicio de Antigüedades; ahora tenía más tiempo libre y dedicaba todos sus esfuerzos al Museo de Bulaq. Solía pasar horas en el laboratorio examinando las piezas, recuperándolas, disfrutándolas. En los últimos meses había estado muy atareado poniendo rostro a algunos de los reyes aparecidos en el escondite de Deir el-Bahari. En varias ocasiones incluso había accedido a organizar recepciones a diplomáticos o personas importantes de la ciudad. No era muy dado a esos espectáculos circenses que nada tenían que ver con la ciencia, pero se veía obligado por algunos superiores de la embajada que no entendían que la egiptología era algo más que la ópera *Aída*, de Verdi.

Por suerte, aquélla no era una de esas ocasiones. Maspero estaba acompañado por el médico francés Daniel Fouquet. Entusiasta del mundo faraónico, Fouquet llevaba varios meses colaborando con el museo en la realización de las autopsias de las momias. Era uno de los más reputados galenos de El Cairo y todo un referente en cualquier detalle que se quisiera conocer de la ciencia médica.

El barbudo médico tenía las dos manos apoyadas en el borde de una improvisada camilla, hecha con una gruesa tabla y dos caballetes, de la que pendía el manto de lino que cubría el cuerpo momificado.

—Buenos días —dijo el alemán mirando a los dos hombres—. Doctor Fouquet, es un placer verle de nuevo entre nosotros.

—Hola, Émile. Parece que ya hemos acabado con las bailarinas hermosas y ha llegado el turno de las feas.

A Brugsch le hizo gracia que clasificara las momias en guapas o feas dependiendo



del estatus real o de su rango sacerdotal.

—Bueno, todas son interesantes, de lo contrario nuestra investigación no tendría ningún aliciente.

—Es cierto, pero esto creo que es excesivo —señaló Maspero al tiempo que hacía una señal al doctor Fouquet para que destapara la momia que había en el centro de la habitación.

El médico francés la descubrió despacio y con cuidado. Ante los ojos del egiptólogo alemán apareció la momia de un hombre. No tenía vendas. Éstas se hallaban dentro de un cesto de mimbre, en el suelo, donde las había dejado el médico después de cortarlas para hacer la primera inspección.

Brugsch estaba atónito. Nunca había visto una cosa igual. Con la boca abierta en una horrible mueca, la cabeza ligeramente echada hacia atrás y los brazos extendidos a lo largo del cuerpo, la momia de aquel hombre los observaba con las cuencas oculares vacías.

—¿Quién es? —preguntó en tono quedo.

—Eso nos gustaría saber a nosotros —respondió Maspero—. De momento vamos a llamarle Hombre Anónimo, que no es poco.

—¿No había ningún texto en las vendas o en el sarcófago? —Brugsch echó un vistazo a la etiqueta que colgaba del brazo de la momia en la que el doctor Fouquet ya había escrito «Hombre Anónimo».

—No. Se trata de uno de los hallazgos más extraños de la tumba —respondió Maspero—. Es la momia que había en el maloliente ataúd que descubristeis en la galería inferior.

—Se trata de un hombre de unos veintitrés o veinticuatro años de edad —señaló el doctor Fouquet comenzando la ficha forense del cuerpo—. Eso es lo que nos dicen las articulaciones y los dientes; no los tiene muy gastados como debería ser en un adulto mucho mayor. Mide poco más de un metro setenta...

—Un gigante para aquella época —apostilló el alemán fijándose en las delgadas piernas de la momia.

—No tiene barba ni bigote. El cabello es oscuro, está trenzado y recubierto por una extraña pasta. —El médico tomó con los guantes una costra amarillenta pegada al pelo—. Aparentemente no tenía ninguna enfermedad. Se le ve fornido y atlético. Todo normal si no fuera...

—Por esta expresión tan horrible —dijo Brugsch.

—Éste es su ataúd.

Brugsch miró el lugar hacia el que señalaba Maspero, junto al cestillo donde se amontonaban las vendas recién arrancadas. Apoyado en el suelo, con la tapa volcada a un lado, descansaba un ataúd de madera de cedro. Todo él era de color blanco. Como habían señalado Maspero y Fouquet, sobre él no había ninguna inscripción.

Se agachó y miró el interior de la tapa. No había ningún dibujo, ni siquiera en la cubeta de la caja, donde no era extraño encontrar la representación de alguna divinidad destinada a proteger al difunto en su viaje por el Más Allá. Nada.

El brazo derecho descansaba sobre el izquierdo así como algo que con el paso de los siglos se había perdido o quién sabe si alguna vez tuvo oportunidad de agarrar.

—¿No había amuletos entre las vendas? —inquirió Brugsch mientras tomaba del cesto de mimbre algunas vendas y las examinaba en busca de algún nombre.

—Nada en absoluto —dijo Maspero con un suspiro—. Tampoco hemos encontrado *ushebtis* ni otros elementos que podrían ayudarnos a dar con su identidad. Pero lo más extraño es esto.

Maspero fue a una de las esquinas de la habitación, abrió una caja y sacó unos andrajos. Apestaba, por eso lo tenían guardado en la otra punta del laboratorio.

—¿De qué se trata?

—El cuerpo estaba cubierto por esta piel de animal.

—Qué extraño... —Brugsch sabía que un elemento de tal naturaleza era completamente ajeno a los rituales de momificación tradicionales de los antiguos egipcios—. Recuerdo que Ahmed y yo lo vimos en nuestra primera visita a la tumba...

Brugsch tomó uno de los jirones. Maspero dejó el resto encima de la momia. Estaban cubiertos de pelo.

—Parece la piel de un cordero..., por eso la momia olía tan mal ya en la propia tumba. Pero esto no tiene ningún sentido...

—En efecto, querido amigo —convino Maspero—. Ningún egipcio en su sano juicio se mandaría momificar o enterrar con una piel de estas características.

—Sería considerado impuro en el Más Allá —dijo Brugsch frunciendo el ceño—. Si a eso añadimos que no tiene nombre ni hay pistas de él en el ataúd...

—Bueno, hemos encontrado otras momias en circunstancias similares dentro del escondite —le corrigió Maspero—. No hemos podido averiguar el nombre de todas ellas. Además, están los inconvenientes de los ataúdes cambiados, las momias mal etiquetadas...

—Aun así es insólito. El ataúd parece de la XX Dinastía.

—No debía de ser para él —dijo Maspero señalando algunas partes del interior de la cubeta—. Fíjate que ha sido modelado para que la momia cupiera en su interior. Su muerte debió de ser algo imprevisto.

—¿Se saben cuáles fueron las causas de la muerte? —preguntó Brugsch acercándose a la mesa sobre la que descansaba el Hombre Anónimo.

El doctor Fouquet se atusó la barba y se mordió los labios.

—Es bastante complicado —dijo por fin—. La momificación parece normal. Fue eviscerado y tiene esta caída en el estómago por la que se forma una especie de balsa,

como si se le hubiera contraído el vientre antes de morir. Diría que fue envenenado, de ahí también la horrible expresión de la cara, pero realmente es muy difícil de determinar. No hay pruebas definitivas que lo demuestren. Sólo es una posibilidad.

—Una posibilidad que encaja con lo que tenemos: una momia en una tumba real —añadió Maspero.

—Debió de ser un miembro de la familia real o un alto funcionario de la corte —indicó Brugsch acercando su rostro al de la momia—. Fijaos en la perforación de las orejas y en los pendientes de oro que lleva. De no ser alguien importante, seguramente no los llevaría ni lo habrían enterrado allí.

—El ataúd nos está hablando de un príncipe de la XX Dinastía —dijo Maspero reflexionando en voz alta—. Pero no es la primera vez que encontramos las piezas del puzzle cambiadas. Algunos ataúdes tienen un nombre grabado que no encaja con el tipo de momificación del cuerpo que hay dentro.

—Eso significa que el ataúd podría ser de cualquier otro momento —apuntó Brugsch.

—El método empleado en la momificación es tan ambiguo que podría tratarse de cualquier período —añadió el doctor Fouquet.

Brugsch se daba cuenta de que el increíble hallazgo del escondite de Deir el-Bahari iba complicándose más y más.

—El ejemplo de la momia de Tutmosis I es quizá el más claro que tenemos —dijo con cierta decepción—. El ataúd y los textos nos hablan de este faraón, pero la momia no encaja ni con ese período ni con el personaje. Yo estoy de acuerdo en tu propuesta de atribuir el cuerpo a Pinedjem, el sumo sacerdote.

—Así parece indicarlo el método de momificación —asintió el director francés—. Los arqueólogos no nos valemos únicamente de las fuentes escritas para reconstruir la historia; éste es un ejemplo muy claro de lo que digo.

Brugsch siguió observando la retorcida expresión de la momia y su inusual postura. Tenía los brazos extendidos a lo largo del cuerpo, no cruzados sobre el pecho como cabría esperar de una momia real. Las manos estaban colocadas sobre la zona genital.

—¿Y esto? —Brugsch señalaba las marcas de las muñecas.

—Déjame ver. —El médico francés se puso los anteojos para observar con detalle la piel de los brazos—. Sí, tienes razón, Émile. Parecen marcas de haber estado atado. Fíjate, los tobillos presentan la misma presión en la piel... Este hombre pasó mucho tiempo atado antes de morir.

Sin duda lo más estremecedor era ese gesto que tenía la momia de estar lanzando un alarido; un grito acallado justo en el momento de la muerte. Durante la momificación ni siquiera le habían intentado corregir la posición de la cabeza, levemente inclinada hacia atrás. No era extraño que en otros cuerpos los trabajadores

del taller de momificación recompusieran el cadáver para darle un aspecto más natural. En éste no. Todo parecía indicar que se le había dejado tal y como estaba cuando murió.

—Antes has dicho que no es la única momia anónima de la tumba... —dijo Brugsch.

—En efecto. —Maspero volvió a tapan la momia hasta el cuello con el paño de lino, dejando la cabeza al descubierto—. Hay más de media docena de cuerpos, de hombres y de mujeres, sin nombre. Pero en esos casos todo parece indicar que la pérdida de la identidad se debe a la mala suerte. En cambio, en nuestro Hombre Anónimo las pruebas apuntan a un hecho premeditado: quisieron borrar su memoria.

—Pero eso podría haberse hecho quemando el cuerpo —opinó el médico francés— o arrojándolo por un barranco, no hacían falta tantas complicaciones.

—Seguramente no lo hicieron porque se trataba de un personaje importante —indicó Maspero—. El problema es saber quién.

Brugsch hizo una mueca pesimista.

—Eso creo que nunca lo sabremos.

Mientras el doctor Fouquet se quitaba el mandil de trabajo y se ponía la chaqueta, Brugsch cerró las contraventanas del laboratorio. En la tenue penumbra, los tres hombres echaron un último vistazo al horrible rostro de la momia.

Maspero y el doctor Fouquet salieron hacia el salón principal del museo. Brugsch permaneció unos segundos más en el laboratorio observando cómo los rayos de sol que se colaban por una rendija de la ventana impactaban suavemente sobre el rostro de aquel extraño Hombre Anónimo.

Habían pasado tres mil años desde que lo colocaron en aquel lugar rodeado de toda clase de prebendas y de regia compañía, y ahora era incapaz de decir su nombre. Eso era lo peor que podía sucederle a un egipcio.

El Hombre Anónimo y su recuerdo quedarían mudos para toda la eternidad. El desconsuelo y la angustia de aquel joven eran evidentes. Los antiguos sacerdotes que le ayudaron a cruzar el camino hacia el Más Allá conocían perfectamente cuál iba a ser el destino del desdichado.

Treinta siglos después, continuaba lanzando gritos desgarradores en el vano intento de que alguien pronunciara, aunque sólo fuera una vez, su nombre. Brugsch, con el vello de punta, casi podía escucharlos. Sin dar la espalda a la momia, caminó hacia la puerta que sus dos compañeros habían dejado entreabierta y salió.

Ignoraba cuál era el nombre del Hombre Anónimo y estaba completamente seguro de que nadie nunca llegaría a conocerlo.

## Nota del autor

El relato del descubrimiento del escondite de las momias reales en Deir el-Bahari es uno de los más sobrecogedores de la historia de la arqueología. Esta novela recoge únicamente una porción de los hechos ocurridos en aquellos meses de 1881. Tal como dijeron todos los que vivieron esos intensos momentos, fue un descubrimiento inesperado que pudo poner rostro a los faraones.

Actualmente la egiptología cuenta con dos escondites de momias reales. Uno apareció en 1898 en la KV35 del Valle de los Reyes, la tumba de Amenofis II. Allí, el francés Victor Loret dio con el lugar donde habían sido depositadas ya en la Antigüedad las momias de faraones tan importantes como Tutmosis IV, Amenofis III, Merenptah, Seti II y varios Ramsés. Pero, sin lugar a dudas, el escondite más importante es el que se encontró en Deir el-Bahari en 1881, conocido como *DB320*, con momias de faraones de la XVII a la XXI Dinastías, cuyo hallazgo se relata en esta novela. La siguiente tabla describe el material hallado por los arqueólogos. Está tomada de la obra de N. Reeves y R. H. Wilkinson *The Complete Valley of the Kings* (Londres, 1996, p. 196).

Nombre	Momia	Ataúd	Otros	Notas
Ahhotep I		D		Con momia de Pinedjem I
Ahmose Hentempet	*	*		
Ahmose Henut-timehu	*	*		
Ahmose Inhapi	B			Momia en ataúd de Rai
Ahmose Merytamún	*			Momia en ataúd de Seniu
Ahmose Nefertari	¿D	D	*	Ataúd y cartonaje
Ahmose Sipair	*	*		Ataúd similar al de Niño Anónimo
Ahmose Sitkamose	*			Momia en ataúd de Pediamún
Amenofis I	C	C		Ataúd de un tal Djehutymose
Amosis	D	D		
Baket	?*	*		
Djedptah-iufankh	F	F	F	
Duathathor Henut-taui	B	B	B	Ataúd interior, sólo cubeta ataúd exterior
Hatshepsut			*	Caja con hígado o bazo
Isetemkheb	F?	F?	B/C	
Maatkare Mutemhet	F?	F?	F?	
Masaharta	F?	F?	F?	
Merymose			*	
Nebseni	?B	B		Momia de Hombre Anónimo C
Nesikhonsu	F	F	F	Un ataúd contenía a Ramsés IX
Nestanebt-ishru	F	F	F	
Nedjmet	*	*	*	
Paheripedjet		*		Ataúd con momia de Rai
Pediamún		*		Ataúd con momia Ahmose Sitkamose
Pinedjem I	D	C	*	Ataúd usurpado por Tutmosis I
Pinedjem II	F	F	F	
Rai	*	B		Momia en ataúd de Paheripedjet
Ramsés I		C?		Momia Mujer Anónima B, ¿Tetisheri?
Ramsés II	D?	D?		
Ramsés III	D	D		
Ramsés IX	F??		*	Momia en un ataúd de Nesikhonsu

Nombre	Momía	Ataúd	Otros	Notas
Seniu		*		Momia de Ahmose Merytamún
Sekenenra-Tao II	D	D		
Seti I	B	B		
Siamún	D	D		
Siese			*	Vaso canopo
Sitamún	*	*		
Sutymose			*	Miniatura de ataúd canopo
Tauheret	F?	F?	F?	
Tetisheri			*	Vendas de momia. ¿Mujer Anónima B?
¿Tutmosis I?	C?			Momia en ataúd de Pinedjem I
Tutmosis II	C	C		
Tutmosis III	D?	D?		
Wepmose			*	Jarra canópica
Wepawet-mose			*	Jarra canópica
Hombre Anónimo E	*	*		
Mujer Anónima B	*			¿Tetisheri? ¿Originalmente en ataúd de Ramsés I?
¿Mujer? Anónima	*	*		
¿Hombre? Anónimo	*	*		
¿Hombre? Anónimo	*	*		
¿Hombre? Anónimo	*	*		
Anónimo	*	*		Ataúd caja
Anónimo		*		Ataúd infantil ¿de Ahmose Sipair?

Las letras mayúsculas señalan la habitación dentro de la tumba. La ? que precede a la letra señala atribución incierta. Las ?/? se refieren a la posición incierta. El asterisco significa que la posición es completamente desconocida.

Uno de los problemas que presenta el estudio del material hallado en la DB320 reside en que contamos con muy poca información sobre detalles fundamentales. La tabla precedente es un buen ejemplo de ello. Ésta es la razón principal por la que este libro se permite desarrollar pasajes completamente imaginarios. En cuanto a los personajes principales de *El sueño de los faraones*, sólo la delicada dependiente copta, Mariam Gergess, no existió en realidad. Émile Brugsch y el resto de los compañeros del Servicio de Antigüedades, los hermanos Abderrassul, Mustafa Aga Ayat y Antoun Wardi, el anticuario, son completamente verídicos. Del mismo modo, los escenarios y las fechas que se proponen en los diferentes capítulos del libro están basados en la documentación de la época.

Hay que señalar que, siendo fieles a la historia, habría que haber nombrado a un hermano más de la familia de los Abderrassul. Hussein, al parecer, conocía al igual que Ahmed y Mohamed la ubicación de la tumba. También fue detenido y enviado a Quena para ser interrogado. Pero desgraciadamente ahí se pierde su pista. Es posible que sucumbiera a los terribles interrogatorios de las autoridades egipcias, en los que se emplearon clavos ardiendo, cuerdas y toda clase de golpes. Al contrario de lo que se relata en la novela, no hay constancia de que Ahmed fuera a prisión o de que se tuvieran cargos contra él después del redescubrimiento del escondite. Lo más probable, tal y como han apuntado algunos historiadores, es que volviera a la tranquila vida como cabrero. No obstante, nunca llegó a dejar el tráfico de antigüedades, aunque no a la escala de la tumba de Deir el-Bahari. Mohamed recibió quinientas libras por su colaboración con el gobierno y fue nombrado jefe de los cuidadores de tumbas de la orilla oeste.

Tampoco sabemos más de Antoun Wardi, el vendedor libanés que sirvió de punto de partida en las pesquisas de Brugsch. Por su parte, Mustafa Aga Ayat parece que continuó con su trabajo consular con toda normalidad; nada extraño si pensamos en su inmunidad diplomática y que nos referimos a un país donde la corrupción alcanzaba límites insospechados.

El hotel Luxor, uno de los más lujosos del momento, está siendo reformado en estos años posrevolucionarios y es difícil señalar una fecha de reapertura, pero en su momento fue el más sofisticado de la ciudad.

El nombre de la Montaña de las Momias es pura invención. En la documentación de la época, así como en la abundante literatura egiptológica que recoge el devenir del descubrimiento, se llama a la tumba «escondite de Deir el-Bahari». De esta última localización geográfica de la orilla occidental de Luxor recibe el número de listado de las tumbas tebanas: DB320.

Por desgracia, la tumba apenas fue estudiada en el momento del hallazgo. Émile Brugsch no tuvo tiempo de tomar siquiera fotografías, aunque en la novela se diga lo contrario, ni de reseñar la ubicación exacta de los reyes y sus ataúdes dentro de las dos galerías que forman la tumba en forma de «L». En el año 1998 una misión arqueológica germano-rusa, liderada por Erhart Graefe y Galina A. Belova<sup>[12]</sup>, retomó la investigación de la DB320, aportando datos de gran valor para conocer, por ejemplo, la fecha de cierre de la tumba y su posible dueño original.

Así entramos en la polémica y el misterio que aún rodea a este lugar. ¿Cuándo fue cerrada? ¿Quién la mandó excavar y para qué familia o personaje importante? Por desgracia, poco es lo que sabemos en este sentido. Sólo tenemos la seguridad de que sucedió en algún momento a principios del denominado Tercer Período Intermedio, una época de tránsito y declive, vivida en Egipto entre los años 1069-525 a. C.

Mi propuesta, quizá arriesgada pero aceptable tratándose de una novela, es



centrarlo en los últimos años del reinado de Pinedjem II, sumo sacerdote de Tebas y faraón de facto del Alto Egipto durante la XXI Dinastía (ca. 1000 a. C.). Sin embargo, aunque está admitido que la tumba fue empleada inicialmente por él o su familia, tampoco podemos descartar que se tratara de un proyecto abandonado de la XVIII Dinastía (ca. 1500-1300 a. C.), tres siglos más antiguo, que nunca se llegó a utilizar.

Los protagonistas de la parte faraónica están basados en personajes reales. Los escribas Ahmose y Takelot son una copia del conocido Butehamon (ca. 1070 a. C.), escriba restaurador de tumbas de la necrópolis, entre la XX y la XXI Dinastías. Él fue el encargado de llevar a cabo la investigación de los robos en la necrópolis y de restaurar las momias saqueadas, como la de Ramsés III. Contamos con varias cartas suyas en la documentación. Sabemos que su residencia estaba en el recinto del templo de Ramsés III, en Medinet Habu, donde todavía se pueden ver los restos de las columnas del patio central de la casa. Su ataúd fue descubierto en su tumba (TT291), con un completo texto autobiográfico, y se conserva en el Museo Egipcio de Turín (C. 2236, 2237 / CGT 10102, 10103).

De época ramésida, apenas un siglo antes de los hechos que se narran en esta novela, conservamos varios papiros que recogen los interrogatorios a los ladrones de tumbas. El *Papiro Abbot* (Museo Británico EA 10221), por ejemplo, reproduce el interrogatorio a los ladrones que realizaron los robos durante el año dieciséis del reinado de Ramsés IX (ca. 1110 a. C.). En ellos me he basado para los nombres de los delincuentes y las situaciones que protagonizaron.

Un problema mayor es conocer cuándo se colocaron las momias en la DB320. Gracias a las inscripciones que muchas de ellas llevan sobre las vendas o las tapas de los ataúdes, hemos podido reconstruir el itinerario y las fechas aproximadas de los robos en el Valle de los Reyes ya en la Antigüedad. Algunos pudieron llevarse a cabo durante el gobierno de Pinedjem II, y los reinados de los faraones Psusenes I (¿año 7 u 8?) y Shesonk I. Muy posiblemente el empleo de la DB320 como escondite se dilatará en el tiempo. O incluso es posible que, como señalan algunos investigadores, durante el reinado de Pinedjem II las momias estuvieran en la tumba, hoy perdida, de una reina llamada Inhapy (quizá la esposa de Sequenenra Tao II, de la XVII Dinastía, ca. 1574 a. C.) y luego, ya en la XXII Dinastía, durante el reinado del faraón de origen libio Sheshonq I (ca. 945-924 a. C.), se trasladaran de forma definitiva al escondite DB320.

Lo importante es que todos ellos se movieron en una franja cronológica de apenas cuarenta años, en la primera mitad del siglo X a. C. Con la poca información con que hoy contamos, es realmente complicado precisar un momento exacto en la historia.

No quiero dejar pasar la ocasión de señalar que, por culpa de esos «revendajes» de las momias, muchas de ellas, especialmente las de la XVIII Dinastía, están mal

identificadas. Gaston Maspero y su equipo se dieron cuenta de ello al poco tiempo de abrirlas. Los nombres no coincidían con el sistema de momificación que cabría esperar para el reinado de tal o cual soberano. Estas sospechas crecieron en la década de los setenta, cuando las radiografías que se tomaron de los faraones daban como resultado que quien decía ser, por ejemplo, Amenofis III no podía ser el hijo de quien se presentaba como Tutmosis IV. El estudio de los cráneos no falla. La cefalometría marca unas pautas de correlación entre los cráneos de padres e hijos que en estas momias no aparecen. Por ello, realizando varios cuadros con diferentes posibilidades, se ha llegado a la conclusión de que solamente Tutmosis III es quien dice ser. El resto de los faraones de la XVIII Dinastía está mal identificado.

Algo debió de ocurrir en los talleres de momificación en el Tercer Período Intermedio para que unas momias se confundieran con otras. El problema es peliagudo; ni siquiera el complicado estudio de ADN podrá dar solución a este apasionante enigma arqueológico. Aunque en los últimos años se haya promulgado a bombo y platillo por medio de documentales sensacionalistas la identificación de tal momia con tal rey o reina gracias al ADN, lo único cierto es que su identificación ha sido calificada de arriesgada y precipitada. Sencillamente, no tienen ningún respaldo por parte de la comunidad científica internacional.

Muchos lectores se estarán preguntando por la momia de Takelot. Pues sí, el Hombre Anónimo existe y sigue siendo uno de los mayores misterios de las momias descubiertas en la DB320. Se la conoce como Hombre Anónimo E, para diferenciarla de otros cuerpos sin nombre aparecidos en el mismo escondite. En el catálogo del Museo de El Cairo lleva como referencia el 61098.

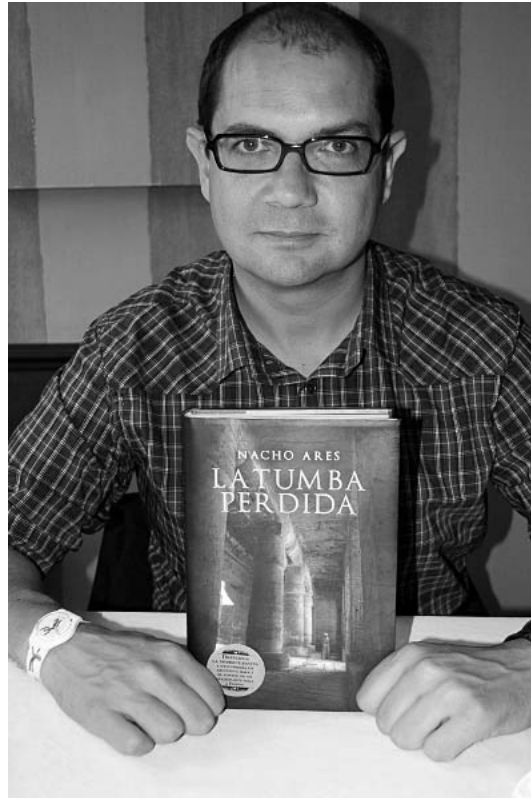
Tal y como se cuenta en la novela, apareció vendada, con un rictus terrorífico y cubierta por una piel de animal. Lo más llamativo de todo es que no había ajuar funerario asociado a ella, ni inscripción alguna en las vendas ni en el ataúd donde apareció. La grotesca posición del cuerpo hizo pensar que podría tratarse del cadáver de un hombre envenenado. Seguramente perteneció a la familia real o contaba con un estatus muy elevado. De lo contrario no se explica que descansara en el escondite junto a tan ilustres compañeros. ¿Se trata de un extranjero y por eso se enterró con una piel de animal? No lo sabemos. El estudio del cuerpo parece indicar que es egipcio. Por ello, algunas investigaciones de los últimos años han señalado que podría tratarse de uno de los príncipes acusados de traición en el famoso complot que se levantó, al final de su reinado, contra Ramsés III (*ca.* 1182-1151 a. C.), faraón de la XIX Dinastía, auspiciado por algunas mujeres del harén. Otros han indicado que el tipo de momificación se corresponde con la XVIII Dinastía y que podría ser la momia de Amenofis IV, Akhenatón (*ca.* 1350-1334 a. C.), aunque esta teoría parece poco consistente. También se ha dicho que podría tratarse del príncipe hitita Zannanza, fallecido cuando se dirigía a Egipto para casarse con Nefertiti o con Ankhesenamón,

al morir Akhenatón o Tutankhamón, respectivamente, a finales de la XVIII Dinastía. Lo único que nos dicen todas estas teorías es que realmente no sabemos mucho sobre este extraño Hombre Anónimo E. En la actualidad la momia reposa dentro de su ataúd blanco (Poisoned Prince Sarcophage 3863), sala 47, vitrina F, en la primera planta del Museo de El Cairo, donde puede ser visto por los visitantes.

Tanto la momia del Hombre Anónimo E como el resto de los miembros de la familia real descubiertos en Deir el-Bahari en 1881 siguen siendo el centro de atención de egiptólogos y médicos. Junto con las momias descubiertas en otro escondite, el aparecido en 1898 en la tumba de Amenofis II en el Valle de los Reyes, forman un valioso conjunto que ayuda a reconstruir la historia de los faraones.

La tumba DB320 permanece inaccesible. En el fondo del pozo, la entrada a la galería está bloqueada por ladrillos y una capa de cemento. Si se sabe el camino, se puede llegar hasta la entrada con facilidad. En la actualidad sorprende que un sitio tan aparentemente abierto permaneciera en secreto durante tantos miles de años. El escondite se encuentra a pocos minutos andando del templo de la reina Hatshepsut. El agujero sigue abierto en el suelo y no es muy recomendable acercarse si uno no quiere caer por sus casi quince metros de profundidad. No existe seguridad ninguna.

En [www.nachoaes.com](http://www.nachoaes.com) encontrará más información adicional, fotografías y vídeos de esta fascinante tumba y sus momias.



NACHO ARES. Nació en León el 27 de agosto de 1970. Tras licenciarse en Historia Antigua por la Universidad de Valladolid ha dedicado todo el tiempo que ha podido, que no es poco, a la investigación y divulgación en diferentes medios de comunicación de los enigmas históricos que rodean al mundo del antiguo Egipto.

Como echaba de menos el mundo académico y los estudios en la universidad se matriculó en egiptología en el KNH de la University of Manchester, en donde acabó con un proyecto de investigación dedicado a rastrear los restos del culto osiriano en los ushebtis de la época de Amarna.

Hasta la fecha ha publicado quince libros, nueve de los cuales están dedicados a la cultura egipcia. Los puedes conocer en sus diferentes ediciones españolas o americanas en este enlace: [www.nachoaes.com/seccion/libros/](http://www.nachoaes.com/seccion/libros/)

Además de autor, también ha traducido, revisado y prologado numerosas obras del inglés como *La Cámara Secreta* y *El misterio de Orión* (este último traducido por Isabel Pérez Martínez de Ubago), de Robert Bauval; *Escrito en las Rocas* y *El viaje de los constructores de pirámides*, ambas de Robert M. Schoch, publicados todos ellos por la editorial Oberon del Grupo Anaya; *El Libro Egipcio de los Muertos* de Albert Champdor o *El Libro de los Muertos de Ramsés Seleem* (traducido este último por Isabel Pérez Martínez de Ubago), estos dos en la editorial Edaf.

Hasta enero de 2012 que el grupo MC Ediciones cerró la publicación, dirigió durante 10 años *Revista de Arqueología*, que durante casi tres décadas fue todo un referente

del estudio de la Antigüedad y la Arqueología, con un Comité Científico presidido por Su Majestad la Reina Doña Sofía.

Son casi 300 los artículos que ha publicado en diferentes revistas especializadas de arqueología y enigmas históricos como *Misterios de la Arqueología* (en la que fue durante cuatro meses redactor en 1998), *Boletín de la Asociación Española de la Egiptología*, *Historia y Vida*, *Más Allá*, *Año Cero*, *Enigmas* o la propia *Revista de Arqueología*.

Todos los años realiza varios viajes al país de los faraones. Allí recopila información que luego publica en forma de libros o da a conocer por medio de guiones de televisión o radio. Durante años ha colaborado en diversos medios radiofónicos, pero desde octubre de 2009 trabaja en la CADENA SER en donde dirige y presenta el programa *SER Historia*.

En 2010 comenzó una nueva aventura profesional al unirse al equipo de reporteros del programa de televisión *Cuarto Milenio*, dirigido por Iker Jiménez, además de continuar colaborando con él en *Milenio 3*.

También ha colaborado en varias ocasiones para la realización de programas televisivos de ANTENA 3, TELE 5, CANAL 9 y TELEMADRID. En Televisión Castilla y León dirigió y presentó durante cinco años el programa *Enigmas y Misterios*, programa que se ha pasado en toda España en todas las televisiones del grupo VOCENTO.

# Notas

[1] Nombre egipcio de la antigua Tebas, hoy Luxor. <<

[2] «El más selecto de los lugares», nombre en antiguo egipcio que recibía el templo de Karnak en la antigua Tebas, actual Luxor. <<



[3] La tierra de los hititas, hoy Turquía. <<

[4] Medida del antiguo Egipto utilizada para pesar metales. Un *deben* equivalía a 93,3 gramos. Posteriormente, se utilizó como moneda. <<

[5] Yacimiento actual de Tanis, llamado así por los griegos. <<

[6] Se refiere al reinado de Amenofis IV, Akhenatón, a finales de la XVIII Dinastía (ca. 1350 a. C.). <<

[7] Nombre que usaban los antiguos egipcios para referirse al mar Mediterráneo. <<

[8] Nombre que reciben los guardas de las tumbas en Egipto. <<

[9] La Casa de la Vida era una institución dentro de los templos donde había escuelas, bibliotecas y oficinas en las que se custodiaba el conocimiento y la tradición de Egipto. <<

[10] Se refiere a la llamada «Conspiración del harén» de los últimos años del reinado de Ramsés III, que llevó a que este faraón, ya anciano, fuera asesinado, traicionado por algunos de sus allegados. <<



[11] Un codo egipcio medía unos cincuenta y cuatro centímetros. <<

[12] E. Graefe y G. Belova, *The Royal Cache TT320: a re-examination*, El Cairo, 2010. <<